

DESCARTES

POLITICA Y ESTRATEGIA

(NO ATACO, CRITICO)

BUENOS AIRES - REPUBLICA ARGENTINA - 1953

En este folleto se reúnen los artículos que, sobre el tema “Política y Estrategia”, se han venido publicando semanalmente en el diario “Democracia” de Buenos Aires, firmados con el seudónimo “Descartes”.

¿TIENEN EL MUNDO EN SUS MANOS Y NO SABEN QUE HACER CON EL?

William Bradford Huie, director de la revista “The American Mercury”, afirma que “el presidente Truman, Mac Arthur, Acheson y el secretario de Defensa, George Marshall, han dado a este país la más triste dirección militar de su historia”. Acusa a Marshall y a Mac Arthur de haber instado al señor Roosevelt a hacer a Rusia las mismas concesiones que Hiss (Alger Hiss, acusado ante la justicia norteamericana de servir a los rusos) y otros traidores del Departamento de Estado le urgían que hiciera.

Dos acusaciones que demuestran el estado actual de la dirección de la política y la guerra en Estados Unidos. Los países, como los pescados, comienzan a descomponerse por la cabeza.

La incapacidad y la traición han sido siempre las causas de las derrotas. Bastaría echar una mirada a la historia militar de todos los tiempos. La guerra es una materia difícil y su experiencia “en carne propia” es muy cara y llega tarde.

En la guerra no se aseguran los éxitos con una propaganda costosa, hecha a base de mentiras, de difamaciones y de calumnias. Son necesarios aciertos que sólo se acumulan a base de sabiduría y de prudencia.

¿Podemos decir que esas condiciones concurren en los personajes mencionados por Bradford Huie en su artículo?; ¿indican los acontecimientos de Extremo Oriente que algo de esas condiciones se puede encontrar en la dirección de la guerra y en la conducción de las operaciones? Evidentemente, las circunstancias y los hechos dan la razón a Bradford Huie.

China ha pasado a ser el “eje de Asia” después de la caída de Japón. Cuando Estados Unidos abandonó a su suerte a Chiang-Kai-shek, renunció al Asia y con ello entregó a China a los comunistas. Era de esperar que con ello entregara también y sucesivamente a Indochina, Indonesia y tal vez Australia. Los que entienden algo de estas cosas supusieron que ello lo haría Estados Unidos para dedicarse sólo a Europa y tener así, por lo menos, superioridad en un frente, sacrificando territorio en beneficio de la concentración de esfuerzos y evitando la dispersión de los mismos hacia teatros de guerra secundarios y remotos.

En ello los rusos vieron su posibilidad de lanzarse a la conquista de Corea como primer objetivo, pero tuvieron la prudencia de hacerlo con coreanos. La sorpresa ha de haber sido grande cuando conocieron que los americanos del Norte, que abandonaron a China, se decidían a defender a Corea. Se nos imagina este hecho como una persona que presencia impasible que a otra se le corte la cabeza y luego reacciona, se enoja y hasta pelea porque después de la decapitación se pretende cortarle el dedo meñique al cadáver.

De estas incongruencias políticas y militares está empedrado el camino que conduce al desastre en todos los hechos de la historia.

Enero 24 de 1951

POLÍTICA Y ESTRATEGIA

Hay muchos que creen que la preparación para la guerra es sólo cuestión de dinero, hombres, medios e industria para producirlos. Esta idea, casi inocente en la paz, suele ser el origen de una verdadera tragedia cuando la lucha llega.

La guerra es la continuación de la política por otros medios; por eso, en la preparación que la política internacional y la política interna realizan para la guerra residen a veces factores de éxito más decisivos que los de las fuerzas mismas. Muchas guerras se han perdido a causa de errores acumulados en la etapa de acción de la política.

Los países que todo lo confían a su poder poseen la política de su fuerza y suelen renunciar a la habilidad. Los débiles, generalmente, desde que carecen de poder, deben servirse de su habilidad y tienen sólo la fuerza, de su política. El ideal, que rara vez se presenta en la historia, es poseer la fuerza al servicio de la habilidad.

El político y el estratega se sirven y complementan mutuamente. El primero prepara políticamente la guerra; el segundo la realiza y, terminada ésta, vuelve el político para sacar las ventajas de la paz que sobreviene, pues es menester también saber “ganar la paz”. Por eso es que las guerras modernas de coalición requieren tanto hábiles políticos como capacitados y afortunados estrategas.

Con políticos prepotentes e insidiosos que emplean engaños, amenazas, presiones, coerciones o bloqueos económicos para obligar a los gobiernos, sólo se siembran vientos que, a veces, llevan a cosechas de tempestades: Lo más que se alcanza con ese método es aumentar el número de enemigos ocultos, que si sirven por temor lo hacen sólo aleatoriamente. Flaco servicio hacen con ello estos políticos a los conductores de la guerra. El oficio del estratega es, en última síntesis, llevar pueblos y hombres a la muerte. A la muerte se la enfrenta sólo cuando se tiene una causa, se está persuadido de la necesidad de hacerlo y se han desarrollado los valores morales para enfrentarla. Tales políticos llevan a la impopularidad de la guerra. En estos tiempos, de continentes en armas, la guerra impopular vale más no iniciarla.

En las guerras de coalición algunas naciones ponen su destino en manos de políticos y estrategas extranjeros. El menor derecho que les asiste es contar con la garantía mínima de su competencia y capacidad. A nadie puede obligarse, ni aun por la fuerza, a confiar su destino en manos de hombres incapaces y desprestigiados.

El engañoso clima de la propaganda puede servir para sorprender a incautos en tiempos de paz. La guerra, con la aplastante elocuencia de los

hechos, rompe toda posibilidad de apoyar victorias inexistentes en la difusión sofisticada de noticias optimistas.

Si se anhela reforzar la influencia de América y para eso se convoca a la reunión de cancilleres, debemos confesar que será necesario dar nuevo impulso a la Organización de los Estados Americanos, detenida durante largo tiempo en sus efectos.

Tal actitud se debe a qué las cosas no van bien en el “Atlántico Norte”, pues Washington ha perdido sensiblemente prestigio y autoridad en todo el mundo desde su intervención en Corea.

Estados Unidos, por primera vez desde la segunda guerra mundial, comienza a sujetar su conducta a los consejos de Londres. La política norteamericana es frenada, primero, con el viaje de Attlee, que obliga a Truman a cambiar de rumbo, y luego se le imponen las negociaciones con China contra su gusto. La renuncia inglesa al Plan Marshall indica que Londres busca recobrar su libertad de acción. Hoy ya se habla de un cierto distanciamiento anglonorteamericano.

Londres, sutilmente, asegura la acción de conjunto en la “Conferencia del Commonwealth” y extiende la influencia de su dirección política a numerosos países del mundo, y los efectos comienzan a hacerse sentir. Divide el gobierno del mundo occidental. Enfrenta su “habilidad” a la “fuerza”.

Por eso Estados Unidos, frente a la propia debilidad de su política, busca fortalecerse en la protección del sistema creado por la Organización de los Estados Americanos.

Los graves errores de la dirección política comienzan a hacerse sentir, al punto de pensar y expresar algunos norteamericanos eminentes que el último reducto defensivo de la política yanqui está en América y que hay que encerrarse en él.

Los millones del Plan Marshall, la inmensa propaganda, las presiones de todo orden, las maniobras bruscas e incongruentes de los agentes políticos de las embajadas, las costosas conferencias internacionales, los congresos de prensa, la acción de las empresas informativas dirigidas y la de los servicios de inteligencia, parecen esfumarse en sus resultados prácticos.

¿A qué se debe todo esto? A los errores e incongruencias que ya hemos señalado en los párrafos anteriores. Hay demasiados “enemigos ocultos” o “amigos a la fuerza” para que la política del Departamento de Estado pueda salir adelante.

Si la política del “garrote” fuera suficiente para resolver los problemas de la dirección de la guerra, la política sería una cosa muy fácil y el mundo no necesitaría “conductores”.

En la vida de los pueblos, como en la de los hombres, no todo lo hace el destino. También los pueblos y los hombres ayudan en su destino. Pero no

es suficiente poseer la decisión de ayudar; lo decisivo es “saberse” ayudar. En esto, como en todas las cosas de la vida, el que procede mal sucumbe, víctima de su propio mal procedimiento.

Observando retrospectivamente la acción de la política norteamericana en Europa, Asia y América, además de desaciertos de fondo, encontramos aberraciones de forma. Con lo primero, Estados Unidos ha ido perdiendo las naciones, y con lo segundo, los pueblos.

En la guerra no se es nunca suficientemente fuerte. En consecuencia, en su preparación nadie puede despreciar, por causas secundarias o formales, la cooperación de factores que le sean afectos o que estén ligados por comunes intereses. La superficialidad, la rutina, la ignorancia o el apasionamiento de los encargados de apreciar y dirigir esto suelen pagarse con la derrota.

Hay personas tan ingenuas que creen de buena fe que se puede ser amigo y enemigo a la vez de una segunda persona. Estos hombres extienden esa idea a las naciones. En consecuencia, piensan que es posible y aun conveniente tratar como enemigo a un gobierno o a un pueblo porque éste está ligado por un pacto en el que se establece que “es amigo”. La verdadera amistad y fraternidad no es cosa de tratados, sino de sentimientos y, en los países, algunas veces de interés.

En las naciones donde la verdadera democracia se impone es, en último análisis, el pueblo quien decide. Ningún gobierno que sea realmente representativo se animará hoy día a resolver en contra de lo que su pueblo desea. Por eso, en los tiempos modernos, una política internacional apropiada debe influir en los pueblos, no sólo en los gobiernos, y a los pueblos se los conquista de una sola manera: con lealtad, con verdad y con sinceridad.

La política seguida por el Departamento de Estado ha creado en muchos países un clima impopular hacia Estados Unidos. Este clima limita a muchos gobiernos y gobernantes anticomunistas en su decisión y en sus actos. Para realizar una acción en conjunto no es suficiente que todos seamos anticomunistas, es menester también que seamos amigos leales, nos ayudemos y respetemos mutuamente y, por sobre todo, que no seamos “amigos a la fuerza”... Todo ello puede suceder cuando los hombres que dirigen la política tienen la suficiente sabiduría y prudencia como para ser capaces de sacrificar los pequeños y secundarios objetivos a la fundamental necesidad del común objetivo principal.

Febrero 1° de 1951

LA LIBERTAD

Cuando oímos decir que hay Estados amantes de la libertad que se disponen a luchar por un mundo libre, mientras se enuncian las libertades esenciales, se nos ocurre meditar sobre la libertad.

Entiendo que hay dos clases de libertad: la libertad de las naciones, basada en la libre determinación de los pueblos, en la soberanía política y en la independencia económica, y la libertad del hombre, consistente en el respeto de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes.

Hay, pues, una libertad esencial: la colectiva, y otra que es su consecuencia: la individual. Ello es indiscutible, desde que nadie puede presuponer hombres libres en una nación esclava.

Precisamente de ahí parte el Justicialismo cuando, por extensión, afirma que la libertad del hombre en un régimen de explotación, como el comunismo o el capitalismo, es simplemente una ficción. El hombre sólo puede ser libre si se desenvuelve en un mundo libre.

Algunos pretenden que los hombres pueden ser libres en una colonia de dominio político o económico. Tesis imperialista tan falaz como cuando el comunismo sostiene que las naciones satélites detrás de la cortina son también pueblos libres de hombres libres.

La humanidad conoce dos azotes que la han agobiado en su historia: el imperialismo, que, al suprimir la libre determinación de los pueblos, la soberanía de las naciones y la independencia económica de los países, los priva de su libertad esencial; y las dictaduras, que, al suprimir en parte la libertad individual, insectifican al hombre. Las dictaduras son de efecto limitado en el tiempo y en el espacio. De esas acciones, una es la principal; ejerce y alcanza sólo una acción parcial. Los imperialismos son permanentes y *alcanzan a todos*. Por eso la dictadura se abate por reacción local; el imperialismo sólo cede ante la acción de todos.

El imperialismo no se basa ciertamente en el respeto a la libertad de los pueblos ni de los hombres. Cualesquiera de sus formas, sean políticas o económicas, son sistemas de esclavitud. Por eso resulta un escarnio que repugna al espíritu cuando los imperialismos simulan la defensa de la libertad individual mientras se dedican a ejercer la esclavitud colectiva.

Cuando los imperialistas hablan de democracia, que es un régimen de libertad, cometen un acto de cinismo similar al del delincuente que se ampara en la ley contra la que precisamente delinque. Pero donde ese cinismo llega a su más alta expresión es cuando se libera a pueblos mediante su conquista. En muchos pueblos de la tierra, hoy como ayer, se escucha una exclamación siempre nueva: “dios nos libre de nuestros libertadores”.

Lo que ocurre hoy con la libertad es que, estando en todas las bocas, no puede estar en todos los corazones. Si no fuera así, veríamos un día el espectáculo maravilloso de la liberación de todas las colonias, posesiones y dominios que hacen hoy que la libertad sea sólo una ilusión de algunos hombres en una humanidad egoísta y mentirosa que declama una libertad que no siente ni practica.

La primera libertad que debemos conquistar es la de decir la verdad, porque, como consecuencia de vivir un clima de falsedad permanente, nada puede construirse sobre bases firmes y duraderas. Aun los intereses paralelos que impulsan a la común acción deben asentarse sobre basamentos reales y cimentarse en la verdad y la lealtad.

Cuando concurrimos a una conferencia internacional, aun entre países amigos, lo hacemos o con la suspicacia del “ventajero” o con la desconfianza “al brazo”, porque ella viene siempre precedida de maniobras tortuosas y groseras en busca de designios que pretenden ser ocultos, destinados a engañar, a engañar siempre. ¡Cuánto más nos valdría emplear la verdad que echar mano de una ilusoria habilidad diplomática que no poseemos y que así se transforma en un acto de mala fe!

Han pasado casi dos años sin que la Organización de los Estados Americanos diera señales de vida. Un buen día se anuncia la reunión de cancilleres y su temario. Pasan pocos días y se comunica que en una reunión de tres potencias se ha resuelto, entre gallos y medianoche, formar una comisión para entender en las compras (y fijación de precios) de los materiales esenciales. En otras palabras, se crea un comprador único que ha de disponer la forma en que los países productores venderán su producción. Al día siguiente se anuncian ya modificaciones al temario.

Otro día asistimos abismados a las declaraciones beligerantes de un empleado de la organización, que pagamos todos para que nos sirva, pero no para que se arroge la atribución de opinar por sí. Poco después leemos, extrañados, las declaraciones guerreras, aunque unilaterales, del representante de un país asociado a la organización, y en otras ocasiones presenciamos las iniciativas de algún “personero” que no alcanza a ocultar “las patas de la sota”.

Hay poca seriedad, mucha desorganización y gran parte de incapacidad en todo esto. Para hacer maquiavelismo, lo primero que hay que poseer es un Maquiavelo. De lo sublime a lo ridículo hay un solo paso. Lo sublime es no darlo.

Febrero 3 de 1951

ESTRATEGIA

Preguntado en cierta ocasión Napoleón sobre cómo había vencido a los austriacos, reputados en su época como los mejores militares, se limitó a decir: *“Los generales austriacos saben demasiadas cosas”*. Lucubraciones complicadas llevan siempre a conclusiones confusas. Lo que se necesita apreciar y resolver es lo fundamental del conjunto.

Los avances del imperialismo soviético se hacen sentir en dos campos: el internacional y el interno. Es indudable que si no existiera la Rusia comunista, la penetración de la ideología comunista en los países no sería un peligro. También es cierto que si la infiltración comunista en los países no se hubiera ya producido, la existencia de Rusia comunista no representaría un peligro para el mundo.

Parecería inferirse así que la solución sería terminar con el comunismo en nuestros países. Si no somos capaces de ello no habría otra solución que enfrentar la guerra.

Es indudable que para la primera solución — terminar con el comunismo en nuestros países — hay que considerar que, siendo el comunismo una doctrina, sólo puede ser vencida por otra doctrina mejor. El capitalismo se ha mostrado insensible a las justas reclamaciones de los pueblos e incapaz de comprender la evolución; por eso ha sido superado por el comunismo. El es el culpable de la penetración comunista.

Nuestro justicialismo ha demostrado ser una solución, superando al capitalismo y al comunismo y, sin embargo, ha sido y es combatido por ambos en un contubernio inexplicable.

Sabemos todos que la solución puede surgir a base de la supresión total y definitiva de toda idea de explotación del hombre. Sin embargo, el comunismo insiste en la expoliación por el Estado y el capitalismo en la explotación del hombre por el hombre.

Si el mundo capitalista se decidiera por la justicia — que sabemos no asegura tampoco el comunismo — y renunciara a un poco de su avaricia y egoísmo, se podría llegar a una solución sin guerra. Mucho me temo, sin embargo, conociendo a los hombres, que ello no sea posible.

La conducción de la guerra constituye una de las formas más difíciles del arte. Así como no hay una receta para confeccionar una “Piedad” de Miguel Ángel o una “Cena” de Leonardo, no existe tampoco una fórmula para lograr un “Cannas” de Aníbal o un “Chacabuco” de San Martín. Existen, en cambio, principios eternos e inmutables que rigieron este arte a lo largo de la historia militar de todos los tiempos.

La “Economía de la Fuerza” es uno de ellos. Establece que es menester ser más fuerte en el teatro principal de operaciones, dentro de él en la

batalla, y de ésta en el lugar donde se busca la decisión (centro de gravedad).

La guerra, en el campo estratégico o en el táctico, se desarrolla en numerosas acciones separadas en el tiempo y en el espacio, duran lo que dura el hombre, las demás son todas secundarias. El arte en la conducción implica destinar los medios principales a la acción principal, resignando a las secundarias los medios más secundarios posibles. Quien pretenda ser fuerte en todas partes, termina generalmente por no serlo en ninguna.

La tercera guerra mundial se ha iniciado ya, pero en un frente secundario: el Asia. Ambos probables beligerantes se aprestan aceleradamente, abarcando los medios en el principal: Europa. Surgirán, indudablemente, otros teatros de operaciones; pero, a pesar de ello, puede destacarse que, nuevamente, el destino del mundo ha de jugarse y decidirse en Europa.

En estas circunstancias sería grave error que los occidentales se dejaran atraer al Asia con fuerzas importantes para empeñarlas allí. Los hombres y los medios que se empleen en el Asia pueden faltar en la hora de la decisión en Europa.

Estamos persuadidos de que la intervención del general Eisenhower, que demostró siempre conocer su oficio, ha de corregir muchos de los errores cometidos por la política norteamericana.

El esfuerzo de esta guerra, como su dirección, estará en manos de las naciones del Atlántico Norte. Será suficiente que las demás naciones de la comunidad occidental provean a su propia seguridad, como lo establecen los pactos de Río, y sirvan a los abastecimientos para mantener su vigorosa aptitud combativa.

Pensar en movilizar hombres de los países infrapoblados para acudir a la defensa de los superpoblados sería un anacronismo que no resistiría el menor análisis. En nuestros países, cada hombre será indispensable en el esfuerzo de la producción.

Febrero 8 de 1951

POLÍTICA Y ESTRATEGIA

La conducción de la política internacional es una actividad donde los errores de previsión se pagan a más alto precio, donde el que la conduce no es suficiente que sea un buen funcionario del servicio exterior y en la que, como decía Napoleón, los hombres no son nada, “el hombre es todo”.

Hablando de cancilleres, remontemos nuestro recuerdo a Bismarck, el forjador de Alemania y autor de los famosos tratados de reaseguro contra “les cauchemars des coalitions”. Siendo él canciller, estableció la política prusiana que debía conducir a la unidad alemana a través de una acción sobre Austria primero y Francia después. Empeñada la guerra austroprusiana de 1866, cuyo desenlace fue la derrota de Austria, se suscitó un hecho profundamente aleccionador, con un casi incidente personal entre el Canciller de Hierro y el jefe de Estado Mayor, y conductor de las operaciones, coronel general Moltke. Este, como buen general, deseaba terminar la guerra, siguiendo el consejo de Clausewitz, con el aniquilamiento de los austriacos, ya vencidos, a lo que se opuso Bismarck, que se inclinaba a aceptar una rendición sin imponer mayores sacrificios ni afrentas a los vencidos, a fin de atraerlos a una amistad honrosa con Alemania.

El triunfo de la tesis de Bismarck y la realización de una paz amistosa produjeron en su política un hecho profundamente favorable, pues tres años más tarde, en la guerra francoprusiana de 1870, Austria concurría como aliada de Alemania, y aun en 1914 se sentía la influencia de tan sabia como prudente medida.

Hace cinco años que terminó la segunda guerra mundial. He oído decir a un alemán eminente, que confesó haber comenzado y terminado esta guerra sin ningún odio, que hoy, cinco años después, sentía uno profundo e inextinguible, no porque hubieran vencido a su patria, sino porque habían escarnecido a su pueblo y a sus hombres.

Hace pocos días se informó que, consultados los antiguos jefes y oficiales del ejército alemán, encabezados por el famoso general Guderian, sobre las condiciones en que volverían al servicio para el rearme de Alemania, impusieron como condición: que sus camaradas injustamente ajusticiados fueran reivindicados.

CONSULTAR LA NECESIDAD DE UNA CONVENIENCIA POLÍTICA ES SIEMPRE SUPERIOR EN RESULTADOS QUE DAR RIENDA SUELTA A LA VENGANZA, EL APASIONAMIENTO O EL ENSAÑAMIENTO CON LOS VENCIDOS.

Lo que hoy está ocurriendo era previsible hace ya muchos años. Recordamos que en 1944, en una conferencia en la Universidad de La

Plata, se afirmó que en la misma mesa de la paz comenzaría la tercera guerra mundial. Con una inteligente conducción política por parte de los occidentales, Alemania podría ser hoy, aun vencida, una pieza decisiva en el tablero en que se jugarán los destinos del mundo.

Con esta experiencia volvemos los ojos a Bismarck, uno de los políticos más hábiles que ha producido la humanidad.

Febrero 15 de 1951

ANTICIPO PARA LA HISTORIA

Cuando se escriba la historia de esta guerra, empezará con el capítulo con que comienzan todos los estudios de este orden: “las causas de la guerra”.

Es indudable que quien escriba desapasionadamente y sin preconcepción se encontrará en una difícil situación para desentrañarlas dentro del enmarañado fárrago de mentiras, simulaciones y falacias con que los autores y culpables de esta guerra han pretendido salvar su responsabilidad de apoyar causas inconfesables.

Lo más prudente será hacer dos capítulos: uno sobre las causas y otro sobre los pretextos.

En estos momentos Rusia, que pretende ser el campeón de la defensa de la paz, ha agitado a todo el mundo comunista tras una misma paloma estilizada, realizando congresos, mítines, conferencias y reuniones pro paz.

La UN, con su secretario a la cabeza, no hace otra cosa que declamar la paz y ensayar su defensa en nombre de los “pueblos libres” del mundo, a quienes nadie ha consultado, porque si lo hiciera se llegaría a la triste conclusión de que ellos, los pueblos, son los únicos pacifistas, a pesar de que sus gobernantes — embarcados en la defensa de intereses disfrazados de ideales — los arrojarán desaprensivamente al “matadero”.

¡Se trata, sin duda, de una guerra en defensa de la paz!

Todos los días leemos declaraciones de los verdaderos responsables de la guerra que se manifiestan pacifistas y, por lo tanto, optimistas en pensar que aun la guerra “no es inevitable”, mientras movilizan, desplazan sus fuerzas y empiezan nuevas operaciones en esta guerra, ya en plena realización y desarrollo.

Si Rusia, que llama a su régimen “democracia popular”, y los occidentales, que se declaran propietarios de “los principios democráticos” y de la libertad, resolvieran, por la libre determinación de los pueblos y en defensa de esa libertad y de esa democracia que proclaman, realizar en todas las naciones un plebiscito para escuchar también la voluntad de los pueblos, llegarían a la conclusión objetiva de que los únicos que desean la guerra y arrojan al mundo a su destrucción son los gobiernos, porque todos los pueblos del mundo, cansados de luchar, sólo anhelan vivir en paz con lo que tienen.

Llegaríamos así a la conclusión de que la humanidad estaría mejor gobernada y dirigida por los pueblos que por los personeros que, mediante diversos recursos y arbitrios de la política, pretenden hacernos creer que los representan.

Vivimos una época de usurpadores, desde que los que gobiernan hacen en nombre y representación de los pueblos precisamente todo lo contrario de lo que los pueblos quieren.

Las causas de esta guerra no hay que buscarlas entonces en los ideales de los pueblos, porque esos ideales son precisamente contrarios a la guerra misma. No hay tampoco que buscarlas en el enfrentamiento de dos mundos ni de dos ideologías, porque aun ese problema puede resolverse pacíficamente mediante la propia y libre determinación de los pueblos. ¿Quién puede dudar hoy día en la Argentina acerca de cuál es la ideología de su pueblo? ¿Será necesario que peleemos y nos matemos en las calles para saberlo? ¿Cuántos han muerto para que nuestro Justicialismo impere por derecho de mayoría en este país? ¿Por qué no se hace lo mismo en el mundo?

Y si Rusia quiere ser comunista, ¿qué nos importa a nosotros? ¿Es que acaso podremos hacer creer a alguien que vamos a hacer matar 50 ó 100 millones de hombres para que los rusos, que nunca fueron libres, disfruten de una libertad que a lo mejor no quieren?

¿Es que alguna vez ha habido un mundo libre? ¿Podrían decir eso Polonia, Rumania, África, Malvinas, Puerto Rico y cientos de pueblos más?

Los justicialistas comprendemos bien estas cosas porque por el delito de serlo, en nuestro país, en nombre de esa libertad, se nos ataca embozada o abiertamente, desde todas las posiciones, ya sea por los comunistas como por los capitalistas y sus gobiernos.

Podríamos repetir aquí la inmortal sentencia: ¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Las causas son sólo dos: intereses y, para servirlos, **PREDOMINIO.**

Más les valdría a los hombres, frente a la Historia, confesar honradamente sus designios.

Por lo menos, así, la Historia podría decir algún día que obraron valientemente por la consecución de sus ambiciones y no escudados cobardemente detrás de la infamante máscara de la simulación.

Febrero 22 de 1951

POLÍTICA Y ESTRATEGIA

La coalición es la característica saliente de las “guerras mundiales” que históricamente nos ha tocado vivir. Es precisamente en este tipo de guerra donde la acción de la política tiene una mayor importancia y responsabilidad. A ella le está confiado:

- Preparar las mejores condiciones para la guerra.
- La realización de las alianzas.
- La preparación del espíritu público que haga popular la guerra y su causa.

Hasta ahora, en estas tres direcciones, los occidentales hemos hecho muy poco.

En la preparación de las mejores condiciones para la guerra, lo fundamental era terminar con la quinta columna comunista. Para ello la fuerza no era suficiente. Se imponía vencerla ideológicamente y superarla en el campo social. Sólo el justicialismo pudo realizar tal objetivo. De no mediar el tozudo egoísmo y la avaricia del capitalismo internacional, esto mismo pudo hacerse en todo el Occidente. Sin embargo, la obtusa incomprensión llevó al capitalismo a combatir abiertamente al Justicialismo, muchas veces en unión con el comunismo.

La conducción de la política internacional no fue más afortunada, ni con las medidas unilaterales, preñadas de errores, ni con las de conjunto, emanadas de las precipitadas decisiones de la UN, bajo la presión y en la atmósfera irrespirable de la guerra fría.

Después de cinco años de trabajo de cancillería llegamos a 1951, y nadie podrá afirmar con fundamento que las condiciones creadas son mejores que en 1945. Es la mejor prueba de que no se ha hecho nada bueno. Han faltado capacidad y método.

En la realización de las alianzas, si bien se ha llegado al “Pacto del Atlántico Norte” y al del “Atlántico Sur”, sabemos que todo ello ha sido más bien declamatorio y burocrático que un acto real y efectivo del sentimiento y la acción de los países.

En la preparación del espíritu público, como consecuencia de una falsa propaganda, cuanto se ha hecho ha sido inoperante cuando no contraproducente. Los pequeños objetivos motivaron luchas subalternas, eclipsando el objetivo de conjunto. Una falta absoluta de coordinación neutralizó los esfuerzos.

Podemos afirmar que, en la unión y preparación de nuestros países para enfrentar al imperialismo soviético, han hecho más los errores de la política comunista que todos nosotros juntos. Es su ataque permanente y sistemático el que nos ha puesto contra él; es su política prepotente e insidiosa la que nos ha unido, y son los peligros del comunismo los que han formado en los pueblos la conciencia común de resistirlo. Es precisamente

por todo ello que el comunismo ha hecho popular la causa contra él. Si no fuera que el capitalismo es también resistido por los pueblos, la guerra actual tendría en el mundo una popularidad no alcanzada; jamás por ninguna otra.

Desde que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, es lógico que a una política clara y definida siga una guerra de similares características, y que a una política incierta o incoherente ha de sucederle una guerra confusa y aun indecisa.

En la política actual se han seguido dos orientaciones. Los occidentales han trabajado sobre los gobiernos, los comunistas en los pueblos. Como consecuencia de ello, la próxima guerra no comenzará como las anteriores, sino que vendrá precedida por actos de sabotaje y convulsiones internas que podrían llegar a la guerra civil.

Como ni una ni otra tendencia han obtenido integralmente su objetivo político hasta ahora, la preguerra vendrá influida por las acciones que febrilmente realizara la política en procura de una decisión en el orden interno de los países. Ello implicará una etapa peligrosamente sensible de las relaciones internacionales. La habilidad de los occidentales estará en no actuar demasiado incorrectamente. Podría ser catastrófico que trataran de conseguir por presión directa o violenta lo que no fueron capaces de obtener con una política sabia y prudente.

Los comunistas, con sus groseras intervenciones insidiosas en la vida interna de los Estados, se han ganado paulatinamente la oposición de todos los gobiernos y de una gran parte de los pueblos.

Puede asegurarse que lo único que puede favorecerles aún es la enloquecida propaganda que se dirige desde Estados Unidos, la que, por carecer de comprensión y mentalidad adecuadas, lleva a resultados contraproducentes.

La política seguida desde el Departamento de Estado, aunque algunas veces mal realizada por personeros peor disimulados, ha sido, no obstante, de respeto a la soberanía de los Estados americanos. Ello ha permitido ir borrando paulatinamente los malos recuerdos y preparando una “mejor vecindad”. Debemos confesar, sin embargo, que todo se habría acelerado en el proceso de nuestra mejor amistad si algunas personas no se hubieran dedicado, con una terrible irresponsabilidad, a jugar a la intriga internacional en este delicado campo, mediante la creación de entidades mal encubiertas, como la Liga del Caribe o la Junta de Defensa de la Democracia, creada por el agente de Griffith.

Esperamos que el buen juicio y la prudencia triunfen finalmente y se borren estos malos recuerdos con la desaparición de los errores cometidos por hombres subalternos, superficiales e irresponsables.

Esperamos también que cierta prensa mercenaria, cuando no chantajista, dedique su prédica a una mejor comprensión entre nosotros y nuestros pueblos, en lugar de ocuparse en intrigar, despertar odios y separar a nuestros países.

Los comunistas en estas naciones van siendo paulatinamente desalojados, aunque todavía quedan restos activos dirigidos por ciertos elementos encubiertos en la diplomacia. Su juego es conocido, sus planes también; de modo que no irán lejos.

De no mediar nuevos errores en la voluble propaganda de nuestros amigos, no produciéndose nuevos ensayos de “juegos raros” o intentos desaprensivos de aprendices de políticos, y no ocurriendo acciones apresuradas o histéricas, que a menudo son conducta en los incapaces, ya nada puede salvar a los comunistas en esta parte del mundo.

Marzo 1° de 1951

ECONOMÍA DE GUERRA

Existe una economía de paz y una economía de guerra. Quien se decida por la segunda cometerá un grave error en seguir empleando los métodos de la primera.

En la historia universal, la supervivencia pertenece a los pueblos guerreros, porque la humanidad ha vivido permanentemente en lucha y porque en la vida de las naciones existen etapas heroicas que imponen todos los sacrificios para que la patria siga viviendo. Esas etapas son intransitables para algunos pueblos.

Cartago fue un ejemplo de ello. Haciendo de la guerra un negocio más, armó a Aníbal, su famoso general, encargándole la destrucción de Roma, con lo que su riqueza alcanzaría límites insospechables. Cruzó los Alpes, y frente a las murallas de Roma aniquiló su ejército en Cannas, estableciendo sitio a la Ciudad Eterna. Esta resistió; fue varias veces batida, pero resistió. Cartago buscó mil alianzas, pero Roma resistió. Debilitadas las fuerzas de Aníbal, pidió a su patria refuerzos para someter a los romanos. Los cartagineses consideraron mal negocio hacer nuevas contribuciones y contestaron: *“Si Aníbal es vencedor, no las necesita; si es vencido, no las merece.”* Vencieron así a su propio general cuando estaba a punto de dominar al Imperio de los Césares: *“la avaricia rompe el saco”*.

Escipión el Africano, en Zama, dio poco después el golpe decisivo a Aníbal en nombre de Roma. Cartago había realizado su propia destrucción.

Esta tremenda enseñanza de los tiempos no la ignoran los que saben estrategia, pero en el campo de la política la lección es más profunda porque enseña que las grandes encrucijadas de la Historia se superan con medidas y sacrificios heroicos, nunca con comunes sistemas económicos. Una cosa es comerciar y otra guerrear.

La guerra moderna es una inmensa destrucción de valores, y ya no queda el antiguo recurso de cobrar al derrotado, sino que a menudo es menester pagar también para que el vencido no sucumba en la miseria que sobreviene a la derrota. Esta clase de guerra no puede *“ser negocio”* para nadie. El máximo objetivo de la economía de guerra es resistir el esfuerzo y evitar la catástrofe que todos los días amenazará hasta la más vigorosa de las economías.

El esfuerzo será tan intenso que el desgaste progresivo impondrá hasta sacrificios heroicos a todos los pueblos que, de una manera directa o indirecta, estén dentro de la contienda o de sus consecuencias. Hoy el mundo es tan chico y la guerra es tan grande en el efecto de sus medios que aun aquellos que no participaron en el usufructo de la riqueza deberán prepararse para compartir sus sufrimientos y sus miserias.

Esa miseria y ese sufrimiento estarán en razón directa del grado de dependencia que la economía interna tenga con respecto a la internacional. En esa guerra todos dependerán de distinta manera y en diversos grados de los demás.

EL EGOÍSMO EN LA DEFENSA DE LOS PROPIOS INTERESES NO SERA SOLUCIÓN; MAS BIEN ELLA LLEGARA CON EL HONRADO Y SINCERO SENTIMIENTO DE LA COOPERACIÓN EN DEFENSA DEL BIEN COMÚN DE LOS PUEBLOS. ¡POR LO MENOS SERA NECESARIO SALVAR ESO!

Marzo 8 de 1951

LA PUBLICIDAD.

La influencia que a principios del siglo adquirió la publicidad ha sido decisiva para su utilización en la política internacional y en la guerra.

El prestigio de los antiguos diarios veraces y difusores del bien, aprovechado por aventureros y traficantes, sufrió la suerte consiguiente. La opinión no pudo haber escapado a la terrible deformación de todos los valores que han caracterizado nuestro tiempo.

Hoy no es un secreto para nadie que muchos consorcios y cadenas de diarios no son sino empresas comerciales, que venden papel escrito como se venden cosméticos o artículos de ferretería.

Antes, los diarios pobres pero honrados se elevaron moralmente con su información leal y su prédica honorable. Cuando apareció la publicidad fueron poco a poco envileciendo su primitiva posición para servir los móviles de sus avisadores y su propaganda. Convertidos así en un vulgar comercio, los diarios degeneraron poco a poco en verdaderos monopolios.

Hoy no hay quien no utilice la publicidad para fines propagandísticos con resultados variables. Pero los imperialismos se sustentan en algo más serio que la simple publicidad. A ellos no les es suficiente publicar un aviso para vender su artículo, sino que deben imponerlo a toda costa, y para eso no es suficiente avisar. Por eso los Estados han creado todo un servicio publicitario, disfrazado con diversos nombres o siglas. Este servicio comprende toda una organización que involucra al que hace o inventa la noticia, la estudia, la explota, la depura, la distribuye y la reproduce. Es claro que todo este organismo, que comprende las llamadas fuentes de información y empresas internacionales de noticias, obra con un designio que se imparte como objetivo desde un lugar central que dirige y comanda el grupo.

Si desde un diario se puede hacer un chantaje a una persona, desde esta organización se lo puede hacer a toda una nación. Por este medio se puede llevar el descrédito a un gobierno y a un pueblo entero a la guerra.

Algunas de estas empresas internacionales pertenecen o trabajan para los servicios de espionaje de los países que, mediante el zarandeado arbitrio de la libertad de información y acceso a las fuentes de información, abren el camino a la actuación de numerosos agentes y espías, asegurándoles un cierto grado de impunidad.

La libertad de prensa, que es motivo de intensa campaña, no presupone la defensa de principio alguno, sino una verdadera agitación internacional dirigida a imponer una forma de influir en la opinión por los medios publicitarios al servicio de las empresas y países que la costean. Si no, ¿cómo se explicaría que Rusia, que hasta 1945 fue para todos los diarios un

modelo de democracia, ya en 1946 fuera la más atroz de las dictaduras, y que respecto a España, que hasta hace unos meses sufrió sanciones y el anatema de la tiranía, en pocos días toda “la prensa libre” cambiara diametralmente de opinión?

Cuando se habla de “opiniones independientes” de los grandes diarios con insistencia sospechosa en numerosos órganos de distintos países, puede individualizarse perfectamente la organización del monopolio que abarca el “trust” de publicidad dirigido por las grandes centrales de los países. Los congresos internacionales de editores no son otra cosa que reuniones sui géneris de directorio o de empleados que van a esas centrales a recibir instrucciones. El pueblo les ha llamado con propiedad “la voz del amo”.

No es un secreto para nadie que en el país se editan diarios dependientes, dirigidos y administrados en el exterior que, cuando tienen un contratiempo aquí, las protestas se producen a 4.000 kilómetros de distancia. Todo esto no es nuevo ni debe movernos a perplejidad porque es un episodio más de la lucha política internacional accionando subterráneamente, pero movida por manos tan incapaces como irresponsables.

En su mayoría, estos diarios, que invocan aquí y allá a la opinión pública, no la representan en manera alguna. Pretenden encaminar a esa opinión hacia los intereses u objetivos que defienden, no siempre confesables, lo que los obliga a ocultarse tras el engaño que invocan.

Las campañas sincronizadas a base de noticias fabricadas, calumnias inauditas y falsedades de a puño no son en manera alguna peligrosas para nadie, pues los pueblos han llegado a descubrir la verdad a través de la mentira. Sin embargo, esos diarios tendrán su mejor castigo en el hecho de que cuando digan la verdad nadie se la va a creer.

Marzo 15 de 1951

LA OPINIÓN PÚBLICA

Los que entienden de guerra afirman que el concepto de “nación en armas” que caracteriza la lucha moderna obliga a que la guerra sea popular. Por popular se entiende que el pueblo acepte luchar y lo haga con decisión y espíritu de sacrificio.

En esta preguerra que vivimos, el concepto ha ido de “nación” a “continentes en armas”. Con ello, la necesidad de preparar la popularidad de la guerra ha pasado del aspecto nacional al internacional. Este hecho ha traído un aspecto nuevo en la preparación y en la dirección de la guerra y ha provocado no pocos conflictos agudos o en estado de latencia que están en pleno desarrollo.

Una publicidad febril y desordenada, poderosa pero de incapacidad manifiesta, ha invadido todas las fronteras. La “libertad de prensa” y el “libre acceso a las fuentes de información”, groseramente impuestos, constituyen la ganzúa para forzar la entrada. Por eso han producido un efecto contrario. Cada día la guerra es menos popular y cada día los pueblos temen más los medios coercitivos y prepotentes de los que pretenden despertar su confianza y su simpatía.

En cuestiones de política interna puede ser útil girar en descubierto con la opinión pública, como se lo hace todos los días. Un diario que, en el fondo, no tenga responsabilidad alguna puede atribuir lo que quiera a la opinión pública y usarla a su favor. Pero en el esfuerzo y el sacrificio de la guerra es muy peligroso atribuir a la opinión popular factores inexistentes, porque ese engaño se paga con hierro, sangre y dolor en las horas aciagas de la decisión.

La opinión pública es susceptible de formarse y de utilizarse con fines nacionales e internacionales. En cambio, es una aberración inaceptable el pretender utilizar una opinión no formada o contraria, desconociendo este hecho y dando sin más por aceptado el deseo y no la realidad. En esto, como en todo, no puede colocarse el carro delante de los caballos, por lo menos si se desea que el carro marche.

La opinión pública, a los efectos de la guerra, es una realidad. En consecuencia, no se la puede usurpar, ni manejar arbitrariamente a voluntad, ni reemplazar desaprensivamente con una ficción. Se forma por un procedimiento inteligente, se maneja con lealtad y prudencia, y se afirma y consolida en los hechos, no en la imaginación.

Por ser un hecho que se desarrolla en el fuero interno de cada individuo y en la conciencia colectiva de cada pueblo, es un asunto más bien moral. La prepotencia ejercida sobre un gobierno, la amenaza sobre una nación, el engaño sobre un pueblo son caminos equivocados para ganar el corazón de

los hombres. Con una amenaza no se destruye otra amenaza, como con una mentira no se destruye otra mentira.

La solución de la guerra es un problema complejo que impone verdaderos valores y conocimientos profundos y diversos. No todos los hombres, por sabios que se consideren, están en condiciones de encararla. No es lo mismo ganarse la voluntad de los pueblos que hacer que sus componentes consuman “coca-cola”. Por lo menos, cosas tan diferentes implican distintos procedimientos.

Monopolizar los servicios informativos, mantener diarios y agentes de provocación, penetrar en los países con servicios de espionaje infiltrados en las empresas comerciales no presupone ganarse la opinión pública, sino, por el contrario, producir la desconfianza y desatar el odio vernáculo tan pronto se descubra la superchería, que se descubre siempre.

La guerra es un drama sangriento y apasionado; su solución no puede confiarse en manos de aficionados ni de “dilettantes”. Cada acto de su preparación impone un método y un plan minuciosos y acabadamente estudiados. La felicidad y la tranquilidad de los pueblos no son cosas con las que se pueda jugar, e imponen a los dirigentes, por lo menos, un poco de sentido de la responsabilidad.

Los pueblos tienen un fino instinto para distinguir cuándo las cosas se hacen bien de cuándo se pretende engañar a la opinión pública aun con hábiles supercherías, y, ante todo, los pueblos tienen profundamente desarrollado el sentido de su defensa.

La preparación de la opinión pública de un país soberano es parte de la soberanía que ejerce el Gobierno y no puede cederla al extranjero sin verse incurso en el delito de alta traición. Por eso, cuando dos o más países acuerdan una acción común, corresponde a los gobiernos de cada nación manejar tal asunto en lo interno.

Toda interferencia foránea presupone un acto desleal y de hostilidad inadmisibles, aunque se trate de salvar las formas, disfrazando tal intervención con la libertad de prensa o de las fuentes de información, con empresas comerciales, con agregados al servicio diplomático u otros engaños semejantes. No se borra el fondo de una ofensa con el “acicalamiento” de la forma.

En esto, como en todas las cosas de la vida, los que proceden mal sucumben víctima de su propio mal procedimiento.

Marzo 22 de 1951

POLÍTICA Y SOBERANÍA

Los hombres proceden tan bien como estén de bien informados. Una situación equivocada conduce a errores en la apreciación y en los hechos. Por eso, en la conducción política internacional la penetración de los problemas y su comprensión son la base de todo.

Para los argentinos su soberanía es sagrada. A nadie que no obrara de mala fe se le ocurriría interferir en sus problemas internos.

Desde 1806 nuestra historia es clara. Dos invasiones británicas sucumbieron, la España de Fernando VII fue arrojada de nuestro territorio, y franceses e ingleses aliados debieron regresar del Río de la Plata con las manos vacías. Si otros lo intentaron, los resultados no fueron mejores.

Por eso los argentinos somos celosos y orgullosos de nuestra soberanía. No habrá fuerza alguna en el mundo que nos doblegue en su defensa. No creemos que ningún argentino levante en esta tierra un soldado para pelear fuera de sus fronteras, porque aquí no existe predisposición para agredir; pero si algún día un país extranjero pusiera un pie en nuestra frontera, tendría que matar al último argentino antes de que pudiera poner el otro. Los valores de la Historia no mueren, y estos hombres han demostrado que no conocen el miedo cuando luchan por su soberanía avasallada.

La servidumbre no ha sido nunca nuestro fuerte. De igual a igual, de amigo, vamos a cualquier parte; de sirviente, ni a misa. Cuando la dignidad está en juego, desaparecen para nosotros los intereses y las conveniencias, porque no creemos que el honor sea negociable. La vida la concebimos nosotros a cambio de honrarla, pero no de venderla. Nuestro honor y nuestra dignidad son una pequeña porción del honor y de la dignidad de la Patria; por eso los defendemos con la vida de todos. Estamos persuadidos de que algún día nos comprenderán, aunque sería más lógico que nos conocieran ya.

Hace poco un conflicto gremial paralizó al diario “La Prensa”. Este órgano, por su origen, por los capitales que lo financian, por su prédica foránea y los testaferros que lo representan, es un foco de traición a la Patria. Sin embargo, los poderes del Estado, dando un ejemplo de prudencia, no habían tomado decisión en su contra. Bastó que un alto funcionario extranjero, abogado de Wall Street, en atrevidas e imprudentes declaraciones, abogara en su defensa, para que la reacción popular se hiciera sentir y, con ello, su destino se decidiera. “La Prensa” podrá volverse a editar, pero ya no podrá traicionar al país. Si no, no saldrá.

EN ESTE PAÍS, DONDE LOS PODERES DEL ESTADO SON REPRESENTACIÓN GENUINA DEL PUEBLO Y NO ASOCIACIONES DE INTERESES O DELINCUENCIAS, NO EXISTE LIBERTAD PARA ATENTAR CONTRA LA LIBERTAD Y MENOS AUN PARA TRAICIONAR AL PUEBLO Y A LA PATRIA.

Marzo 29 de 1951

LA GUERRA Y LA DESTRUCCIÓN

El monstruo de la guerra es devorador de hombres y dinero. Es, en consecuencia, un destructor implacable de los valores y de la potencia.

En los tiempos modernos nadie gana en una guerra. El vencedor queda generalmente exhausto sobre el cadáver del vencido. Sólo se salvan los que no intervienen en ella. Para los beligerantes es un mal negocio que el dominio por el cual se lucha pueda caer en manos de los neutrales. Por eso en estos tiempos la neutralidad es una mala palabra. Tan mala hoy como tan buena resultó durante siglos.

Por eso, cuando se dice “la lucha de Oriente contra Occidente”, “el choque de dos ideologías”, “el conflicto de la democracia y el totalitarismo” y aun “la guerra de dos imperialismos”, se busca involucrar a todos los países en los bandos, para evitar que, al final, ésta sea una guerra como todas, en que dos naciones diriman entre sí y por la fuerza el choque de dos intereses.

De ahí la penetración arrolladora, la existencia de astucias, la fiebre de conferencias, reuniones y pactos. Las guerras mundiales de coalición tienen también sus características originales.

Lo primero que la guerra destruye son los valores que el hombre ha creado con el trabajo paciente de años. Cuando se dice que en Europa el hombre no desea trabajar sino lo necesario para subsistir, se reconoce así que también se ha destruido al hombre. La destrucción sistemática de hombres y valores que acarrea la guerra, por años, termina por destruir la economía y el trabajo que la sostiene.

En las guerras modernas, la destrucción es el principal medio de acción. Clausewitz sostiene que el fin de la guerra es destruir la fuerza del enemigo para oponerle la voluntad propia. Hoy la fuerza del enemigo es la “nación en armas”, y hay que destruir la o las naciones que la constituyen; por eso se la ha denominado también “guerra integral”.

El medio atómico, aparecido ya en la última contienda, no hará sino precipitar e incrementar la destrucción. En otras palabras, el poder destructivo de la guerra moderna ha aumentado su intensidad en el tiempo y extendido su campo de acción en el espacio.

¿Qué subsistirá después de la tercera guerra mundial de la miserable economía en que el mundo moderno se debate? ¿Cuál será el efecto final del derrumbe total de la poderosa economía que se afirmó en 1918 y sobrevivió a 1945? Nadie puede predecirlo hoy.

Sin embargo, que los hombres presienten ya algo trágico se evidencia en la desesperada resistencia con que cada país lucha por evitar la destrucción de sus hombres y sus economías.

Abril 5 de 1951

LA AGRESIÓN

Se afirma — no siempre con fundamento — que la agresión armada ha ocasionado las últimas guerras. La propaganda ha hecho de la agresión algo así como un “pecado mortal”. Por eso nadie quiere “atacar primero”. Ello ha creado la simulación o la forma infamante de la agresión.

La agresión armada no es hoy la única forma de agredir. Se agrede económica y políticamente, por medio de la propaganda y la diplomacia. Una verdadera agresión es un “boicot” o bloqueo económico; un plan de ayuda dirigido a perjudicar a un país; la intervención grosera de un embajador y su embajada para provocar conflictos internos o revoluciones en una nación; como asimismo la acción coordinada y oficial de las embajadas de un Estado para, por medio de una propaganda falaz y malintencionada, denigrar a otro en el mundo entero.

No lo es menos la ocupación indebida del territorio de un país más débil o la intromisión en discusiones sobre partes de su soberanía basadas en peregrinas teorías a todas luces falsas y abusivas.

Reconocemos que la agresión armada es el ataque franco. Las agresiones insidiosas, ruines y denigrantes son la forma degenerada de la agresión. Condenar la agresión armada y aceptar las otras sería como condenar el asalto a mano armada y tolerar la estafa, la corrupción o el fraude.

Hay países que han hecho un sistema del engaño, hasta llegar a engañarse a sí mismos. Para ellos, la libertad, la justicia y la democracia es suficiente que diariamente sean mencionadas por los diarios y transmitidas al mundo por sus agencias de noticias. Les interesa convencer al mundo de que ellos son libres, justos y democráticos, aunque sufran la peor de las tiranías, del dinero o de la corrupción; que parte de su población se dedique, como los espartanos e ilotas, a la cacería humana de otra parte y que su democracia cometa su primera falla en la elección misma de los ciudadanos que han de gobernarlos.

Estos países proyectan al terreno internacional los vicios y la corrupción de su sistema interno, contaminando al mundo entero. Es la peste del siglo xx, que, atacando la decencia y la honradez de los procedimientos, da lugar a la peor de las agresiones: la de la inmoralidad.

Cuando se habla de “desarme”, no sólo ha de entenderse como supresión o limitación de los medios militares de lucha, que son los nobles, sino también del “desarme de la agresión” que propugna la desaparición de lo innoble. Lo contrario sería desarmar la policía para dejar el campo libre a los estafadores, los “gangsters” o los corruptores.

Los argentinos conocemos mucho acerca de las diversas formas de agresión. Hace bastante más de un siglo que supimos las amenazas y soportamos la agresión en todas las formas imaginables.

Pero, a pesar de que a los países americanos no parece haberles preocupado nunca estas agresiones, ni cuando fuimos atacados y despojados de parte de nuestro territorio por una nación extracontinental que nada tiene que hacer aquí, estamos dispuestos, y así nos hemos comprometido, a unirnos a los demás para repeler una agresión contra el territorio continental americano. Es natural que esperemos que esta agresión al continente americano no ha de producirse en Asia, África, Europa u Oceanía.

También estamos dispuestos a colaborar con todos los países del mundo, en la UN, para asegurar la paz. Y es natural también que debemos pensar que, para asegurar la paz, no sea lo más prudente hacerlo por medio de la guerra.

La dura y dolorosa experiencia ha hecho que la agresión repugne a nuestro espíritu. Por eso no deseamos que al influjo de estos sentimientos se nos pueda hacer instrumento de la agresión misma.

Abril 12 de 1951

COOPERACIÓN ECONÓMICA

La economía no puede circunscribirse al despojo de los demás por el sistema colonial o el régimen capitalista. Ambos conducen al comunismo, como que son su causa.

Los imperialismos han obrado con habilidad, pero no con inteligencia. El capitalismo, a su influjo, obró con crudeza, pero no con habilidad.

Los imperialismos han hecho su política con la economía, o bien su economía con la política. Por eso el imperialismo económico termina dominando políticamente a los países que sojuzga, formando su imperio de amenaza, coacción y “castigo económico”. El imperialismo político lleva su dominio integral al despojo económico en beneficio de la metrópoli. Ambos sistemas combinados han sido el camino del coloniaje moderno.

Por eso, cuando nosotros declaramos la independencia económica, estamos desmembrando un imperio, aun cuando no nos demos cuenta de ello.

Se atribuye a Disraeli la afirmación: *“No existen enemigos ni amigos permanentes; existen intereses permanentes”*. Si el imperialismo, en vez de saquear a las naciones y explotar a los pueblos y a los hombres, los hubiera desarrollado y ligado a sus intereses, la actualidad sería otra. Llevados por la avaricia y el egoísmo, sacaron el provecho inmediato del despojo y no pensaron en las conveniencias de un futuro mediano. Hoy los pueblos expoliados y escarnecidos no quieren reaccionar ante un peligro anunciado, porque más temen al dolor y sufrimiento presentes. La ruina de la metrópoli, para muchos de ellos, lejos de representar un peligro, puede significar una liberación. No están ligados a su destino, y sus objetivos no son comunes, como no es común su suerte.

Parecería inútil insistir en que la codicia despiadada del imperialismo para sojuzgar naciones y la avaricia del régimen capitalista en la explotación inhumana de los pueblos y de los hombres han sido las causas de todos los males que azotan al siglo xx, incluso del comunismo.

Norteamérica ha rehusado sistemáticamente colaborar con Latinoamérica en un plan orgánico de explotación e industrialización de sus recursos. Impidió la realización de la Conferencia Económica de Buenos Aires, impuesta como condición para efectuar la de Río de Janeiro. Su llamada colaboración económica fue siempre esporádica y circunstancial en provecho de sus directos intereses económicos y políticos.

El Plan Marshall fue un verdadero azote para la economía latinoamericana. Cerró toda posibilidad de colocación de sus excedentes, ante un verdadero “dumping” hecho por Estados Unidos. Esto constituyó, para países como el nuestro, con extensión o sin ella, una verdadera agresión a su economía, que provocó grandes dificultades en 1948.

Ahora que las papas queman se requiere la solidaridad de la economía latinoamericana, como ocurrió en Chapultepec, Río de Janeiro, Bogotá y en la última reunión de cancilleres. Hasta ahora se han recibido sólo expresiones de buena voluntad; pero, pasado el momento crítico, todo queda en la nada, aunque sí cubierto el interés político y económico de Norteamérica.

Ni los sistemas ni los hechos permiten forjarse ilusiones. La dura escuela de la experiencia nos aconseja confiar sólo en nuestra propia ayuda. En esta emergencia no somos precisamente nosotros quienes necesitamos ayuda.

Tenemos lo que otros precisan. Necesitamos lo que otros tienen. Si nos ayudan, ayudaremos.

La cooperación nunca ha sido cuestión de palabras, sino de hechos.

Abril 19 de 1951

SOLIDARIDAD CONTINENTAL

En política internacional y entre países soberanos no puede existir la unilateralidad; toda acción deberá estar basada en una absoluta reciprocidad de propósitos y realidades. Es natural que, cuando se hable de “buenos vecinos”, no ha de significar que unos seamos los “buenos” y los otros los “vecinos”.

Para los países responsables, los compromisos internacionales son actos muy serios y han de basarse, para que sean efectivos, en la buena fe, en la mutua conveniencia y la reciprocidad. Sólo ello conduce, mediante las permanentes y constructivas relaciones, a la unidad de propósitos y de acción. La amenaza o la presión sólo conduce a obtener “amigos a la fuerza”. Los compromisos unilaterales de un gobierno, a espaldas de su pueblo, son de ejecución muy aleatoria y poco aconsejable en tiempos de crisis.

La política internacional es un sistema de pesos y contrapesos; no es un sistema de engaños ingeniosos y menos de presiones groseras. En este campo, quien espere recibir, ha de estar resignado a dar en la medida que necesite. De otra manera, podrá exigirlo por la fuerza, pero esto ya es materia de guerra.

Cuando se habla de “solidaridad continental”, el sentido de la reciprocidad adquiere carácter colectivo y, en consecuencia, las obligaciones pasan a ser multilaterales.

Desde que nada hay más sagrado para una nación que su territorio, la mayor y primaria obligación de la solidaridad es la defensa territorial del Continente.

En 1833 se produce el ataque a las islas Malvinas por fuerzas británicas y su ocupación violenta.

Desde ese momento, la nación más poderosa de América ha apoyado el despojo, pese a la doctrina Monroe. En Bogotá, Río de Janeiro y cuanta conferencia se realiza, aparece este problema presentado por la Argentina, sin que siquiera se haya conseguido un apoyo moral.

Termina de realizarse la reunión de cancilleres en Washington y, una vez más, con idéntico resultado y la consabida abstención norteamericana, la Argentina ha mentado su justo pleito en procura de solidaridad continental.

Frente a esto, ¿cuál deberá ser el estado espiritual del pueblo argentino, cuando se le insinúa la exigencia de hacer matar a sus hijos y destruir sus riquezas, para repeler una agresión al continente americano, que puede producirse en Asia o Europa?

¿No recordarán instintivamente los argentinos que hace pocos días, en una conferencia de cancilleres americanos, se les ha negado un voto — un

tanto lírico — en defensa del sagrado derecho de reivindicar su territorio despojado por un país extracontinental?

¿Podría el gobierno argentino, a espaldas de su pueblo agraviado por la ingratitud y la injusticia, contraer compromisos unilaterales?

Evidentemente, hay contestaciones que más vale ni ensayarlas.

Abril 26 de 1951

EL PUEBLO, LA LIBERTAD Y LA GUERRA

En estos tiempos, el pueblo, la libertad y la guerra son tres realidades tan distintas como convencionales. Cada hipócrita las utiliza según sus inconfesadas y circunstanciales conveniencias. Todos simulan defenderlas. Pocos las defienden. Muchos se sirven de ellas.

Hay países que, habiéndose erigido en propietarios y custodios de una libertad, anhelan imponerla a los demás, creando así la peor de las tiranías.

El régimen de las libertades presupone, en lo colectivo, la libertad de las naciones, basada en la libre determinación de los pueblos, en su independencia económica y en su soberanía; en lo individual, el respeto de los derechos ciudadanos en la medida y en la forma que cada pueblo, para sí, lo determine.

LA LIBERTAD, PARA QUE SEA LIBERTAD, HA DE SER LA QUE EL PUEBLO QUIERE Y NO LA QUE PRETENDEN IMPONERLE LOS DEMÁS.

Sería ya tiempo de que los fementidos campeones de la libertad ajena se ocupen un poco de la propia. Su defensa es demasiado sospechosa e interesada para creerla sincera. Si la libertad se exporta como la “goma de mascar”, ocurre lo mismo que con ésta: todos la mastican, pero ninguno la traga.

Los defensores del pueblo y de la paz, en nombre de la libertad, pretenden llevar a los pueblos a la guerra. Pero ¿han consultado al pueblo si lo desea? Porque, de no ser así, poco se justificaría la existencia del pueblo y de la libertad.

Si el pueblo no desea la guerra, tendremos que aceptar que quienes lo conducen a ella a la fuerza son unos déspotas y unos usurpadores, dado que no sólo violan la voluntad y la libertad esencial de los pueblos y de los hombres, sino que también los escarnecen.

Porque estamos exentos de tales culpas hemos lanzado la primera piedra. En la reunión de cancilleres de Washington, la Argentina ha fijado la norma justicialista en lo que a la guerra atañe: el plebiscito POPULAR.

Para tener la conciencia tranquila de que no somos déspotas y usurpadores del poder popular, será, además de justo, conveniente que consultemos al pueblo, que es quien, en último análisis, ha de morir.

Nosotros ya sabemos que el pueblo argentino se negaría a concurrir a una guerra fuera de sus fronteras. También sabemos que lucharía hasta su último hombre en defensa de su territorio, su soberanía y su libertad. Sin embargo, estamos dispuestos a darle ocasión de resolver por sí.

A los enemigos tantas veces declarados de la guerra; a los defensores de los pueblos y de sus derechos esenciales; a los amantes de la libertad; a todos los demócratas que gobiernan pueblos los invitamos a que prueben mediante un plebiscito popular que no son los déspotas usurpadores a que antes nos hemos referido.

La existencia del pueblo y de la libertad no puede congeniarse con la del imperialismo y la del capitalismo, de la misma manera que no puede coexistir con el comunismo. En éstos el pueblo se convierte en una masa esclava y explotada, donde la libertad del hombre es un mito.

Si no existieran tales imperialismos, los pueblos podrían ser dueños de su destino, libres, independientes y soberanos dentro de sus fronteras. Por eso los imperialismos son hoy los peores enemigos de la libertad de los pueblos y de los hombres. La democracia moderna encuentra también su principal escollo en la plutocracia y el comunismo internacionales.

La guerra actual, producto del choque del imperialismo capitalista con el imperialismo comunista prueba de manera terminante que las guerras mundiales tienen su causa en la existencia de los imperialismos.

Sin embargo, no toda la culpa recae en los imperialistas. Son aún más indignamente culpables los gobernantes dóciles y cobardes, como los políticos entregadores, que, incapaces de enfrentar por sí los hechos, buscan la protección del apoyo extranjero para encaramarse y mantenerse en el poder. Estos traidores de los pueblos y de la libertad tienen más grave culpa que los conquistadores que se sirven de ellos.

La existencia de los pueblos, de la libertad y de la paz tiene su única esperanza en la desaparición de los imperialismos, del capitalismo y de los entregadores.

ESTO ES PRECISAMENTE LO QUE SOSTIENE LA DOCTRINA JUSTICIALISTA.

Mayo 3 de 1951

“LA DIGNIDAD DE LA IGUALDAD Y LA VERGÜENZA DEL SOMETIMIENTO”

En la política internacional, como en casi todas las cosas de la vida, hay verdades aparentes y una verdad real. El secreto de la conducción que lleva al éxito está en desentrañar la realidad entre la ficción. Una falsa información, basada en una verdad aparente, satisface y halaga a veces el propio pensamiento, pero no ayuda a triunfar. El éxito se elabora y construye sobre la realidad y no sobre las falsas apariencias, por halagadoras que éstas sean.

“La era colonial ha pasado”, ha dicho el general Mac Arthur. Todos los pueblos “tienen el derecho de dar forma libremente a sus propios destinos”. Lo que los pueblos buscan ahora “es la dignidad de la igualdad, no la vergüenza del sometimiento”. Palabras sabias y prudentes, asestadas como un latigazo en el rostro de todos los entreguistas del mundo.

¿A cuántos de nuestro continente alcanzará esta lección? ¿Cuántos políticos y publicistas al servicio de la traición y de la entrega oirán las palabras de un hombre sensato? ¿O seguirá el dinero pesando más que la verdad y el anhelo de los pueblos?

El error de muchos hombres de gobierno, en las democracias inorgánicas del Nuevo Mundo, está en no interpretar y respetar las aspiraciones populares. Vivimos una época en que los gobiernos miran demasiado hacia afuera de sus fronteras y lo esperan todo de la ayuda que ha de venirles de los poderosos. Por eso, también, su política está influida por inscripciones foráneas, acompañadas de abundantes medios económicos. Mr. Braden se quejaba amargamente de que, siendo embajador de Estados Unidos en la Argentina, se habían invertido muchos millones de dólares para anular a Perú, pero que esos dólares le habían sido robados por los dirigentes políticos de la Unión Democrática, en vez de ser utilizados para comprar el favor popular. Olvidó Mr. Braden que “quien da pan a perro ajeno pierde el pan y pierde el perro”. Y que si los gobiernos y los políticos, al decir de Napoleón, “todos tienen precio”, en cambio, los pueblos no se venden.

Como consecuencia de tales graves errores en la conducción política de los pueblos, se ha hecho casi una regla que los gobiernos estén divorciados del sentimiento popular y que, mientras ellos son un instrumento dócil del imperialismo, los pueblos sigan siendo fieles a los principios de libre determinación y soberanía. Sólo mediante tal aberración es posible observar la monstruosidad jurídica de gobiernos, delegados y órganos publicitarios que sostengan la intervención en los países menores por los poderosos. De eso a la colonia hay un solo paso.

Todos estos hipócritas son doblemente traidores. Traicionan a su pueblo y engañan al poderoso. Muchos de ellos piensan lo contrario de lo que dicen: basta oírlos privadamente; en el fondo, no comparten la idea que apoyan y menos aún representan la voluntad popular ni transmiten el verdadero sentimiento de los pueblos que dicen representar. Es así que se está construyendo con estiércol sobre lodo y arena. ¡El terrible engaño en que estarán muchos que creen en las decisiones de conjunto! La evidencia vendrá después con la realidad de los hechos.

Los poderosos también trabajan para ser engañados. Prefiriendo el apoyo y los falsos halagos, no pueden obtener la palabra libre y viril de los honrados y menos el sentir de sus pueblos, que, aunque sea una dura verdad, es siempre preferible a la agradable mentira.

Sin embargo, tras esa “agradable mentira”, todas las conferencias resultan dirigidas hacia objetivos preconcebidos y arreglados de antemano. Hasta se utilizan personeros para las “ponencias bravas” y se adelantan agentes de provocación para “tantear el campo”, reclutados entre los corrillos de antesala que se utilizan como caballos de Troya para introducir entre los grupos.

¡A esto, a menudo, se le llama habilidad política! Es menester una gran independencia y una extremada prudencia para obrar correctamente y con la dignidad que impone el país, no cayendo insensiblemente en esta clase de “habilidades” que, por otra parte, no difieren en mucho de los métodos empleados por los jugadores con ventaja.

Cuando llega la hora de las alabanzas en los discursos finales, ¡qué distinto lenguaje al de los conciábulos privados o de antesala! Los diarios que cobran en “moneda dura” establecen una verdadera carrera para ver quién elogia más y quién apoya mejor el sometimiento, mientras los pueblos cada día sienten más repugnancia y mayor vergüenza frente a la indignidad organizada.

Mayo 10 de 1951

LA PROXIMIDAD DE LA GUERRA

Dentro de la actual política internacional, aparecen ya conformados los dos grandes bloques antagónicos. El occidental está lejos de una preparación adecuada en lo material, y sus presuntos componentes no están en su mayoría decididos a enfrentar una conflagración, cuyas catastróficas consecuencias van más allá de todo lo previsible. A ello debe agregarse la falta total de unidad en la política internacional.

En general, casi todas las naciones se declaran contrarias al comunismo, pero no todas comparten el pensamiento sobre la forma en que debe ser anulado el peligro que esa ideología supone, ni todas contribuyen al esfuerzo de la preparación bélica que se ha impuesto el gobierno de Estados Unidos.

El frente comunista, que cuenta actualmente con poderosas fuerzas terrestres y seguramente también aéreas, incluso la bomba atómica, se encuentra sólidamente unido. El gobierno ruso guarda prudente silencio, pero no cabe duda de que es efectivo en la acción que desarrolla.

Prácticamente, el mundo se halla en una guerra que ha dejado de ser fría para convertirse en “tibia”, y su amenaza se levanta inquietante. Más aún, parecería que la situación que se vive desembocará lamentable pero fatalmente en la conflagración que todos temen.

Sin embargo, parece poco probable que el conflicto de Corea degenera, por ahora o en un futuro relativamente cercano, en una guerra mundial. Rusia ha demostrado no buscarla, y los occidentales deben evitarla en toda forma, por lo menos hasta que hayan alcanzado la preparación adecuada.

Si así acontece, quedará el interrogante sobre lo que pueda ocurrir cuando la preparación de los occidentales comience a tener alguna importancia y, posteriormente, cuando se haya completado, vale decir, en 1952 y más adelante.

Según ello, parecería que los efectos del acto guerrero decisivo, que han de ser también los que decisivamente influirán en el mundo, no estarían tan cercanos como algunos presuponen y aun pronostican.

Pero si a todo lo anterior agregamos que, según es dable prever ya por los presentes acontecimientos, el esfuerzo principal de hombres y materiales debe ser provisto por Estados Unidos —lo que implicaría el traslado a Europa y Asia de tropas y materiales en cantidades jamás igualadas y requeriría ingentes medios de transportes y largo tiempo—, puede admitirse que los efectos mencionados, para bien de la humanidad, han de demorar en llegar varios años más.

Si bien el estallido fortuito de una guerra no puede descartarse jamás en la apreciación racional, podríamos afirmar que, según se viene viendo objetivamente, la guerra está aún lejana en los catastróficos efectos

materiales que podemos prever, pero no así en los efectos políticos, que nos seguirán quitando el sueño antes, durante y después de la guerra misma.

Mayo 17 de 1951

LA GUERRA DE COREA

Las bases de la acción estratégica tienen su origen en la acción política y muy especialmente en sus objetivos, dado que la guerra es la continuación de la política. Del mismo modo que un éxito táctico carece de valor cuando la situación estratégica es falsa, no puede pensarse en una victoria estratégica en una falsa situación política.

En la conducción de la guerra lo fundamental es el objetivo, como lo es también en la conducción política. Generalmente, la finalidad de la guerra es el aniquilamiento de la fuerza del enemigo, para que, una vez postrado, se someta a nuestra voluntad, es decir, ceda a nuestro objetivo.

Cuando las limitaciones impuestas por la situación política no permitan ese aniquilamiento, será mejor no iniciar esa guerra, buscándole por otro lado la solución o, de lo contrario, conformarse a la idea de una operación indecisa y puramente de desgaste.

No hay día que la gente no se pregunte: ¿qué sucede en Corea? Probablemente en la historia del mundo pocas veces haya habido una operación más discutida y contradictoria. Estados Unidos, después de abandonar a China, execrando a Chiang Kai-shek en su libro blanco, se da cuenta de pronto que no puede abandonar el Asia continental y resuelve defender a Corea del Sur y ayudar a los nacionalistas en su último reducto de Formosa.

Es decir, lo que no quiso hacer hace tres o cuatro años con pocos dólares y bajas chinas, está decidido a realizarlo ahora con muchos dólares y muchas bajas norteamericanas. Es indudable que esta falta de previsión ha de pagarse al alto precio de sangre y dinero. Todo allí ha de resultar un pésimo negocio; basta pensar que cuando un chino y un norteamericano se cambian un bayonetazo y producen dos bajas, cosa muy común en todas las guerras, Estados Unidos pierde en el cambio más de diez veces lo que China y el comunismo.

A menudo la gente se pregunta también si el general Mac Arthur tiene razón o no. Para saber eso sería necesario ante todo establecer el objetivo por el cual se lucha: ¿qué quiere Estados Unidos en Corea?, y eso no estoy seguro de que lo sepa.

Lo que resulta evidente es que la situación política allí es falsa, como consecuencia de encontrarse empeñado frente a un enemigo que, en realidad, no se sabe por quién está formado ni quién respalda a esas fuerzas. Al principio eran norcoreanas, luego se incorporaron los voluntarios chinos y se asegura que Rusia está detrás de ellas. Un éxito estratégico es difícil en semejante situación. Por eso esta guerra se ha transformado en un “subibaja” permanente, convirtiéndose en una operación de desgaste sin decisión y sin ventaja alguna para Estados

Unidos. Ya sabemos bien que las ofensivas van de Seúl hasta el Yalú, pero también sabemos que la temporada siguiente lo que va del Yalú a Seúl es su retirada. Guerras sin objetivos son guerras sin decisión, porque los éxitos tácticos se anulan en situaciones estratégicas inconvenientes.

La guerra de Corea, hasta el presente, no ha sido una operación en serio desde el punto de vista militar. Para serlo, requeriría un objetivo en busca de una decisión.

Si el comando de Estados Unidos ha decidido ya, en el caso de Mac Arthur, que no tiene intención de extender la guerra a China ni a Rusia y que considera que el teatro de operaciones de la tercera guerra mundial está en Europa, su objetivo en Corea no puede ser sino un objetivo limitado y territorial.

Suponiendo que Rusia sea la que está detrás de los norcoreanos, como se asegura, allí no puede sino buscar el desgaste de su probable enemigo, empeñándole con China en una guerra que sería interminable, sangrienta y sin ninguna utilidad práctica desde el punto de vista militar. Siendo así, los norcoreanos no pueden tener interés en terminar esa guerra, y aun cuando pudieran aniquilar a los norteamericanos, convendría que no lo hicieran. Los sudcoreanos, por su parte, no podrán llegar a una decisión mientras sostengan que no desean guerrear con China ni con Rusia, que, para el caso, serían las bases objetivas de su adversario.

Hace pocos días, el general Ornar Bradley, jefe del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, declaró ante el Senado que la extensión de la guerra de Corea comprometería a su país en “una guerra desacertada, en un lugar inapropiado y en un momento inoportuno”. Eso precisamente dijimos nosotros hace mucho tiempo en uno de estos artículos, donde también hablamos de la falta de previsión. En el Asia la lucha debió ser realizada por los bandos asiáticos, pero esto debió verse y resolver en su tiempo y no ahora.

“EL QUE NO TIENE BUENA CABEZA PARA PREVER, HA DE TENER BUENAS ESPALDAS PARA AGUANTAR.”

Mayo 24 de 1951

EL IMPERIALISMO Y LA GUERRA

La guerra se produce por designio de los hombres, no por su fatalidad. Las causas del noventa por ciento de las guerras que ha soportado la humanidad, desde el mundo antiguo hasta nuestros días, han sido los imperialismos. Oriente, Grecia, Roma, la Francia napoleónica, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Rusia, son la historia patente de esas causas. Las guerras fortuitas entre dos Estados han sido juego de niños comparadas con las devastaciones provocadas por las conquistas de los imperios. Siguiendo la línea de los imperialismos, se verá en cada uno de ellos la repetición de los mismos fenómenos que, finalmente, los ha llevado a la ruina para dar lugar al nacimiento de otro. Los hombres parecen no aprender nunca, cuando los malvados intereses acicatean su deseo de predominio o de riqueza.

Pedir a los hombres la comprensión y prudencia necesarias para ver claro sería como pedirles que construyeran sobre la justicia y la ecuanimidad. Por lo menos, nunca lo han hecho. Sin embargo, ése sería el único camino que conduce a la paz que anhelan los pueblos.

Habría que preguntar si ella es la misma de que nos hablan los hombres de Estado.

El 10 de junio de 1944, cuando la segunda guerra mundial estaba en su apogeo; cuando el comunismo se confundía con las Naciones Unidas que cantaban alabanzas todos los días a esa democracia popular; cuando se prometía a los pueblos la paz definitiva y la justicia social permanente desde que sus enemigos fueran barridos del planeta, el coronel Perón decía, en la inauguración de la cátedra de la defensa nacional en la Universidad Nacional de La Plata: “Los estadistas que actualmente dirigen la guerra de los principales países en lucha, ya sea bajo el signo del Nuevo Orden o bajo la bandera de las Naciones Unidas, muestran a los ojos ansiosos de sus pueblos una felicidad futura basada en una ininterrumpida paz y cordialidad entre las naciones y la promesa de una verdadera justicia social en los Estados.

Este espejismo no puede ser más que una esperanza para los pueblos que, agotados por una larga y cruenta lucha, buscan en una esperanza de futura felicidad el aliciente necesario para realizar el último esfuerzo, en procura de un triunfo que asegure la existencia de sus respectivas naciones.

En efecto, alguien tendría que demostrar inobjetablemente que Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y China, en el caso de que las Naciones Unidas ganen la guerra, y lo mismo Alemania y Japón en el caso inverso, no tendrían jamás en el futuro intereses encontrados que los lleven a iniciar un nuevo conflicto entre sí y, además, que los vencedores no pretenderán establecer en el mundo un imperialismo odioso, que obligue a la rebelión

de los oprimidos, para recién creer que la palabra guerra queda definitivamente descartada de todos los léxicos.”

En tal ocasión, el Departamento de Estado dio un comunicado oficial que, entre otras cosas, decía “que tal discurso es considerado como una declaración de una política totalitaria para la Argentina”. “El coronel Perón manifestó en la ocasión que no importaba a la Argentina si las Naciones Unidas o el Eje vencían en el conflicto actual, pues no había posibilidades de una paz mundial y que los poderes interesados inevitablemente reñirían en la mesa de la paz.” — (“La Prensa” del 1 de julio de 1944.)

Convengamos, en primer término, que el Coronel se equivocó: los aliados de ayer no llegaron a la mesa de la paz, se pelearon antes... envolviendo al mundo en la amenaza fatídica de una tercera guerra mundial. La imprevisión y la ineptitud, como la soberbia de la ignorancia evidenciada en ese comunicado del Departamento de Estado, son las que dan relieve inusitado a las aseveraciones proféticas del coronel Perón.

Evidentemente, el mundo ganaba poco si la victoria de las Naciones Unidas había de llevarlo a una tercera conflagración mundial en la que las depredaciones y destrucciones irán mucho más allá de todo lo previsible. Con esto a la vista convengamos, por lo menos, que los que tuvieron la responsabilidad de la dirección de la segunda guerra mundial no estuvieron a la altura de su misión ni de su responsabilidad.

Muchas personas de buena fe reconocen hoy los terribles errores cometidos en la pasada guerra, y observando que esos errores persisten en la actual dirección de la política internacional, se preguntan si *aún podría evitarse una tercera guerra mundial*. Aparentemente, según las declaraciones de los distintos gobiernos, todos son partidarios de la paz. Sin embargo, se encuentran empeñados en producir armamentos y medios de destrucción en una proporción sin límites. Hasta los que consideraban esto como de sistemas totalitarios, se esfuerzan hoy en demostrar a sus pueblos la infalibilidad del aforismo latino *si vis pacem para bellum*. Para contestar entonces la primera sería menester previamente contestar la siguiente: ¿sería posible que los poderosos países que han comprometido su economía en un gigantesco programa de guerra renunciaran a ella y a los objetivos imperialistas que los impulsan, para cambiar sus ambiciones de predominio y conquista por el duro sacrificio del trabajo pacífico? ¡Sería, sin duda, el único caso en la historia del mundo!

Aun cuando, hipotéticamente considerado, lo anterior se produjera, quedaría en pie la controversia ideológica del mundo comunista con el mundo capitalista. ¿Serían éstos capaces de sacrificar sus sistemas al hombre y a la paz para adoptar un justicialismo constructivo y ecuánime que desterrara de la humanidad la explotación del individuo por el Estado, como también la del hombre por el dinero? Este sería también un milagro aun no contemplado en la tierra.

¡Remedios existen; lo difícil es que los enfermos se resignen a tragarlos!

El justicialismo argentino, nueva doctrina que, careciendo de orientación e impulso imperialista, busca soluciones incidiendo sólo sobre las formas internas de los problemas, ha sido despiadadamente combatido por los imperialismos actuales. Es indudable que siendo una solución moleste a los imperialismos que no luchan por soluciones sino por predominio y dominación.

Cuando en 1944 el Departamento de Estado y los diarios norteamericanos calificaron de totalitarismo al régimen argentino y de democracia popular al comunismo, nos encogimos de hombros pensando que, en el fondo, lo temible no es el totalitarismo en sí, que es un régimen interno, ya que lo peligroso de estos sistemas es su tendencia imperialista. Hoy seguimos pensando que ni el fascismo, ni el nazismo, ni el comunismo, ni la plutocracia, verdaderas formas totalitarias, serían perniciosas para el mundo mientras su política internacional no estuviera orientada al dominio de los demás por los medios políticos o económicos.

Cuando conocemos el juicio superficial de algunos comentaristas, atribuimos a su ignorancia proverbial tales afirmaciones. Sin embargo, no todos allí han de ser ignorantes y superficiales. Las causas convendrá buscarlas en los ocultos designios de convicciones imperialistas y verdadero totalitarismo plutocrático.

Mayo 31 de 1951

LA DIPLOMACIA Y LA GUERRA

En la guerra moderna, caracterizada por las enormes coaliciones que a menudo envuelven al mundo entero, la acción de la política es decisiva para la estrategia. Por eso la diplomacia es el más valioso auxiliar de la guerra, y su misión consiste en prepararle las mejores condiciones. Una buena acción política puede casi por sí ganar una guerra cuando consigue que la operación de los ejércitos se convierta en un acto confirmativo de la victoria ya alcanzada por el éxito diplomático.

Las guerras de 1914 y de 1939 representan dos éxitos políticos sobre la diplomacia alemana contemporánea, que se caracterizó por su falta de capacidad.

Una buena diplomacia acumula amigos, y una mala, enemigos. “Muchos perros hacen al final la muerte del ciervo”, afirmó Moltke en una ocasión. Es lo que ha venido ocurriendo con Alemania en las últimas grandes conflagraciones.

Generalmente, los países fuertes han sucumbido porque siguen prepotentemente la política de su fuerza, sin advertir que nunca se es suficientemente poderoso para vencer los propios errores.

Convengamos que hasta hoy la diplomacia de los occidentales no ha brillado por sus aciertos. Su política desde 1945 viene perdiendo amigos todos los días y acumulando enemigos o apartando indiferentes.

Asia, el continente más extenso y poblado del mundo, está bajo el dominio comunista o bajo su influencia. Con ello *Oceanía* ha sido aislada y preparada para el avance comunista sobre Indochina, Borneo y Australia. *África* es una incógnita. *Europa*, en su mayor parte bajo el dominio de los orientales, y en los países occidentales que aun quedan fuera de ese dominio se libra una batalla política entre los comunistas y los otros partidos. En *América*, Estados Unidos, líder de la política occidental, dirige la acción no siempre con el objetivo de acumular fuerzas y factores para oponer al enemigo común. Su diplomacia, mezcla de provocación, presión, persuasión y dinero, no puede hasta ahora calificarse de acertada ni menos de congruente.

El sistema de ayuda económica es persuasión aleatoria. Ya en la Edad Media, los “conchabados para pelear” pasaron de moda para siempre. Se luchará si los pueblos están persuadidos de la necesidad de hacerlo; en caso contrario, se montará una máquina inoperante y peligrosa. Estamos convencidos de que las masas comunistas de Europa lucharán. Es menester que las anticomunistas se decidan a lo mismo. En la futura guerra vencerá quien desarrolle el mayor esfuerzo y quien pueda mantener por mayor tiempo la continuidad de ese esfuerzo, salvo que la habilidad pudiera reemplazar ambas cosas, lo que, por lo visto hasta ahora, en la conducción

de la política y la estrategia no nos es favorable a los occidentales. La conducción política por “amateurs” no es lo más aparente.

El error más funesto de la política occidental ha sido trabajar sólo sobre gobiernos, olvidando a los pueblos. El error de los comunistas, trabajar solamente sobre las masas populares, enfrentando a los gobiernos. Es claro que de estos métodos se infiere: del capitalismo, que no considera sino su sistema, y del comunismo, que no le interesa otra cosa que la revolución marxista. Ambos han luchado despiadadamente contra todo lo que se oponga a ello. La ventaja de los comunistas ha estado en que mientras los gobiernos pasan, los pueblos quedan. En todo han sido y son ayudados por los terribles errores occidentales, que pretendiendo imponer y no persuadir con su enloquecida publicidad, han ido aumentando sus enemigos en los pueblos.

Para mencionar lo más conocido, bastará citar solamente el caso argentino. Nuestro país se encuentra alineado en el bando occidental y conformando una “*unión libre*” dentro de los pactos de Bogotá y Río de Janeiro. En otras palabras, su gobierno es aliado. Su pueblo es quizá en el mundo el que menor índice comunista presenta, merced al sistema justicialista. Posee un gobierno de abrumadora mayoría, elegido en los comicios más puros de su historia, y su pueblo está conforme con él, según toda evidencia. La Argentina es un país pacifista que sólo recurrió a la guerra cuando debió luchar por su independencia, su soberanía o su dignidad. No aspira a nada que no sea de su absoluto derecho, ni pretende más que el trabajo tranquilo y que la dejen en paz. Su gobierno interpreta y defiende los objetivos que su pueblo fija. Quien en el exterior o en lo interno esté contra este gobierno, estará contra la gran mayoría del pueblo argentino. Por eso también, fiel intérprete de esa mayoría, sabrá morir en su puesto sin ceder a ninguna injusta presión, así sea por la fuerza. Las naciones, los pueblos y los hombres que en horas heroicas no son capaces de sucumbir por sus ideales, no merecen poseer derechos. Los argentinos han demostrado en su historia que saben morir heroicamente y conquistaron *hace mucho el derecho de poseer derechos*.

Sin embargo, obsérvese cómo somos tratados: primero, el *señor Braden*, para no recurrir a lo antiguo, creó en este país una enemistad profunda, cuyo recuerdo no ha de borrarse jamás, porque un argentino olvida una bofetada, pero no una injuria, y ese “diplomático” ofendió la bandera de los argentinos.

Vino luego el *bloqueo económico*, que aunque no nos produjo perjuicios materiales, la intención estaba bien clara. Siguió el boicot económico y culminó con el sabotaje económico. A renglón seguido, el Plan Marshall, verdadera maniobra monopolista, insidiosa por la forma en que se aplicó, de verdadero azote a nuestra economía. Todo ello con una campaña

insidiosamente organizada, con inconvertibilidad y maniobras de neto corte ofensivo y de mala fe contra el crédito para aniquilar al peso argentino.

El señor Griffith, antiguo agente de espionaje del Departamento de Estado en su embajada de Buenos Aires, se instala “por su cuenta” en Montevideo y provee de dinero abundante a todo lo que sea antiargentino. Crea la Junta de Defensa de la Democracia, que, abundantemente dotada de dólares, se encarga de atacar y difamar a nuestro país en el Continente, juntamente con la Liga del Caribe, creada y financiada en forma similar.

Las agencias oficiales u oficiosas A. P. y U. P. se encargan de desparramar infundios con el fin de desprestigiar a nuestro país en el mundo con una pertinacia digna de mejor causa.

Una campaña despiadada y permanente se desata en Brasil por la cadena de diarios de Chateaubriand, que sabemos bien quién la paga. La misma financiación desata la campaña de radios y diarios uruguayos contra la Argentina. En el resto del Continente corren los dólares a raudales sobre publicistas alquilados y toneladas de papel impreso vomitan mentiras y calumnias. Se da hasta el caso que reclama la Cancillería argentina, donde, con documentos, se prueba que la campaña contra la Argentina en México es dirigida por la embajada de los Estados Unidos. Entonces aparece allí una casa, con dólares abundantes, que se encarga de seguir la campaña.

Los congresos obreros dirigidos por Romualdi, antiguo agente de espionaje en Montevideo, y por Potofky, de Lima, México, etc., no han tenido otra finalidad que atacar a la masa obrera argentina y al país. Pasajes, gastos, etc., son pagados por funcionarios de las embajadas.

Desde hace más de un año el Continente ha sido inundado por panfletos contra la Argentina, cuyo origen estadounidense no se oculta. Para la próxima campaña política argentina ya se instala en Montevideo una organización norteamericana para, desde allí, intervenir por radio y publicidad en el pleito político interno de este país. Y lo que es más sugestivo, nuestros opositores comienzan a gastar grandes sumas de dinero.

Ahora nos anuncian que desde Estados Unidos se dirigirá una campaña por radio, cine, televisión, diarios, libros, revistas, etc., destinada a aplastarnos con el desprestigio.

Con lo anterior podemos apreciar cómo están conducidas la política y la diplomacia occidentales. No sabemos cómo será en otros países; pero, de cuando en cuando, algunos discursos de mandatarios, pedidos oficiales de retiro de embajadores, protestas airadas, etc., demostrarían que nosotros no tenemos tal exclusividad.

La colaboración está en señalar errores para que se corrijan y no en acumular alabanzas inmerecidas, que, en este caso, sonarían como sátira disfrazada. Para los capaces, señalar errores es ser amigo y enemigo para

los incapaces. Esperamos que algún día se corrijan estos errores. Dios quiera que no sea tarde.

Junio 7 de 1951

DIRECCIÓN UNITARIA Y COMANDO ÚNICO

Los unilaterales, que no ven sino una cara de la historia y de la vida, suelen ser desaprensivos frente a los grandes problemas orgánicos de la política y de la guerra. Total, los pueblos pagan sumisos las consecuencias.

La política y la guerra son dos problemas similares para las naciones, y su orgánica impone, en consecuencia, soluciones semejantes. Aparte de la certitud de los objetivos y de la unidad de acción, es indispensable una unidad de dirección y de comando que los asegure.

“Vale más un mal general que dos buenos”, dijo Napoleón en 1796, cuando se pretendió que compartiera el comando del ejército de Italia con un delegado político de la revolución. Desde entonces hasta hoy, uno de los factores que más han gravitado en las derrotas ha sido la falta de unidad en la dirección y comando de la guerra.

Los alemanes, idóneos en la organización, lo consideran como un principio inmutable e inviolable. Sin embargo, ellos mismos han sido los encargados de quebrantarlo en 1914, actuando separados de los austro-húngaros, y en 1939, operando independientemente del Japón y de Italia y reduciendo su esfuerzo por falta de unidad de acción.

En la actual preparación para la guerra, de lo que puede inferirse de los hechos presenciados, el panorama presenta un aspecto distinto en Oriente y en Occidente.

La dirección de la política rusa, absorbente y dictatorial, mediante el “*sistema de cortinas*” impone gobierno, sistema y acción. Con ello asegura, a favor de una dictadura inquisitorial generalizada en la extensa zona de su dominio o influencia, una dirección política centralizada como anticipo de un comando único en la guerra. Es indudable que muchos de los éxitos de la política y de la “guerra fría” bolcheviques tienen su fundamento en la unidad de acción, asegurada por los terribles métodos que conocemos.

La política occidental, más respetuosa de las formas, sigue el sistema de los pactos, que si bien sólo aseguran un acuerdo general, tienen indudablemente la fuerza extraordinaria de la persuasión y la ventaja de que a una unión verdadera arriman los intereses paralelos y la lucha contra el enemigo común.

Sin embargo, en la política internacional de Occidente es indudable que no se ha llegado a una absoluta y total comprensión que, originando la mejor colaboración y cooperación, asegure la unidad de concepción y acción indispensables.

Las causas originarias de esta desventajosa situación deben buscarse en el error de los hombres que no son capaces de renunciar a nada. En la política,

como en la estrategia, es menester saber sacrificar los objetivos parciales o secundarios en beneficio de los objetivos comunes y principales.

Quien pretende alcanzarlo todo, a menudo termina por no lograr nada.

Este hecho negativo en la política internacional, aun ocasionando graves inconvenientes en la dirección de la política y en la preparación para la guerra, puede ser superado, bien que con mayor fatiga, en los hechos. Entraña, en cambio, un grave peligro en germen. Ello puede ser ya la iniciación de una falta de *unidad de comando* en la conducción de la guerra misma, y eso sería de incalculables consecuencias en el futuro.

Es indudable que Estados Unidos representa en la acción política, como lo será en el esfuerzo de guerra, el ochenta por ciento de la acción de los occidentales. Tiene la responsabilidad y, en consecuencia, le corresponden el esfuerzo y la dirección. Todos los demás son sólo elementos secundarios en la acción común.

Por eso consideramos que en la política y en la preparación guerrera de Occidente, como será, sin duda, en la probable guerra, no puede haber sino un líder, y él debe ser quien dirija desde ya la política y organice la acción conjunta e integral de la conducción de guerra. Colaborar y facilitar esta acción, resolviendo el problema, es la mejor forma de cooperar.

Urge, sin embargo, en nuestro concepto, terminar con la anarquía existente y organizar con criterio unitario la dirección de la guerra y echar bases ciertas y seguras que prometan llegar a la existencia futura de un comando único para la conducción estratégica de las operaciones.

Obtenido esto, todos los errores pasados pueden neutralizarse; pero, perdido el tiempo precioso que todavía resta, los errores que se cometan no podrán subsanarse ni aun durante todo el curso de las operaciones.

Junio 14 de 1951

LOS PARTIDARIOS DE LA OFENSIVA

Cuando nos decidíamos a escribir este artículo, leímos que un consejero del Departamento de Estado norteamericano, John Foster Dulles, afirmó hace pocos días en la Universidad de Tuchon que “en la defensiva jamás se ha tenido éxito”.

Comencemos por establecer que tanto la defensiva como la ofensiva son meras formas de ejecución en la guerra. Se emplean indistintamente en el campo estratégico como en el táctico, combinadas entre sí:

—Ofensiva estratégica combinada con la ofensiva o la defensiva táctica; o bien:

—Defensiva estratégica combinada con la ofensiva o la defensiva táctica.

En la batalla, acto táctico más fundamental de la guerra, aun en la defensa, es menester que la acción final sea ofensiva para obtener el éxito (contraataque).

Estas formas de ejecución de la guerra y de la batalla sólo son arbitrios que el arte militar ofrece al conductor como medios a utilizar en las diversas y cambiantes circunstancias de la guerra, en busca de una decisión. Cada una de ellas se utiliza cuando la situación lo impone. No es cuestión de gusto ni de sistema. Los partidarios de la ofensiva son como los partidarios de la buena vida, que sólo pueden darse el gusto cuando disponen de los medios para hacerlo.

En la guerra moderna, el poder ofensivo de los ejércitos ha aumentado enormemente por el predominio de los materiales potentes y móviles; pero, por los servicios que éstos imponen y por su tremendo desgaste, el mantenimiento de la aptitud combativa y el radio de acción ofensivo han disminuido casi en forma inversamente proporcional. Por esa razón la defensiva estratégica ha fortalecido su valor intrínseco, porque ella cosecha lo que no ha sembrado. Ya en 1918 se afirmó que el ejército alemán fue derrotado en el Marne por haber pasado el límite de su poder ofensivo, y Stalingrado sólo fue posible contra un ejército aniquilado por la extensión de sus líneas de comunicaciones.

En cambio, la ofensiva táctica se ha visto favorecida en las últimas guerras por el aumento de poder de los armamentos y materiales.

La guerra contra Rusia impone a este respecto consideraciones muy especiales. Desde los tiempos de la vieja Escitia, una forma característica de operar — “la táctica de los escitas” — ha establecido que Rusia ha sido hasta ahora invencible en la defensiva estratégica.

La próxima guerra será una nueva prueba para esta tan lejana tradición.

En 1813 Napoleón, en el apogeo de su poder y de su gloria, intentó derrumbar la leyenda de la invencibilidad de Rusia por una invasión a su territorio. Pagó su intento con la más terrible derrota de su vida y allí comenzó el principio del fin de su glorioso imperio. Nadie lo intentó

después hasta la última guerra, en que los comandos y las tropas más capacitados que se hayan movilizado en la historia del mundo repitieron la hazaña con el resultado que todos conocemos.

Nadie puede negar que los medios de lucha han variado en la guerra moderna, pero tampoco nadie podría negar que la evolución de esos mismos medios había transformado la guerra en el tiempo transcurrido entre la era napoleónica de 1813 y la época actual de la derrota alemana de Stalingrado en 1944.

¡Cuidado!, hay que decirles a los occidentales partidarios de la ofensiva que pudieran intentarlo en el futuro...

Si Rusia ha establecido hasta ahora ser invencible en defensiva estratégica, también ha evidenciado no ser capaz de realizar con éxito la ofensiva estratégica. Por eso nunca pudo realizar su vieja ambición que los cosacos pusieron en sus divisas: “hurra, cosacos del desierto, hurra — la Europa os brinda espléndido festín”. El dique de contención germánico fue durante siglos la salvación de Europa.

Crimea, Yalú, Nachau, Liayan, Mukden, para citar los más recientes, son testimonio de esa incapacidad ofensiva. En 1914, en la Prusia Oriental, el VIII Ejército alemán, que la defendía con 370.000 hombres, aniquiló al grupo de ejércitos rusos del NE., compuesto por el I y II Ejércitos de Rennenkamps y Sansonof, respectivamente, con efectivos aproximados a los 800.000 hombres, en la célebre batalla de Tannenberg. Fue la última ofensiva estratégica rusa de gran envergadura, donde, como en su ofensiva de 1914 sobre Austria-Hungría, demostró su ineficacia. En la última guerra, el avance a través de Rusia y Alemania hasta la toma de Berlín no fue una ofensiva estratégica, sino sólo una persecución.

¡Cuidado!, habría que decirles a los orientales partidarios de la ofensiva que intentaran la invasión de Europa.

Junio 24 de 1951

POLÍTICA INTERNACIONAL Y POLÍTICA INTERNA

Desde los tiempos más remotos, la guerra ha considerado a los valores espirituales y a la persuasión de los pueblos como un factor de fuerza extraordinaria, porque mediante ellos la guerra ha sido “popular” o “impopular”, y según ello, también, las probabilidades de éxito se vieron o no incrementadas.

A veces, para obtener esa popularidad de la guerra, se ha recurrido con eficacia a hechos extraordinarios, aun al engaño, pero jamás a la fuerza o a la presión. Es un asunto que radica en millones de almas que forman un pueblo, y la fuerza, la presión o la prepotencia no llegan al alma. Lo prudente, lo natural, lo científico es educar y moralizar consciente y meditamente al pueblo, llevándolo a la persuasión de la justicia de su causa, si acaso la causa es justa. Es un problema espiritual y de persuasión, donde toda forma de tiranía resulta inoperante.

Con la proximidad de la guerra, ha comenzado la intervención de la política internacional en los asuntos internos de los Estados como una extralimitación perjudicial de su acción.

Cuando las guerras se producían entre naciones, éstas se conformaban con preparar psicológicamente el ambiente mediante una oportuna política interna.

Cuando ese campo se extendió a las guerras de coalición, fue menester extender también esa acción a un grupo de naciones. Se lo hizo primero por acuerdos y convenios (1914), dejando a cada gobierno la libertad de realizar dentro de su país la acción necesaria para crear el ambiente propicio. Luego, ya en la segunda guerra, se comenzó a usar la presión y la amenaza.

Terminada la segunda guerra, como era de prever, comenzó la preparación de la tercera, apareciendo ya descaradamente la suplantación del honorable método persuasivo por el de la coacción. Se presionó por la ocupación, económicamente, con amenazas más o menos disimuladas, y luego por una ingeniosa presión organizada en las conferencias. Después, por la publicidad y la propaganda. Finalmente, por la intervención directa en las luchas de la política interna, en procura de encumbrar testafierros.

Sólo en Guatemala se fraguaron casi veinte intentonas revolucionarias para derribar al presidente Arévalo. Venezuela, Colombia, Panamá, Puerto Rico, Nicaragua, Cuba, la República Dominicana, el Perú han sufrido las consecuencias. Paraguay y Bolivia han sido teatro de terribles luchas. Hasta se han creado ligas y juntas (Liga del Caribe — Junta de Defensa de la Democracia) destinadas a provocar, financiar y producir revoluciones en Centro y Sudamérica.

La Argentina hasta 1945 sufrió el azote de Braden. Durante los cinco años de gobierno del presidente Perón no dejó de hacerse sentir esa acción un solo día, ya fuera desde Montevideo o desde otro lugar del Continente. Hoy, con la proximidad de las elecciones, comienza todo a recrudecer.

Nadie ignora qué potencias extrañas son las que intervienen en la dilucidación de todos estos pleitos internos de Centro y Sudamérica.

Nadie ignora tampoco que Vargas y Paz Estenssoro triunfaron en Brasil y Bolivia a pesar de esa intromisión inaceptable, como ninguno ignorará, a su hora, cuando ocurra lo mismo en Chile con Ibáñez.

Los pueblos han comenzado a comprender. Parece que la mejor posición en la política interna de nuestros países comienza a ser la de oposición a esa intervención de la política internacional. Por lo menos, la realidad es elocuente. Lástima grande que los que realizan y colaboran en esa intervención foránea no se quieran dar cuenta. Evidentemente, el hombre es el único animal que ha aprendido a engañarse a sí mismo.

En los presentes días, la República Argentina siente intensamente la interferencia de la acción de la política internacional sobre su política interna. El ataque publicitario exterior, oportunamente anunciado desde México, desata ya su calumnia y su diatriba, en concordancia y sincronización con los agentes que operan en el orden interno. Ya comienzan a sentirse también los efectos de una fuerte reacción popular contra estos inauditos hechos. La cólera de los ignorantes se trasunta en sus palabras; la de los prudentes, en sus actos.

Este nuevo intento de tan nefasta escuela de la intervención en los asuntos internos de los Estados, prohibida por todas las convenciones internacionales, tendrá también aquí el mismo resultado que ha venido teniendo en los demás países. Es natural que los pueblos hayan aprendido a diferenciar a los hombres que les sirven de los que sólo actúan como personeros de los eternos enemigos de su tranquilidad. El pueblo sabe, por lo menos, que cuando un hombre honrado se asocia con un pillo, triunfa siempre el mal.

Este profundo error político es de fondo, aunque también es de método. Tal acción sólo puede llevarse a cabo por desesperación, por ignorancia y por superficialidad. No podemos pensar que los que la promueven puedan estar ya desesperados. Es indudable que los resultados obtenidos en estos últimos tiempos evidencian el error del sistema, pero evidencian también otra cosa más grave: esto es, que poco a poco los pueblos se van volviendo en contra, por lo menos del sistema.

Después de cada fracaso se han ensayado las disculpas. Pero hay disculpas que son peores que las culpas.

En la lucha que la intervención foránea desata contra los pueblos, a corto o a largo plazo vencen los pueblos. Sus gobernantes, por racionalismo o por experiencia, llegarán a persuadirse de ello. Así, este sistema habrá

culminado su trágica obra: la enemistad de los gobernantes, apoyada por la enemistad de los pueblos.

Donde el atropello y la maldad no dan frutos, será más sabio intentarlo en la bondad, en la corrección y la prudencia.

Junio 28 de 1951

LA DOCTRINA DE GUERRA

La guerra moderna y su preparación no son cuestiones solamente de las fuerzas armadas, son asuntos de los pueblos. La existencia de la “nación en armas” ha impuesto la necesidad de una preparación integral del país en acciones coordinadas y congruentes. Ello da nacimiento a una doctrina de guerra.

Así como la guerra es la continuación de la política, la doctrina de guerra tiene su origen en la doctrina política.

Los países no se preparan “para la guerra”, sino para “una guerra determinada”. Es de las necesidades de esa guerra, de sus objetivos y de la conducta proyectada que surgen las imposiciones de todo orden que caracterizan la doctrina de guerra. Es el producto de una elaboración racional de acuerdo con la situación; por eso no puede importarse.

La doctrina de guerra es esencialmente nacional y diferente en cada caso. Es la orientación única que guía la preparación de todas las fuerzas vivas de una nación, organizadas para la finalidad militar y muy especialmente para la dirección y comandos de guerra, a los que guía hacia la dirección más conveniente en lo estratégico y en lo táctico. Por eso la doctrina de guerra comprende a su vez la doctrina estratégica y la doctrina táctica.

Es mediante esta doctrina que una nación alcanza la unidad de concepción y la unidad de acción en la guerra.

Los más antiguos principios de organización militar establecen que en la defensa territorial de los países, como asimismo en la realización de sus operaciones, las tropas que deban utilizarse sean las de las propias naciones empeñadas en ello. Esto se fundamenta en la conveniencia de aprovechar mejor los factores morales, económicos y militares.

En efecto, ninguna tropa defiende con tanta decisión, patriotismo, abnegación y valor el territorio de los demás; las tropas transportadas desde lejanas regiones cuestan el doble que las movilizadas en el teatro de operaciones; el conocimiento del territorio, del terreno, y el empleo de tropas identificadas con el ambiente y el medio son factores de innegables ventajas de todo orden. Ello explica, en cierta manera, el desprestigio que caracteriza la guerra con mercenarios.

Es precisamente la lógica de estos principios lo que ha determinado que se acepte como un imperativo de la situación, para el caso de una tercera guerra mundial, que cada uno de los países del Atlántico Sur (Centro y Sudamérica) se haga cargo de su propia defensa contra posibles ataques del exterior en su territorio, cielo y mar continental.

Estados Unidos, en cambio, ligado a Europa por el Pacto del Atlántico Norte, tendrá su problema principal en aquel continente.

Es indudable que, para una mejor defensa parcial de los países latinoamericanos, será menester establecer una colaboración estrecha entre las naciones mencionadas, en forma de asegurar la cooperación indispensable contra cualquier ataque exterior.

La *doctrina de guerra*, de “*carácter defensivo*”, que se ha formado y consolidado en esta parte del Continente, es la natural consecuencia de la situación actual, de nuestro problema, y la que se adapta mejor a nuestras particularidades históricas, étnicas, geográficas, políticas, económicas y morales.

En cambio, Estados Unidos, país monitor y director de la política occidental, ligado a Europa por el Pacto del Atlántico, posee y debe esforzarse en inculcar a su pueblo y a sus fuerzas armadas una “*doctrina de guerra ofensiva*”, mediante la cual prepare el espíritu público, popular y militar para esa actitud y tome las precauciones necesarias, dentro de esa conducta, para el mejor desarrollo de sus operaciones.

Generalmente, la teoría de la guerra, desde que ha sido extraída de su naturaleza misma y de la experiencia militar, encuadra providencialmente la contemplación y solución de los grandes problemas que la estrategia plantea. Como en este caso.

Europa occidental debe defenderse contra un posible ataque del Este. Sería una afrenta al Pacto del Atlántico presuponer que los europeos se negaran a hacerlo. Europa occidental es precisamente una de las zonas más densamente pobladas del globo, de manera que hombres no le han de faltar.

Estados Unidos solo tiene tantos habitantes como todos los países latinoamericanos juntos; de modo que, para el cumplimiento de su objetivo, no será precisamente de material humano de lo que carezca.

Por eso se nos ha presentado siempre como una aberración y un anacronismo que fuésemos precisamente los países infrapoblados los que tuviéramos que concurrir con hombres para la defensa de los países superpoblados.

Julio 5 de 1951

LA POLÍTICA, LA GUERRA Y LA DIPLOMACIA

En el proceso y empleo técnico de los medios de la política internacional, la diplomacia ha sido a menudo básica y decisiva. Sólo cuando ésta ha resultado ineficaz y los intereses lo han justificado se ha recurrido a la fuerza. En tales casos es función de la política crear las mejores condiciones para la realización de la guerra, en procura de los objetivos que la diplomacia no ha podido conquistar. Esta es, en parte, también tarea de la diplomacia, y su desarrollo obedece a una orientación claramente definida.

La diplomacia representa la aplicación del conjunto de conocimientos y principios necesarios para conducir con acierto los negocios públicos entre los Estados. Es una parte de la política, cuya acepción más amplia nos la presenta como la aplicación del conjunto de las reglas que deben seguir los gobernantes en sus relaciones con los ciudadanos y con los otros Estados. De ello se infiere la extraordinaria interdependencia existente entre los factores de la política interna y los de la política internacional. En el “sentido honorable” de la palabra, la política es una sola, expandida en diversas direcciones que le dan nombres diferentes.

Es por eso un terrible error hacer depender unilateralmente un aspecto del otro de la política. Todo debe ser armónicamente coordinado en forma de interdependencia y compenetración racional. Así resulta armónica y de conjunto. De lo contrario, adquiere aspecto pasional, incongruente, unilateral o fragmentario, haciendo desaparecer el racionalismo integral, indispensable a toda apreciación razonable del conjunto.

La naturaleza en sí es simple; la política, como un fenómeno de ella, es también simple hasta que los hombres, los grupos de hombres y sus intereses la complican con su incomprensión, sus pasiones y sus ambiciones. Para la buena política, sólo la falta de ecuanimidad y buena fe son más funestas que la ignorancia y la pasión de los hombres encargados de ejecutarla.

No pueden considerarse como de la diplomacia los métodos basados en la mentira, la calumnia, el engaño, la deslealtad y la traición. Por eso, para darle un nombre, se la llama “guerra fría”. Es algo como un período intermedio entre la diplomacia y la guerra, que carece de las formas honorables y serenas de la diplomacia, y no se somete a las reglas del honor militar de la lucha abierta y sincera que caracteriza a la guerra. Son los procedimientos de la delincuencia aplicados a la política. Es la forma de entrar con la ganzúa donde no se puede abrir con la llave honrada del ingenio y de la capacidad inteligente. Es algo así como el arte en manos de los delincuentes o la ciencia en poder de los malvados: un peligro para los pueblos y un azote para los Estados.

“Mucho me ha extrañado —decía Mohawia— que los hombres hayan tenido que recurrir a la violencia para lograr sus propósitos, pudiendo vencer al contrincante mediante la persuasión.” Mucho más nos ha extrañado a nosotros que los hombres hayan debido recurrir a la delincuencia para lograr sus fines, pudiendo alcanzar sus propósitos mediante la persuasión y aun la violencia honrada.

La diplomacia fuerte y prepotente de los incapaces siempre ha estado expuesta a desviarse hacia los campos de la pasión, de la mala fe y de la inmoralidad. Nunca ha sido un arma noble calumniar ni ultrajar al adversario. Hacer tales cosas con el que se pretende como amigo no sólo es insensato, sino también incalificable.

Hemos conocido de todo alrededor de la diplomacia de buena y de mala fe. No nos hemos sentido arrastrados por el deshonesto ejemplo que hemos sufrido. Evitamos la enemistad por temor a la astucia de los juiciosos y a la insensatez de los ignorantes.

Sin embargo, *diplomacia de mala fe* debemos llamar a la gestión de un embajador que convierte su embajada en un foco de espionaje, donde un agregado cultural lo dirige y el agregado militar, mezclado en un proceso por espionaje, recibe un término de veinticuatro horas para abandonar el país. En tanto el propio embajador transforma su cancillería en algo así como un comité político, desde donde se dirige toda una campaña política presidencial, financiada con fondos extraídos mediante el chantaje de las “*listas negras*”. Es natural que este embajador obrara con conocimiento oficial de su gobierno, firmatario de solemnes compromisos de “no intervención en los asuntos internos de otros Estados”.

Entre algunos países la diplomacia conserva las formas puras de inteligente capacidad y pulcritud. En otros casos vemos cómo se ha deformado, degenerado y prostituido al influjo de la superficialidad ensoberbecida.

En algunos casos, excelentes embajadores habrían podido obtener óptimos resultados en sus gestiones fáciles y naturales a no ser por la malhadada intervención de organismos espurios colaterales, que, actuando por cuerdas separadas, se encargaron de irritar allí donde la diplomacia suavizaba, de embarullar donde la diplomacia aclaraba y de envilecer donde la diplomacia ennoblecía. Ello sucede porque los grandes sectores en lucha, en plena guerra fría, por falta de capacidad, se sienten compelidos a aplicarnos sus métodos a los demás sin observar que el efecto aquí es de asombro primero, de indignación después, de oposición luego. Esto, aparte de contraproducente, es peligroso, porque según los árabes “está más cerca de la salvación el que se encuentra en estado vigilante sobre un adversario más fuerte, que el poderoso que se burla de la debilidad del enemigo”, aparte de que “las moscas irritan y fastidian al mayor de los elefantes”.

Algunos Estados poseen un numeroso servicio exterior que resulta absolutamente inoperante, por haber sido literalmente reemplazado por la acción del espionaje (agencias de noticias, prensa, radio, empresas enmascaradas de industriales pertenecientes a los servicios de inteligencia, agentes provocadores, organizaciones económicas, sociales, políticas y culturales, organizaciones *sui géneris*, etc.) que actuando sin coordinación e independientes crean un verdadero caos, peligroso para las buenas relaciones y aun para la existencia de la misma paz.

Emplear los órganos del servicio exterior para la acción o la defensa de esas organizaciones y personas que actúan al margen de la ley y de las buenas costumbres es faltar a la fe internacional y al decoro y delicadeza que se deben los Estados entre sí, aparte que atentar contra el principio básico y fundamental de la razón de existir de dichos organismos. El pretender que se lo realiza disimuladamente no hace sino agregar vergüenza al oprobio.

La diplomacia es una actividad noble y elevada. Sus designios, claros y honrados. Actúa en representación de Estados, y por lo tanto es inexcusable cuando lo hace en los bajos menesteres de la intriga y la traición. Pierde automáticamente sus privilegios y fueros cuando actúa directa o indirectamente combinada con organismos delictuosos al margen de la decencia y el buen proceder.

Julio 12 de 1951

POLÍTICAS UNILATERALES

La política, así se la llame internacional, interna, económica, etc., es una sola actividad, ejercida en diversas direcciones y lugares que dominan distintas actividades. El predominio de una de ellas unilateraliza el conjunto con la deformación consiguiente.

En la política, el equilibrio y la armonía de conjunto están en la apreciación ecuánime y desapasionada de los acontecimientos. Es un juego de pesos y contrapesos, donde un racionalismo juicioso puede conducir a soluciones siempre más simples y satisfactorias que la preconcebida y sistemática imposición.

Pretender imponer siempre una voluntad es la negación de la política. Conduce indefectiblemente a la violencia, a veces por la fuerza. Es menester que el político se resigne a menudo a imponer sólo la mitad de lo que desea, dejando que la voluntad de los demás decida sobre el otro cincuenta por ciento. Su habilidad reside entonces en que la mitad que elija esté formada por cosas fundamentales.

Por eso, en la política nada hay más perjudicial que una dictadura, normalmente voluntariosa y prepotente y donde, fuera de sus dictados, no existe sino herejía. Sin embargo, la existencia de una dictadura no siempre presupone contar con un dictador. A veces grandes grupos sectarios imponen una verdadera tiranía que puede o no tener cabeza visible en organizaciones donde la responsabilidad se “diluye” o disimula. Estos grupos sectarios, con bandera política o económica, tiranizan sectores, naciones y aun imperios.

Es natural que, tratándose de gobiernos *sui géneris*, la política desarrollada por ellos o sus personeros resulte unilateral y peligrosa para los pueblos. En lo interno, termina siempre en la arbitrariedad y la explotación de los más en beneficio de los menos. En lo internacional, se encamina hacia la imposición prepotente o la sofisticación sistemática y termina, generalmente, en la violencia.

Si dirigimos una desapasionada mirada a la política mundial, caracterizada por las dos corrientes opuestas e irreconciliables, veremos que en ambos bandos contendientes “la cojera es de la misma pata”.

Un sectarismo político se afana por imponer al mundo su propia ideología para dominarlo. Regido por una camarilla sangrientamente dictatorial, se empeña en introducir en los pueblos una felicidad que éstos no desean. Actúa en nombre de la “democracia popular” y defiende la paz que anhela imponer mediante la guerra. Es intransigente, falaz y sin escrúpulos. Utiliza la penetración política y para ello recurre a los medios más diversos y abominables.

Un sectarismo económico, dirigido por un gran grupo financiero, no menos sangriento ni menos dictatorial, está empeñado en mantener su sistema de explotación interna e internacional. Se dice también defensor de los pueblos y se empeña en mantener una felicidad que ya nadie quiere. Lo hace en nombre de las “minorías selectas”, de las cuatro libertades y de la democracia. Como el anterior, es intransigente, falaz y sin escrúpulos. Como aquél, hará la guerra en defensa de la paz. Utiliza la penetración económica por los medios y recursos conocidos.

Nosotros, los justicialistas, somos totalitarios y dictadores. Peligrosos para la libertad de los demás y azote para la felicidad de nuestro pueblo.

No interesa que no seamos sectarios; que tengamos doctrina propia; que no queramos imponer nada a nadie; que estemos conformes con nuestro modesto grado de felicidad alcanzado, ni que creamos que la guerra sólo arrimará destrucción, miseria y dolor a una humanidad desilusionada. Nada de esto está dentro de las cuatro libertades y, en consecuencia, somos totalitarios. . . somos muy infelices y la felicidad nos la van a traer ellos mediante sus admirables sistemas, sus elevados ideales y sus maravillosos métodos. . .

Julio 19 de 1951

LAS IDEOLOGÍAS Y LA GUERRA

El problema en que entra la humanidad moderna es el de la superpoblación o el de la infraproducción. En otras palabras: el hambre y la necesidad.

La Providencia arbitra dos soluciones: la supresión biológica y el reordenamiento social. La guerra, (como todos los medios de morir) es agente de la primera solución. Los nuevos regímenes (comunismo, fascismo, nacional-socialismo, etc.) son ensayos en busca de la segunda.

El capitalismo fue el vehículo de un siglo pasado, injusto, pero que permitió “ir tirando” con el sacrificio de los más y el beneficio de los menos, hasta desembocar en el alzamiento progresivo de las mayorías populares sumergidas.

La primera y la segunda guerras mundiales han sido agentes naturales de supresión biológica y de lucha entre los sistemas de reordenamiento social. La tercera guerra, más circunscripta, será la lucha entre las ideologías o sistemas sobrevivientes: el capitalismo y el comunismo. Es probable que una cuarta guerra sea de consolidación.

Dentro de ese problema, los ideales y soluciones proclamados por los sistemas en pugna son sólo sofismas, inexplicables e inaceptables para los que piensan con cierta independencia de prejuicios capitalistas o comunistas.

El capitalismo, en lucha por sus intereses, impuso al mundo su sistema, ordenador y práctico primero, ineficaz e injusto luego, inaceptable y anacrónico después. Ello dio nacimiento y razón de ser al comunismo teórico, que en la práctica fracasó. Sin embargo, fueron los errores del capitalismo los que lo fortalecieron, sus abusos los que lo tonificaron y sus ataques los que lo vigorizaron. **EL CAPITALISMO SIGUE HOY SIENDO LA CAUSA: EL EFECTO ES EL COMUNISMO.**

Hoy luchamos por deshacernos de todo vestigio comunista, pero si no terminamos con la causa, es difícil que desaparezcan sus efectos. En los momentos actuales, lo conservador sería evolucionar inteligentemente. La caprichosa decisión del capitalismo, de conservarlo todo, lo llevará a perderlo todo.

Si queremos salvar aún los únicos valores respetables que todavía puede enarbolar la humanidad será menester que nos decidamos a despojarnos de la carga de intereses de un capitalismo a ultranza, injusto y culpable. Insistir en la injusticia, por incompreensión o interés, no es sabio ni prudente.

Los que esperan una solución por la guerra sufrirán una terrible desilusión. La rebelión ocasionada por la miseria difícilmente podrá encontrar solución en una miseria mayor.

El justicialismo, suprimiendo los abusos capitalistas internos e internacionales, ha dado origen a una evolución constructiva y salvadora. Sólo la ceguera inaudita del capitalismo puede haberlo impulsado a combatirlo.

Sin embargo, con guerra o sin ella, el capitalismo y el comunismo están destinados a desaparecer. Sólo entonces se darán cuenta de cuánto más les hubiera valido comprender a tiempo que insistir en el error ha de llevarlos a lo mismo, pero por el camino de la violencia, del sufrimiento y la destrucción.

Por eso a los justicialistas, que han resuelto todos sus problemas, les resulta difícil comprender, y se resisten a aceptar la necesidad de luchar para conseguir lo que el justicialismo ya ha alcanzado sin lucha y sin dolor.

Por otra parte, en la próxima guerra perderán todos. Los vencedores, si pretendieran imponer sus actuales sistemas, deberán enfrentar una nueva lucha, esta vez con sus pueblos.

Julio 26 de 1951

CONDUCCIÓN POLÍTICA Y DE GUERRA

Una de las circunstancias más difíciles de presenciar en los grandes acontecimientos de la Historia es el encuentro del acierto y la armonía en la conducción política y la conducción de guerra.

Ni cuando ambas estuvieron en una misma mano fue garantía de armónico acierto. Napoleón, el genio militar del siglo XIX, tuvo ese privilegio. Sin embargo, confiando demasiado en su extraordinaria capacidad para la conducción de guerra, sacrificó a ello la política, lo que le llevó a enfrentar muy críticas situaciones militares. Su genio guerrero lo salvó siempre, pero qué no habría hecho si a ello hubiera agregado el genio político.

La estrella de la vieja Prusia, en cambio, brilló refulgente y victoriosa cuando Bismarck y Moltke formaron un binomio perfecto para la conducción de la política y de la guerra.

Sin embargo, ni la primera ni la segunda forma han sido nunca una garantía de congruencia y de éxito.

Siendo la guerra una parte de la política y a la vez un medio de los que ésta se vale para la consecución de sus fines y objetivos, los éxitos militares no tienen valor ni trascendencia cuando no se inspiran y sirven a la finalidad política.

Los éxitos guerreros pueden procurar ventajas momentáneas, pero de poco han valido en la Historia tales triunfos cuando no han sido inspirados en concepciones políticas trascendentes. Pirro y Napoleón son un ejemplo de ello. Todas sus vidas de luchas y de victorias no se justifican frente a los grandes objetivos que no conquistaron y a los inmensos sacrificios que impusieron.

Para no hacer estériles los sacrificios y esfuerzos que la guerra impone; para asegurar el éxito final en una sola guerra, reduciendo la depredación de sus efectos, es menester que una alta inspiración y una sabia previsión presidan la idea política que da origen a la acción guerrera. Si ello hubiera acaecido en 1939, probablemente no habría sido necesaria una tercera guerra mundial. Si ella llega, y si sus efectos alcanzan a derrumbar la civilización occidental, las culpas deberemos cargarlas en la cuenta de los estadistas mediocres que, no estando a la altura de su misión, hicieron pesar sus decisiones irresponsables en la balanza de sus desaciertos. Ellos fueron guiados por sus pasiones y sus intereses parciales, no por el gran objetivo de alcanzar una paz duradera y beneficiosa. Como consecuencia de ello, no sólo está el mundo abocado a una tercera hecatombe, sino que no podemos predecir a ciencia cierta si ésta será la última de esta serie.

Entre las diversas clases de incapacidad, la más peligrosa es la de los que conducen. Dentro de ésta, la falta de principios y de ideales.

El mundo actual se debate en este terreno. Entretanto, ¿qué podemos ofrecerle como porvenir? Sabemos qué pretenden los comunistas y cuál será el destino de los pueblos signados con la hoz y el martillo: “comunidades insectificadas”. No queremos creer que el capitalismo se decida a ofrecer como realidad pueblos explotados y naciones colonizadas, aun cuando adorne esto con ilusiones que ya no entusiasman a nadie que haya vivido estos años de decisión.

Preguntaríamos a los occidentales: ¿si tuvieran al mundo en su poder, después de la tercera guerra mundial, qué harían con él? ¿Qué ideales podrían ofrecer a los pueblos que anhelan vivir en un mundo mejor?

No creo que sería la justicia social que reclaman más de dos mil millones de seres que gimen en la miseria y el sufrimiento de su explotación. Si el capitalismo enfrenta la tercera guerra, despreciando al justicialismo, para sostener su sistema injusto y anacrónico, exponiéndose a sucumbir, no podríamos pensar con fundamento que, victorioso en ella, habría de sacrificarlo para satisfacer la demanda impostergable de todos los pueblos explotados y las naciones expoliadas por su colonialismo.

¿Qué es entonces lo que la tercera guerra mundial ofrece al mundo como solución? ¿La insectificación bolchevique o la explotación colonial capitalista? ¿Por esto debemos hacer matar a millones de hombres? Para que después de terminada la tercera guerra ocurra lo mismo que después de la segunda, empezar la cuarta a fin de resolver los problemas que, con mejor visión y mayor honradez, debieron ya haber sido resueltos en la primera. El mundo no resolverá nunca su situación en manos de sectarios y mercaderes, porque los primeros son frutos de la pasión y la tiranía y los segundos víctimas del egoísmo y la avaricia. Si la humanidad no se resuelve a emplear la justicia, la comprensión y el amor, será inútil que reclame una paz que no merece ni por sus méritos ni por la capacidad y la honradez de los hombres en cuyas manos los pueblos han puesto su destino.

Los justicialistas, alejados ya de los días en que este mismo cuadro se contemplaba en las calles y en los campos de la Patria, no pueden comprender el poder diabólico de la injusticia.

Nosotros no tenemos y probablemente no tendremos al mundo en nuestras manos, pero tenemos algo más grande y más importante. Tenemos nuestros ideales y tenemos nuestras soluciones. Estamos también persuadidos de que el mundo podría salvarse con esos ideales y con esas soluciones, y una nueva aurora alumbraría a todos los pueblos y a todos los hombres si flamearan al viento de todos los continentes las tres banderas del justicialismo: justicia social, independencia económica y soberanía política.

Agosto 2 de 1951

EL SINDICALISMO EN LA POLÍTICA INTERNACIONAL

En la política internacional y en la guerra moderna, las fuerzas del trabajo organizadas han llegado a ser un factor de preponderante importancia. Con la “hora de los pueblos” parece haber llegado también el momento de los trabajadores. Ya no parece suficiente “trabajar” o presionar a los gobiernos, sino que es indispensable contar con los pueblos y, dentro de ellos, con la masa que es su mayoría. Para dominar la masa popular las miradas se dirigen al sindicalismo.

Hasta el comienzo de la preparación de esta guerra, los pueblos y en especial las fuerzas del trabajo fueron invitados de piedra en las grandes decisiones político-internacionales. Nada que significara pueblo contó nunca sino en los lugares y momentos de luchar y de morir.

Hoy, con el insistente e insidioso trabajo comunista en los pueblos y en las masas proletarias, parece haberse despertado un súbito interés en el capitalismo por su actuación en el campo internacional sindicalista.

La vieja “Organización Internacional del Trabajo” (O.I.T.), “troupe” de asalariados intelectualoides al servicio del capitalismo internacional, que representó siempre una misma comedia, ya hoy muy conocida, no puede servir a los fines de la política internacional, por su desprestigio ante las organizaciones obreras del mundo que conocen su intrascendencia e inoperancia, cuando no la mala fe con quien siempre ha actuado.

Todas las demás colaterales de esta organización tienen su mismo sello y, por tanto, su misma intrascendencia o inoperancia.

Por diversos caminos, officiosos unos, ocultos otros, la Organización de Naciones Unidas y la de Estados Americanos han intentado incursionar en los campos que, directa o indirectamente, están ligados a las organizaciones obreras del mundo y del Continente, hasta ahora con resultados francamente negativos.

La política internacional, activamente agitada en nuestros días, ha propugnado por sus personeros la constitución de una gran central obrera mundial para la defensa del comunismo y otra del mismo carácter para la defensa del capitalismo. Evidentemente, tales organizaciones no tienen nada de obrero, ni representan sino algunos dirigentes al servicio de una u otra tendencia. Para que una central internacional fuera real debería estar en defensa de los trabajadores.

La lucha por el seudosindicalismo internacional está dirigida, como las demás luchas, por un comando en Moscú y por otro en Washington. Los objetivos son también comunes a los perseguidos en la controversia política. Las fuerzas reales en pugna reproducen casi sistemáticamente el panorama de las fuerzas políticas y de las probables de choque. La fuerza sindical de Europa Oriental, Asia y distintos países detrás de la cortina de hierro es francamente comunista. En Europa Occidental, África y América

existe un elevado porcentaje de organizaciones obreras del mismo carácter que dominan el conjunto, aunque muchas se conforman con contar con algunos dirigentes pagos que no representan allí sino a su propia persona.

Así como en el campo de la política internacional los occidentales se han conformado con presionar y obligar a los gobiernos, olvidando a los pueblos, en el movimiento sindical se han conformado con comprar dirigentes, olvidando a los obreros. El tiempo dirá de las consecuencias.

En América el panorama no difiere en mucho, y todo parte de la existencia en Estados Unidos de dos grandes centrales: el Congreso de Organizaciones Industriales y la Federación Americana del Trabajo, especie de sindicatos patronales. En la América latina se comienza con la Confederación de Trabajadores de la América Latina, organismo netamente comunista con sede en Méjico y dirigido por Lombardo Toledano. El movimiento obrero de Norte y Sudamérica estuvo siempre dissociado y no existieron relaciones ni menos entendimientos, ya que en el Norte era capitalista y comunista en el Sur.

Cuando se comienza la preparación de esta guerra, Estados Unidos comisiona a Serafino Romualdi, antiguo agente del Departamento de Estado, para viajar por la América latina y organizar una central obrera anticomunista para enfrentarla a la existente en Méjico de Lombardo Toledano, ya en decadencia.

Romualdi actúa con abundante dotación de dólares y repartiéndolos recorre los países. Cuando cree que la cosa está “a punto” provoca el Congreso de Lima., donde fracasa ruidosamente, incluso con su expulsión del Perú. Sin embargo este dirigente a sueldo insiste y por mediación oficial hace intervenir al Congreso de Organizaciones Industriales, ya que él no tenía sino la representación de la Federación Americana del Trabajo. La primera designa a Potofki, que, desde entonces, forma con Romualdi un pintoresco binomio destinado a manejar el movimiento obrero americano. Ya en la reunión de 1949 de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra aparece la idea de formar una gran central anticomunista, la que fracasa rotundamente.

Romualdi y Potofky, instrumentos de la política del Departamento de Estado, provocan después la constitución de una Federación Internacional de Sindicatos Libres para luchar contra la Federación Mundial de carácter comunista.

Para ello se realiza el Congreso de Londres, donde se constituye, y finalmente el Congreso de Méjico, donde fracasa ruidosamente la intentona de incorporar la América latina a la Federación Internacional de Sindicatos Libres.

Este es el actual estado de la cuestión. Es natural que estos fracasos se produzcan cuando elementos tan desprestigiados y descalificados como

Romualdi y Potofky tienen en sus inescrupulosas manos un asunto tan serio e importante. Ellos, como buenos empleados, cumplen una función burocrática para llenar las formas que justifiquen la enorme suma de dólares que van acumulando a costilla de los tontos.

El movimiento sindical argentino, articulado alrededor de la Confederación General del Trabajo, ha permanecido ausente y prescindente de toda esta lucha engañosa de intereses políticos, manteniendo, como el país, una prudente “tercera posición”. De la misma manera que el capitalismo y su gobierno atacan al justicialismo y su gobierno, la central obrera capitalista ataca a la organización obrera justicialista argentina. Es un gran honor que comparten millones de argentinos que no tienen ni el cerebro marchito ni el corazón intimidado.

Sin embargo, el movimiento sindical argentino está representado en la Federación de Sindicatos Libres por Cándido Gregorio. Lo que no sabemos es qué sindicatos argentinos representa éste. De él sólo sabemos que antes tenía una zapatería en Buenos Aires y que ahora es un comerciante uruguayo.

Siempre hemos sostenido aquí que la conducción de la política y la guerra por “amateurs” no podía sino ser absurda y anacrónica, pero nunca pusimos en duda la honradez de propósitos que éstos tenían para con su propio país. En la conducción de la política sindical ya dudamos de todo. ¿Qué podemos esperar de un Romualdi, italiano y socialista, y de un Potofky, ruso y comunista? Ambos traicionaron ya a su patria y a su credo antes de enrolarse en las legiones del dólar.

Habría que repetir aquí la sentencia árabe: “si me engaña una vez, lo maldigo; dos veces, lo maldigo y me maldigo; si tres, me maldigo”. Alguien va a tener que maldecirse.

Agosto 9 de 1951

LA POLÍTICA INTERNACIONAL Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Los traidores han sido siempre materia de especulación en la política internacional.

Hay dos clases de servicios políticos en esta especie de la traición: el individual y el colectivo. El primero está constituido por individuos nativos a sueldo de los intereses contrarios a la nación, por intermedio de los servicios de espionaje económico, político, militar, social, etcétera. El colectivo está representado por las asociaciones y organizaciones que, confesada u ocultamente, sirven los intereses enemigos de la Patria. Entre estos últimos están los partidos políticos internacionales destinados a la “quinta columna”.

Los servicios de espionaje son tan antiguos como la lucha internacional, pero desde 1914 hasta la fecha se han desarrollado en forma insospechable. Ya no hay límites que encuadren su acción ni escrúpulos que se respeten. Las embajadas y sus “agregados”, las grandes empresas de la industria y del comercio, las compañías de aeronavegación, etc., se entremezclan hoy en el espionaje, contraespionaje, información, provocación y sabotaje.

Las bandas y partidos políticos han tomado también su puesto de lucha en esta guerra sorda entre los distintos intereses internacionales. Comenzaron con los “frentes populares” dirigidos por el Kominform y siguieron con las “uniones democráticas” inventadas y financiadas por el Departamento de Estado.

La República Argentina, a pesar de su relativo aislamiento, no ha podido desgraciadamente escapar a la regla. Sin embargo, su pueblo, agrupado en un gran movimiento, ha podido enfrentar con éxito a las huestes de Washington y a las de Moscú.

El partido comunista gobernado por “Gaulaiters” del Kominform, es dirigido y financiado desde el extranjero. Con doctrina foránea, su línea es la del imperialismo soviético enfrentando a las fuerzas patriotas. La “liga de los derechos del hombre”, “Asociación de Mujeres Argentinas”, “Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA)”, etc., son colaterales de encubrimiento y centros de espionaje, información, provocación y sabotaje de este sector extranjero.

El partido socialista, perteneciente a la “Segunda Internacional”, reconstituida por el congreso de Francfort (1º julio 1951), forma parte de la organización internacional de obediencia socialista, algo así como un marxismo amarillo con gobierno en el C.O.M.I.S.C.O. al servicio del imperialismo capitalista.

Las bandas radicales, residuos de viejos partidos y tendencias sin principios ni cohesión, se aglutinaron en 1945 detrás de los millones de

Braden, de la misma manera que lo hacen hoy, dirigidos desde Montevideo, propugnando la intervención extranjera, en busca de los dólares del Departamento de Estado. En los momentos actuales son instrumento del imperialismo y sus dirigentes, a órdenes de personal foráneo, planean en común sus oscuros designios.

Todo este juego de traición, infamia y mala fe es lo que se llama hoy normal desarrollo dentro de la acción y la hermenéutica de los servicios de inteligencia en la política internacional. Hemos visto lo mismo en Panamá, Cuba, Colombia, Brasil, Bolivia, etc. El panorama se completa con atentados, asesinatos y revoluciones. Todo ello entra en el programa de nuestros “buenos vecinos” y en el régimen de libertad y justicia que aseguran, con la “libre determinación de los pueblos”, las “cuatro libertades”.

¿Hay algún argentino que ignore o dude que en esta campaña electoral se juega la misma decisión que en 1945? ¿Puede creer algún argentino que detrás de los partidos mencionados no está Moscú o Wáshington? ¿Habrà alguien tan ingenuo y mal informado que no sepa que Wall Street y todos sus servicios trabajan para impedir que el pueblo argentino imponga su decisión?

El pueblo debe saber la verdad. Si se altera el orden, si hay atentado o asesinato, su reacción ha de dirigirse sobre los verdaderos culpables y dar un escarmiento que, por ejemplar, se recuerde por varios siglos.

Agosto 16 de 1951

LA GUERRA POPULAR

Uno de los factores de poder militar en las naciones es el espíritu de sacrificio, la decisión y valentía con que todos sus hijos la defiendan. Para que esto suceda es menester que los ciudadanos estén resueltos a morir por la Patria, lo que no sucederá si cada uno no está persuadido de la necesidad de hacerlo y siente profundamente su causa. Para ello es indispensable que la razón por la cual se lucha sea la aspiración del pueblo, transformada en la “causa de la nación”. Siendo así, la “guerra será popular”. Cuando la guerra es popular se ha alcanzado la mitad de la victoria.

De ello se infiere que la razón de la popularidad o impopularidad de una guerra está en la natural correspondencia que debe existir entre el designio que anhela el pueblo y el objetivo que persiguen los que lo gobiernan.

Cuando el pueblo se interesa por su liberación y la justicia, es difícil llegar a una guerra popular mediante gobiernos que lo lanzan a la lucha por predomios imperialistas o por defender los intereses de reducidos núcleos de privilegio que manejan y explotan a los pueblos.

El engaño de la propaganda puede deformar y aun desviar momentáneamente las causas y los hechos, pero no las consecuencias. Estas aparecen tarde o temprano y su negativa influencia se hace sentir perjudicialmente quizá en los momentos más decisivos y en los que se necesita más la cohesión, el espíritu de sacrificio y la decisión.

Desde hace treinta y siete años, en que comenzó la primera guerra mundial, se dice a los pueblos que luchan por la justicia y la libertad. Esa es la verdadera causa de los pueblos.

Alemania sucumbió en 1918 y con ella su industria de menores costos, su marina mercante y su marina de guerra. El peligro de su concurrencia en los mares y mercados del mundo terminó allí. La justicia y la libertad siguieron como antes.

En 1945 sucumbió el fascismo y el nacionalsocialismo y con ello quedaron triunfantes el capitalismo imperialista y el comunismo, no menos imperialista. La justicia y la libertad poco cambiaron con ello y el mundo siguió casi como antes, con sólo un cambio de grupos beligerantes y el sometimiento y la esclavitud de la mitad del mundo detrás de la cortina de hierro y de la otra mitad detrás de la cortina del dólar.

En las actuales circunstancias, el mundo se prepara para una tercera guerra por la justicia y la libertad. ¿Podríamos criticar que haya pueblos que ya no creen en ello?

¿No tendremos ya derecho a desconfiar de la justicia y la libertad prometidas y a buscarlas por nuestros propios medios, cuando vemos que esa libertad y esa justicia, como solución, están ausentes en el capitalismo y comunismo imperialistas?

Esta misma idea parece vivir en casi todos los pueblos y por eso esta guerra es la más impopular de cuantas hemos conocido. Sin embargo, parecería ser que algunos gobiernos están decididos a llevarla adelante. Evidentemente esos gobiernos no representan la voluntad ni de sus propios pueblos.

Desde 1945 los argentinos se pusieron a la tarea de conquistar su propia libertad y su propia justicia. Para ello suprimieron el capitalismo como medio de su explotación interna y el colonialismo como forma de su explotación exterior, instaurando, por mandato de una inmensa mayoría, el justicialismo. Por ese sistema llegaron a la justicia social tan anhelada como negada en otras partes. Por la independencia económica alcanzaron su verdadera libertad y su soberanía como nación libre.

Los grandes grupos imperialistas, que lucharon por la justicia y la libertad, tan pronto se percataron que la Argentina se sentía justa y libre, le descargaron su ataque enconado, violento y sistemático. Su gobierno es una dictadura y su sistema no es democrático. No importa que ese gobierno haya sido elegido por una inmensa mayoría en comicios libres, puros y limpios, ni que el sistema sea impuesto por la verdadera y fehaciente voluntad del pueblo argentino.

¿DE QUÉ JUSTICIA Y LIBERTAD NOS ESTÁN HABLANDO?

Si esos grupos imperialistas, del Este o del Oeste, creen que la verdadera representación del país la invisten Beveraggi Allende, Ghioldi, Balbín o Cándido Gregorio, no tienen sino que esperar al 11 de noviembre.

En esas elecciones dirá el pueblo argentino si prefiere la libertad y la justicia de que actualmente disfruta o la que le ofrece el capitalismo o el comunismo.

Si el pueblo elige lo segundo, deberá enrolarse decididamente en uno de los bandos, como lo sugieren los socialistas de la “Casa del Pueblo” y, en tal caso, prepararse para concurrir a la guerra con toda decisión. Si, en cambio, se decide por el Justicialismo, esperamos que nos dejen tranquilos.

Agosto 23 de 1951

PAÍSES SATÉLITES

El concepto de dominio en el campo internacional ha tenido en la historia una extensión y una intensidad proporcionales a las concepciones que lo ocasionaron. La intensidad, la extensión y aun las formas de dominio han ido desde el simple acto de piratería internacional (en el cual mediante la fuerza se despoja a un país o a partes de él de su soberanía) hasta la ejecución de una sucesión de actos aislados (aparentemente inofensivos o convenientemente disfrazados) por medio de los cuales se termina en lo mismo. En otras palabras, se trata siempre de un mismo fin, en la obtención del cual sólo varían las formas.

El mundo vive actualmente la etapa más intensa y más extensa del imperialismo en la historia. El afán desmedido de las grandes potencias por alcanzar sus fines, no siempre honestos y confesables, ha llevado a la existencia de los siguientes caracteres imperialistas:

- un imperialismo remanente que viene de lejos, consolidado por evolución, en una comunidad de naciones, con una metrópoli y sus dominios;

- un imperialismo político comunista de ideología marxista detrás de la “cortina de hierro”;

- un imperialismo económico que ocupa, obliga y sojuzga gobiernos y países utilizando un complejo sistema de persuasión, engaño, presión y represión.

En el campo de la actividad político - internacional se trata simplemente del empleo combinado de la fuerza y la habilidad al servicio de la política. Es indudable que, al referirnos a la habilidad, descartamos de ella al engaño, la traición, la felonía y la infamia, porque ellas forman parte ya de la delincuencia.

Casi ningún país del mundo escapa hoy a las influencias e interferencias de las tres formas del predominio imperialista antes mencionadas.

Mediante los actuales sistemas imperialistas, el mundo ha quedado prácticamente agrupado en verdaderas “constelaciones” internacionales, de donde ha nacido, sin duda, el nuevo calificativo de “Estados satélites”. Por extensión de lo que ocurre en los sistemas planetarios, estos satélites no tienen “luz propia”, sino que están sometidos al equilibrio y acción dependientes del “astro central del sistema”.

En otras palabras, se trata de un sojuzgamiento de soberanía, mediante un sistema de gravitación política o económica que encamina a cada país por una ruta obligada, fuera de la cual se entra en el campo de la desobediencia punible.

De esa manera las alianzas y los pactos son actos obligados y no voluntarios y libres. Son compromisos compulsivos y no de real

conveniencia de los Estados. Es la forma moderna de convertir el efecto en causa. Toda una violación de las formas racionales, que naturalmente conduce al malestar y pesimismo actual de las naciones.

Si bien resulta fácil en una conferencia utilizar países satélites, mediante la presión que hace obediente instrumento al delegado de un país sojuzgado y se lo puede utilizar como “testaferro” de iniciativas impuestas, no ocurrirá lo mismo cuando se presente la guerra, donde lo que se necesite y requiera sea el esfuerzo real y no los votos o las opiniones.

Los que proceden mal suelen sucumbir víctimas de su propio mal procedimiento. Para guerrear lo que se necesita son compañeros de lucha, no mercenarios y menos aún sirvientes.

Por eso se producen fenómenos que muchos no alcanzan a comprender. Países en latente estado de rebelión. Pactos elaborados “de apuro” con compromisos de aleatorio cumplimiento. Guerra a la cual ninguno quiere candar sus hombres. En pocas palabras, guerra impopular en las naciones e indecisa en los gobiernos.

LA GUERRA SE HACE CON PAÍSES ALIADOS, NO CON PAÍSES SATÉLITES.

Cuando los justicialistas oímos decir “los países libres” no podemos menos que sonreír. Nosotros somos casi libres, pero para ello hemos debido enfrentar la difamación y la calumnia de la “prensa libre” y de las agencias A. P. y U. P. en todo el mundo; el bloqueo y sabotaje económico, las maniobras monetarias y financieras, el *dumping*, la presión y persecución en todas las formas y aun la agresión desde algunos países satélites del sistema de las “naciones libres”.

Es natural que, a pesar de todo, estemos dispuestos a pagar cualquier otro precio por nuestra libertad. No somos tan ignorantes para no recordar ni tan ingenuos para no saber lo que ha costado siempre a los países mantener su dignidad y defender su libertad.

La libertad ha sido siempre objeto de luchas. Por eso pensamos que ella no se discute, se defiende. Nosotros estamos dispuestos a defenderla.

Agosto 30 de 1951

CONSEJOS INTERNACIONALES

Existen dos tipos de organismos internacionales: los paritarios, que nacen de necesidades comunes, y los unilaterales, que tienen origen en la imposición de los fuertes. Los primeros son seguros y constructivos; los segundos, absorbentes e injustos, son verdaderos focos de lucha enconada e insidiosa. Por eso, mientras unos son órganos de lealtad, amistad y confraternidad, los otros lo son de intrigas, odio y enemistad.

Desde la “Liga de las Naciones” a través de las “Naciones Unidas” hemos visto proliferar toda suerte de organismos unilaterales, en los cuales se ha presenciado el mismo espectáculo de la deslealtad, el engaño y la acción innoble en los negocios de las naciones. La “Organización de los Estados Americanos” ha sido nuestra cruz. Con la misma técnica y el pretexto de la buena vecindad, ha ido creando organismos engañosos, que, a manera de una trampa, están maliciosamente destinados a atrapar a nuestros países en una red de compromisos inadmisibles.

El factor que debe caracterizar los compromisos es la ecuanimidad y, dentro de ella, la reciprocidad. Nada puede afirmarse con carácter duradero en la injusticia, el engaño y la presión.

Cuando los acuerdos internacionales carecen de tales condiciones no pueden ser permanentes y su cumplimiento será siempre aleatorio. Sólo los pactos de mutua conveniencia pueden ser prolongados y, en el sacrificio, sólo son ejecutables cuando se establecen cargas sostenibles, proporcionadas y justas.

Los consejos en busca de acuerdos multilaterales de nuestros tiempos están precisamente viciados de unilateralidad, de injusticia, de presión y de engaño. Las consecuencias han sido los desacuerdos, las desconfianzas y la ambigüedad. Poca fe pueden inspirar los difusos compromisos surgidos en cuanto a su permanencia y a su cumplimiento de buena fe.

La “Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social” de Panamá ha sido insólitamente clausurada antes de lo programado, sin resolver nada y dejando nuevamente “el rabo por desollar”.

Lo único que ha patentizado su desarrollo ha sido la falta de buena fe, de sinceridad y de lealtad en los procedimientos. Todo ha sido allí alambicado y capcioso, en busca de imponer irregularmente soluciones preconcebidas o postergarlas cuando no fue posible alcanzar tales resultados. La forma de pago de los saldos, la coordinación de los transportes, la conferencia internacional de materiales (C. I. M.) son evidencias claras de esa odiosa irregularidad y de ese sórdido unilateralismo, que va destruyendo en nosotros todo vestigio de fe que aun pudiéramos abrigar por estos organismos internacionales.

A una mala realización y desarrollo ha correspondido una peor terminación y clausura. El respeto y la soberanía están haciendo crisis en las “naciones libres”. Lo insolentemente insólito reemplaza a lo natural; las formas se pierden y una evidente irritación aparece en forma de un secretario adjunto, de un poderoso país que, “de guapo”, atropella e irrumpe en la conferencia. Por su boca dice Wáshington que no le interesan nuestras palabras ni nuestros bienes, sino una emergencia como hecho global, por el cual Latinoamérica debe preocuparse en producir materiales estratégicos y preparar tropas para la guerra.

Instintivamente pensamos en la libertad y en la justicia por las que se piensa combatir. ¿Podrá alguna vez considerarse justo que, a la fuerza, los países pobres e infrapoblados deban sacrificar su pobreza y hacer matar a sus pocos habitantes para defender los intereses de los países ricos y superpoblados?

Septiembre 6 de 1951

LA PREPARACIÓN COMO CAUSA DE LA GUERRA

Una de las etapas importantes de la guerra ha sido siempre la de su preparación. A menudo es en esa etapa cuando los gobiernos y sus organismos técnicos deciden definitivamente su realización. Ello sucede por la simple razón de que, puesta en marcha, ocasiona transformaciones, orientaciones y gastos de tal naturaleza y volumen que el volver atrás podría acarrear a los países o a parte de ellos una muy difícil situación económica.

Dados los pasos decisivos de la preparación, es más difícil encarar la paz que realizar la guerra, aunque naturalmente no es más conveniente. Sin embargo, como en el drama sangriento y apasionado que es la guerra, los hombres no hacen siempre lo más conveniente a los intereses generales, sino lo que interesa a naciones o círculos comprometidos, hay poderosas fuerzas influyentes para que los conflictos se produzcan y la guerra estalle.

Los pueblos, generalmente, son pacifistas porque ellos son los sometidos al sacrificio directo y porque son también ellos los que, en último análisis, sufren todas las consecuencias. Sin embargo, no son los pueblos, sino los gobiernos, los que deciden.

En contra de lo que muchos creen, los países no se preparan “para la guerra”, sino para “una guerra determinada”. Es así como su preparación comienza generalmente con muchos años de anticipación. El concepto moderno de “nación en armas” y las necesidades e imposiciones de esa modalidad llevan a empeñar en tiempo de paz el esfuerzo total de la nación para preparar integralmente el esfuerzo de guerra en todas las fases de su capacidad. Si bien esto puede hacerse al principio, sin apartarse de la vida normal y pacífica de la nación, llega, en cambio, un momento en que esa actividad de paz debe ceder su puesto a la actividad de la preparación para la guerra. Desde ese momento, la guerra comienza a ser cada día más inevitable y cada día más inminente. No cuentan en ello tanto los acontecimientos cuanto los designios de los directores, porque los sucesos fundamentales dependen de las decisiones tomadas ya en los planes de guerra.

Este fenómeno se ve doblemente influenciado por la dirección, dado que tanto la guerra como la política son el choque y la lucha de dos voluntades contrapuestas.

En estos últimos tiempos se ha dado en afirmar que “no habrá guerra”. Que es posible que la tensión y la guerra fría, prolongadas indefinidamente, puedan permitir a las naciones vivir largo tiempo en medio de esta paz vigilante y amenazadora, pero sin recurrir a la lucha.

Estamos de acuerdo, en principio, que esta situación pueda prolongarse mayor o menor espacio de tiempo, pero es innegable que se trata de una preguerra. Los poderosos futuros beligerantes han entrado ya en la etapa

final de su preparación (movilización industrial y del personal) y, en consecuencia, en la fase decidida y de inminencia.

No creemos que, en el estado actual de decisión y preparación de los beligerantes, puedan abrigarse esperanzas fundadas en la razón, sobre la posibilidad de evitar la guerra.

Cuando un gran país ha comprometido decididamente su porvenir económico en la preparación de una guerra hasta el punto que presenciarnos en nuestros días, una decisión contraria, aunque conveniente, es difícil de tomar. Ella impondría al gobierno enfrentar un desastre económico de magnitudes imprevisibles, del que sería acusado de principal culpable y del cual sólo podría salir mediante los arbitrios más extraordinarios.

No abrimos juicio sobre si, en presencia de los hechos, de los hombres y de los sistemas conocidos, podremos esperar cosas semejantes.

Septiembre 13 de 1951

LA INFORMACIÓN Y LA GUERRA

Los organismos que dirigen la guerra, como los comandos y estados mayores que la conducen, poseen oficinas especiales dedicadas al aprovechamiento de todo material informativo. A esos órganos llegan las informaciones más diversas, por los medios más heterogéneos y de las más variadas fuentes. Su misión consiste en recibirlas, depurarlas, confirmarlas y aprovecharlas.

El aprovechamiento es función del servicio de inteligencia. Toda noticia debe ser explotada en la propaganda, contrapropaganda, provocación, espionaje, etc.

En esas tareas de guerra la verdad es suplantada por la necesidad de servir directa o indirectamente al objetivo que se persigue. Las noticias, informaciones o comunicados que emergen de la dirección de la guerra o de los comandos de la conducción contienen sólo la verdad que conviene, a la que se le agrega lo que interesa a los fines de la mejor conducción.

Para que estas tareas puedan ejecutarse congruentemente, es menester una absoluta centralización de estos servicios. Las grandes “centrales de información” son las únicas técnicamente habilitadas para la explotación integral de la noticia.

En la larga etapa guerrera que va desde 1914 hasta nuestros días, la técnica militar de la información pasó de los organismos castrenses a las organizaciones civiles. Es así que las antiguas agencias de noticias pasaron a ser verdaderas “centrales de información”, convirtiéndose en organismos estatales o subvencionados, generalmente integrantes de los “servicios de inteligencia”. Por eso también, “disfrazados de periodistas”, actúan en el mundo un sinnúmero de agentes de espionaje y provocación de esos servicios.

La lucha por el “libre acceso a las fuentes de información” no es sino el intento de facilitar el espionaje, con un cierto grado de impunidad, en cumplimiento de misiones establecidas en los respectivos “planes de búsqueda”.

La asimilación de los métodos militares a las actividades de la información civil, por influencia del permanente estado guerrero ha sido tal que en la actualidad no existe agencia informativa que actúe fuera de la influencia y de la técnica antes mencionadas. Por eso, los órganos publicitarios de todos los países, servidos por esas “agencias”, consciente o inconscientemente, no son otra cosa que agentes del servicio de inteligencia de los diversos centros activos de la dirección de la guerra.

Cada país, interesado en el mejor cumplimiento de sus tareas guerreras, ha llegado a poseer sus propios servicios internacionales de información y difusión. Mediante ellos libra en lo político, en lo económico y en lo militar

la lucha en el campo publicitario. Los países que no poseen tales servicios están indefensos e inertes en esa lucha.

Cuando hablamos de organismos que, en el orden mundial, distorsionan la verdad y falsifican la información para engañar a los pueblos, controlando y dirigiendo las noticias desde conocidos centros internacionales, utilizando centrales periodísticas que “cocinan” información en función de intereses, no decimos nada nuevo ni desconocido. Mencionamos sólo una técnica y señalamos un procedimiento cuyas consecuencias sufrimos en nuestro país y en el resto del mundo servido por esas “agencias”.

Las causas nobles no valen tanto por su contenido cuanto por las manos que las utilizan. Las causas nobles al servicio del mal son las peores causas. Conocemos los principios que practican, los escrúpulos que gastan y los métodos que emplean muchos campeones de la libertad de información” y de la “libertad de prensa” que hoy se rasgan las vestiduras en su defensa. Pero sabemos también que lo que realmente desean es poseer estas “llaves” para entrar en todas partes impunemente, para desarrollar su diabólico trabajo.

La libertad de prensa e información, realizada de buena fe, es una de las más grandes conquistas de la humanidad civilizada, pero, practicada de mala fe, es uno de sus peores azotes.

Septiembre 20 de 1951

EFFECTOS ECONÓMICOS DE LA GUERRA

A la influencia del complejo fenómeno de la guerra no escapa ningún factor de la vida de los pueblos. Pero donde más se hace sentir es, sin duda, en su economía.

La guerra existe en sus efectos mucho antes de comenzar y sus consecuencias se hacen sentir mucho después de haber terminado.

En realidad, la guerra empieza en la paz, con su preparación; adquiere intensidad en la lucha, luego vienen sus efectos. La preguerra, período de las causas, se utiliza para transformar, reunir la fuerza y aparcas los medios; la postguerra, período de las consecuencias, para desmovilizar, transformar los medios y pagar “los platos rotos”.

Cada guerra es un intenso y prolongado esfuerzo de muchos pueblos. Generalmente, su fin marca la iniciación de nuevos sacrificios para neutralizar los terribles efectos de la crisis que sobreviene.

En el mundo contemporáneo, todos los países, beligerantes o no, pagan su tributo a la guerra. Generalmente, la economía mundial adquiere características particularísimas en las distintas etapas de la guerra. La irregularidad y los hechos extraordinarios caracterizan a la economía de estos períodos.

Si los largos períodos de paz permiten la aplicación de métodos y sistemas económicos, las etapas mencionadas sólo admiten soluciones particulares a cada caso concreto.

El desequilibrio que el esfuerzo trae a la economía alcanza a todos los sectores de la actividad de las naciones. Los valores, las monedas y las finanzas en general sufren el impacto de los efectos de la alteración económica, y el mundo económico se transforma en un “río revuelto” y “en ganancia para los pescadores”.

A los hombres de nuestras generaciones nos ha tocado vivir quizá la época más rica en acontecimientos de esta especie. Dos grandes guerras, ya pasadas en la lucha, pero no en sus efectos, desembocan en una tercera, que ha tenido la virtud de establecer una verdadera continuidad de una postguerra con una preguerra. Es así que, en lo económico, a los efectos de las consecuencias de una se suman los de las previsiones de otra. Todos nuestros países han debido enfrentar, en la solución de sus problemas económicos, tan anómala como difícil situación, agravada por los malos y unilaterales procedimientos de las poderosas economías dominantes.

En la postguerra, bajo el rubro de restablecimiento económico o reconstrucción europea, actuaron la “UNRA” y el “Plan Marshall”. La consecuencia fue la extensión de monopolios y *cartels* sobre la economía, europea, donde los bienes, los capitales y las rentas nacionales perdieron cada día sus valores y las monedas se “ablandaron” paulatinamente.

La América latina, huérfana de toda consideración, sufrió, como consecuencia de lo anterior, una concurrencia desleal en su comercio internacional con Europa. El Plan Marshall, con el pretexto de restablecer el ciclo de una economía europea con capacidad de producción y renta, permitió al capitalismo de su país sostener un alto nivel de producción, evitó la crisis de la guerra, pero sumió al comercio de nuestros países con Europa en la más difícil de las situaciones.

Aparte del *boicot* y sabotaje ejercidos por medidas directas, hemos sufrido los efectos del *dumping* contra nuestros productos en sus mercados tradicionales. Ha sido una época caracterizada por la agresión económica contra nuestros países, donde la libertad de comerciar ha sido un mito frente a la presión, el *boicot* sistemático y la prepotencia, en ocasiones disimulada, que cerró los mercados históricamente tradicionales.

No terminados aún los efectos de la postguerra y de los métodos a que dio lugar, comienza la preguerra con efectos y métodos que hacen presuponer que en el futuro todo empeorará... Con “comisiones” unilaterales, conferencias *sui géneris* y acuerdos no siempre voluntarios, se “prepara el terreno” para llevarnos nuevamente a una trampa que puede traducirse en el futuro en hambre, miseria y dolor en nuestros pueblos.

Un poco de libertad y justicia no será mucho pedir a un mundo que se prepara para luchar por ellas.

Si los argentinos meditan sobre la situación económica que, desde 1945 hasta nuestros días, se desarrolla en el mundo, podrán apreciar el titánico esfuerzo realizado por el país.

En un mundo dedicado a especular con la postguerra y la preguerra, han pasado cinco años. Durante ellos se han realizado la independencia económica, la recuperación nacional, la nacionalización del sistema bancario, seguros y controles financieros, compra de ferrocarriles, teléfonos, gas, puertos, elevadores y demás servicios públicos, se han organizado la comercialización de la producción y el sistema económico nacional, se ha repuesto la maquinaria industrial e incrementado toda la industria con más de 30.000 equipos, se ha realizado el Plan Quinquenal con más de 70.000 obras, se ha consolidado la reforma social, se ha pagado la deuda externa, se ha formado una marina mercante, se ha organizado el país, se ha efectivizado la soberanía, la justicia y la dignidad de la Nación.

Los detractores dicen: “Sí, pero hay cierto desequilibrio económico”. Ello recuerda el cuento de Discépolo: “Tenía un amigo a quien nada le conformaba del todo. Asistía un día al circo. Allí un equilibrista ponía sobre una mesa una silla; sobre ella, una botella; apoyando la cabeza en la botella, hacía la vertical; con las piernas sostenía un arpa, que tocaba con las manos. « ¿Qué te parece?», le preguntó el amigo: «No me gusta cómo toca el arpa», le contestó”.

Septiembre 27 de 1951

LA POLÍTICA INTERNACIONAL Y EL SERVICIO DE INTELIGENCIA

El “*servicio de inteligencia*”, en la mayor parte de los países, depende directamente de los jefes de Estado. Constituye una organización estatal *sui generis* con funcionamiento y financiación propios, para lo cual se utiliza el encubrimiento de empresas comerciales, industriales, etc.

Los servicios de inteligencia, en su acción en el sector internacional, como en el interno, actúan dirigidos por el jefe de Estado, con la intervención, aunque limitada, de los departamentos o ministerios correspondientes.

Cuando un servicio de espionaje o provocación actúa en un país, el responsable de tal hecho es el Estado y su jefe que lo envía y lo dirige. Sin embargo, entre las numerosas “mentiras convencionales” que ha impuesto la mala política internacional, está la de considerar al espía y al provocador como un delincuente común.

La “guerra integral” ha traído la necesidad de la penetración total. La política internacional ha seguido los mismos cauces y el contraespionaje se ejercita en los mismos campos. Por eso, los modernos servicios de espionaje invaden todos los lugares y situaciones y, en especial, los políticos, los económicos, los militares, los sociales, etc.

Se lo llama “*servicio de inteligencia*” porque en la lucha en que se empeña no entra la fuerza, sino la astucia, el engaño y la mala fe ejercidos con el mayor grado de inteligencia. Naturalmente, este concepto es también relativo, porque a menudo se observa que, cuando esa inteligencia es escasa en los hombres y en los gobiernos, éstos suelen recurrir a la agresión, a la presión y aun a la fuerza, para alcanzar los objetivos que les niega la inteligencia.

Tanto el empleo perturbador de la inteligencia, al servicio de la mala fe internacional — guerra fría como se la ha llamado — como la presión a la fuerza insidiosamente empleadas con hipocresía y falsedad, han creado en las relaciones internacionales de los países un estado latente de guerra sórdida y solapada, algo así como un proceso crónico, que se tolera a pesar de sus molestias, pero que al final tiene siempre graves consecuencias.

La tolerancia del convencionalismo de la política internacional moderna ha alcanzado límites inauditos, ocasionados por la perversión paulatina del sentido de la dignidad internacional, por el mutuo temor entre los fuertes o por la impotencia de los débiles.

Merced a ese estado de cosas se ha llegado a situaciones verdaderamente intolerables, en las cuales sólo la prudencia exagerada de algunos gobiernos ha podido evitar que se produjesen situaciones irremediables. Sólo así ha sido posible ver al personal diplomático, servicio de espionaje, compañías

extranjeras y nativos a sueldo, que bajo la dirección de un embajador actuaron en los países contra toda la regla y tradición civilizada, para violar los principios más fundamentales de la ética profesional y diplomática.

La responsabilidad en esos casos no recae en tales irresponsables, sino en el país y en el gobierno que los dirige. Los pueblos no olvidan nunca semejantes atropellos y tales afrentas a la dignidad nacional, que constituyen motivo de odios justificados y permanentes.

Sin embargo, estos burdos métodos parecen haber evolucionado en las formas. Hoy se ataca indecorosamente a los países o a sus gobernantes, pero desde el exterior, coordinando embajadas y servicios de espionaje en una campaña generalizada de propaganda, provocación y agresión. En ella intervienen, desde los “coordinadores” que recorren los países enunciando planes para su servicio, y nativos, hasta los que como “francotiradores” firman artículos, o los que habiendo pertenecido siempre al servicio de espionaje, ahora pretenden hacer creer que “trabajan por su cuenta”.

Las agencias informativas manejadas por los servicios de inteligencia participan también en esos planes, y los diarios venales de los diversos países son asimismo instrumentos a su servicio. Aparecen de pronto numerosas revistas, con diversos nombres mal disimulados, que bajo inocente pretexto se suman a la campaña publicitaria dentro y fuera de los países. Noticiarios y transmisiones radiales, como servicios gratuitos de películas cinematográficas de propaganda, completan el cuadro de penetración mal disimulada.

Los pueblos azotados por estos métodos irritantes, los países ofendidos por estos procedimientos agresivos, y los hombres heridos por estos sistemas de escarnio se suman cada día a la legión de los enemigos. “Quien siembra vientos no puede sino recoger tempestades”.

Es indudable que esta acción subalterna, obra hombres pequeños e irresponsables, cualesquiera sean las situaciones que ocupan, tienen el grave inconveniente de crear situaciones embarazosas en las relaciones internacionales. Sin embargo, los pueblos, generalmente intuitivos, se sobreponen a esa subalternidad. Lo lamentable es que estos instrumentos que podían servir para cimentar la amistad y la libertad de los pueblos, en manos inmorales e irresponsables se transforman en instrumentos de odio y de opresión.

Cuando echamos una mirada a los tiempos y a los hombres, sentimos la congoja del descenso y la angustia del vacío. ¡Cuánto descende la humanidad en la dirección de sus destinos al cambiar estadistas sabios y prudentes por hombres malos y mentirosos!

Octubre 4 de 1951

I. —ASI PAGA EL DIABLO

Dentro del campo de la economía internacional, los métodos del imperialismo capitalista no difieren de su conducta habitual. Deseamos presentar sólo dos casos de sus atropellos.

En 1945, cuando terminó la segunda guerra, Estados Unidos debía a la Argentina una crecida suma, producto de abastecimientos no compensados. Esos créditos fueron bloqueados al terminar la contienda. En otras palabras, el deudor se negaba a pagar, no cubría interés alguno y, entretanto, maniobraba con los precios en forma que ese crédito argentino bloqueado se “evaporaba” a la mitad.

Con esa maniobra el país fue estafado en una ingente suma. Nada pudimos hacer entonces porque, incluso, si reclamábamos nos decían que éramos “nazis”.

Aunque despojados inicualemente, debimos emplear lo que nos quedaba en compras apresuradas para satisfacer necesidades apremiantes y cobrar de alguna manera, ante la amenaza de una “evaporación” progresiva de los saldos. Fue entonces cuando se acusó al gobierno de gastar apresuradamente nuestro saldo en dólares. ¡De no haber sido así...

Este fue un simple caso de despojo; el que mencionaremos a continuación es todo un chantaje agresivo.

En 1946 la deuda de los Estados Unidos era aproximadamente de *dos mil millones*, y la de Gran Bretaña, de *unos tres mil quinientos* (117 millones de libras). La Argentina, acreedora de ambos, dispuso emplear tales saldos en la adquisición de manufacturas indispensables. Fue así que procedió a disponer del oro y dólares acumulados, al tiempo que gestionaba el desbloqueo de los saldos en libras esterlinas. *Lo primero* pudo realizarse a duras penas, como mencionamos antes, a costa de uno de los fraudes más abominables que registra la historia de las relaciones económicas internacionales. *Lo segundo* se estableció al firmar solemnemente dos tratados sucesivos con el gobierno de S. M. Británica, en los cuales éste se comprometía a mantener la convertibilidad de la libra esterlina.

En base a esa convertibilidad se mantenía el “comercio triangular” de Argentina, Gran Bretaña y Estados Unidos. En otras palabras, era posible emplear libras para comprar en los Estados Unidos, y, por lo tanto, parte del saldo de los 117 millones de libras podía ser invertido en los Estados Unidos convertido en oro o en dólares.

Una vez utilizadas, de la manera que se ha descripto, las reservas en dólares, el país no tenía otra solución financiera, para seguir importando de los Estados Unidos, que recurrir al uso de las libras esterlinas devengadas por su comercio con el Reino Unido.

Para Argentina, celosa cumplidora de sus pactos y compromisos internacionales, era inconcebible el pensamiento que el Gobierno de Su

Majestad Británica, comprometido en acuerdos y pactos solemnes a mantener la convertibilidad de las libras bloqueadas, pudiera unilateralmente violar los compromisos. Sin embargo, a mediados de 1947, decreta unilateralmente la cesación de tal obligación financiera. En ello se ve la mano intencionada de ciertos círculos estadounidenses, pues no es un secreto para nadie que tal medida no pudo ser tomada por el gobierno inglés sin el acuerdo o la presión mencionada.

En estas condiciones, algunos bancos argentinos se excedieron en la apertura de cartas de crédito en libras con sus corresponsales norteamericanos, y firmas privadas argentinas hicieron, a su vez, utilización del crédito que normalmente concedían sus proveedores estadounidenses, acumulando saldos en cuentas corrientes. De esta manera se acumuló entre firmas y bancos privados argentinos, con firmas y bancos privados yanquis, una deuda de carácter comercial y bancaria que, en condiciones normales, se hubiera liquidado en el curso regular del intercambio. Pero “el tiro” no era ése. Se trataba intencionadamente de perjudicar a la Argentina en su crédito, haciéndola aparecer como deudora morosa y, en consecuencia, cortarle el crédito y difamarla por todos los medios.

Pero aquí no termina este caso inaudito de irresponsabilidad e injusticia. La cesación de la convertibilidad de la libra esterlina fue casi paralela al anuncio del Plan Marshall, que, según se comprometió y consta en actas del parlamento yanqui, habría de constituir un plan de recuperación mundial que favorecería por igual a todos.

Latinoamérica y en especial Argentina jugarían un papel especial. En los cálculos de la administración yanqui (de acuerdo con documentos oficiales debatidos en su Senado) consta la decisión de adquirir en nuestro país más de mil millones de dólares en productos necesarios a la rehabilitación económica de Europa. Apremiados por nuestro gobierno, la embajada de los Estados Unidos y los personeros de la E. C. A. aseguraron a nuestro gobierno, con toda clase de garantías verbales, en el sentido de colocar en nuestro país elevadas órdenes de compra, solicitándonos a la vez que se reservara al efecto toda nuestra producción. Tampoco en este caso debía el gobierno dudar de la buena fe y de la palabra oficialmente empeñadas por el embajador Bruce en nombre de su gobierno. Por eso no se paralizaron las importaciones provenientes de Estados Unidos, sino que se prosiguió el abastecimiento esencial de la economía argentina, aun cuando el saldo deudor de los importadores argentinos con los exportadores yanquis se elevó a casi doscientos millones de dólares.

Aprobado el Plan Marshall, llegó a Buenos Aires el señor Hensel, representante del mismo, y ante el estupor del gobierno argentino y del propio embajador de los Estados Unidos, señor Bruce, manifiesta que tal plan es simplemente financiero y que en la Argentina no se compraría nada.

Se había consumado el más triste episodio de la mala fe, del incumplimiento y de la falsedad internacional.

En tal situación, el gobierno argentino dispuso dar fin a este abominable asunto, disponiendo que el 30 % de sus divisas en dólares fuera puesto a disposición de los bancos y firmas privadas, deudores de sus similares yanquis, para amortizar los saldos aun pendientes.

En esa situación llega a Buenos Aires el señor Miller, Secretario Ayudante del Departamento de Estado, e inicia, bajo la promesa de mejorar las relaciones y subsanar “malentendidos”, gestiones para que nuestro ministro de Hacienda hiciera un viaje a los Estados Unidos, a fin de dar término a las gestiones ya realizadas allí por una comisión mixta. Dentro de los diversos asuntos considerados y aprobados, casi todos unilateralmente favorables a empresas yanquis, se encaró la solución del pago de los saldos pendientes de las firmas privadas importadoras argentinas con las de igual clase estadounidenses.

Estos intereses privados entendieron que convenía mejor al juego normal de sus operaciones la concertación de un arreglo financiero que sería llevado a cabo con el Export-Import Bank de Washington y mediante el cual se operaría la cancelación inmediata de tales saldos. Se constituyó un consorcio bancario argentino, que realizó las negociaciones y firmó los acuerdos. En la actualidad tales cuentas corrientes han sido casi totalmente liquidadas con el interés correspondiente, que nunca pagaron los yanquis en sus deudas con los argentinos.

En tales condiciones sólo un embustero o un canalla puede hacer la afirmación de que el gobierno argentino ha contratado un empréstito en los Estados Unidos. Ni el origen de la operación, ni la persona jurídica envuelta, ni la finalidad perseguida son del resorte propio del Estado argentino. El embajador argentino en Washington decía en tal ocasión: *“El gobierno del General Perón no desea ni necesita un préstamo de los Estados Unidos”*.

En conclusión: queda claramente expuesto que las maquinaciones del supercapitalismo internacional, no satisfecho con despojar a otras naciones de recursos indispensables para su desarrollo económico, mediante la inflación provocada; no conforme con la violación arbitraria de la palabra empeñada en documentos solemnes; no contento con el incumplimiento sistemático de las promesas y de las obligaciones formales de sus representantes, miente, miente descaradamente cuando pretende tergiversar la clara posición argentina, que ha resistido su bloqueo, su presión, su sabotaje y su difamación sistemática.

II. — EL REVERSO DE LA MEDALLA

Hemos historiado cómo nos robaron; deseamos también explicar cómo nos defendimos. Esa defensa fue realizada a base de decisión y habilidad, porque conociendo a los desalmados que actuaban hubiera sido ingenuo contar con ellos.

En efecto, en 1946 nos bloquearon los fondos y se negaron a entregar el oro equivalente. Entretanto elevaron los precios en forma sideral y agregaron a ello la imposición de pagar coimas por los permisos de exportación. Nos amenazaron así con quedarse paulatinamente con todos nuestros saldos a cambio de algunos autos, radios o *frigidaires*. Pendergast no actuaba sólo para ganar elecciones...

En esa terrible batalla todo consistía en ganar tiempo procediendo con rapidez y decidida energía. Ya a comienzos de 1946 nuestro gobierno se percató de la inescrupulosa intención de los deudores. Había terminado la lucha, pero venía una etapa difícil de la guerra: pagarla.

El Consejo Nacional de Postguerra encaró decididamente el estudio de la situación económica mundial y planificó una acción para neutralizar el despojo en perspectiva y asegurar el mejor negocio para el Estado y la Nación Argentina.

De ese estudio resultaron dos conclusiones fundamentales:

1° — Que había que contar a corto plazo con una desvalorización general de las monedas como consecuencia de la inflación provocada desde los mercados manufactureros y,

2° — Que era el momento de realizar la *recuperación nacional* comprando todos los servicios públicos enajenados por los gobiernos anteriores e incrementando con ello dos o tres veces el haber patrimonial del Estado argentino.

La *recuperación nacional* se podía realizar con ventajas con la elevación de los precios de “*la comida*”, que en esos momentos era objeto de extraordinaria demanda. Su justificación era inobjetable desde que los artículos con que nos pagaban habían subido extraordinariamente.

Contra la *desvalorización de las monedas* bastaba prever que en esta guerra pasaría lo que en todas: que se pagan en parte con esa desvalorización. Eso, que sucedió recién en 1949, fue previsto por nuestro gobierno en 1946. Como era de esperar, la desvalorización de las monedas traería un aumento inversamente proporcional en los precios de los bienes de capital, que eran la casi totalidad de las importaciones argentinas.

Todo el éxito residía en ganar tiempo, adelantándose a la gigantesca maniobra de despojo que se cernía sobre nuestra economía. La decisión era factor principal para maniobrar con rapidez empleando hasta la última divisa — que se desvalorizaría — para adquirir bienes de capital que se valorizarían.

Fue entonces cuando nuestro gobierno dispuso que el I.A.P.I. comprara de inmediato todo lo necesario al país y lo transportara sin más al puerto de Buenos Aires. El secreto estaba en que la pérdida de valor de las monedas “no nos agarrara” con un solo billete desvalorizado. Así se dotaron todas las necesidades nacionales en maquinarias, vehículos, etc., que durante los cinco años de guerra no habían podido llegar al país. En una sola operación se compraron 60.000 camiones y 1.000 tornapuls; 20.000 equipos industriales fueron adquiridos para ampliar y reacondicionar la industria; se compró la marina mercante; se motorizó el Ejército y se dotó la Aeronáutica, etc.

El puerto de Buenos Aires llegó a estar atestado de materiales; fue menester estibarlos en los lugares libres, aun a la intemperie, porque faltaba tiempo para retirarlos. Se oían a menudo críticas de los que pasaban por allí. En 1949 no nos quedaba una divisa. El gobierno había cumplido su plan de cambiarlas por bienes de capital. Entonces vino lo previsto: cayeron todas las divisas y los bienes de capital comenzaron a subir catastróficamente. Y si no, veamos: cada camión que en 1947 costó 8.000 pesos, hoy vale más de 100.000; cada tornapul que costó 25.000, hoy cuesta 250.000; los equipos industriales que, “grosso modo”, vinieron a un dólar el kilo, hoy cuestan diez; los tanques del Ejército, que se pagaron a 22.500 pesos cada uno, hoy no se los consigue por 500.000; los aviones, los barcos, etc., si se los comprara hoy, constarían entre cinco y diez veces, los precios pagados entonces por ellos.

Sin embargo, cuánta incompreensión y cuánta estupidez hemos escuchado en la crítica por haber gastado las divisas. Ellos hubieran preferido que se evaporaran bloqueadas en las cuentas de las metrópolis que sirven.

Fue precisamente ese fabuloso negocio del Estado y la Nación Argentina lo que permitió al país llegar a 1951 habiendo realizado la recuperación nacional, pagado la totalidad de su deuda externa, formado su flota mercante y aérea, modernizado sus fuerzas armadas, realizado y consolidado su independencia económica y justicia social, mantenido la plena ocupación, reactivado la economía y ejecutado más de 75.000 obras públicas en todo el territorio.

Los charlatanes que capitanean bandas políticas dicen que el gobierno peronista ha arruinado el país. Nosotros sabemos que el esfuerzo más grande ha sido realizado para pagar las deudas que ellos contrajeron y recuperar los bienes que ellos entregaron, por moneditas de coima, a sus amos de ayer y de hoy.

Hay una diferencia entre ellos y nosotros. Esa diferencia está en los hechos mismos.

Octubre 11 de 1951

LA CULPA DEL COMUNISMO

Desde que el problema de la superpoblación comenzó a afligir a diversas regiones del globo, la miseria pasó a ser cada día un problema más difícil para la humanidad. Hoy podemos afirmar que es precisamente la falta de comida la causa de sus mayores perturbaciones.

Los cinco continentes poseen aproximadamente unos dos mil quinientos millones de habitantes. Economistas prácticos calculan que, para una humanidad satisfecha, es menester disponer de una hectárea laborable por persona. El mundo actual no alcanza a tener mil quinientos millones de hectáreas en producción.

De ello se infiere que casi la mitad de la población de la tierra está enfrentada al hambre o que la totalidad de sus moradores están “a media ración”.

Es precisamente esta misma circunstancia la que explica que “metrópolis” que antes comían cinco veces al día, se conformen hoy con una comida diaria que sólo contiene las proteínas de cien gramos semanales de carne, mientras otras “metrópolis” arreglan a su pueblo con variadas clases de pomadas casi sintéticas y abundantes vitaminas en píldoras.

Cualquiera de los antiguos imperialismos hubiera encarado la solución por su lado lógico, porque entonces se anhelaban las soluciones. Ella no habría sido otra que encarar la producción en los millones de hectáreas improductivas que posee la tierra o la intensificación en las que actualmente se explotan.

Sin embargo, los modernos imperialismos no luchan por ayudar a producir materias alimenticias, ni van hacia las regiones desérticas, ni pelean por los territorios incultos. Su única atracción es ejercida precisamente por las zonas superpobladas de Europa y Asia. Interesa más la explotación del hombre que la explotación de la tierra. Pero olvidan que la tierra contesta a la explotación produciendo; el hombre, rebelándose.

Son, pues, los más enconados enemigos teóricos del comunismo los que “fabrican” mayor número de ellos todos los días, creando la miseria y la explotación que son los caldos de cultivo donde proliferan justamente tales ideologías.

Las publicaciones más recientes de las Naciones Unidas establecen que en la América del Sur, dos tercios de su población, es decir, unos 60 millones, viven en estado de subalimentación constante y por lo menos un tercio, o sea unos 30 millones, viven en estado de inanición crónica.

La insuficiencia de calorías, sigue diciendo la mencionada publicación de la U.N., está bastante generalizada. En el noreste brasileño — zona de monocultivo de la caña de azúcar — cada habitante absorbe término medio

1.700 calorías diarias. En la cuenca amazónica, donde se extrae penosamente el caucho en la selva tropical, el régimen alimentario contiene de 1.800 a 2.000 calorías. La Comisión de Alimentación de Bolivia calcula en unas 1.200 calorías el régimen alimentario medio del boliviano. Los especialistas de Colombia y Ecuador calculan que sus regímenes alimentarios alcanzan a 2.000 y 1.600 calorías, respectivamente. Estudios efectuados en Chile han revelado un hecho en extremo impresionante: el 50 por ciento de la población chilena no llega a consumir 2.000 calorías diarias, y del resto, por lo menos el 10 por ciento, no alcanza a 1.500 calorías.

(La media universal de las necesidades fisiológicas se estima en 2.800 calorías).

La falta acentuada de proteínas es característica de Sudamérica, según la mencionada publicación, debido a la falta de consumo de alimentos reparadores de origen animal. Su consumo es uno de los más bajos del mundo: no llega término medio a 30 kg. por persona y por año. En el noreste brasileño es de 40 kg., desciende a 18 kg. en el Ecuador y no pasa de 14 kg. en el Perú. Si comparamos estas cifras con las del consumo en regiones mejor alimentadas, Canadá 60 kg., Estados Unidos 59 kg., zona meridional del Brasil 70 kg., y Argentina 136 kg., se nos hará más manifiesta aún la insuficiencia.

Esto parecería explicar la mortalidad por tuberculosis, que, según los datos elaborados por Jelton en la revista *Punto IV* del D.E. de enero de 1950, consigna (cada cien mil habitantes): Dinamarca 34, Estados Unidos 47, Alemania 50, Reino Unido 62, Italia 76, Francia 137, Chile 274, Brasil 250, Venezuela 233, Panamá 119, etc.

De los 7.704 millones de dólares invertidos hasta el 30 de junio de 1950 por el Plan Marshall, sólo dos millones y medio de dólares se han aplicado hasta el momento en la América latina y ello, según dijo Truman: “es éste un programa para alentar la corriente de inversiones privadas”, o lo que sería lo mismo, para aumentar los índices de la tuberculosis.

Octubre 18 de 1951

LA HORA DE LOS PUEBLOS

Aunque los pueblos no siempre hayan tenido la decisión en sus propias manos, en la evolución histórica de la humanidad han jugado siempre un papel decisivo.

Tanto la antigüedad como la Edad Media y la época contemporánea muestran que la dirección del mundo se ha alternado entre los representantes de los pueblos y los usurpadores del poder. Pero de tanto en tanto el pueblo mismo, defraudado por los primeros o desesperado por los segundos, toma el gobierno en sus manos y ello, generalmente, marca una etapa en la evolución.

En nuestros días se observa un singular y sintomático antagonismo entre pueblos y gobiernos. Compromisos internacionales, factores políticos, intereses, privilegios, ideologías, etc., gravitan decisivamente para sostener ese antagonismo. Es que indudablemente el mundo se está acercando a una nueva etapa de su evolución.

Los gobiernos forman dos formidables bloques y preparan la fuerza detrás de sistemáticas “cortinas”. Los pueblos cansados de guerrear sólo anhelan trabajar en paz. Sus gobiernos suponen conformarles con la promesa de la paz que anhelan. Las aeronaves, los tanques, las bombas atómicas, serían instrumentos para imponer esa paz. ¿Creerán los pueblos?

Detrás de la “cortina de hierro” se mueven los sentimientos ahogados en sangre. Detrás de la “cortina del dólar” se mueven los pueblos frenados por los gobiernos y amenazados por la presión de la miseria. ¡Pero se mueven!

...

En los cinco continentes se percibe movimiento y evolución acelerada. América, África, Europa, Asia y Oceanía son, en estos momentos, campo fecundo de acciones y reacciones precursoras de cambios evolutivos. No importa que estén detrás de una u otra cortina, porque en cada uno de estos continentes las naciones viven y se transforman por sus pueblos. Son etapas que no resuelve el perfeccionamiento técnico. El capitalismo y el comunismo, elementos deleznable al margen de la nueva evolución que los sobrepasa, no serán obstáculo aunque se esfuercen y luchen por sobrevivir. Unidos fueron peligrosos, pero de su enfrentamiento surgirá su propia debilidad. Ellos pasarán, pero sus pueblos quedan.

En Sudamérica, la Argentina hace cinco años que anunció al mundo que su gobierno hará lo que su pueblo quiera. Con ello integralizó su evolución. Por eso luchó contra Braden cuando era embajador de los Estados Unidos y ahora lucha contra sus continuadores. Getulio Vargas, auténtico representante del pueblo brasileño, triunfa contra la presión del Norte y los dólares de la Standard Oil. Paz Estenssoro, en Bolivia, vence a la misma oposición foránea. Ibáñez, en Chile, libra similar lucha contra los

consabidos intereses imperialistas. Venezuela ahoga una intentona revolucionaria de tipo foráneo, común en el continente de la “buena vecindad”. Cerca de ella, otros países sufren idéntica amenaza. Guatemala ha sido víctima de casi veinte intentos revolucionarios en cuatro años, descargados desde la misma dirección. Puerto Rico lucha por su independencia contra el común peligro de todos los pueblos. En Centroamérica se confederan Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, etc., pueblos todos en el “índice” y comúnmente explotados y amenazados. En los demás países, en mayor o menor grado, la misma lucha entre pueblos y gobiernos.

En Europa, los pueblos de España, Francia, Italia, en una vida de incertidumbre, se levantan de hombros y esperan, mientras sus gobiernos actúan dominados por idéntica presión que en Sudamérica. Alemania, dividida, ocupada y escarnecida, sólo piensa en su liberación. El Benelux, Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia se deslizan hacia una problemática “tercera posición” que va encarnando la aspiración de casi todos los pueblos del mundo en contra de los deseos de muchos gobiernos. Gran Bretaña piensa en su imperio, que ve desintegrarse en orden, porque presiente que la hora de los pueblos llega, y habla de una “tercera fuerza”, que es un remedo temeroso de la “tercera posición”.

El Asia, convulsionada en sus cimientos, tiembla. Japón, con su gobierno dominado y su país ocupado, habla de cooperación. Su pueblo calla. Corea mantiene encendida la tea de la fricción, e Indochina se perfila ya con caracteres propios. Indonesia, escudo de Oceanía, comienza a agitarse. La India, sin decirlo, ha tomado su “tercera posición”. Irán, Irak, Paquistán, Afganistán siguen su ejemplo.

A través del Mar Rojo, la idea parece llegar al África. Sesenta millones de árabes “están en la onda”. Es una tercera posición clara y valiente. Egipto parece encabezar la acción negándose al pacto del Mediterráneo. La Liga Árabe debe seguirle porque sus pueblos están decididos a pesar de algunos gobiernos. Sudáfrica habla de independencia con simpática insistencia y su magnífico pueblo tiene derecho a ser escuchado.

¿Qué pasa en el mundo? La lucha de los gobiernos por meter los países detrás de las cortinas y la de los pueblos por salir de ellas.

Cada día aparecen más países en la posición de los pueblos. Es el efecto de la evolución. Cuanto más pase el tiempo, más pesarán los pueblos que irán conquistando sus propios gobiernos. Entonces se aclarará mejor la situación. Será “La hora de los pueblos” que se afirmará sobre los despojos de los gobiernos y de las naciones que no tuvieron fe en la “voz de Dios”.

“La hora de los pueblos” impone la liberación y la dignificación del hombre, como la participación de todos — hasta de los más humildes — en la tarea del gobierno común. Por eso no puede llegar mediante el

capitalismo ni el comunismo, que son sistemas imperialistas de explotación humana.

El Justicialismo auspicia esa liberación, esa dignificación y esa participación, por la instauración en el mundo de la verdadera justicia y de la auténtica libertad. En el orden interno el Justicialismo sostiene que debe hacerse lo que el pueblo quiere; por eso propugna la organización del mundo de manera que cada pueblo sea justo, libre y soberano.

Hablando de sobremesa después de un almuerzo que le fue ofrecido en un club de Nueva York, el senador republicano Robert Taft declaró que debería establecerse una comisión mixta de civiles y militares que se encargue de revalorizar la “desastrosa” política exterior de los Estados Unidos “si es que hemos de subsistir”. Taft censuró duramente lo que él llamó “los errores y la incompetencia” de la administración del presidente Truman”. (De I. N. S., 19 de octubre 1951).

Los que en esta parte del mundo no analizamos causas, sino que sufrimos consecuencias, no podemos menos que compartir las sabias apreciaciones del senador Taft. No porque queramos meternos en lo que no nos concierne, sino porque tenemos el derecho inalienable de defendernos contra la agresión abierta, aun cuando ésta sea ocasionada por una “desastrosa política exterior” o “los errores y la incompetencia de una administración”.

Octubre 25 de 1951

POLÍTICA NEGATIVA

Frente al actual panorama político internacional, nos preguntamos a menudo si esto podrá seguir así. George Mikes, en su libro “Los americanos en SU salsa”, pregunta si será posible entregarles a los norteamericanos la dirección del mundo. Contesta refiriendo que cuando era muchacho cada sábado jugaba con otros al fútbol en un campo de su pueblo. Que el centro delantero del equipo era siempre el mismo muchacho: Samuelito. Que se discutían todos los componentes y los puestos, pero jamás se discutía el puesto de centro delantero. Ya era sabido que correspondía a Samuelito, no porque jugara bien, pues apenas si sabía mover la pierna izquierda, pero quería actuar de centro delantero y actuaba. ¡Es que Samuelito era el dueño de la pelota! Para un inglés ello era definitivo. Un argentino hubiera buscado otra pelota.

En 1950 Rusia tenía perdida su posición en el mundo. “Los comunistas, dijimos entonces, con sus groseras intervenciones insidiosas en la vida interna de los Estados se han ganado paulatinamente la oposición de todos los gobiernos y de una gran parte de los pueblos. Puede asegurarse que lo único que puede favorecerles aún es la enloquecida propaganda que se dirige desde los Estados Unidos, que, por carecer de comprensión y mentalidad adecuadas, lleva a resultados contraproducentes”.

Ha transcurrido casi un año desde que dijimos esto y en ese lapso hemos visto a Rusia abandonar su antigua política de prepotencia, mientras los Estados Unidos tomaron el bastón y entraron en ella para crearse indiferentes y enemigos en todas partes del mundo.

Con los hechos de la política internacional a la vista, no nos convence tanto ni la inteligencia, ni la perspicacia, ni los aciertos de la política rusa cuanto la negación, la ceguera y los desaciertos de la dirección de sus adversarios. Creemos más; si en estos momentos se paralizaran todas las acciones de la política internacional norteamericana, Rusia recibiría el más terrible golpe, pues se vería de improviso privada de la mayor ayuda que, en la actualidad, le proporcionan los tremendos errores de sus contrincantes.

Pensamos que el pueblo de los Estados Unidos es digno y merecedor de mejor suerte. Comprendemos también que ellos no se expliquen por qué pierden cada día más estimación y el respeto de estos pueblos y por qué paulatinamente los hombres pasan de la indiferencia a la antipatía y de ésta al odio.

Nosotros los argentinos sí sabemos por qué. Recordamos las ofensas y vejaciones de Braden y sus secuaces; tenemos presentes siete años de abierta agresión política y económica que significan la injusticia más

flagrante de nuestra vida independiente y sufrimos hoy los efectos de las acciones agresivas de numerosas organizaciones oficiales que funcionan al margen de la buena fe internacional. Los servicios de espionaje, los agentes de provocación y propaganda que en el país o desde el extranjero interfieren las buenas relaciones han culminado en el Plan Benson, una verdadera agresión abierta, impúdica y desaprensivamente anunciada. A ello sumada la utilización de países satélites para perturbar la vida del país, pero a quienes el gobierno, con buen juicio, no ha tenido jamás en cuenta.

Por eso nosotros nos explicamos bien lo que ocurre en el Mediano Oriente, en la India, en Europa, en Asia, en África, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Salvador, Venezuela, Puerto Rico, Brasil, Chile y en todos los demás pueblos que, víctimas de iguales atropellos, comparten nuestro estado de ánimo.

Los gobiernos y los países tienen la obligación de defenderse informando a su pueblo y preparando el espíritu público para enfrentar la agresión.

La dignidad no se mide por el número de habitantes ni por la riqueza que se atesora. A la defensa de esa dignidad tampoco interesa la conducta y los medios que han de ponerse en ejecución para cumplirla.

Cuando los pueblos han comprendido esto no hay “planes Benson” que puedan doblegarlos, ni propagandas, ni provocaciones, ni revoluciones que puedan intimidarlos.

Noviembre 1° de 1951

LA TERCERA POSICIÓN

En la compulsa de los factores que influyen en los conflictos guerreros generalmente prepondera la consideración de los *intereses*. Antiguamente se justificaron las guerras entre los pueblos por razones religiosas, por antagonismos o por anhelos de preponderancia política o, simplemente, por aspiraciones de hegemonía regional. En nuestro tiempo esas formas han pasado a ser la excepción; la regla la constituyen los conflictos armados por intereses nacionales o imperialistas.

Según ello, parecería natural y lógico que los países, en tales conflictos, pudieran tomar el partido que más conviniera a sus intereses nacionales. Sin embargo, en las dos últimas guerras, llamadas mundiales, el predominio de algunos grupos de naciones dominantes ha impuesto a los países por la amenaza, la presión o las conveniencias creadas, una conducta distinta.

Estados Unidos de Norteamérica en la primera guerra fue “aislacionista” hasta que sus intereses le aconsejaron intervenir oportunamente, casi al final de la contienda. Ese mismo país, en la segunda guerra, tomó inicialmente la misma posición que en la primera, y sólo cuando Gran Bretaña estaba al borde del desastre y la amenaza japonesa ponía en peligro los intereses norteamericanos, se decidió a intervenir.

Las dos terceras partes de los demás países del mundo intervinieron por presión sobre sus intereses o amenazas sobre su futuro por parte de los presuntos vencedores que inclinaron cada día más a los neutrales a medida que sus posibilidades de triunfo se fueron perfilando.

Parecería inferirse de lo anterior que aun en las situaciones creadas en último análisis, fueron siempre los intereses que decidieron y que el punto de presión más sensible sigue siendo, aun durante la guerra, el de los intereses de las naciones.

Hoy pareciera que los dos imperialismos en pugna hubieran aprendido de los hechos pasados que no es conveniente esperar la guerra para decidir a sus presuntos aliados. Por eso han surgido, de un lado, la “cortina de hierro” y, del otro, los pactos regionales del Atlántico Norte, del Mediterráneo, del Atlántico Sur, etc.

Pero ni en la cortina ni en los pactos han tratado de persuadir ni de aunar voluntades, sino de imponer decisiones por la ocupación o por la presión de los intereses.

Esto ha constituido un sector importante de la “guerra fría”, mediante la cual Rusia, mientras discute con Estados Unidos, se ha “tragado” ya once países, y los Estados Unidos, en tanto discuten con Rusia, hacen lo posible por “tragarse” a los demás.

Una ofensiva decidida de la lucha diplomática en los cinco continentes ha traído ya la lucha militar en diversos sectores. En caso alguno se ha respetado la libre decisión de los Estados, como tampoco se ha contemplado la libre determinación de los pueblos. Es que cuando los intereses de los imperialismos intervienen, todo otro derecho o todo otro interés es avasallado.

La política mundial está llegando al final de esta etapa sin que el éxito corone sino una parte de sus designios. Existe en el mundo una neutralidad o aislacionismo en potencia. Es que los hombres y los pueblos han aprendido la lección de los tiempos y de las luchas: en los tiempos que corren, los únicos que ganan la guerra son los que logran substraerse a ella.

Noviembre 15 de 1951

LA PREPARACIÓN DEL PUEBLO

Desde la vieja Grecia hasta nuestros días, el pueblo ha jugado muy diversos papeles en la preparación de la defensa nacional.

Cuando la pelea era una actividad permanente de los pueblos y, en consecuencia, su preparación lo fundamental, se acostumbró a destinar una parte de la población para hacerla, desde niños, profesionales de la lucha. Los que no eran aptos o bien dotados se destinaban al trabajo.

Los romanos ya formaron ejércitos de paz que se remontaban mediante la movilización, para lo cual el pueblo se instruía y se entrenaba en la táctica de la época.

En la Edad Media se mantuvieron pequeñas guarniciones defensivas y aparecieron los ejércitos mercenarios, que, con sus “condottieri”, se encargaban de guerrear por cuenta de terceros.

Napoleón recurre a la “leva en masa” y, posteriormente, los alemanes establecen el servicio militar obligatorio, y mediante él se llega “a la nación en armas”.

Si alguna vez el pueblo ha jugado un papel preponderante en la guerra, es precisamente en estos tiempos, en que se trata de luchas de pueblos contra pueblos.

La preparación de un país para la guerra implica organizar todo su poder (espiritual y material) en forma de echarlo en la balanza de la decisión hasta en su último esfuerzo.

De ello se infiere la necesidad de instruir y preparar al pueblo para tan extraordinario trabajo. La *instrucción* se realiza mediante el servicio militar obligatorio, que permite adiestrar a los ciudadanos y formar los cuadros activos y de reserva para el encuadramiento de la masa combatiente.

La *preparación del pueblo* implica una acción más inteligente y profunda que su mera instrucción en el manejo de las armas y de los materiales.

En la guerra, el factor moral suele ser más importante que el material. El adelanto de la técnica y las sorpresas estratégicas, orgánicas y tácticas, son variables y circunstanciales. El hombre y el pueblo son los únicos valores permanentes de la guerra.

Los gobiernos y los mandos a menudo se han creído todo y han considerado al pueblo como un mero instrumento del esfuerzo, carne de cañón, como vulgarmente se ha dicho. Esa subestimación del material humano en la guerra ha surgido como consecuencia de la superficialidad y del desprecio con que comúnmente se ha considerado al pueblo en los tiempos de paz por los políticos y militares que han ejercido el poder.

Ellos han despreciado la fuerza más poderosa de los Estados: el espíritu de su pueblo. A pesar que la grandeza de Alejandro, de César y de Napoleón se apoyaron en ella.

Seguimos pensando que hoy, como ayer y como siempre, los pueblos seguirán siendo la fuerza fundamental de las naciones, pese al eclipse momentáneo y aparente de su propia luz. Por eso creemos que la organización del pueblo, su educación y la formación de un verdadero espíritu nacional en sus componentes son la base fundamental de una buena preparación de la defensa nacional.

Cuando se habla de “guerra popular” se desea significar la participación espiritual que el pueblo tiene en la acción guerrera. Sin ella, es fácil llevar los hombres a la lucha, pero es difícil conducirlos a la victoria final.

Si el *justicialismo* como solución nacional ha interesado a nuestro pueblo, que lo ha transformado en su causa, es precisamente porque en el mundo los pueblos están subestimados y escarnecidos por la incomprensión y el despotismo de los privilegios.

Si nuestras masas populares han abandonado las tendencias exóticas, juntamente con la bandera roja y la internacional, para asimilar el justicialismo a la sombra de nuestra bandera y al son de nuestro himno, es precisamente porque se ha alcanzado la comprensión y se han abolido los privilegios injustos y enervantes.

Sólo un pueblo comprendido, respetado y dignificado puede servir de continente a los verdaderos valores individuales del espíritu y transformarse en un pueblo virtuoso. No puede concebirse un pueblo de alto índice en sus valores morales en una comunidad injusta, esclava o sometida.

Los que han debido deponer su despotismo, los que han tenido que abandonar sus privilegios, los que han sido forzados a renunciar a la usurpación del mando y del gobierno, comprenderán algún día que ello ha sido indispensable a su propia salvación. En tanto, ha sido un buen negocio para la comunidad cambiar estos abusos y estos vicios de una democracia corrompida por las virtudes de un pueblo, sin las cuales no se podrá contar jamás con la felicidad y la grandeza de la Patria.

Este es el punto de partida de toda preparación para enfrentar los momentos de las grandes crisis internacionales. Para que un pueblo se decida a morir por una causa, es menester primero que esa causa exista.

En los tiempos modernos, el concepto abstracto de la Patria ha dejado de tener todo su valor para los pueblos intensamente minados por el internacionalismo destructor de los imperialismos de derecha o de izquierda. Es menester materializar a la Patria en los valores que radican en el hombre. Ofrecer una realidad nacional superior a las promesas foráneas, ya provengan éstas de una u otra de las cortinas existentes.

Comprendemos que a muchos de los antiguos privilegiados les cueste entender y penetrar el problema y ponerse a tono con la hora. A veces un

bruto suele ser peor que un malo. Por eso pensamos que la persuasión paulatina puede ser el camino que nos falta por recorrer.

Nosotros podemos esperar que el tiempo obre su milagro. Pero los que no dispongan de una doctrina y no se deciden a modificar los estados de cosas insostenibles, éstos estarán irremisiblemente perdidos a pesar del poder y la riqueza.

El error y la injusticia, aun en los fuertes y los ricos, son tan frágiles que pueden desvanecerse en poco tiempo, arrastrando la fuerza y la riqueza. Si no, los imperialismos no habrían desaparecido rápidamente a lo largo de todos los tiempos de la historia.

Noviembre 15 de 1951

LAS “QUINTAS COLUMNAS” IMPERIALISTAS

Conocida la importancia que la solidez del frente interno tiene para la realización de la guerra, ha sido tarea muy importante de su preparación el debilitamiento de la cohesión del pueblo adversario.

La historia política y militar de las naciones presenta a este respecto innumerables ejemplos de acciones realizadas en los pueblos con los más variados métodos y designios. Sin embargo, nunca se había dado a esa acción el carácter de una lucha abierta y enconada como en las actuales circunstancias.

Hoy una penetración internacional decidida y desconsiderada tiende a convertir cada país en un campo de batalla de la “guerra fría”, con inaudito desprecio de los derechos de los hombres y de los pueblos.

Este incremento de la acción de “quintas columnas”, en las que embanderan sectores importantes de los pueblos, parece adquirir cada día más peligrosas *características*. Es la preparación de la guerra civil futura, incubada para el instante en que la guerra mundial estalle y en cada pueblo haga explosión la presión acumulada por tan criminales maquinaciones. La defensa contra tales acciones antinacionales, dirigidas por agentes foráneos con objetivos extranjeros, es una sola: formar un frente nacional que, con objetivo propio, aniquile a las bandas extrañas del “quintacolumnismo”.

Lo anterior ha hecho que una de las características originales de la moderna preparación de guerra sea la infiltración y penetración imperialista. El *imperialismo comunista*, especulando con su tendencia proletaria, ha penetrado en los pueblos a través de las masas de trabajadores explotados por el capitalismo. El *imperialismo capitalista*, en cambio, ha debido conformarse con manejar a los gobiernos dóciles mediante la presión económica y la amenaza política para crear países satélites.

Dentro de esta modalidad general, las comunidades nacionales de casi todos los países del mundo han sido infiltradas por ambas tendencias, y hoy el panorama visible presenta a las poblaciones divididas en dos bandos, que los imperialismos preparan para lanzar a la lucha general.

Muchos pueblos asisten sorprendidos a la aparición en su seno de una lucha sórdida semejante a la que se desarrolla en el mundo. Las masas proletarias, más cerca de Moscú que de Washington, forman los planteles de los partidos comunistas dirigidos por los agentes del “Kominform” para enfrentar aparentemente al capitalismo. Las oligarquías nacionales, encabezadas por sus dirigentes políticos, conducen la mayor parte de los gobiernos de la tendencia que aparentemente se les opone.

Es indudable que en cada país esta lucha adquiere una modalidad propia, ocasionada por las características de la concreta situación que cada caso plantea. Esa modalidad va desde el enfrentamiento abierto y franco entre el

capitalismo y el comunismo hasta la alianza subrepticia de ambos cuando, como en la Argentina, aparece una “tercera posición”, dispuesta a terminar con los dos, para mantener una postura eminentemente nacional e independiente.

Esa lucha, simuladamente interior, está dirigida en forma centralizada y directa por el “Kominform” y por el Departamento de Estado. Estos organismos actúan financiando y apoyando con abundante propaganda interna e internacional a los elementos nativos o importados que se encargan de accionar. Cuando se actúa sobre los gobiernos, resulta también la intromisión en la política interna, que explica muchas revoluciones, como las ocurridas últimamente en Guatemala, Bolivia, Argentina, etc.

Lo anterior explica la existencia en nuestro medio de un partido comunista que, aunque diezmado e impotente, se esfuerza por sobrevivir aun frente al repudio de las masas populares. Explica también la conducta de la oligarquía y de las bandas políticas, instrumentos obedientes de las inspiraciones, direcciones y financiaciones del Departamento de Estado, aunque el pueblo argentino manifieste cada día su mayor repudio y su desprecio. Es que, en general, esta clase de hombres abandona cualquier cosa menos su negocio, y las “quintas columnas” pagadas en dólares son un negocio no despreciable para ellos.

Pero como tal paga no llega sino a la dirección los interesados forman un núcleo relativamente reducido. Otro sector que lo incrementa está representado por los que el resentimiento adhiere y, finalmente, por los que, engañados por los anteriores, creen de buena fe las mentiras con que los profesionales del sofisma disfrazan su repudiable negocio.

Sin embargo, cada día son menos, a medida que el discernimiento del pueblo se abre camino y la persuasión patriótica llega a un mayor número de ciudadanos víctimas del engaño interesado de sus falsos predicadores al servicio de una u otra doctrina.

La existencia de un movimiento organizado racionalmente, con la anticipación necesaria y la organicidad conveniente para enfrentar a lo foráneo, como la realización del mismo con doctrina, objetivos y sentido nacionales, es la contramedida indicada para abatir las “quintas columnas” y alcanzar la salvación nacional por un camino propio, lejano en lo posible del de los imperialismos, siempre peligrosos hasta en sus melindrosos devaneos de una amistad aparente.

Ese movimiento nacional es el único ejército de paz que puede enfrentar con éxito al “quintacolumnismo” de la “guerra fría”, precursora de la hecatombe que ha de sobrevenirle. Es la preparación del pueblo con sentido propio para enfrentar las vicisitudes del más difícil trance internacional que la historia ha ofrecido a la humanidad.

Por eso la organización del gobierno, del Estado y del pueblo es una ineludible y perentoria necesidad de la Nación Argentina.

Noviembre 22 de 1951

UNA COMUNIDAD ORGANIZADA

Cuando hablamos de una “comunidad organizada”, nos referimos a un gobierno, un Estado y un pueblo que orgánicamente deben cumplir una *misión común*. Para que ello suceda, es menester primero establecer esa misión, luego ordenarse adecuadamente para cumplirla, disponiendo de una organización *objetiva, simple, pero eficaz y estable*, aunque animada por un alto grado de *perfectibilidad*.

Uno de los errores más frecuentes de la organización es la falta de *objetividad*. Aunque parezca mentira, los hombres pocas veces conocen claramente “*lo que desean*”. Este es el punto de partida de numerosos y groseros errores en la organización. Ninguna organización puede iniciarse si antes no fijamos su objetivo o finalidad. Los efectos de los errores de esta clase, cometidos en el comienzo orgánico, difícilmente se corrigen en el curso de los acontecimientos.

Lo difícil y lo complejo son siempre antagónicos de lo orgánicamente funcional. El secreto está en transformar en simple lo complejo y en claro lo difícil. La simplificación y clarificación es un proceso de síntesis. La *simplicidad* en lo orgánico es la base del éxito en la ejecución.

La comunidad en su planteamiento orgánico no escapa a estos grandes principios. La *doctrina* es la finalidad, encarnada en el alma colectiva de la comunidad. La *teoría*, sus formas de ejecución.

Al fijar una *doctrina*, establecida en la Constitución Justicialista, y una *teoría*, evidenciada en las realizaciones mismas del peronismo, la comunidad argentina ha comenzado el cumplimiento de su *misión común*. En la doctrina, la teoría y la misión está el germen de la organización Justicialista.

A la actual organización del gobierno y del Estado ha de seguir la del pueblo. El justicialismo concibe al gobierno como el órgano de la concepción y planificación, y por eso es centralizado; al Estado como organismo de la ejecución, y por eso es descentralizado, y al pueblo como el elemento de acción, y para ello debe también estar organizado.

Los tres factores, gobierno, Estado y pueblo, deben actuar armónicamente coordinados y equilibradamente compensados en la ejecución de la misión común. Para que ello ocurra, son necesarias una subordinación ajustada y absoluta del Estado al gobierno y una colaboración y cooperación inteligentes de las distintas fuerzas del pueblo con el gobierno y las instituciones estatales. Sólo así la comunidad puede constituir un conjunto orgánico y armónico para empeñarse a fondo en el cumplimiento de una tarea común. Por eso el Estado moderno no podrá cumplir su cometido si no realiza acabadamente su organización.

El gobierno, tal como lo concibe el justicialismo, es una acción destinada a la dirección común en forma de posibilitar que cada uno se realice a sí mismo, al propio tiempo que todos realizan la comunidad. Posibilitar, ayudar, impulsar la acción de todos y de cada uno es una función elemental de gobierno.

Las instituciones estatales, orgánicamente dependientes del gobierno, están naturalmente tuteladas en su acción por el mismo. Las instituciones populares deben recibir del gobierno idéntico trato, ya que son el pueblo mismo, pero no está en manos del gobierno el organizarlas, porque esa organización, para que sea eficaz y constructiva, debe ser popularmente libre.

Para realizar esta concepción es menester que el pueblo se organice en sectores de diversas actividades afines, ya sean éstas formativas o de realización, de modo de poder llegar representativamente a la dirección común con las exigencias, necesidades, aspiraciones, colaboración y cooperación.

Desde hace cinco años propugnamos esa organización; los bienes que ella acarreará en lo colectivo y en lo individual han de persuadir a todos sobre la necesidad de hacerlo. Las fuerzas económicas, de la producción, la industria, el comercio, del trabajo, de la ciencia, las artes, la cultura, etc., necesitan de esa orgánica elemental para su desarrollo, consolidación y progreso ulterior. El gobierno y el Estado también lo necesitan para servir las, ayudarlas, impulsarlas y protegerlas.

Cuando escuchamos críticas interesadas, superficiales o subalternas, sobre el insólito desarrollo de la organización de algunos sectores de la comunidad argentina, no podemos menos que preguntar por qué los demás no hacen lo mismo si, lejos de impedirlo u obstaculizarlo, el gobierno hace cinco años que ruega al pueblo argentino que se organice, porque siendo su función la de gobernar, se da cuenta de que no puede gobernarse lo inorgánico.

Para cualquiera de las tres formas de la conducción, dirigir, gobernar o mandar, es indispensable una organización previa.

Si para un mejor gobierno de lo interno la organización es indispensable, para enfrentar lo internacional esa organización es un imperativo ineludible de nuestra época. Si pueden tolerarse “disonancias” en los asuntos entre argentinos, no podemos presentarnos con dualidades al exterior sin correr el grave riesgo de desaparecer como nación.

Noviembre 29 de 1951

DIRIGISMO ECONÓMICO

En el período que antecedió a la segunda guerra mundial, los países del “eje” recurrieron a diversos arbitrios económicos para su preparación. Surgió así el sistema calificado por sus adversarios como economía dirigida, que enfrentó al que estos mismos denominaron economía libre.

La característica saliente de la economía dirigida consiste en la suplantación del “precio económico” por el “precio político”.

Una intensa propaganda cubrió de anatemas a tal economía. Terminada la guerra, aunque muchos vencedores asimilaban solapadamente el sistema, éste siguió siendo considerado para los demás como una tremenda herejía.

Hace veinte años que sentimos condenar a la economía dirigida como un procedimiento totalitario e inadmisibles en la economía interna de un país que se precie de libre y de democrático.

Al comienzo de esta preguerra no quedaba en el mundo casi ningún país que se “atrevisese” a usar tales métodos, por lo menos abiertamente. Pero surge la necesidad de armarse, y de ella, la carencia de materias primas, cuyos precios están influidos por la inflación que domina a la economía del mundo actual.

Es en tal momento que aparece la “Conferencia de Materiales”, instrumento internacional formado unilateralmente por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, con la misión de fijar los precios de lo que se vende y de lo que se compra. En otras palabras, encargados de suplantar, en el orden de la economía internacional, los “precios económicos” por “precios políticos”.

Mediante este unilateral expediente se pasa sin más a la economía dirigida en el orden mundial, y lo que era abominable en lo interno pasa a ser admirable en lo internacional.

Cuando oímos hablar de democracia, de principios, de justicia y de libertad, tenemos cierto derecho a pensar que en la democracia de los países libres la justicia no anda del todo bien y los principios se van dejando para el final.

Según refiere la leyenda, Alejandro Magno visitó en cierta ocasión a Diógenes, que lo recibió en la puerta de su tonel. El insigne rey de los macedonios se detuvo, proyectando su sombra sobre Diógenes y, decidido a darle cuanto pidiera, le preguntó: — ¿Qué deseas, Diógenes? — Que no me quites el sol — le respondió.

Hace una semana, un legislador americano del Norte preguntó al Presidente argentino: — ¿Qué podía hacer Estados Unidos para ayudar a vuestros países? El general Perón le contestó: — tratarnos con justicia.

La primera ayuda ha de consistir en no ser injustamente despojados de lo que ya poseemos. Luego, el producto de nuestro trabajo debe encontrar compensación y trato justo en el mercado internacional, que no debe ser sojuzgado por el imperialismo.

Vender caro y comprar barato ha sido la aspiración de todos los comerciantes del mundo, pero hasta ahora se lo lograba por la astucia. El nuevo método parece anunciar que también este campo comienza a ser dominado por la fuerza. Es que los hombres tienen cada día más ambiciones y menos escrúpulos.

Si bien resultan explicables tales procedimientos, porque hasta la inmoralidad y la mala fe suelen ser patrimonio de los hombres, en cambio es inadmisibile e injustificable que los países puedan afirmar sus previsions en la presión o el engaño de los que anhelan asociar a su esfuerzo o sacrificio.

Si, en el fondo, es una inefable ingenuidad pensar que los demás son más tontos que uno, es una necesidad imperdonable creer que lo que se acepta por imposición injusta y prepotente puede cimentar una amistad perdurable y constructiva.

Diciembre 6 de 1951

LA PROPAGANDA Y LA GUERRA

En la preparación de la guerra la propaganda ocupa un sector muy importante, y su mentalidad actual no difiere, ni en los sistemas ni en los métodos, de la demás propaganda. Ello se debe, sin duda, al hecho de que los que antes avisaban para los dentífricos o las cremas de afeitar, hoy avisan para la guerra.

En esto, como en muchas otras actividades, siempre se habían conservado, por lo menos, las formas, evitando la lucha abierta, que era reemplazada por una habilidosa penetración disimulada y sutil.

En nuestros días, en cambio, parece haberse desatado la fuerza, sin que ningún escrúpulo la frene ni la atempere. Se impone prepotentemente una simulada libertad de prensa, se fuerza poco menos que a golpes el acceso a la información, y mediante la presión o la corrupción se realiza la penetración publicitaria, desleal y perniciosamente competitiva de la propia actividad.

La táctica del empleo desmesurado de los medios, empleada con éxito en algunos sectores de la lucha militar de la segunda guerra, parece haber sentado doctrina en este campo. Se trata de emplear diez donde los otros emplean uno, y con ello abrumarlos con el número.

En la primera y en la segunda guerra mundial, los métodos de ejecución de la campaña de propaganda fueron copar las empresas de los diversos países y someterlas mediante las “listas negras” a la limitación del papel, la maquinaria y los materiales de trabajo.

Este sistema no parece haber dejado satisfechos a sus ejecutores. Hoy parecen haberse decidido por un procedimiento más económico. Se trata de acaparar el papel, encarecerlo hasta hacerlo económicamente inaccesible, e instalar entretanto empresas editoras destinadas a abrumarnos con publicaciones de todo orden. Con ello la propaganda saldrá gratis y, si se consigue engañar a los “nativos”, puede aún en ciertos casos arrojar algunas ganancias.

En la actual propaganda de guerra se trata de invadir al mundo. No interesa cómo ni dónde; lo importante es publicar. La norma se ajusta al moderno e inmoral aforismo que “de mucha mentira siempre algo queda”.

En las sesiones que la F. A. O. llevó a cabo en su última conferencia de Roma se estableció que Estados Unidos compra el 75 % del papel producido en el mundo. Según el Boletín de la Asociación de Productores de Papel del Canadá, en 1951 el consumo de papel ha disminuido en un 3 %, y agrega que los compradores de la Unión no consumen todo el papel que adquieren, destinado gran parte del mismo a la formación de reservas.

Mientras esto sucede en los dominios mundiales del Tío Sam, la América latina, con una población igual a la de Estados Unidos, sólo tiene acceso a un 4% del papel producido. Esto explicará a todos los periodistas “nativos” las causas por las que se encuentran hoy amenazados gravemente en su existencia.

Sin embargo, los demás “nativos” de estos países poco desarrollados no carecerán de “lectura conveniente”, porque en estos momentos centenares de publicaciones llegan desde los “países más desarrollados”, que van desde las historietas para niños hasta los libros científicos.

Según informa la International News Service, próximamente inaugurará sus actividades la empresa editora “DICOSA” (División Continental Sociedad Anónima), que centralizará su “misión informativa” en Nueva York, Río de Janeiro y Buenos Aires.

En otras palabras: no sólo dispondremos de la publicidad metropolitana, sino que ella será bien organizada y centralizada, de manera que a nosotros no nos quede otro trabajo que “deglutirla” y “asimilarla”. Menos mal que en esta clase de importaciones sucede lo que con la “goma de mascar” que también importamos: que todos la mastican, pero ninguno la traga.

Aunque no es nuestro tema, apuntaremos de paso que toda la pornografía publicitaria tiene su origen en esas publicaciones foráneas que, siguiendo la norma de cierta propaganda comercial, tratan de atraer la atención del incauto por medio de fotografías o dibujos sensacionales, inmorales o pornográficos.

Como el pie de imprenta de Estados Unidos se encuentra ya muy conocido y desprestigiado, se recurre al de Italia, Chile, Uruguay, Suecia, Alemania u otro país ocupado. Con ello se cumple el objeto de “hacer el artículo” y, de paso, desprestigiar a los países utilizados como “chivo emisario”.

La policía de costumbres tiene aquí mucho que hacer con el decomiso de toda esta mercadería de escándalo, inmoralidad y engaño.

Diciembre 13 de 1951

CONFEDERACIONES CONTINENTALES

Varios estudiosos del siglo XIX ya habían predicho que al siglo de la formación de las nacionalidades, como se llamó a éste, debía seguir el de las confederaciones continentales.

Europa y Asia, frente al peligro mutuo, han sido impelidas por las necesidades de su defensa a agruparse bajo el signo del dólar o de la hoz y el martillo, respectivamente, formando verdaderas confederaciones imperialistas.

Estados Unidos unifica sobre sí, frente a los mismos peligros, a todos los pueblos americanos de su continente del Norte, ligándolos en el destino común de su hemisferio con miras a una acción que abarque también a Europa.

Hace ya muchos años un brasileño ilustre que veía lejos — Río Branco — lanzó la idea del ABC, pacto político regional destinado a tener proyecciones históricas.

América del Sur, moderno continente latino, está y estará cada día más en peligro. Sin embargo, no ha pronunciado aún su palabra de orden para unirse. El ABC sucumbió abatido por los trabajos subterráneos del imperialismo empeñado en dividir e impedir toda unión propiciada o realizada por los “nativos” de estos países “poco desarrollados” que anhela gobernar y anexar, pero como factorías de “negros y mestizos”.

El mundo se encuentra abocado a su problema de superpoblación. Su necesidad primaria es producir comida ya insuficiente. La lucha del futuro será económica y, en primer término, por esa producción. Ello indica que una parte substancial del futuro económico del mundo se desplazará hacia las zonas de las grandes reservas territoriales aun libres de explotación.

A la tercera guerra mundial de predominio ha de suceder una carrera anhelante de posesión territorial y reordenamiento productivo. De ello se infiere que un grave peligro se desplazará sobre los países de mayores reservas territoriales aptas. La amenaza procederá de un imperialismo triunfante, cualquiera sea éste.

La nueva forma colonial de ocupación y dominio puede ser de asalto comunista o de penetración económica, que ya ha comenzado de diversas maneras sobre los países que componen el “mundo libre”. La batalla por esa nueva forma colonial se decidirá sin duda en el último cuarto del siglo XX. El año 2000 llegará con ese signo o con el triunfo de las confederaciones continentales.

También las luchas económicas impulsan a los pueblos a su agrupamiento en busca de la unidad económica. Al siglo XIX — de la formación de nacionalidades — sucedió la lucha entre naciones en procura

de predominios regionales. Al cansancio de esa lucha ha de suceder la desaparición de las rivalidades, odios y divisiones continentales. El mundo actual es indicio de ello. Se suceden las últimas acciones internas en Europa y Asia precursoras de su unidad. Asistiremos luego al enfrentamiento más colosal de nuestros tiempos entre Asia unida contra Europa. Estados Unidos, como un anticipo del futuro, en nombre de los Estados Unidos de la América del Norte, se unirá a Europa en la empresa común.

Entretanto, ¿qué hacemos los sudamericanos? Vivimos en pleno siglo XIX en el siglo XX, cuando el porvenir puede ser nuestro según las reglas del fatalismo histórico y geográfico, a condición de despertarnos a tiempo. El centro de gravedad del mundo en la civilización grecorromana se ha desplazado sin cesar hacia el sur. Del Adriático al Mediterráneo, de éste al Atlántico Norte, de Europa a América del Norte. El futuro ha de tocarnos a nosotros. Por lo menos estamos sindicados en el devenir histórico por situación de tiempo y espacio.

No sea que la hora llegue y nos pase lo que a otros, que tuvieron el mundo en sus manos sin saber qué hacer con él. Si nos preparamos para enfrentar las tareas del destino, es menester preparar a estos pueblos en la mística emergente de ese destino.

La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación.

El futuro mediato e inmediato, en un mundo altamente influenciado por el factor económico, impone la contemplación preferencial de este factor. Ninguna nación o grupo de naciones puede enfrentar la tarea que un tal destino impone sin unidad económica.

El signo de la Cruz del Sur puede ser la insignia de triunfo de los penates de la América del hemisferio Austral. Ni Argentina, ni Brasil, ni Chile aisladas pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentar un destino de grandeza. Unidos forman, sin embargo, la más formidable unidad a caballo sobre los dos océanos de la civilización moderna. Así podrían intentar desde aquí la unidad latinoamericana con una base operativa polifásica con inicial impulso indetenible.

Desde esa base podría construirse hacia el norte la Confederación Sudamericana, unificando en esa unión a todos los pueblos de raíz latina. ¿Cómo?, sería lo de menos, si realmente estamos decididos a hacerlo.

Si esa confederación se espera para el año 2000, qué mejor que adelantarnos, pensando que es preferible esperar en ella a que el tiempo nos esté esperando a nosotros.

Sabemos que estas ideas no harán felices a los imperialistas que “dividen para reinar”. Pero, para nosotros, los peligros serán tan graves desde el

instante en que la tercera guerra mundial termine, que no hacerlo será un verdadero suicidio.

Unidos seremos inconquistables; separados, indefendibles. Si no estamos a la altura de nuestra misión, hombres y pueblos sufriremos el destino de los mediocres. La fortuna nos ha de tender la mano. Quiera Dios que atinemos a asirnos de ella. Cada hombre y cada pueblo tienen la hora de su destino. Esta es la de los pueblos de estirpe latina.

Nosotros, los argentinos, preparados, estamos listos y esperamos. Si arrojamos la primera piedra, es porque estamos exentos de culpa.

Diciembre 20 de 1951

AMIGOS Y ENEMIGOS A LA FUERZA

En la conducción no siempre se acierta con el mejor camino, pero por uno u otro camino se conduce. En cambio, es grave equivocarse en la preparación, porque a veces acarrea el inconveniente de no tener a quién conducir.

La historia demostró siempre el error de formar amigos y enemigos forzados en la constitución de bloques de las guerras de coalición. Amigos de este tipo son aliados aleatorios que pueden fallar en los momentos decisivos. Enemigos de esta clase resultan un factor negativo inútilmente agregado a la situación de conjunto.

El desprecio por las reglas internacionales y las normas elementales de la coordinación no puede dar buenos resultados en la preparación de la guerra.

Con naciones soberanas no se puede proceder como con empresas comerciales. No se puede tampoco sustituir el concepto ni la norma que rigen la formación de las alianzas por las costumbres aprendidas en la formación de “carteles” o monopolios. El comercio tiene sus características, pero la política y la guerra poseen sus caracteres propios y originales.

El procedimiento irracional y la conducta discrecional y arbitraria tienden a desunir los países, aunque éstos ya estén unidos por intereses y objetivos. La presión que suele seguir a los desacuerdos complementa este trabajo negativo y funesto.

El general De Gaulle, el 25 de noviembre, en Nancy, ha hecho referencia a la acción imperialista en Francia, señalando que, *frente al peligro, la política de un pueblo es la de su seguridad*, pero que, frente al inmenso peligro actual, Francia no desempeña el papel que le corresponde.

“Todo acontece — declara — como si los aliados atlánticos de Francia ejercieran sobre ella derechos y ella no tuviera ninguno sobre ellos. Parecería que, en el confuso misterio de las conferencias renovadas sin cesar, las visitas perpetuas, los acuerdos continuos, nuestros gobernantes hubieran remitido a otros una especie de hipoteca sin garantías ni rescate”.

Critica luego que un comando militar extranjero decida cómo y dónde serán organizadas las fuerzas de Francia y los territorios que serán o no defendidos, mientras las bases americanas ocupan la metrópoli y el África del Norte francesa, sin que se sepa en qué condiciones.

“Y como si esta absorción «de facto» fuera poco, he aquí el proyecto artificioso del ejército llamado «europeo» que amenaza terminar «de jure» con la soberanía francesa.”

“Se trata, en efecto, que nuestra fuerza armada desaparezca en una creación híbrida, colocada para dar el trueque bajo el vocablo Europa. Pero

sucede que Europa como entidad responsable y soberana no existe por no haber hecho, por otra parte, lo debido para que así fuera. Esta fuerza será entregada “*al gran jefe americano*”. Pregunto a nombre de qué podrán ser exigidos el ardor, la confianza y la obediencia a los ciudadanos franceses incorporados a un organismo sin patria...”

“Es verdad que los planificadores del Ejército de Europa, sin la Europa, alegan que siendo necesaria la participación de Alemania para la defensa de Occidente, esta creación respondería al no renacimiento del ejército alemán. Creo, precisamente, que esta «falsa habilidad» provocaría este resultado, porque el dinamismo alemán apoyado, sin duda, por nuestros propios aliados, utilizaría de inmediato la derivación del «ejército europeo» para restaurar el instrumento militar de la potencia de Alemania y el crisol de su unidad”.

“Deseamos que un acuerdo contractual, firmado por una Francia puesta en pie, dé al pacto del Atlántico un contenido digno de nuestro pueblo. Este acuerdo debe ser reglado en el conjunto de la defensa común, sin precisar el lugar y sean cuales fueren los acontecimientos. En ese cuadro serían fijadas las responsabilidades estratégicas de cada uno en la medida de lo que pone en juego; a Francia le corresponde adoptar las principales en Europa Occidental y en el oeste del Mediterráneo. Obligaría, en fin, a cada uno de los aliados a *no interferir en los asuntos particulares de los demás*, ni en la O. N. U., ni en cualquier otro lugar. Y como se realizan las cuentas claras entre amigos, tales disposiciones darían al pacto ese carácter de confianza recíproca *que es el alma de las buenas, alianzas*”.

El mismo líder del Partido del Movimiento de reunión francés se refirió, en una conferencia de prensa, el 21 de diciembre, al ejército de Europa y a la fusión de las industrias del carbón y el acero como “substitutos” y “caricaturas” de una Europa unida. Señaló que estos substitutos podrían poner en peligro la idea de Europa en sí. Afirmó que la permanente presión de los Estados Unidos en favor de esos substitutos podría llevar al fracaso de una Europa unida.

El general De Gaulle manifestó, asimismo, que Gran Bretaña no proyecta unirse a ningún movimiento que una a Europa, y agregó: “Cuántas veces he oído en la última guerra decir a Churchill que si tenía que elegir entre Roosevelt y yo, se quedaría con Roosevelt, y si me obligaran —decía— a elegir entre Europa y el mar abierto, siempre me quedaría con el mar abierto”. “Europa, agregó, si se une lo hará sola”.

El caso francés se repite en cada uno de los países de los pactos del Atlántico y del Mediterráneo, en los cuales se han violado las normas que deben regir los procedimientos para un acuerdo real entre naciones libres y soberanas. No en vano ha costado siglos la experiencia de tales

procedimientos, que algunos parecen desconocer u olvidar. Dios quiera que no lo paguen muy caro.

Estos errores, con ser tan graves, no lo son aún en la medida de los que se ocasionan como consecuencia del odio y de la ira. Ello se produce precisamente cuando, como en el caso del Medio Oriente u otros países — entre ellos algunos americanos —, se pretende imponerles una conducta o una política interna determinada y tales países se niegan a hacerlo. La difamación, el sabotaje y la aplicación de toda clase de persecuciones ocultas o disimuladas forman allí un enemigo donde por todas las causas y circunstancias podría contarse con un amigo y un aliado sincero.

Esta forma de hacer “enemigos a la fuerza”, como la otra de conseguir “amigos a la fuerza”, tienen el grave inconveniente de que en lo primero se alcanza el objetivo, y con lo segundo, cuando mucho, se logra un enemigo oculto o en potencia.

Diciembre 27 de 1951

EL QUE NO TIENE BUENA CABEZA PARA PREVER HA DE TENER BUENAS ESPALDAS PARA AGUANTAR

Los famosos consejos áulicos de la conducción marcaron siempre en la dirección de la guerra una etapa de errores que llevó a una época de desastres. Los hombres, egoístas y mentirosos, son siempre propensos a volver la mirada a ellos cuando su falta de carácter los inclina a eludir la responsabilidad de sus actos o inspiraciones.

El mando y la dirección unitarios en la preparación y la conducción de la guerra han sido siempre la consecuencia de la aparición de los grandes hombres. En cambio, la conducción por consejos u organismos colegiados caracteriza una época de hombres mediocres. “¡Los gorriones vuelan en bandadas, en tanto que las águilas van solas!”

Hace más de un año que nosotros calificamos ya a la guerra de Corea como una operación estratégica falsa. El jefe del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos, general Omar Bradley, declaró ante el Senado, en mayo de 1951, que la contienda de Corea comprometía a su país en *una guerra desacertada, en un lugar inapropiado y en un momento inoportuno*.

Sin embargo, había sido su propio gobierno quien había decidido el acto incriminado por tan calificado profesional. Nadie puede dudar de que si los Estados Unidos no hubieran obligado a los demás países, el Consejo de las Naciones Unidas ni siquiera hubiera tratado el caso de Corea, como no trató el caso de China nacionalista.

Los errores del mando yanqui en la ocupación de Corea, durante la última guerra mundial, que creó la división de este país al norte y sur del paralelo 38, era un problema de los Estados Unidos y Rusia, no de las demás naciones.

A pesar de ello, se decidió la guerra mediante una resolución del Consejo, con el fin de eludir una responsabilidad que no pudo eludirse, ya que todos conocemos la unilateralidad que reina en tal organismo. El resultado es que todos están descontentos con lo acontecido, pero ninguno puede ofrecer una solución ni un justificativo.

No se trata aquí, como algunos sostienen, que quien decidió “era un vendedor de corbatas” y quienes discutieron “unos estrategos de conferencia”, ya que es de suponer que ambos estuvieran convenientemente asesorados. El error está en el procedimiento fatídico de los “consejos áulicos”, de los cuales surge siempre la peor de las soluciones, especialmente cuando tales consejos no son sino instrumentos serviles de la voluntad inconsulta y prepotente de uno de los participantes.

El diputado de los Estados Unidos, Ben Franklin Jensen, que visitó Corea, declaró el 27 de diciembre último que los Estados Unidos deben

recurrir a la guerra atómica, atacando a los comunistas con todo lo que tienen, incluso a Stalin, si es preciso, o retirarse de Corea. Se manifiesta asimismo resentido porque se supone que es una guerra de las Naciones Unidas, pero los demás países apenas si tienen en Corea algunas fuerzas simbólicas. Termina opinando que los Estados Unidos deberían abandonar su ayuda a la mitad del mundo si tienen que cargar sobre sus espaldas el 90 por ciento del esfuerzo.

Compartimos estas declaraciones en todas sus partes, pero no sólo ahora, sino desde que empezó la guerra de Corea. Siempre hemos creído, como Jensen, que la guerra allí no tiene solución si no se deciden a guerrear con China y con Rusia o, de lo contrario, a retirarse de Corea. Como que tampoco nunca creímos que la guerra de Corea fuera de las Naciones Unidas, sino de los Estados Unidos. También creemos, y así lo hemos sostenido siempre, que los Estados Unidos tendrán en ésta y en la tercera guerra mundial el 90 por ciento del esfuerzo, como también creemos que a todos convendría de distinta manera la liberación de las actuales ayudas.

Cuando compartimos la opinión de Jensen no lo hacemos por cinismo sino por madura reflexión. No creemos que en Corea combatan las Naciones Unidas, como no creemos tampoco cuando en la UN el Uruguay presenta sus iniciativas para resolver graves problemas internacionales. El juego de personeros vale hasta el momento en que el sacrificio y el esfuerzo comienzan. Más allá hay que reemplazar la ficción por la realidad, que *“una cosa é parlare di morte ed altra moriré”*.

El resentimiento de Jensen porque los países no han enviado tropas a Corea no se justifica. Si de sus propias palabras se desprende el error del gobierno yanqui de haberlas mandado, no puede este buen padre de la patria lamentar que todos los demás países no hayamos cometido el mismo error.

En cuanto a la ayuda a la mitad del mundo que se propone suprimir, los argentinos podemos afirmar, sobre la experiencia de los hechos mismos, que nada ha sido para nosotros más perjudicial que tal ayuda y, en consecuencia, apoyamos con la fuerza de nuestra conveniencia tal iniciativa. No sabemos, sin embargo, si los demás países opinarán como nosotros.

Lo que ocurre es que una cosa es trabajar libremente por el bien común y otra reunirse para simularlo, bajo la presión y la amenaza. Una cosa es votar afirmativamente bajo tales circunstancias en una reunión de dóciles amanuenses y otra resolver en colaboración en una asamblea de hombres libres y responsables.

Cuando la República Argentina dice que no en las conferencias o en los consejos, aparece como la “oveja negra” del mudo y torpe rebaño, pero

satisface su conciencia honrada, porque la cooperación no reside en decir siempre que sí, sino en mantener en alto a la verdad, le guste o le disguste al poderoso. La guerra en común se hace con compañeros de lucha, pero no con lacayos.

Estados Unidos comienza ya a cosechar lo que sembró. Fracasos, por sus errores e imprevisión; abandonos e indiferencias, por su mala conducta; ingraticudes, por no saber elegir los amigos con prudencia, y engaños, por sembrar engañosamente. Esto es solamente el comienzo.

El peligro del que construye su casa sobre arena comienza cuando ruge el temporal. El del que prepara y arma la situación sobre mentiras, empieza cuando llega la hora de la realidad y la verdad.

Daremos una vez más un consejo a nuestros lejanos vecinos que habitan en el Trópico de Cáncer: en la vida es menester usar la dignidad para obrar con verdad, prudencia y sabiduría; es necesario que aun dentro de esa conducta se posea el carácter suficiente para afrontar la responsabilidad, y si aun así las cosas no van bien, es conveniente saber aguantar virilmente los golpes del destino, porque *el que no tiene buena cabeza para prever ha de tener, por lo menos, buenas espaldas para aguantar.*

Enero 3 de 1952

LOS “NEGOCIOS” Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

La emigración es un fenómeno de grandes o pequeños países superpoblados. Impuesto fatal y naturalmente por su desequilibrio demográfico, acarrea una disminución de su potencial humano. Para evitarlo, como recurso de buena fe, los países emigratorios sostienen la tesis de la nacionalidad de origen, sujeta a la legislación de los países de inmigración.

Hasta aquí estamos en lo lícito y de buena fe. Sin embargo, hay también movimientos migratorios destinados a realizar una invasión pacífica o reivindicar minorías con fines encubiertos de secesión, de corte agresivo o imperialista. Este es un recurso ilícito y de mala fe.

Lo propio ocurre con la emigración de capitales, que siendo un fenómeno natural de grandes o pequeños países superexplotados, constituyen un debilitamiento de su potencial financiero. Lo lícito y de buena fe sería sostener la nacionalidad de origen, sujeta a la legislación de los países en que el capital actúa. Es ilícito y de mala fe desarticular, explotar o subordinar una economía para colonizar a las naciones que lo albergan.

Así como la inmigración resulta un medio necesario para el adelanto de los países infrapoblados, el aporte de capitales resulta un factor beneficioso para las naciones infraevolucionadas, a condición de que ambas cosas sean de buena fe. Porque así como la penetración humana de grupos inadaptables o minorías invasoras es un peligro y una rémora para los países, la incorporación de capitales de especulación, explotación o colonización es un peligro y constituye un azote para la economía de los países en formación.

Según informa la U. P., “el presidente Vargas ha firmado un decreto por el que se restringe el registro como capitales extranjeros en el Brasil a aquellos traídos realmente desde el exterior y se limitan las remesas de utilidades al ocho por ciento anual de dichos capitales”.

“El nuevo reglamento reemplaza al antiguo, anulado con el discurso de Vargas, pero todavía permite devolver al país de origen un veinte por ciento anual del capital extranjero invertido originalmente. El decreto dice concretamente que el capital extranjero con derecho a retornar es solamente aquel que proviene del exterior y ha sido registrado como tal en el Banco del Brasil. El decreto autoriza también al Banco del Brasil a revisar todos los capitales registrados y todas las remisiones hechas en el pasado, y dice que todas las remisiones que excedan del ocho por ciento anual del capital extranjero registrado serán consideradas como retorno del capital original y deducidas de las inversiones de capital extranjero”.

“Vargas en su discurso de Año Nuevo dijo que el Banco del Brasil había autorizado remisiones de más del ocho por ciento anual y que había

permitido a las compañías capitalizar su exceso de utilidades como capital extranjero. A consecuencia de ello, hay actualmente unos catorce mil millones de cruzeiros registrados indebidamente como capital extranjero”.

Expresó también “que eso ha dado como resultado un escandaloso e ilegal aumento de las inversiones a más del doscientos por ciento, o sea de 423.000.000 de dólares, que hubieran sumado, de no agregarse las utilidades, 1.253.000.000 de dólares, aumento que está desangrando al país por su excesiva demanda sobre divisas extranjeras, para pagar el ocho por ciento de las utilidades, que aumentan como una bola de nieve”.

La República Argentina, como el Brasil, ha sido sometida durante un siglo a este tormento financiero. Sin embargo, los “famosos economistas” que nos gobernaron pretenden aún seguir siendo famosos.

La reforma del sistema financiero y bancario argentino, del gobierno justicialista, puso fin en 1946 a este lamentable estado de cosas, estableciendo que lo que el país necesita son capitales de trabajo y no de especulación.

En su mayoría, los consorcios capitalistas que actuaron en el país, con la complacencia culposa de los gobiernos, fueron empresas que realizaron maniobras especulativas con grave quebranto para la economía de la nación. Algunas ingresaron en el país con diez o veinte millones de pesos de capital, se instalaron y luego recibieron créditos de los bancos argentinos por cien millones de pesos. Así, con el aporte de este dinero argentino, giraron utilidades sin límites a su país de origen, sobre los ciento diez o ciento veinte millones del total capitalizado. Era una manera inicua de descapitalizarnos, utilizando nuestro propio dinero, mediante el recurso del crédito y con “el cuento del aporte de capitales extranjeros”.

Frente a ello, nada pudo ser más justo y equitativo que establecer la limitación en el giro de remesas financieras a un porcentaje prudente de utilidad anual, sobre el capital importado, que es lo único que puede considerarse como aporte extranjero a la economía nacional.

Cuando se habla de la conveniencia del aporte de capitales, somos los primeros en reconocer su necesidad y en propugnar su afluencia cuando éstos llegan para desarrollar nuestro trabajo productivo. En cambio, somos enemigos de toda clase de explotación e irreconciliables cuando esa explotación ha de gravitar sobre las espaldas inocentes del pueblo argentino.

Tampoco creemos que el capital extranjero pueda venir a nuestro país “por amor al arte”. Sabemos que necesita utilidades, que debemos ofrecerlas y generosas cuando ellas estén en razón directa de los beneficios nacionales que produzcan.

No sabemos qué ocurrirá con la reglamentación y el discurso de Vargas, a pesar de reconocer “que la víscera más sensible del hombre es el bolsillo”. Podemos afirmar, en cambio, que esa misma medida, tomada por la Argentina en 1946, produjo no pocos de los inconvenientes de la política internacional. Hay países propensos a seguir con un acorazado a cada uno de sus signos monetarios y utilizar a sus embajadores como procuradores oficiosos o “informales” de algunos de sus intereses privados.

Sin embargo, a largo plazo, en esto como en todo, “las cuentas claras conservan la amistad”. Las fricciones internacionales provocadas por conflictos de intereses deben juzgarse y resolverse de acuerdo a derecho y no a conveniencias unilaterales, porque esta clase de “ayuda”, que resulta tan cara, se justifica de una sola manera: *cuando produce beneficios económicos y no acarrea al país enojosos pleitos internacionales.*

Enero 10 de 1952

AL INSULTO DEL VIL EL SABIO CALLA

Con motivo de las últimas publicaciones brasileñas muchos colegas se han preguntado: “¿Qué pasa en el Brasil?”. No es fácil contestarse. Aparentemente, sería lo que tantas veces sucede: que un “pistolero” empresario de publicidad hace mal uso de su instrumento. Pero el pistolero es un irresponsable; detrás de él están los que le pagan, y de ellos los servicios de información y provocación de una potencia extranjera y, aun detrás de éstos, un departamento de Estado y un gobierno que todos deberíamos reputar como responsable.

Al amparo de la “libertad de prensa” existe toda una organización tenebrosa de carácter internacional que todos sentimos y todos conocemos.

A los brasileños no les importa nuestra política interna, como a nosotros no nos interesa la suya. Ni la prédica antiargentina ni su finalidad son brasileñas, sino resortes de un imperialismo a cuyo azote no escapa casi ningún país de la tierra. Es algo así como la “mano negra” o la “maffia” que a todos repugna y que todos odian en silencio, sin animarse a denunciarla por temor a las represalias. Es la intimidación hecha sistema. Es el sindicato de “gangsters” de “protección de los negocios” llevado a la política internacional. Es la lucha insidiosa y tenaz de la penetración imperialista sin inteligencia, sin principios, sin virtudes.

¿Por qué en la República Argentina no ocurre esto? Es lo que debemos preguntarnos para valorar nuestra soberanía.

Lo que pasa en el Brasil se anunció hace más de un año desde México en el famoso *Plan Benson*. Se trata de separar y enconar a nuestros países. Se descarga una campaña en los diarios brasileños, los nuestros les contestan y lo demás se hace solo.

Pero esta vez se equivocan. Hay aquí suficiente sensatez y prudencia para no caer en la trampa. Los diarios argentinos difícilmente pueden comprarse con el dinero de la traición. Si el Brasil tiene la desgracia de sufrir a empresarios agentes de provocadores internacionales, como buenos amigos del pueblo y gobierno brasileños, nosotros hemos de lamentarlo como ellos y no sumar males mayores e innecesarios.

Nuestros países conocen la verdad, y eso es definitivo. ¿Es nueva acaso esta acción imperialista? ¿No han tratado siempre de separarnos para explotarnos mejor?

A los gobernantes de nuestros países se les presenta hoy una disyuntiva de hierro: deben elegir, en lo interno, entre el imperialismo y su pueblo; en lo internacional, entre el imperialismo y sus hermanos de sangre. Nuestro gobierno ya eligió: está con nuestro pueblo y con nuestros hermanos. Para nosotros, los dólares tienen sólo el vil precio de la necesidad, pero no sólo de pan vive el hombre. Por eso hay valores eternos y valores

circunstanciales; nosotros estamos con los eternos, aunque nos cueste algún sacrificio.

La afirmación de que “los hombres son malos y mentirosos” nunca ha encontrado mejor justificativo que en nuestros tiempos. Los hombres que conducen naciones debieran despertar a la tremenda realidad que enfrentan. Todo se simula para aparecer. Todo se improvisa para engañar. Todo se atropella para preponderar. Como si el avance técnico-científico hubiera marcado a la humanidad un terrible retroceso en sus virtudes y el hombre hubiera olvidado que lo sublime de los principios no está en su enunciado, sino en su realización.

El caos del mundo actual proviene de esa secuela de engaños sucesivos, de la simulación permanente de la mala fe internacional hecha sistema.

Nadie ignora que los “acuerdos” y las “asociaciones” internacionales, las “cartas” y las “declaraciones”, los “derechos” y las “libertades”, son mantos de mentiras destinados “a tapar el cielo con un harnero”. Pero el mal no está sólo en las mentiras y sofismas en que se afirma el estado internacional, sino en el hecho monstruoso de que se nos quiera obligar a sostenerlo como una verdad. “Taparse un ojo, aun en el país de los tuertos, es falta de carácter, no tolerancia”.

Enero 17 de 1952

ALGO MÁS SOBRE CONFEDERACIONES CONTINENTALES

Hace unos días el diputado norteamericano Timoteo Sheehan propuso anexionar el Canadá a la Unión, con carácter de nuevo Estado, indemnizando a Gran Bretaña en compensación por la pérdida de este dominio.

Esta monstruosidad, propia de la mentalidad agresiva e inconsulta del imperialismo, amengua con un grosero enunciado la posibilidad y aun la idea de las confederaciones continentales.

Ello evidencia un peligro para el Canadá, que también compartimos los países ricos en reservas territoriales y en materias primas, especialmente alimentarias.

El más grave y difícil problema del mundo actual es *comer*. El futuro aun acrecentará las dificultades, porque la población del mundo aumenta y la vida del hombre se prolonga. Una guerra próxima no hará sino agravar y acentuar más estas dificultades.

Los dos grandes imperialismos en pugna no se interesan en la solución de este problema, sino en la disputa por el dominio de un mundo hambriento. Pero el que gane la guerra, si no quiere sucumbir a pesar del éxito, deberá encarar la solución que, después de la contienda, entrañará un estado extremadamente agudo y extraordinariamente intenso.

La solución tiene un solo camino: producir más alimentos. Para ello será menester desarrollar extensiva e intensivamente la producción. Será necesario poner en explotación las grandes áreas incultas, desde que la producción alimentaria aún depende de la tierra.

Por eso, si el porvenir de los países depende hoy de sus reservas territoriales, serán también los mejor dotados de ellas quienes estarán más amenazados por el predominio imperialista que revivirá el espíritu conquistador del siglo XIX, esta vez “aumentado y corregido”, dado que los imperialismos son cada día de dominio más extenso e intensificado.

La tercera guerra mundial es un hecho en marcha. Su decisión, un asunto largo y penoso, porque tanto Rusia como Estados Unidos son “huesos duros de pelar”. A pesar de los tremendos medios, la decisión no es fácil de lograr.

Rusia, ya sea desde Europa como desde el Asia, impone caminos demasiado largos a un ejército de operaciones. En el camino más corto — hacia Moscú — Napoleón y Hitler, para no ir más lejos, confirmaron la famosa historia de la táctica de los escitas. Una operación a través de China y la Manchuria hacia el Baikal es una empresa superior a las posibilidades de los ejércitos. El camino del Ártico es todavía una cuestión de Julio Verne. Batir a los Estados Unidos por el Atlántico o por el Pacífico, con

sus poderosos medios aéreos y marítimos, no es asunto posible aún para los rusos.

Es más probable que esta guerra se decida por la destrucción progresiva y agotamiento que por una acción militar operativa y violenta. Ello indicaría una larga duración y un resultado indeciso hasta el derrumbe de una de las partes.

Esta etapa cruenta de la humanidad, caracterizada por su período más destructivo y ruinoso, deberá contar con alguien que piense ya en las consecuencias futuras de esa destrucción y de esa matanza. Nosotros, impotentes para evitarlo, podremos en cambio ofrecer a los pueblos, víctimas inocentes de la locura de sus dirigentes, la ayuda oportuna, cuando, desilusionados y hambrientos, se decidan a imponer por sí una vida mejor en una humanidad menos egoísta, más justa, más libre y más feliz. Para ello contamos con suficiente tiempo, con tierra y con nuestro trabajo. Sólo es menester que nuestros gobernantes estén a la altura de su misión histórica.

Si nos atenemos al concepto de producción alimentaria y de materias primas las mayores reservas territoriales están en el Canadá y la América del Sur. Ellas constituirán, por tanto, el objetivo más codiciado por el imperialismo triunfante.

Parece que los Estados Unidos no desean esperar los resultados de la guerra para poner al Canadá en eficiencia de producción, adelantando un recurso que fatalmente deberá encararse por un camino o por otro.

También es indudable que los Estados Unidos se han interesado y buscado por diversos arbitrios la penetración y explotación de Sudamérica.

Desde los lejanos días de su progreso inicial, los Estados Unidos anunciaron, por boca de uno de sus presidentes, sus sueños de poner la bandera de las barras y las estrellas en el Ártico, en el Ecuador y en el Antártico.

Una *Unión Continental Americana* no sería mala si no debiéramos enfrentar la mentalidad ejecutiva de don Timoteo Sheehan, consubstancial con la modalidad yanqui.

Frente a ese peligro de conquista, que ningún latinoamericano puede negar de buena fe, queda una sola solución: *unirnos*.

Una *Confederación Latinoamericana de Naciones* sería nuestra única garantía frente a un porvenir preñado de acechanzas y peligros. Unidos seríamos fuertes y numerosos. Desunidos seremos fácil presa de la conquista imperialista y de su explotación consiguiente.

La unión latinoamericana no sería obstáculo para una ulterior unidad de toda América, pero sería una garantía para que nuestros Estados la

integraran como pueblos libres y soberanos y no como tristes despojos coloniales.

El momento de hacerlo es ahora mismo. Cuando termine la guerra será tarde.

La forma de realizarlo, cualquiera, si antes se consultan los pueblos y luego se ejecuta su mandato.

Enero 24 de 1952

LA JUNTA INTERAMERICANA DE DEFENSA

La conducción política y militar debe caracterizarse por la simplicidad orgánica y la claridad de miras. Estas características son aún más importantes cuando la conducción ha de realizarse en conjunto, como sucede en el caso de la defensa continental.

Los países cuyos gobiernos sean responsables de los compromisos que asumen y respetuosos de la propia soberanía que ejercen no hipotecarán su futuro o su destino en acciones unilaterales o en actos irreflexivos. En las coaliciones internacionales, cada Estado, en representación de una parte del conjunto armónico de la defensa común, está en su derecho de acordar las relaciones de dirección y de comando con los demás países del sistema defensivo, en consonancia con sus propias orientaciones e intereses.

Por eso, en tanto que en los pactos de conjunto se fija sólo la acción general, en los acuerdos parciales o locales se determinan las tareas particulares que, si bien se establecen dentro de la orientación de conjunto, su acción se circunscribe en el tiempo y en el espacio a las necesidades, posibilidades y conveniencias propias.

Los compromisos contraídos en el Tratado Interamericano de Defensa Recíproca configuran un plan general de defensa colectiva y, como su nombre lo indica, para una acción defensiva y no agresiva. En consecuencia, son medidas al servicio de la propia seguridad y no acciones que atenten contra la seguridad de nadie.

Las situaciones concretas que surjan de este compromiso conjunto deben ser motivo de acuerdos mutuos o multilaterales, establecidos por las respectivas cancillerías en cada caso.

Ningún Estado está obligado a intervenir sino en lo que previamente acuerde y consienta. El empleo de fuerzas nacionales está subordinado a lo que cada país decida.

Los designios que emergen de la soberanía nacional están asegurados. Cada gobierno, en cada Estado, puede decidir por sí su intervención circunscripta a su territorio o en otros teatros de operaciones, si así lo desea.

El punto de partida y las bases para la defensa continental han sido ecuéanimemente establecidos, aunque para llegar a ello sin desmedro hayan sido necesarias una lucha política de cinco años y muchas contrariedades.

La existencia simultánea de la Organización de las Naciones Unidas (U.N.) y la Organización de los Estados Americanos (O. E. A.) acarreó un cierto grado de complicaciones que afectaron fundamentalmente la claridad en las relaciones y “dependencias”, pues mientras la primera se oponía a la formación de bloques regionales, la segunda configuraba uno en América.

Sin embargo, en vista de la situación mundial y los resultados de la acción de la U. N., el Tratado interamericano de Defensa Recíproca, que

constituye una alianza defensiva del continente americano, es una consecuencia lógica del hecho de haberse dividido el mundo en bloques irreconciliables.

Sólo la inepticia del Departamento de Estado en la conducción política, su afán de absorción y sus malos procedimientos de presión y represión utilizados en la O. E. A. pudieron llevar a este organismo al borde de la intrascendencia y de la inoperancia. El camino hacia la formación de un “supergobierno” que se esforzó por seguir esa política durante varios años estaba destinado al fracaso, porque siempre existirán Estados celosos de su soberanía que no aceptarán tal subordinación y porque un pueblo digno difícilmente pueda someterse a “gobiernos internacionales”. Es así como la O. E. A. entró en un estado anémico progresivo destinado a terminar con ella.

Menos mal que, mientras esto sucedía, iba surgiendo como un organismo serio y responsable la Junta Interamericana de Defensa.

La *Junta Interamericana de Defensa* es un organismo sui generis. Funciona colateralmente a la O. E. A., aunque no pertenece a la misma. Es asesora y consultiva de los gobiernos americanos, de quienes depende directamente para los asuntos de la defensa común. No posee carácter ejecutivo sino de estudio, y sus miembros son delegados técnicos de sus respectivos países.

Es, en otras palabras, un organismo oficioso representativo de los gobiernos americanos que “no hace política internacional” sino que estudia la defensa militar del continente. De ahí que no haya caído en el desprestigio, por contaminación, en que ha envuelto a todo la absurda conducta seguida por otros organismos de la política internacional.

Por eso es de esperar que el tiempo consolide y afirme cada día más a este organismo, aunque lo sea en detrimento de la O. E. A., que hasta ahora ha resultado ser la “manzana de la discordia”. Frente al peligro común, cuando se respeta la soberanía y la libre determinación de los pueblos, para acordar una conducta común, no hacen falta organizaciones internacionales. Cuando ese respeto es avasallado, no serán suficientes ni eficaces todas las organizaciones imaginables.

Enero 31 de 1952

EL COMUNISMO, RUSIA Y EL IMPERIALISMO

La historia de todos los tiempos demuestra que las doctrinas justas han triunfado tanto antes cuanto más se las haya combatido. El Cristianismo es un ejemplo de ello. Las doctrinas, aun injustas, suelen imponerse cuando se las combate con otra injusticia mayor.

A una doctrina sólo se la vence cuando se la aventaja con otra doctrina superior. Ni la persecución ni la fuerza pueden abatir las ideas doctrinarias cuando éstas se arraigan en los hombres y en las colectividades. Menos aún puede hacerse contra ellas cuando se pierde la ecuanimidad o la calma y se actúa con pasión y con odio. La ira suele ser el único capital que les resta a los que han perdido la fe en sí mismos.

El hombre, a pesar de sus imperfecciones, sigue respetando los valores que lleva en él. Por eso, aun cuando entregue todo para subsistir, conserva sus pensamientos y su alma, que, al final, suelen salvarlo de la abyección y del renunciamento. Por eso al hombre conviene más persuadirlo que obligarlo.

Los que confían la solución a la fuerza y no a la razón, es porque ignoran cuan grande es la debilidad de aquélla para alcanzar soluciones definitivas.

En nuestros días se observa un esporádico recrudecimiento en la lucha anticomunista en casi todo el mundo occidental. El medio de hacerlo reside generalmente en la fuerza o en las medidas de gobierno que implican una persecución de los efectos y no una superación de las causas.

Las causas del comunismo es menester buscarlas en los métodos del imperialismo. La acción comunista en los pueblos es consecuencia de los abusos del capitalismo. Suprimir los efectos sin abatir las causas es “arar en el océano”. El imperialismo capitalista, superado como sistema, anacrónico y egoísta, fabrica más comunistas en el mundo que cuantos pudieron persuadir las prédicas de Lenin y Stalin juntos.

Pretender desplazar el predicamento comunista, manteniendo íntegramente los privilegios, las injusticias y los abusos del capitalismo plutocrático, sería como ensayar la cura de un enfermo conservando el mal que lo origina. La “peste roja” no es de las que se curan con aspirinas. . .

El capitalismo algún día ha de percatarse que pudo haber aniquilado al comunismo con la mitad de lo que gasta en exacerbarlo.

Tres son las razones visibles que ocasionan el actual sobresalto del hemisferio occidental:

- el comunismo;
- Rusia;
- el imperialismo.

El comunismo internacional es un problema de todos los pueblos. Rusia es sólo un imperialismo que interesa, en forma especial, al otro imperialismo.

Si Rusia desea ser comunista, ¿a nosotros qué nos interesa? Si el comunismo decide entronizar en nuestro país su dictadura imperialista, está en nuestras manos el evitarlo.

Pero para derrotar a la doctrina comunista es menester otra doctrina, que implique en nuestro caso una reforma substancial al régimen colonial capitalista, hacia la justicia social, la independencia económica y la soberanía política.

No se arregla un imperialismo con otro imperialismo, como no se soluciona una injusticia con otra injusticia mayor.

La existencia de una Rusia comunista no sería un peligro en un mundo justicialista. Pero, aun desaparecida Rusia, el comunismo sería temible para un mundo capitalista.

Todos estamos de acuerdo en oponernos al comunismo en el orden interno, pero nadie está convencido en la eficacia, conveniencia o necesidad de hacerlo mediante otra guerra mundial que, como remedio, puede resultar peor que la enfermedad.

Por eso observamos que ningún pueblo — incluso el de los Estados Unidos — desea la guerra. En cambio pensamos que todos — incluso los que están detrás de la cortina — anhelan un proceso justicialista que los libere de la explotación, del abuso y de las inequidades del comunismo y del capitalismo.

El clamor de los pueblos del mundo en contra de la guerra no parece llegar al oído de los dirigentes empeñados en la defensa de intereses que no son de los pueblos. Sin embargo, el estado anímico general de las masas, el fermento de la contaminación marxista y el cansancio de la humanidad por la lucha, pueden tener repercusiones decisivas en las operaciones de la tercera guerra mundial y en la conducta misma de las naciones llevadas a guerrear.

Pensando en los pueblos, en la guerra y en sus consecuencias, se nos ocurre cuánto más le valiera al mundo ensayar el camino justicialista que persistir en los terribles errores ya cometidos.

Hace pocos días dejaron caer un diluvio de huevos, tomates y panfletos sobre la asamblea general de la U.N. En esos panfletos se decía: “Los políticos hablan demasiado; mientras ustedes hacen discursos, los hombres están muriendo en Corea, Birmania, Indochina y Túnez. ¡Basta de discursos! El pueblo quiere paz. Las colonias deben ser libres. Y nosotros decimos con ellos que no queremos morir ni por Stalin ni por Truman. Oprimidos de todos los países, uníos en una declaración real que represente

un tercer frente, en estos términos: ¡Por vuestra hipocresía, por vuestra debilidad, por vuestro cinismo, sois todos criminales de guerra!” La U. P. asegura que se trata de un grupo de anarquistas; pudo haber agregado: “*Los locos y los anarquistas dicen la verdad*”, y el mundo está poblado de anarquistas.

Febrero 7 de 1952

GUERRA POPULAR E IMPOPULAR

Las causas de la guerra influyen grandemente en las características y en el desarrollo de la misma.

La historia evidencia, a lo largo de todos los tiempos, cómo esas causas se han escalonado en el camino de la evolución de la humanidad. Desde la lucha individual de los primitivos, a través de la tribu, de la ciudad, del antiguo imperialismo, de la Edad Media, de la liberación y formación de las nacionalidades, hasta el moderno imperialismo, han desfilado ante los ojos y la incredulidad de los pueblos todas las causas y todos los pretextos imaginables para combatir y para morir.

En esas causas, algunas veces los pueblos han jugado un papel preponderante en defensa de sus ideales o conveniencias. Otras veces han sido meramente espectadores de la lucha por otros intereses. Por eso ha habido guerras populares e impopulares.

Con la guerra moderna, caracterizada por el concepto de “la nación en armas”, ha aparecido también la guerra psicológica, parte de la “guerra fría”, destinada a crear la popularidad de la guerra y de las “quintas columnas”, nombre con el que se designa al derrotismo y la traición organizados.

Caracteriza a la actual preguerra la lucha ideológica entre el capitalismo y el comunismo y aun cuando ellos por boca de sus prisioneros invocan la paz, la verdadera causa de esta guerra está precisamente en el sectarismo y los intereses que ambos sistemas sostienen. La inmensa mayoría de los pueblos son “invitados de piedra” en este festín de los imperialismos, de la miseria y la muerte.

Además de la posición de los pueblos está la posición de los hombres. Es indudable que, en este concepto, la humanidad se divide hoy en tres sectores: los que apoyan al capitalismo, los que defienden al comunismo y los que no están con ninguno de los dos. Es indudable también que la inmensa mayoría está en esta tercera posición. Por eso la guerra es inmensamente impopular y, por eso también, los que están dispuestos a desatarla lo hacen en nombre de la paz.

La preparación psicológica de la guerra no gana evidentemente gran terreno en las actuales circunstancias. Ello se evidencia en el hecho de que cada día haya más pueblos y más hombres que anhelan la paz.

Si en estas circunstancias se produce la tercera guerra mundial, su comienzo ha de tener características sumamente originales. Es de esperar que, dada la situación actual, se inicie con incidencias internas, revoluciones y hasta guerras civiles del tipo de las que ya han comenzado a producirse. Por eso la importancia del “frente interno” en esta guerra será

de extraordinaria gravitación Los gobiernos verdaderamente populares contarán entonces con una situación de privilegio. Los que conduzcan la política, la guerra o el gobierno sin el favor popular, no tendrán nunca en sus manos una decisión segura y definitiva en los momentos de crisis.

Febrero 14 de 1952

CUANDO EL DIABLO ANDA SUELTO

Un recurso de la política internacional ha sido a menudo el de provocar conflictos entre terceros para compensar sectores de debilidad. Este recurso ha sido más frecuentemente utilizado en los grandes conflictos y especialmente por los imperialismos que *dividen para dominar*.

Los sistemas de dominación colonial se han basado normalmente en la miseria, la ignorancia y el vicio. Muchas veces los colonizadores utilizaron la lucha para crear esta situación y otras utilizando al “cipayo” o a los elementos dirigentes nativos a sueldo de la metrópoli.

Otro de los hábitos de los imperialismos en lucha ha sido el de implicar a todos en sus conflictos, para obligar a los demás a luchar por ellos o por sus causas. Cuando, por cualquier circunstancia, no lo consiguen, entonces se dedican a sembrar la cizaña y a provocar la discordia para que, por lo menos, no haya paz estable. Ello resulta fácil de realizar, pues les basta romper el equilibrio despertando ambiciones y ofreciendo lo que no es suyo.

Cuando los imperialismos obran así, hay un solo peligro: que encuentren hombres sobornables, ignorantes o ambiciosos que se presten a ser su instrumento.

Los gobiernos y aun los países sometidos a esa influencia no son siempre culpables de los terribles errores a que los arroja la presión foránea.

Hace casi dos años se anunciaba desde México la puesta en marcha del *Plan Benson*, que establecía la forma en que serían sometidos los países latinoamericanos que no escucharan los dictados imperialistas. Este plan no fue desmentido sino en la existencia de Benson, que después resultó que existía y figuraba en el escalafón del ejército.

Ese plan prescribía “casualmente” todo lo que ha ido, sucediendo hasta nuestros días. Presión sobre los gobiernos “fáciles”, ayuda a los países “interesados”, asistencia técnica en lo político-administrativo a los gobiernos “copables”, penetración económica en los países “entregados”, revoluciones y atentados a los gobiernos “difíciles”. Todo matizado con una amplia campaña publicitaria que, como decía Benson, la experiencia demuestra que ha sido siempre de eficacia.

Hace pocos días Juan José Arévalo, ex presidente de Guatemala, denunció, desde México, que los *agentes imperialistas* preparaban una revolución para derrocar al coronel Jacobo Arbenz, presidente constitucional de Guatemala.

Nuestro país conoce demasiado de esta clase de complots y revoluciones dirigidas.

Panamá, Haití, Santo Domingo y diez países más conocen tanto o más que nosotros cómo se gestan y realizan estas cosas, como asimismo quién financia esta intensa y sistemática agitación conspirativa.

En estos últimos tiempos hemos visto aparecer en editoriales oficiosos y discursos oficiales viejos conceptos de una América agresiva y dominante que creíamos desaparecida para siempre, surgiendo concepciones de supuestas hegemonías artificiales sustentadas en aleatorios poderes militares prestados circunstancialmente. Menos mal que contra el falso concepto, la ligereza y la mala causa de algunos se impone siempre el buen juicio y la sensatez de los pueblos, que reaccionan contra esos groseros y circunstanciales arrebatos de algunos hombres.

El “Diario de Río” reacciona también contra una intensa campaña destinada a “enturbiar” las amistosas relaciones argentino-brasileñas, “explotando toda clase de versiones”, y se indica como culpables de ello al imperialismo capitalista y al comunismo. En nuestro concepto, no es diferente lo que está pasando en todo el continente.

La América latina ha vivido en paz y armonía durante muchos años. Ahora parece que el “diablo anduviera suelto”. Es el imperialismo que trabaja. Parece increíble que cuando, merced a la situación caótica del mundo, necesitamos una mayor unión y confraternidad americana, haya hombres que se presten al inicuo juego que resulta una verdadera traición a los pueblos y a los intereses de las naciones americanas.

La medida más eficaz para la defensa contra esta diabólica maniobra reside en *no hacer el juego al imperialismo*. Cuando uno no quiere, dos no discuten. Nosotros sabemos que nuestros vecinos son, además, nuestros amigos. Toda la intriga de los imperialismos y la acción de sus personeros nativos debe estrellarse contra nuestra consciente indiferencia.

Nosotros no discutimos hegemonías ni supremacías. Queremos trabajar en paz para nosotros mismos y para nuestra posteridad. No ambicionamos sino lo justo: nuestra independencia y nuestra soberanía. Por ellas lucharemos si es preciso. Por otras causas, no.

Sabemos que los pueblos vecinos y hermanos comparten nuestra amistad. Los pueblos son permanentes, los hombres somos sólo accidentes circunstanciales en ellos. Nosotros trabajamos sobre los valores permanentes.

Puede el imperialismo esforzarse en separar para dominar, que aquí no hará sino arrojar al “pozo de Airón” dinero y energías que le podrían ser más provechosos en otros lugares, donde las cosas no parecen andar mejor que aquí.

Febrero 21 de 1952

LOS PACTOS BILATERALES. LA AYUDA, LA DIGNIDAD Y EL DEBER

La experiencia que arroja el mundo imperialista en cuanto se refiere a la movilización de medios y de personal para la guerra, es extraordinariamente elocuente. Todas sus guerras se han realizado a base de imponer a sus colonias o dominios el mayor tributo económico y de sangre en defensa de los intereses del imperio.

En las guerras pasadas lucharon australianos, canadienses, islandeses, caribes, indochinos, sudafricanos, senegaleses, indonesios, africanos, brasileños, cipayos, hindúes, amarillos, filipinos, magiares, mogoles, etc., todos reclutados bajo la dirección de la metrópoli y sostenidos con recursos provenientes de las colonias o de los dominios. Es que cuando se necesitan brazos de trabajo en la paz y carne de cañón en la guerra, el blanco imperialista echa mano a los bienes y a la persona de los indios o de los negros de sus colonias.

También los romanos de la decadencia llegaron a constituir sus ejércitos profesionales con los bárbaros que habían conquistado. Alejandro, con ser tan grande, llegó a decir a sus tropas macedonias, descontentas después de la conquista de la Persia: “Id y decid a los macedonios que, abandonado por vosotros, sólo tengo confianza en los bárbaros que he vencido”. Es la enfermedad que suele llevar a la tumba a los imperios. Los imperios subsisten cuando son capaces de vencer por sí. Los otros desaparecen a corto plazo vencidos por la molicie, por su propio egoísmo o por su propia cobardía.

La cancillería mexicana anunció el día 22 del actual que las conversaciones militares que se realizaban entre México y los Estados Unidos habían terminado sin que se registrara acuerdo alguno y sin formularse ninguna recomendación sobre el proyecto norteamericano. Además, se conoce: (A. F. P.)

1° Washington se inquieta por el número creciente de países que se niegan a aceptar las condiciones impuestas para el otorgamiento de “ayuda militar”.

2° México es el séptimo país que prefiere privarse de la ayuda de los Estados Unidos antes que otorgar concesiones lesivas a su soberanía.

3° Temen los Estados Unidos que esto sea un mal ejemplo.

4° El Pentágono se asombra del amor propio de países como México e Irán, cuando Francia y Gran Bretaña aceptaron la instalación de bases en sus territorios.

5° Los generales norteamericanos estiman que la defensa del “mundo libre” debe basarse en la uniformidad de métodos y armamentos y que ellos deben organizar e instruir los ejércitos bajo la égida norteamericana.

6° Exigen fiscalizar el empleo de la ayuda otorgada, para garantizar que ella no será empleada para derribar gobiernos.

7° El gobierno mexicano juzgaría que los compromisos perjudicarían gravemente la economía del país. La opinión pública mexicana estaba temerosa de que se firmaran acuerdos atentatorios a su soberanía.

8° La causa del fracaso de los acuerdos habría sido la cláusula tendiente *“a dar pleno efecto práctico a los planes de defensa según los cuales los gobiernos cumplirían las misiones que sean necesarias para la defensa y la conservación de la paz en el continente americano”*, por considerarla inaceptable el gobierno mexicano.

9° Una vez más el Departamento de Estado y el Pentágono tienen opiniones diferentes.

10° El “Washington Post” escribe: “Los Estados Unidos sólo obtendrán la cooperación de las pequeñas naciones si respetan su amor propio y su psicología”.

Estas diez noticias transmitidas por A. F. P. desde Washington no tienen desperdicio. Los yanquis se inquietan porque las cosas les salen mal, como consecuencia de su propio mal comportamiento y de “haber atado los caballos detrás del carro”. Se asombran de que México e Irán tengan un concepto de la dignidad porque aprecian que no han tenido el mismo Francia y Gran Bretaña. Creen en una eficacia orgánica que les permita vender armamentos y piensan, asimismo, que ellos deben organizar e instruir los ejércitos bajo la égida de los Estados Unidos, a pesar de que hasta hoy han demostrado al mundo una pésima organización, una deficiente instrucción, una disciplina *sui géneris*, y una mala e incoherente conducción.

Con la “ayuda” se pretende introducir en los países una “fiscalización” que terminará como en Bolivia y que México juzga, desde ya, como un gran perjuicio para su economía y un atentado a la propia soberanía.

Pero, entre las cláusulas mencionadas, la de *“obligar a los gobiernos a cumplir las misiones necesarias para la defensa y la conservación de la paz en el continente americano”* es la de más jugoso comentario, porque era el mismo contenido fundamental del famoso “Plan Benson”. Con ello se podría obligar a un país americano a atacar a otro país del continente que no fuese afecto o no compartiera los designios de la política imperialista. Afortunadamente, los mexicanos saben mucho de esto.

Una vez más el Departamento de Estado, el Pentágono, la Junta Interamericana de Defensa, el Congreso y el gobierno de los Estados Unidos no marchan de acuerdo. Nosotros no los hemos visto jamás sino en actos incoherentes.

El “Washington Post” tiene razón, pero tiene poca, porque además de respetar el “amor propio y la psicología” de las “pequeñas naciones”, se

nos ocurre como necesario no pretender esquilmarnos, escarnecernos e indignificarlos para atarlos luego al carro de las propias indignidades.

La “*Ley de Seguridad Mutua 1951*”, promulgada por el presidente de los Estados Unidos y a cuyo influjo se realizan los comentados “pactos bilaterales” de los Estados Unidos y las “pequeñas naciones” latinoamericanas, establece en el inciso 511 a): “Para desarrollar su esfuerzo militar, un país no podrá beneficiarse de la ayuda militar, económica o técnica prevista por la presente ley, sino de acuerdo con las siguientes condiciones: será necesario que el presidente de los Estados Unidos estime que el otorgamiento de esta ayuda refuerza la seguridad de los Estados Unidos y, por otra parte, el país beneficiario se compromete a:

1. contribuir a promover la comprensión y la buena voluntad en las relaciones internacionales y a mantener la paz en el mundo;

2. participar en toda acción, decidida en común, con miras a eliminar las causas de tensión internacional;

3. llenar las obligaciones militares suscriptas en los términos de los acuerdos o tratados multilaterales o bilaterales en que tomen parte los Estados Unidos;

4. en la medida compatible con su estabilidad política y económica, aportar al mantenimiento y desarrollo de su propia potencia defensiva y la del mundo libre, la plena contribución que le permitan sus recursos en mano de obra, riquezas materiales, equipo productivo, así como el estado general de su economía;

5. adoptar todas las medidas que puedan serle razonablemente exigidas y que sean necesarias para el desarrollo de sus capacidades defensivas;

6. disponer las medidas apropiadas susceptibles de garantizar que la ayuda militar proporcionada por los Estados Unidos será utilizada en forma efectiva.”

De esto se infiere que los países que firman pactos bilaterales con los EE.UU. para acogerse a la ayuda militar, económica o técnica, se comprometen a todo ello. Además, según se desprende de lo ocurrido en México, se atan a otras “cláusulas de circunstancias” que establecen exigencias en razón directa con la mayor o menor necesidad o interés del “candidato” a la ayuda y las ventajas políticas o estratégicas que éste ofrezca.

La defensa continental estaría asegurada en su fase directa con la defensa que cada país hiciera de su propia patria que, en la futura guerra más allá del Ártico, difícilmente estaría amenazada vitalmente. Para ello, lo mejor es que nos ayudemos a nosotros mismos, sin esperar una ayuda foránea, que es gravosa para los EE.UU. y que nos costará a nosotros tan caro en compromisos morales y materiales.

Nos preguntamos, por eso, si existiendo un país que no necesita o no desea tal ayuda, no puede llegar a un “pacto bilateral” que obligue pero mutuamente. La “ley de defensa mutua 1951” y los agregados que surgen de los diligenciamientos del Pentágono parecen haber sido hechos solamente para enfrentar “pedigüeños”, sin pensar que puede existir algún gobierno que piense que su país no debe tener la mala costumbre de traficar con su dignidad y con su deber.

Febrero 28 de 1952

BUROCRACIAS INTERNACIONALES

La idea de asegurar la paz y limitar los medios y efectos de la guerra es tan antigua como la guerra misma. Cada etapa guerrera de la historia ha engendrado comisiones, congresos, conferencias y organizaciones destinados a ello. Griegos, romanos y príncipes de la Edad Media ya conocían estas formas de la ficción internacional. La etapa napoleónica termina en el Congreso de Viena; la primera Guerra Mundial, en la Liga de las Naciones; la segunda, en las Naciones Unidas. La Organización de los Estados Americanos fue también, a su manera, una sociedad destinada a ocuparse de la paz americana, si bien ha terminado por ocuparse solamente de la guerra.

En nuestros tiempos estas organizaciones constituyen sólo una burocracia internacional inoperante e intrascendente, aunque costosa y anacrónica. Cuando se ocupan de la paz, los países hacen la guerra; cuando del desarme, las naciones cumplen los planes más armamentistas de la historia del mundo. Es que la burocracia vive siempre un clima de simulación, opuesto al de la realidad. El móvil de esa burocracia, preconcebidamente formada y preparada, es gobernar las organizaciones. Con ello, y mediante procedimientos inconfesables, se ha llegado a pactos y acuerdos “dirigidos” y a conferencias donde “sólo se sirven platos recalentados”. Recurrir a estos organismos en demanda de justicia e igualdad es y será “pedir peras al olmo”.

Hace pocos días Bolivia pretendía hacerlo, invocando el artículo 16° de la Carta de Bogotá, reproduciendo el artículo 8° del Convenio Económico, que establece que: *“Ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coercitivas de carácter económico y político para forzar la voluntad soberana de otro Estado y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza”*.

Desde hace cinco años la República Argentina es objeto de tales medidas en lo económico y en lo político. Podríamos citar numerosos casos ya muy conocidos por todos. Sin embargo, nuestro gobierno, creemos que con evidente buen juicio, no ha pensado nunca en llevar tales cuestiones a la Organización de los Estados Americanos. Sabe bien, por dura experiencia, que sería predicar en desierto, y cuando a los pueblos y a los hombres se les niega justicia queda un solo camino: conquistarla. La justicia sólo tiene precio para los cerebros marchitos y los corazones intimidados.

No se puede llegar a la verdad y a la justicia en organismos donde los delegados no van a discutir sino a ejecutar mandatos preconcebidos, donde los oradores se afanan más en halagos que en verdades y donde las votaciones resultan verdaderas pujas de obsecuencia.

Entendemos que así lo habrán comprendido los hermanos bolivianos, porque, según la última declaración de su gobierno, se confiaría en reanudar las gestiones con la Corporación de Reconstrucción Financiera para obtener precios más remunerativos. Aunque deseamos que así sea, pensamos que ése no será tampoco el mejor camino.

La ya famosa *Conferencia de Materiales*, desde que su función es la de suplantar los precios económicos por precios políticos, ha instaurado en el “mundo libre” una verdadera *economía internacional dirigida*. El monopolio y el *dumping* que la sustentan completan el cuadro de la *libertad de comercio* de este “mundo libre”, de tan menguada libertad.

El estaño en Bolivia, el cobre en Chile, la fruta en Guatemala, el pescado en Perú, el azúcar en Cuba, el petróleo en Venezuela, el café en Brasil, son eslabones de una cadena cada día más opresora.

¿No habrá llegado el momento de formar una *Conferencia de Materiales Latinoamericana* que tenga por finalidad restablecer los precios económicos de nuestra producción, haciendo desaparecer la economía dirigida, el monopolio y el *dumping*, por lo menos para que en esta parte haya un “mundo verdaderamente libre” en algo?

Hay personas que obedecen una sola ley: la de la necesidad. Hablarles de amistad, de confraternidad y cooperación desinteresada es hacerlo en idioma que les es desconocido. Tal vez ése pueda ser un camino. Ya decía Disraeli que las naciones no tienen amigos ni enemigos permanentes: tienen intereses permanentes. Todo es cuestión de que “el príncipe” se decida a defenderlos.

Las Naciones Unidas o la Organización de los Estados Americanos son meros instrumentos. Recurrir a ellos es pueril, además de inoperante.

La táctica seguida en América es fácil de circunstanciar: para que “los países poco desarrollados” nos entretengamos en algo, nos crean organizaciones, conferencias y comisiones, que nosotros mismos pagamos. Entretanto, “ellos” deciden por sus organismos ejecutivos. Saben bien que si al mundo lo hubiera hecho una comisión, todavía estaría por hacerse. Tratan asimismo de que esas organizaciones, conferencias o comisiones se ocupen siempre de dos o más funciones, así resulta algo como el sofá-cama, donde se sienta mal y se duerme peor.

Nos preguntamos: ¿por qué no podríamos reunirnos, los que hablamos un idioma común, en una conferencia por nuestra cuenta? Allí podríamos decir cuanto deseáramos sin temor a los reproches de censores foráneos, acostumbrados a aconsejarnos hacer lo que ellos dicen, mas no lo que ellos hacen.

Marzo 6 de 1952

FACTORES GUERREROS

En los momentos de preparación para la guerra, todo vaticinio sobre el desenlace es prematuro. En la guerra intervienen factores ponderables que pueden preverse en los planes e imponderables que aparecen recién en las operaciones.

Sin embargo, en el conductor, en los valores espirituales y en los factores materiales está el verdadero índice de poder. Si en esta guerra aparece un conductor al estilo de Alejandro, César o Bonaparte, el bando que lo cuente, si le da el comando, ganará la guerra. De no ser así, se repetirá la primera y segunda guerra mundial. Vencerá el bando que acumule mayores factores espirituales y poder material. Sólo un arte superior puede suplir al poder. Para conseguirlo, hay que poseer un artista o, para acercarse a ello, un método superior. Hasta ahora, nada de eso es dable observar en los contendientes.

Los que conocen, o presumen conocer, el complejo arte de la guerra afirman que es tan difícil conducir como preparar adecuadamente la herramienta para hacerlo.

Un ejército vale tanto cuanto haya cuidado su preparación y su organización. En lo primero juegan preponderantemente valores intelectuales y virtudes guerreras, en lo segundo los factores materiales. La capacidad de conducción, la instrucción y educación de las tropas, su índice moral, su doctrina, su número, su dotación, su organización y el mantenimiento de su aptitud y vigor combativos son, en síntesis, tales factores.

Es indudable que todo ello es producto de la preparación y, en consecuencia, de la capacidad, del tiempo y, a menudo, también del método. La historia del arte militar singulariza, a través de los numerosos métodos y formas orgánicas, como fuerzas populares a las que responden al concepto de “la nación en armas”; como fuerzas profesionales, a las que se recluían voluntariamente mediante paga, y como fuerzas mercenarias, a las que están formadas por pueblos u hombres que lucran en la lucha bajo otra bandera. Los índices de valoración de tales fuerzas ocupan también el orden en que se las menciona, porque su moral, su capacidad y valer son proporcionales a sus características.

A menudo se hacen gravitar los factores técnicos como compensatorios. Sin discutir la importancia de la técnica, ni de la ciencia en la guerra, diremos que son simplemente factores que se equilibran y compensan con otra técnica y con otra ciencia. Es innegable que los factores materiales — entre los que está la técnica — pueden gravitar grandemente en la guerra, a punto de compensar la incapacidad cuando se los emplea desproporcionadamente. Emplear diez tanques, diez aviones o diez

divisiones, donde el enemigo emplea uno, puede ser un recurso cuando se dispone de una enorme superioridad de medios. Sin embargo, será siempre un procedimiento peligroso basar el éxito en tal circunstancia. El comando que lo hiciera estará expuesto al derrumbe moral de su ejército en el momento que tales circunstancias no concurren y quién sabe si habrá país suficientemente rico para respaldar semejantes erogaciones.

Si bien es deber de un país que hace la guerra lanzar a ella hasta su último recurso para ganarla, no es menos cierto que los encargados de conducirla han de ser extremadamente económicos en el empleo de esos recursos. Cuando se hace una “guerra cara”, dilapidando el dinero y derrochando sin consideración ni medida los medios, es porque se olvidan los principios más elementales del arte que rigen la orgánica y la conducción militar.

Cuando se sostiene que el éxito de la guerra puede estribar en la uniformidad de armamentos, de organización o de métodos de adiestramiento, se sostiene un error. Lo que se necesita para asegurarlo es desterrar al mercenario y levantar, en su reemplazo, a un pueblo en armas, con alta moral e instrucción, con elevada capacidad operativa y la mejor dotación cuantitativa y cualitativa que los medios permitan.

El éxito estriba en la unidad de concepción y en la unidad de acción de conjunto. Lo que también se necesita es precisamente esa unidad de dirección, que establezca objetivos y armonice acciones, no organizaciones.

Marzo 13 de 1952

INFORME CONFIDENCIAL

Según afirma una vieja leyenda romana, en los tiempos de la decadencia imperial vivían de Roma tantos bárbaros como de fuera del imperio mismo. En la decadencia imperial de nuestros tiempos, muchos “bárbaros” viven y se enriquecen de lo mismo.

Hoy la “buena vecindad” de América se completa con la existencia de sociedades más o menos internacionales, encargadas de comercializar los golpes de Estado. Están financiadas y dirigidas por un organismo central monopolista. Es lo que constituye la industria de la revolución. Ésta, como cualquier otra industria, tiene sus “cartels” y monopolios, abriendo campo a la explotación interna e internacional de los países “poco desarrollados” y, en consecuencia, es parte de una “ayuda”.

Como ocurre en las demás industrias nativas, el capital y la ayuda técnica son importados, si bien utilizan la materia prima y la mano de obra nativas.

Como también ocurre en otras especulaciones (sabotaje económico-financiero, de la moneda, etc.), los “directorios centrales” de esta empresa desplazan hacia las fronteras del país señalado sus órganos ejecutivos que, asociados con los nativos de allí, dirigen la revolución del “buen vecino”. Los directorios y sus agentes adelantados se encargan de todo lo referente a propaganda y “hacen el artículo” en lo nacional e internacional.

Sobre esto hemos visto, al decir de muchos, magníficas operaciones. También hemos presenciado fracasos; y protestas. Es que esta explotación resulta tan onerosa, e indignificante como la otra.

Por algunos planes que han trascendido, por la propaganda desencadenada, por la acción desatentada y nerviosa de los agentes fronterizos y por la actuación concordante de los agentes nativos, podemos afirmar que nuestro país puede, en la actualidad, ser objeto de una operación semejante, como lo viene siendo desde 1945. Hasta ahora “la empresa” no ha tenido sino quebrantos y se comienza a preguntar su “directorio” si no tratará de una gran “peca” o de un timo, como dicen los castizos.

Efectivamente, según los informes de los agentes nativos, nuestro gobierno debió sucumbir hace ya cinco años agobiado por el destino de pagar sus deudas, comprar los servicios y conquistar su independencia económica. Según los mismos informes, debió a esta altura tener a todos los obreros en contra y también, como consecuencia lógica, perder las elecciones presidenciales del 11 de noviembre de 1951. Pero la realidad es otra. Ni sucumbió la economía, ni el pueblo se alejó, y las elecciones presidenciales arrojaron porcentajes catastróficos para los agentes nativos y aun para sus “directores”.

En estos momentos conocemos que los informes de los agentes nativos aseguran a los de la metrópoli que si en lo social y político fracasaron ruidosamente fue por causa del despreciable pueblo argentino, pero que están en condiciones de asegurar que, “con ayuda”, la catástrofe económica argentina no demorará seis meses. Que iniciarán la agitación en la calle; que los complotados de antes están en acción; que los “retirados” están firmes; que cuando salgan el pueblo los seguirá en multitudes, etc. Ellos se encargarán incluso del atentado correspondiente en su oportunidad, que en mayo será “la cosa” y que el 4 de junio no habrá gobierno.

Nosotros podemos informar al “directorio” que, así como desde 1946 a 1951 se los vino engañando para robarles, hoy se toma el mismo pretexto para continuar con la estafa. Lo que sucede — Señores Industriales de la revolución — es simple y quizá les haya ya ocurrido lo mismo en otras industrias. Sus agentes nativos no son lo que ustedes creen, ni representan aquí lo que ellos dicen, ni tienen el predicamento que se atribuyen, ni la honradez que simulan. Son unos bandidos que les están robando la plata. Sé que ustedes dirán que para esta clase de trabajo es menester contar con sinvergüenzas, porque los hombres honrados no se prestan para ello, pero es menester recordar que aun entre bandidos existe una moral y una palabra. Lo que ellos hicieron durante cinco años, lo de la campaña política de 1951 que costó tanto dinero, lo del 28 de setiembre, lo que están haciendo ahora, es para que ustedes crean que es el caso de una revolución. Ellos saben que no hay caso. Pero, ustedes lo han dicho, “Business is business”.

Marzo 20 de 1952

ECONOMÍA DE FUERZAS

El arte de la conducción, aparte del factor “Conductor”, obedece a la aplicación de principios inmutables en toda lucha. De ellos uno de los más fundamentales es el de la “economía de fuerzas”. Establece este principio la necesidad esencial de ser más fuerte (medios) y vencer (medidas) en el lugar y momento decisivos. Generalmente todo ello se caracteriza y resuelve en un solo y grande objetivo.

Es así que la técnica de la lucha, bajo la influencia de este inviolable principio, aconseja saber ceder en los objetivos secundarios para poder vencer en la consecución del principal. Para algunos suele ser indilucidable el objetivo, porque los mediocres no distinguen entre lo superfluo y lo esencial. Por eso ellos apetece y se aferran a todo. Su lucha se hace paulatina y proporcionalmente inversa a su capacidad. A menudo quien pretende ser fuerte en todas partes termina por no serlo en ninguna.

Derrotar a Rusia, destruir el comunismo en mundo, imponer y extender el imperialismo económico mundial y salvar al régimen capitalista, son muchos objetivos y demasiado grandes para ser alcanzado y consolidados por un país que sólo cuenta para ello con riqueza y capacidad técnica industrial.

En los momentos actuales, los dos primeros pueden ser esenciales para el mundo occidental, los restantes no sólo son secundarios, sino antagónicos de los primeros. Por eso, si se pretende una cooperación del “mundo libre” para hacer frente al peligro común, será indispensable hacer desaparecer el otro peligro.

En caso contrario, deberán enfrentar solos la empresa y lo probable es que, aun venciendo en una guerra, pierdan todo lo demás, si no les ocurre lo que al cazador que, persiguiendo a un tiempo cuatro liebres, termina por no dar caza a ninguna.

Siempre hemos sostenido que, desde que el comunismo es una doctrina, sólo se lo podrá batir con otra doctrina mejor. Esto es tan efectivo en lo interno como en lo internacional. El comunismo, por ser una doctrina, no tiene fronteras. ¿Qué doctrina opone a ella el imperialismo capitalista? ¿Leyes excluyentes, persecuciones policiales, ejércitos, prepotencia imperialista, colonización mal disfrazada, sojuzgamientos? Más que las armas y medidas haría la honrada verdad de justicia social y bienestar de los pueblos, de su independencia económica, de su soberanía y de su libre determinación.

Por eso, somos muchos ya los que sostenemos que el imperialismo capitalista y sus agentes son los verdaderos “fabricantes de comunistas en gran escala”, tanto los países como en el mundo. Son precisamente sus

abusos en todos los campos los que hacen al comunismo amable servicio de sumarle adeptos. Todo para salvar un sistema ya insostenible, asegurar un privilegio personal momentáneo y mantener un imperio colonial de comerciantes que levanta al mundo en su contra antes de sucumbir.

Los Estados Unidos se encaminan hacia una situación financiera desesperada”, afirmó el senador demócrata Herbert O'Connor. “La indiferencia temeraria a las tradiciones del país está transformando a los Estados Unidos en un Estado comunista”, dijo el general Mac Arthur y agregó: “Ya sea por accidente o designio, la política del trato justo es llevada con gran indiferencia y viola la libertad constitucional junto con la rápida centralización del poder en manos de unos pocos que nos están llevando hacia un Estado comunista, con una certeza tan terrible como si los rojos del Kremlin estuvieran marcando nuestro curso”. “A pesar de los miles de millones que hemos dado al extranjero, dudo que hayamos conquistado un solo comunista convirtiéndolo a la causa de la libertad o que hayamos inspirado nuevas y más profundas amistades”.

Sólo el justicialismo vio claro desde el comienzo. Sus causas (justicia social, independencia económica y soberanía) escalonaron las verdaderas soluciones. Pueblos satisfechos y dignificados son la muerte de los comunismos nacionales. Países libres y soberanos, naturalmente asociados de buena fe, serán la muerte del comunismo internacional.

Si se quiere destruir la tiranía del comunismo, para instaurar la del imperialismo capitalista, ni pueblos ni países pueden cooperar de buena fe.

Luchar por una libertad efectiva y verdadera de los pueblos y naciones puede ser una causa para pelear y morir. A nadie interesa luchar ni morir sólo para cambiar de cadenas.

Marzo 27 de 1952

LA OFENSIVA ECONÓMICA

Lo que el mundo actual ha denominado “guerra fría” no es sino un aspecto de la preparación moderna para la guerra y una consecuencia de “la nación en armas” extendida a lo que podíamos llamar “el mundo en armas”.

La guerra moderna es una actividad integral de las naciones y, en consecuencia, su preparación se realiza en lo militar, naval, aéreo, social, económico, político, científico, etc.

Es indudable que, hasta ahora, la iniciativa en esta clase de acciones ha correspondido a la U.R.S.S. Así hemos asistido a una ofensiva ideológica que, extendida en el mundo entero, no ha sido rechazada eficientemente, dado que su penetración ha sido efectiva. Luego hemos presenciado la ofensiva política y militar en China, Indochina, Corea, etc., que tampoco aún ha sido rechazada con eficacia. Simultáneamente en la U.N. y en diversos escenarios hemos asistido a una curiosa esgrima de intimidación, provocación y amenazas que caracterizaron una nueva técnica de la política internacional.

En los momentos actuales parece que entramos en una nueva fase de la “guerra fría” caracterizada por una ofensiva económica.

Según es conocido, la doctrina leninista reposa en el principio de la destrucción del sistema económico capitalista, víctima de sus propias contradicciones. En la actualidad el Soviet sigue atentamente e investiga las dificultades que experimentan las diferentes economías de los países de Occidente.

Según la opinión de los técnicos comunistas, los Estados Unidos sólo pudieron salir de la crisis de 1929 y sus consecuencias mediante la guerra de 1939. Sostienen que se trata de una crisis de superproducción, cuya gravedad sólo se atempera hoy en el rearme, pero provisionalmente y reducida a determinados sectores. El desequilibrio permanente en los sectores de su economía se acentúa y se acentuará en el futuro aún más gravemente.

La crisis económica no sólo tendrá consecuencias financieras, sino que producirá profundas disensiones en la clase capitalista norteamericana. Sus hombres de negocios se dan cuenta de esta situación, que debe alcanzar su período crucial en 1953. Algunos de ellos proponen reanudar relaciones económicas con el Oriente para salvar la situación. El sensacional discurso pronunciado en Toledo (Ohio) el 19 de noviembre último por Charles Wilson autoridad máxima de la electricidad y director de la movilización industrial norteamericana, reclaman un acuerdo comercial e industrial entre Rusia y Estados Unidos para “combatir el odio y la miseria”, fue recibido con entusiasmo en el mundo soviético.

Se cita en el mismo sentido la carta de Eugenio Greenhut a Truman antes de Navidad. Se destaca también a Giannini, presidente del Banco de América, el más poderoso de Estados Unidos que ha unido su voz a las de Wilson, Ford, Greenhut, etc. La renuncia, en noviembre, de Eric Johnston, administrador de la oficina de estabilización económica, y la de William Herod, coordinador de la producción militar del nato, ponen en evidencia las disensiones que reinan en el seno del estado mayor económico de Estados Unidos y causan una inquietud que repercute en los medios económicos europeos de disminuida solidez.

El desequilibrio causado por la crisis de la economía encuentra terreno favorable en Europa (Francia, Gran Bretaña, Italia, España, Alemania, etc.) dada la debilidad actual, producto de las consecuencias de postguerra de las operaciones en China, Indochina, Corea, etcétera, y de las pesadas burocracias, como asimismo el azote permanente e indetenible de la inflación.

El desarrollo de la crisis económica reducirá aún más las posibilidades de exportación en la mayoría de los países occidentales, produciéndose, en razón de la fabricación de armamentos, una acentuada necesidad de importar.

Al mismo tiempo que el nivel de vida baja peligrosamente, la economía occidental será día a día más dependiente de la ayuda norteamericana, que en las actuales circunstancias ya despierta numerosas suspicacias y algunas oposiciones disimuladas.

El ambiente de industriales, productores y comerciantes de Europa Occidental y, en consecuencia, de los gobiernos, parece ser muy favorable e inclinado a la necesidad de apoyar una política económica encaminada a propender a un intercambio intenso de Occidente con Oriente.

Con esta visión del panorama económico de Occidente, que indudablemente resulta excelente desde el punto de vista soviético, han decidido lanzar una ofensiva económica, preparada desde hace mucho tiempo y cuyo acto inicial y de ensayo es:

- a) Defensa de los intereses europeos frente a Estados Unidos;
- b) Creación de un clima favorable al intercambio comercial entre Europa Occidental y Europa Oriental;
- c) Reunión, bajo la autoridad soviética, de economistas, productores, industriales y comerciantes del mundo entero, y principalmente de Europa, para “Planificar una Política de Acuerdos Económicos Basada en el desarrollo de las Producciones de paz y el Aumento de los Intercambios”.

Como puede verse, es una política que sirve a los fines soviéticos e interesa a los comerciantes, productores e industriales occidentales.

Se destaca el cuidado con que se ha preparado el clima. Se afirma que, en el fondo, no se trata más que de extender lo que ya, de una manera muy limitada, existe. Toda cuestión política es dejada de lado: se invita cortésmente a personalidades que son, en principio, anticomunistas, con el solo propósito de tratar asuntos de negocios. La prensa y la radio de las Repúblicas Populares exponen sus problemas económicos en un clima de libertad y optimismo. Hungría declara con orgullo mantener relaciones comerciales con ochenta países.

Se anuncia la creación de un nuevo organismo soviético, “Transmachinport”, encargado de la exportación e importación con autoridad para organizar ramificaciones comerciales en el exterior.

En este clima se han empleado grandes recursos para preparar cuidadosamente la conferencia que reunirá entre el 3 y el 10 de abril en Moscú a 400 ó 500 industriales, productores o comerciantes del mundo entero. A ellos se les sumarán numerosos “tecnócratas” — para quienes la economía es un fin—, que serán también de gran utilidad a los fines de esta política económica.

De un análisis meditado de la situación surgen interrogantes sombríos. Lo militar, lo aéreo, lo naval, lo político, lo social, lo científico nos presenta todos los días alguna revelación insólita por lo imprevista.

Durante cinco años la dirección económica occidental se ha ocupado más de los negocios que de la preparación, han privado los intereses de los hombres o de los grupos de hombres sobre los intereses de los países de Occidente.

¿Cuál será la consecuencia de esta ofensiva económica? Ahora pensamos más que nunca en Corea. . .

Abril 3 de 1952

POLÍTICA DE MALA FE

Cuando la situación económica se caracteriza por la carencia de materias primas, la solución está en aumentar su producción, mediante el estímulo de precios justos y retributivos. Si bien ello pudiera producir una momentánea inflación parcial, el aumento de la producción que le sucede llevará luego a un justo equilibrio de precios. Este ha sido siempre el mejor camino y el más simple para enfrentar la infraproducción.

La existencia de “pools” y conferencias que limitan arbitrariamente los precios amenaza todo estímulo y obra negativamente en la producción, porque nadie puede estar interesado en un alto rendimiento productivo de materiales que económicamente no compensen el esfuerzo.

Si los negocios de las personas o de los grupos monopolistas internacionales se dedican a la obtención de beneficios financieros inmediatos y para ello imponen, mediante sus organizaciones, condiciones deprimentes, podrán lograr ventajas circunstanciales y aleatorias mediante la presión. Ellos habrán obrado sin previsión porque en los momentos decisivos, cuando los esfuerzos del país impongan una enorme necesidad de materia prima no la tendrán, por lo menos en el tiempo ni en la medida requeridos. Entonces será ya demasiado tarde para obtenerla. Allí pagarán su culpa los malos comerciantes y su país, porque el derrumbe envuelve irremisiblemente a todos.

Eliminada la concurrencia de la mitad de los países del mundo actual, las naciones occidentales se encuentran a merced de una organización que, anulando los precios económicos, ejerce una verdadera economía dirigida en el orden internacional. Ello les permite fijar los precios de venta y de compra, con lo que pueden comprar barato y vender caro; la regla más simplista pero más efectiva del comercio.

Los países productores de materia prima asisten así impotentes a su ruina progresiva. Ellos son los más azotados por la injusticia de esa “libertad” que los ahoga. Ellos son los más escarnecidos por una presión que los llena de temor y los conduce, con la mansedumbre del novillo, al matadero.

La estadística demuestra fehacientemente que gran parte de la industria estadounidense depende de los materiales estratégicos que recibe de los países latinoamericanos. El 26 % de antimonio, 76 % de bauxita, 32 % de bismuto, 14 % de cromo, 24 % de cobre, 26 % de plomo, 21 % de manganeso, 39 % de estaño, 70 % de tungsteno, 10 % de vanadio y proporciones similares de lana, cueros, berilo, cadmio, mica, cuarzo, tanino, yodina, sisal, cinc, etc., que utiliza la industria yanqui provienen de América latina. En caso de que dichos envíos se paralizaran o aun

solamente disminuyeran, la situación que se plantearía a los consorcios y a la economía yanqui tendría graves proyecciones.

Las publicaciones oficiales evidencian índices de un aumento enorme en los beneficios obtenidos en el último año por los consorcios imperialistas con las materias primas de los países americanos, sin que éstos reciban la parte que en justicia les corresponde.

Entre los años 1950 y 1951 el aumento de beneficios de los “trusts” llegó a los siguientes porcentajes: American Woolen Co. 399 %, Climax Molybdemon 117%, International Nichel Co. 113 %, National Container Corporation 113%, United States Ruber 41 %, Standard Oil Company N. J. 47 %, Weyerhauser Timber Co. 50 % y así los demás.

Esos “trusts” pagan enormes impuestos al Estado y, en consecuencia, los Estados Unidos obtienen así un nuevo beneficio a costa de los demás países y de sus obreros, que resultan víctimas de esa explotación sistemática. Son miles de millones de dólares, de los cuales una gran parte se substraee a la economía de los países latinoamericanos.

Frente a una amenaza contra el continente debe; adoptarse una conducta prudente de inteligente previsión, basada en la justicia, en la buena fe y en el esfuerzo continuado de una preparación armónica que, resolviendo los problemas del continente, sienta bases sólidas y permanentes de seguridad.

Para esa seguridad es fundamental el establecimiento de condiciones de vida justas y dignas para los pueblos, ya que es la ausencia de estas condiciones lo que; fomenta la prédica totalitaria.

El desarrollo económico y la justicia social deben considerarse factores esenciales en el concepto de la defensa integral de este hemisferio, lo que hace imprescindible armonizar las medidas que permitan, en las actúales circunstancias, capacitar económica y socialmente a la América latina para una acción eficaz en el orden internacional.

La ceguera política de los actuales gobernantes estadounidenses les impide ver estas realidades, como lo demuestra el hecho de plantear a diversos países latinoamericanos exigencias bélicas que van desde el suministro de tropas hasta los más inverosímiles sacrificios económicos, amenazando con ello el colapso total de la estructura social, económica y política de este continente, lo que se agrava aún con los casos de agresión abierta y pertinaz contra el régimen constitucional de los países que resisten a sus funestos designios.

Infortunadamente, según se ventila en estos días, los escándalos administrativos han estado y están a la orden del día entre esos gobernantes. En lo internacional no han sido ni más honrados, ni más patriotas, ni más inteligentes. Por eso creemos que el pueblo

norteamericano, sus hombres honrados y patriotas no pueden estar con los terribles procedimientos puestos en práctica y esperamos confiados en que se “hará la luz” después de esta noche larga y tenebrosa.

Abril 10 de 1952

CONFESIÓN DE PARTE

Refiérese que en Francia, en los tiempos de lucha y de “milicia cerrada” de la Revolución, abundaban en París las reuniones sociales en las que la concurrencia de los guerreros ya famosos era casi un espectáculo. Un joven general napoleónico concurría a ellas como a un acto de servicio. Intrigada una joven ante el sello puramente militar del general, se le ocurrió un día; preguntarle: — ¿Cómo hace usted el amor, mi general? -Señorita, contestó el general sin perder su gravedad, yo no hago el amor, lo compro hecho. . .

El Departamento de Estado de Norteamérica parece haber seguido el método del general: no hacer amigos sino comprarlos hechos. Contra ello reacciona Nelson Rockefeller en la Conferencia Internacional de Fomento Económico y Social cuando afirma: “Los esfuerzos que se hacen para utilizar la ayuda económica como medio de comprar amigos políticos o de contar con su cooperación militar, sólo servirán para socavar o corromper nuestras relaciones con otras naciones. Los amigos que necesita y desea Estados Unidos no pueden ser comprados hechos”.

Abril 17 de 1952

LA INDEPENDENCIA Y LOS TIEMPOS

Con el siglo XIX comienza un período en la evolución de la humanidad: etapa de formación de nacionalidades, de independencias y de reordenamientos realizados sobre los despojos de viejos imperialismos.

Las guerras napoleónicas, que convulsionan al mundo, son luchas imperialistas, de hegemonía, de equilibrio. De ellas deben nacer las nuevas formas en el Congreso de Viena.

Mientras tanto las colonias americanas no acompañan a sus metrópolis en lucha, se levantan en procura de propia independencia. La historia de un siglo americano se satura con la cruenta lucha por la libertad, y América, salvo muy tristes excepciones, es libre.

Esta dura fase de la historia de América encarna contrastes que, en el tiempo, serán decisivos en la organización continental. El “Norte” nace con nosotros, sus procedimientos son tan diferentes como distintos son los hombres y sus razas. Ellos se integran por la, conquista, la compra o el despojo. Nosotros nos desintegramos por respetar la libre determinación de los pueblos: libertamos, pero no conquistamos.

La historia de los Estados Unidos es el exterminio del indio, la conquista de Luisiana, Florida, Cuba, Texas, Nuevo México, California, Alaska, Puerto Rico, etc. Fracasa en Canadá, pero desmiembra a Colombia y asalta a Nicaragua.

Nosotros, los latinos, nos sublevamos aisladamente, luego nos ayudamos. San Martín desde Buenos Aires, Bolívar desde Tierra Firme, inician la marcha de la libertad sudamericana, para abrazarse en Guayaquil. No anexas, liberan. Luchan, no comercian. Son otros hombres y otros pueblos. Son dos mundos distintos que encarnan dos tiempos: ellos el presente, nosotros el porvenir.

El siglo XX da comienzo a otra nueva etapa de evolución acelerada de la humanidad. Europa vuelve a convulsionarse. Se desencadenan las guerras mundiales. Sucumben las economías y nuevas ideologías aparecen en el mundo. Es una lucha a muerte entre el internacionalismo y el nacionalismo. Los imperios se enervan, yerran y se desesperan; es nuevamente una lucha de imperialismos, de hegemonías, de equilibrios. De ella deben surgir las nuevas formas que llenarán otro siglo de la historia.

Como en 1800, las metrópolis desesperan por mezclar en su lucha a las colonias. En América quedan pocas colonias a la usanza política. El signo de los nuevos tiempos es la dominación económica. De esas colonias quedan muchas, casi todas.

El “Norte” es ahora uno de los imperialismos en lucha por salvarse, no por integrarse ni liberarse. Centro y Sudamérica conservan su causa, esta vez por la independencia económica.

La historia de los pueblos es la de su lucha por la libertad. En esto son insobornables e invencibles. Como en 1800, las colonias no se mezclarán en las luchas de sus metrópolis en crisis, por lo menos si antes no han conseguido su independencia.

En 1815 Europa llega al punto crítico de las decisiones. La balanza del destino histórico parece oscilar indecisa ante los ojos fijos en ella de los imperialismos.

En Latinoamérica se ha convulsionado todo. América del Norte no mira hacia el Sur como no sea para anexarse un nuevo territorio. Centro y Sudamérica parecen dominadas. La Serna en el Perú, Marcó del Pont en Chile, virreinan soberanos, dominando al Alto Perú y ocupando el norte argentino desde Vilcapugio y Ayohuma. La Banda Oriental es el baluarte de la opresión en el Río de la Plata. Paraguay desmembrado y desentendido. Brasil apartado y ocupado de sus propios problemas. Buenos Aires, cabeza de las Provincias Unidas, el único refugio de la libertad. Un pequeño foco luminoso alienta la esperanza de Bolívar en Tierra Firme. España prepara en Cádiz la “Gran Expedición” que ha de terminar la insurrección de sus colonias. ¡Parecía que todo estaba perdido! Sólo San Martín, en Mendoza, luchaba en esta parte del mundo para que no se apagara definitivamente la llama de la redención.

Los cobardes, que siempre son la parte más despreciable del pánico, pugnaban por entregarse. Para ellos San Martín era un loco, un ladrón y un ambicioso. Por eso el Director Supremo Alvear lo destituye del gobierno de Mendoza. Su solución era en cambio ofrecer esta colonia a Inglaterra por intermedio de Lord Strangford. Mendoza se amotina, no acepta al reemplazante y confirma, por decisión popular, al Libertador. Es el principio de la victoria del pueblo y San Martín sólo confía en los pueblos. Por eso cuando libera, cuando lucha, cuando gobierna sólo habla de los pueblos. Sabe que en Chile, Perú, Ecuador, Venezuela, etc., detrás de los que usurpan el poder o de los entregadores que dominan hay pueblos de patriotas que vigilan. Es que San Martín es un escrutador de la verdad de los tiempos: el pueblo.

En 1952, como hace un siglo y medio, parece que la independencia y la soberanía de Sudamérica están en duro trance. Gobiernos sojuzgados, países dominados, amenazas, presiones, pactos, etc. Pero detrás de los usurpadores y entreguistas están los pueblos luchando por una libertad que la historia no regala.

El *Plan Benson* cerca a la Argentina en la difamación y la calumnia. Las cornetas de la fama lanzan por toneladas el fruto de los dólares, impotentes para cambiar las verdades de los pueblos. Marcó del Pont parece estar de nuevo en Chile. Montevideo, como en 1815, es la sede de la reacción y habla en inglés. En Tierra Firme existe un foco luminoso que parece esperar a un Bolívar. En el norte argentino se oye ya el galope de los gauchos de Güemes y en el Alto Perú, como en los tiempos de la “Guerra de las Republicuetas”, acaba de triunfar el pueblo. Brasil, interesado en esto, se ocupa de sus cosas. En Latinoamérica los patriotas del pueblo alistan huestes. Los cobardes, como en 1815, piensan en la entrega, por intermedio de un Braden o de un Griffith, porque como entonces están pagos con dineros y prebendas de las metrópolis.

Los traidores conspiran con distintos pretextos. No confesarán su paga ni su causa, pero cuando se lucha por las grandes cosas, la marca de la infamia es indeleble para la traición.

Dice la Revista “Business Week” que la revolución boliviana ha alentado la campaña antinorteamericana en varios países, pero advierte que todo se solucionará con pagar más por el estaño boliviano y por el cobre chileno.

O estos señores están equivocados o nuestros hombres y países se han envilecido e indignificado más allá de toda previsión.

Abril 24 de 1952

INTERVENCIÓN

Una de las causas más graves de perturbación en las relaciones internacionales es la interferencia abierta o encubierta a la soberanía de los Estados o a la libre determinación de los pueblos. De uso común en los imperialismos, toma las formas políticas y económicas, con la finalidad de imponer una conducta. El camino para lograrlo consiste en obligar a un gobierno o derribarlo.

La forma de ejecución generalmente estriba en la amenaza, la presión, el soborno, la penetración, la infiltración, la agresión internacional, la agresión interna, el golpe de Estado, el crimen político, etc. Los medios de acción: organismos diplomáticos, servicios de espionaje, partidos políticos, empresas y consorcios económicos, como asimismo las organizaciones colaterales (Junta Americana de Defensa de la Democracia, Liga del Caite, etc.).

Estas formas pecaminosas de la política internacional son de actualidad. La historia de América latina es rica en episodios que recorren toda la gama de las intervenciones directas o encubiertas.

Hace pocos días el inefable Spruille Braden afirmaba en los diarios de Estados Unidos que “la revolución boliviana había sido dirigida desde bambalina por el jefe del Estado argentino, el que habría suministrado armas”. Es que “el ladrón cree a todos de su condición”, y que nos perdonen los ladrones. . .

En los últimos tiempos muchas revoluciones se han gestado en América. Afirmó el presidente Arévalo, de Guatemala, que durante su gobierno se provocaron desde el exterior más de veinte intentonas de rebelión que abortaron en su país. En el Brasil fue depuesto el presidente Vargas mediante un levantamiento que, según es público y notorio, fue dirigido por un embajador extranjero en Río, como lo expresara el mismo Vargas. En Panamá ocurrió lo propio, como se lo ha intentado en Santo Domingo y se lo intenta permanentemente en Centroamérica mediante la acción de la “Liga del Caribe” creada, dirigida y financiada desde el mismo origen.

En la República Argentina, desde el movimiento del 9 de octubre de 1945, financiado y dirigido por el embajador Spruille Braden, hasta nuestros días se conspira contra el gobierno constitucional con la financiación y dirección individualizadas como de la misma fuente, llegando a existir el *Plan Benson*, que constituye una verdadera agresión abierta contra el país.

Centro y Sud América sienten el terrible azote de la intervención de una política descarada, arbitraria y prepotente en los problemas internos de los Estados. ¿Qué tiene de raro que en estos momentos se produzca una

reacción natural de los pueblos contra esa ignominia que es a la vez un atropello y un insulto a la dignidad de los pueblos?

Es doloroso e indigno arrojar culpas imaginarias o sospechas infundadas sobre otros gobiernos para disimular los propios errores e incapacidad. Pero desgraciadamente ésa es la forma de la inmoralidad.

Cuando surge la popular candidatura de Vargas en Brasil, conjuntamente aparece la acusación gratuita que es costeadada por el presidente Perón, mientras el diario "O Mundo" publica los documentos que prueban que los oponentes de Vargas reciben dinero de la Standard Oil.

Cuando el Dr. Paz Estenssoro es elegido por la voluntad libre de su pueblo, se afirma también que es mediante el apoyo argentino, mientras una confabulación internacional, dirigida por agentes muy conocidos, produce un golpe de Estado dirigido a copar el gobierno con amanuenses que lleve a Bolivia a un fideicomiso yanqui. La reacción natural de un pueblo herido arroja a los usurpadores por las armas, y entonces dice Braden, en nombre de sus secuaces del Norte, que el gobierno argentino ha intervenido, mientras sincronizadamente entran los de Santiago y Montevideo. Si nunca nos dirigimos a los coros es porque es más prudente tratar directamente con sus amos.

Desde hace largo tiempo se impone en Chile por gravitación popular la candidatura presidencial del general Ibáñez del Campo. El oficialismo chileno lo acusa inmediatamente de ser un instrumento argentino, sin duda para justificar en algo el ser ellos instrumento de otro gobierno. Si, como es posible, el fraude o la presión impiden la ascensión de Ibáñez al gobierno y el pueblo produjera algo similar a lo de Bolivia, es indudable que llegaría el momento de cargarnos también ésa.

¿No habrá llegado el momento en que esos señores comiencen a pensar que la culpa de todo la tienen ellos?

El cable nos trae otra declaración del incomparable gordito Braden: "que la falta de sentido común del Departamento de Estado y del Gobierno ha hecho descender las relaciones con América latina al punto más bajo que él recuerda". Tiene razón, si se exceptúa cuando Braden entró en la Secretaría Auxiliar como un "elefante en un bazar", y que nos perdonen los elefantes.

La falta de sentido común es evidente, aunque es sólo sentido común lo que falta.

La dirección y conducción de la política internacional requieren también conocimientos, capacidad, honradez, que permitan proceder con sensatez y ecuanimidad. La relación entre los países y los pueblos no puede ser exaltada duraderamente mediante procedimientos inmorales. Una orientación clara y honorable da a las relaciones el grado de dignidad indispensable para no descender a los excesos deplorables que presenciamos.

Braden, como muchos otros americanos del Norte, se quejan amargamente del mal estado de sus relaciones. Los odian en Asia, Extremo y Medio Oriente y Europa, como en el resto de los continentes. Ahora es América latina. ¿No será acaso culpa de ellos?

El sentido mesiánico de los dirigentes yanquis les ha hecho tomar en serio lo de “defensores de la libertad”, pero sería del caso preguntarles quién les ha encargado esa tarea. No sea que, para “salvar al mundo libre”, tengamos que perder toda la poca libertad que nos va quedando.

En Centroamérica es conocido el caso del general Aspirina, a quien un amigo en desgracia le dijo un día: — ¿No tiene algo para el dolor de cabeza? — Cómo no, le respondió, y sacando su pistola 45 le atravesó el cráneo de un balazo. Explicaba luego: es que ese amigo no podría ya ser feliz y me sentía responsable de su felicidad. No sea que a los defensores de la libertad se les ocurra seguir métodos del general Aspirina.

Abril 30 de 1952

PACTOS BILATERALES Y AYUDA TÉCNICA

La guerra, aunque muchos no lo entiendan así, es una lidia compleja y difícil, especialmente en su preparación. Necesita tanto de los políticos como de los estrategos. En ella todo lo irracional, esporádico, unilateral o discrecional conspira contra el éxito. Por eso la preparación de una guerra impone procedimientos un tanto eclécticos, pero sobre todo basados en la razón.

Político y estratego van de la mano en la determinación de los objetivos y las formas de ejecución. Se fija así la política y su continuación, que es la guerra. Lo normal ha sido siempre: desarrollo del acercamiento de los países afectos o interesados; establecimiento de acuerdos generales y finalmente de tratados políticos; combinación de planes de conjunto y firma de acuerdos militares. Cada uno de estos actos da origen al subsiguiente y, en consecuencia, le carga también los efectos de sus aciertos, sus errores o sus imprevisiones.

Es fácil determinar estas etapas. Lo complejo y lo difícil se presenta cuando hay que realizarlas racionalmente en el tiempo y en el espacio con habilidad, acierto y perfecto sentido de la realidad.

Errores groseros en cualquiera de estas etapas pueden ser causa de graves desastres ulteriores. Por eso se dice, con razón, que la conducción tanto en lo político como en lo militar es un arte complejo, y de ejecución.

En la primera mitad del siglo XX dos guerras mundiales azotaron a la humanidad. Una tercera amenaza a la segunda mitad del siglo. De la preparación de cada una de ellas sólo hemos tenido noticias por la llegada de las presiones, las sanciones y depredaciones físicas o morales.

De la primera guerra mundial sólo supimos sus consecuencias. En la segunda, en cambio, experimentamos sus efectos: listas negras, bloqueo, exacciones, presiones y diversos actos que indicaban que éramos tratados como enemigos y, como tales, invadidos o infiltrados. Todavía nos preguntamos por qué. No mediaron acuerdos de ninguna naturaleza. Venía la orden subrepticia y detrás la amenaza. Ellos luchaban por la justicia, la libertad y el respeto a la soberanía de los pueblos libres. . .

En la preparación de la tercera guerra mundial no vamos siendo más afortunados que en las dos anteriores.

Nuestra excéntrica posición geográfica nos impulsa a un cierto aislamiento. Lo propio aconteció a Estados Unidos, con relación a Europa, hasta 1939. No es difícil entonces comprender la posición de nuestro pueblo.

Nuestra incorporación a la U.N. fue un acto puramente político de solidaridad mundial y a la O.E.A. uno de solidaridad continental. Todos

formamos parte de Occidente, pero, tratándose de una guerra mundial, es elemental acordarlo todo.

Los países que preparan la guerra se apresuraron a establecer los pactos con Europa durante la ocupación, ligando a los diversos países a distintos compromisos, mediante el pago compensatorio del Plan Marshall, adornado con actos de solidaridad entre dirigentes.

A América latina se la ligó por la Organización de Estados Americanos con compromisos generales imprecisos y aleatorios mediante el juego de las “recomendaciones”. Esto pareció suficiente al principio. En esta parte del continente no medió política alguna. El Plan Marshall fue para nosotros de depredación económica. El bloqueo, el sabotaje, la presión y la amenaza reemplazaron a los acuerdos.

En los momentos actuales se pretende reemplazar la incapacidad política, la imprevisión y los terribles errores cometidos, por los pactos bilaterales, que destruyen lo poco realizado y no crean sino nuevos problemas.

Desde que terminó la segunda guerra mundial, la República Argentina sólo fue objeto de provocaciones y ofensas. La nefasta acción del embajador Braden en Buenos Aires y su actuación como secretario auxiliar en el Departamento de Estado yanqui marcan una etapa de ignominia. Desde entonces hasta nuestros días, una política violenta y agresiva, a veces subrepticia e insidiosa, ha caracterizado esta triste etapa de la política que reemplazó a la habilidad por la prepotencia y la inmoralidad.

Una campaña sistemática se desarrolló contra la Argentina, acompañada de medidas económicas perjudiciales y aun mala fe en las tratativas directas. Un sabotaje económico-financiero organizado se ejerció sobre nuestra producción, nuestro crédito y nuestra moneda, al mismo tiempo que agentes recorrían el continente para atacar a nuestro pueblo en sus organismos sindicales. Para hacer todo más odioso se persiste en la vieja costumbre de intervenir en los asuntos internos provocando sediciones contra los gobiernos legalmente constituidos.

Hasta 1950 todo esto se realizó impunemente. A partir de ese año la Argentina comenzó a defenderse por diversos arbitrios.

Entretanto, lo político pasó a segundo plano, reemplazado por los servicios de inteligencia. Mientras la O.E.A. fue dócil y manejable se le dio importancia. Ante el primer tropiezo se la reemplazó por la reunión de cancilleres. Luego se abandonó todo por los pactos bilaterales.

Si rememoramos la historia política de todos los tiempos, difícilmente encontraremos un caso tan patente de incapacidad e ineptitud en la conducción de la política internacional.

Teniendo todo en la mano, lo han desbaratado todo en la forma más inconcebible. Una incongruencia absoluta demuestra que nada se ha planificado. En vez de conducir han sido juguete de los acontecimientos.

Más se ha entorpecido la marcha que facilitado el libre juego de los factores favorables. Pareciera, como dijo Mac Arthur, que los comunistas hubieran manejado todo esto.

Y cuando, a causa de una terrible inmoralidad o una absoluta insensatez, los hechos se presentan desfavorables, se busca la solución de un desastre con otro desastre mayor: el caso de los pactos bilaterales.

Si en estos pactos se busca poner unos países contra otros, provocando rivalidades internacionales, se equivocan. Nosotros sabemos cuál es el enemigo común y, si algún gobernante insensato entra en la trampa, estamos persuadidos que su pueblo no lo seguirá en la aventura. ¡Los demás, estamos en claro, no entraremos!...

Si los pactos bilaterales son instrumentos de dominación y subordinación de países a una ley extranjera, la ayuda técnica no es sino una infiltración destinada a lo mismo.

Ya describimos, en lo esencial, la Ley de Ayuda Militar, Económica y Técnica de 1951. Los países signatarios de tratados de ayuda quedan sujetos a sus prescripciones (envíos de tropas, entrega de producción, etc.) y ligados a todos los compromisos que los Estados Unidos contraigan en el futuro.

La ayuda técnica es de otro carácter. Empieza por serlo a través de la U.N. por personal yanqui a contrato que paga en dólares el país ayudado. Algo así como un fideicomiso pago.

Si miramos la actual situación interna e internacional de los Estados Unidos, reflejando una absoluta incapacidad e ineptitud en el gobierno y una total desorganización en lo administrativo, su tremendo grado de descomposición y deshonestidad, su impotencia para gobernar, las huelgas, los pleitos entre los poderes, el desprestigio del Presidente y de los funcionarios; si a ello agregamos el desbarajuste permanente de su economía; los déficit fabulosos; la preparación de guerra, realizada en forma que amenaza con la ruina al país sin alcanzar un grado aceptable y los desastres que escalonan la marcha de su política internacional, se nos ocurre preguntar: ¿por qué Estados Unidos no gestiona en la U.N. la ayuda técnica?

Mayo 8 de 1952

DOCTRINAS NACIONALES

Los pueblos con libre determinación poseen estilo de vida, aspiraciones, propósitos y fines propios. De ese libre juego nace espontáneamente una *doctrina nacional* que conforma el espíritu de la nación. Cuando hablamos de una nación libre y soberana pensamos en un país con designios y objetivos, como asimismo educado, instruido y conducido con sus propósitos y hacia sus fines.

Las colonias poseen la doctrina de sus metrópolis, porque el imperialismo tiene también una doctrina, sólo que inconfesable.

Un país sin doctrina nacional lleva hacia un pueblo sin alma. Es el camino que conduce de la libertad a la servidumbre.

En la doctrina nacional tienen su origen y forma lo político, lo económico, lo social y la doctrina de guerra de un país, y es, a la vez, la reunión de todas éstas lo que conforma a la primera.

El panorama actual del mundo es la consecuencia de una lucha despiadada entre la doctrina marxista y la capitalista, encarnadas en dos imperialismos antagónicos en busca de su aniquilamiento.

El trabajo colateral consiste, por ambos bandos, en la tarea de sumar países que, con doctrina propia o sin ella, permanezcan aún fuera de las “cortinas” establecidas. La forma de ejecución es la dictadura política o económica. Los pretextos, la defensa del proletariado o de la democracia, de la libertad y de la justicia, aunque, en realidad, ninguna de estas cosas interesa a los sectores en lucha por la supremacía.

En resumen, dos doctrinas crudamente materialistas en busca de una decisión, no de una solución. Por eso todo se confía a la fuerza, no a la razón. Detrás, el coro de los fariseos.

La fuerza y la violencia sólo procurarán decisiones a lo Pirro. Lo permanente sólo vendrá con la verdadera justicia y la verdadera libertad. El camino para lograrlas no puede ser el de la destrucción, la miseria y el odio. Todos los pueblos lo entienden así, pero no todos los gobiernos.

El conformar una propia doctrina nacional, en el mundo contemporáneo, tiene mayor importancia de lo que algunos suponen. Nada menos que decidirse por la propia verdad en vez de apoyar la mentira ajena; y buscar las propias soluciones, no sumándose discrecionalmente a una decisión en una lucha materialista, vacía de valores permanentes.

No han de ser los déspotas ni los dominadores quienes puedan juzgar, porque sólo los tiempos y la historia tienen el privilegio de escrutar la verdad en la razón y no en los intereses.

En la actualidad juzgan también los pueblos. Eso es lo que cuenta en el presente, y todos sabemos cuál es su juicio.

Las soluciones actuales giran sobre lo mismo: la conquista de la justicia para los hombres y la libertad para los pueblos. El camino es uno solo: que cada país elabore y ejecute la propia forma de alcanzarlas. Para ello es menester suprimir el colonialismo, que es la servidumbre de los pueblos, y la explotación que es la causa de la moderna esclavitud de los hombres.

El triunfo de uno de los imperialismos sólo asegura su impunidad. Doctrinas nacionales inspiradas en los designios de los propios pueblos serán el fin de los imperialismos y el comienzo de toda solución. La “doctrina peronista” es el pueblo y la Nación Argentina en busca de esa solución.

La “doctrina justicialista”, como también se llama al “peronismo”, es nueva y es auténtica. Es una creación del pueblo argentino, positiva y auténticamente nacional. Los hombres sin pueblo no *hacen* doctrina, porque la doctrina ha de inculcarse, practicarse y triunfar en las masas populares, o no pasará de palabras.

El publicista cubano Isidoro Virgilio Merino dice que tienen razón quienes pretenden desconocer la originalidad de la doctrina justicialista, y agrega: “Reconocemos que antes que Perón se escuchó a un hombre predicar el justicialismo, y consideramos que Perón se siente satisfecho de ese excelso precursor, que fue nada menos que Jesús de Nazaret. Bienaventurado el hombre que ha sabido organizar hasta convertir en realidad, directamente en su pueblo y por derivación en todo el mundo, la doctrina del más justo de los hombres. A ningún mortal le es dado llegar a la dimensión de Cristo, pero alta gloria es merecer el título de buen discípulo del Maestro”. Y concluye diciendo: “Nada lograrán que amengüe al justicialismo los que lo juzgan una vieja doctrina, porque, en realidad, como aspiración espontánea hacia el bien, es tan viejo como el hombre, y como cuerpo de doctrina es tan antiguo como los Evangelios. Nada supera al Nuevo Testamento; pero, entre todas las doctrinas políticosociales, sólo el justicialismo le guarda absoluta fidelidad”.

Uno de nuestros mejores comentaristas de la doctrina peronista, el Dr. D. Raúl Mende, en su libro “Doctrina Peronista del Estado”, decía ya en 1947: “Los odres son viejos. El vino es nuevo, pero tiene aroma y sabor añejos. Esta doctrina peronista es vino nuevo. Los odres — sentido cristiano, *auténtico sentido cristiano*, y por lo tanto social, y por lo tanto humanista — son viejos como el Cristianismo, que infunde su aroma y su sabor a la nueva concepción peronista”.

De nuestro pueblo cristiano nació una doctrina humanista, en la lucha milenaria por la defensa de los hombres, combatidos y esclavizados muchas veces en el propio nombre de Cristo.

Lo sublime de las virtudes no es precisamente su enunciado, sino su práctica, como también lo excelso de las concepciones no reside sino en su realización.

Pero, si nuestra doctrina ha trascendido al mundo, si se la teme y la combate, no es por nueva ni por vieja, ni siquiera por cristiana ni humanista. Es precisamente porque se ejecuta y resuelve un problema que los imperialismos no desean resolver.

Mayo 15 de 1952

EL MATERIAL HUMANO Y LA GUERRA

La historia de la guerra demuestra una evolución constante en sus elementos de lucha, destinada al aumento del poder ofensivo y defensivo, como a suplantar el elemento humano por las armas y los materiales. Sin embargo, lo único indudable es que, en la guerra, el hombre sigue siendo el factor fundamental de la lucha. Todo lo demás es auxiliar.

Por eso la capacitación del personal y su movilización son factores decisivos en lo cualitativo y en lo cuantitativo para el desarrollo de las operaciones militares. Las reservas humanas son las mejores reservas, porque son las que luchan y producen los medios para luchar. Aun cuando las acciones estratégicas de la aviación moderna puedan debilitar el poder ofensivo y combativo de una nación, siempre serán necesarias las masas de tropas para ocupar y decidir la guerra. La aviación aun puede neutralizarse con otra aviación, sólo los ejércitos deciden en último análisis.

De los cuatro elementos de la acción militar: fuerzas, tiempo, espacio y terreno, el hombre es el que prepondera y da valor a los otros. Su consideración es así lo fundamental.

En los momentos actuales la desventaja occidental es numéricamente evidente dado que, considerando las áreas tomadas, no cuenta ni con la tercera parte de la fuerza humana de sus adversarios, con el inconveniente de su enorme dispersión y la heterogeneidad absoluta de sus grupos, factor que ya gravitó negativamente en las dos conflagraciones anteriores, prolongando inconvenientemente dos guerras en las cuales los aliados actuaban con abrumadora superioridad numérica.

Esto sólo puede neutralizarse mediante una buena preparación que aún no vemos en la dirección de la política y de la guerra actuales. Más bien se observan procedimientos extorsivos y violentos que dispersan y repelen, que procederes destinados a unir y aglutinar los pueblos afectos.

No creemos que a Occidente le puedan faltar armas ni materiales para una guerra, pero toda la ventaja que ello presupone puede ser neutralizada y aun superada en el caso de insuficientes reservas de material humano, que en una guerra larga, de exterminio y en lejanos y difíciles teatros de operaciones, puede ser decisivo.

Pensamos que Rusia no atacará. Ella tiene la experiencia de su historia. Si lo hace, será sólo con objetivos limitados. Ella tratará de llevar a sus enemigos hacia una decisión en Rusia, como lo hizo con Napoleón y con Hitler, segura de que allí todo le será favorable.

Una ofensiva hacia Rusia tiene tres direcciones: desde el Oeste a través de Europa, desde América a través del Ártico y desde Extremo Oriente a través China.

Desde Europa sabemos lo que fue en 1813 y 1944. Ningún profesional creemos que lo intentará de nuevo.

Desde América, a través del Ártico, una guerra a Rusia en busca de una decisión, es todavía una empresa de Julio Verne.

Desde Extremo Oriente a través de China es un esfuerzo superior a todos los medios que aún hoy pueden ponerse en ejecución. Basta mirar el mapa: miles de kilómetros de líneas de comunicaciones marítimas y terrestres para llegar, a través de la conquista de países enemigos, a la frontera rusa del Baikal, desértica y de condiciones climatéricas desfavorables.

Los occidentales deberán persuadirse de que, si desean una decisión, deberán ir a buscar más allá de Moscú y con ejércitos que, a pesar de un enorme desgaste producido por la lucha, el clima y el teatro de operaciones, lleguen con el suficiente poder ofensivo para tentar el aniquilamiento ruso en su propio medio y centro de poder.

Las reservas humanas y de materiales que esto impondrá van más allá de cuanto se ha imaginado en una guerra hasta nuestros días.

Frente a esta necesidad de guerra, se observa en el Oeste muy poca predisposición al esfuerzo humano. Los países no están preparados para ese esfuerzo y los pueblos no se sienten impulsados a realizarlo.

Estados Unidos, según todo lo hace ver, ha decidido ya realizar la guerra. Su programa armamentista no le ofrece otra disyuntiva: o la guerra o la ruina. En estas decisiones no hay retorno. Pero, aún dentro de esa resolución, desea que todos los países occidentales realicen el gran esfuerzo financiero y humano, en tanto ellos les proveen las armas y los materiales. Así solamente podrá salvar su economía, su población y su imperio. Lo contrario sería una victoria a lo Pirro.

Los países occidentales apoyan a Estados Unidos contra el enemigo común, el comunismo, pero también anhelan salvar sus economías y sus pueblos.

Latinoamérica, ante los insistentes pedidos de tropa y amenazas de compromisos de proveerlas para la futura guerra, piensa que no es lógico que sean nuestros países infrapoblados los que movilicen su escasa población para defender las fronteras de los países superpoblados.

Frente a las enormes exigencias de material humano que la tercera guerra impondrá, nosotros nos preguntamos: ¿a quién corresponde proveerlas?

El esfuerzo y el sacrificio de la guerra corresponden al que sacará provecho o, en caso de no haberlo, al que evitará el mal mayor.

Desde la segunda guerra, Estados Unidos ha tomado la dirección política del mundo. Extendiendo su dominio económico, ha obligado a Occidente a seguir su orientación y a obedecer sus órdenes. Si alguna nación no se ha inclinado con docilidad a ello le ha aplicado enérgicas represalias, llegando

hasta la intervención en sus asuntos internos para imponer su voluntad. Ella ha impuesto al mundo occidental sus propios objetivos. Es el país superindustrializado, el que tiene todo el oro del mundo, la mayor población y los mayores medios. Es natural entonces que sean los Estados Unidos de Norteamérica quienes realicen el esfuerzo principal de la guerra, que, en este caso, serán las fuerzas de operaciones destinadas a imponer la decisión. Si espera que otros lo hagan en su nombre, estará irremisiblemente perdido.

Los países europeos cooperarán en la medida de su defensa directa, como asimismo los americanos en la defensa continental.

Cuando se tiene el dominio y el mando se carga también con la responsabilidad y el esfuerzo; todo es cuestión de sentirse a la altura de ello.

Mayo 22 de 1952

POLÍTICA Y DIPLOMACIA PLUTOCRÁTICAS

Uno de los más graves errores de la política alemana posterior a la actuación de Bismarck fue apreciar que la enorme superioridad en la calidad de sus medios podía compensar al número de sus enemigos. Las dos guerras mundiales demostraron el error de su diplomacia, llevándola a una lucha contra el mundo.

En la planificación de la guerra los cálculos deben ser muy previsores. Para su largo e intenso esfuerzo todo es poco. La política básica ha de ser la de contar con el mayor número de países que se incorporen al esfuerzo. La medida de lograrlo está en razón directa con la calidad de la política que se sigue, el acierto de la diplomacia que lo realiza y el alcance del empeño que se dispone para conseguirlo.

En este campo nadie logró nunca buenos aliados a la fuerza, ni cooperación por la prepotencia o la presión. Es sólo la sinceridad de la política y la habilidad de la diplomacia lo que puede sumar trabajo útil. Los procedimientos violentos, recurso común de los fuertes, son siempre factor negativo y de debilidad en el conjunto.

Los pueblos juegan un importante papel en el esfuerzo y es a ellos que hay que dirigir la mirada en la guerra. Los gobiernos impopulares de las oligarquías, resistidas por el pueblo, poco cuentan frente a la muerte.

La política y la diplomacia occidentales no están a la altura de su difícil misión. Tal vez el singular poder del imperialismo dominante sea su peor enemigo. Ha movido el brazo, no la inteligencia. Ha utilizado la potencia, no la habilidad.

Comenzó por destruir y perder a Alemania por incapacidad, imprevisión y falta de grandeza en la victoria. Perdió también algunas regiones, hoy detrás de la “cortina de hierro”, por haberse desentendido, egoísta, del problema de los pueblos. Así también perdió a China, abandonándola exánime en brazos de Moscú, cuando poco costaba conservarla. Con ello perdió todo el territorio continental asiático, que, contrario o indiferente, se inclina a la realidad creada, frente a la inexistencia de una causa real. Defendiendo el dominio sólo por el dominio o los intereses por los intereses, no se construye nada permanente en el mundo. Cuando no hay ideales ni objetivos se actúa sin principios. Es precisamente esta falta de principios la causa del fracaso político.

La inhabilidad de esta política tambaleante y materialista llevó también al caos al Medio Oriente y a la indiferencia a la India. Creó un sentido, más no un sentimiento en Europa y mantuvo en suspenso al mundo por el dólar, pero no por la causa anticomunista.

Latinoamérica, ligada inicialmente por un pacto multilateral para la defensa común del continente, no ha presenciado después nada mejor. Tras vejaciones, engaños, presiones y la intervención desembozada u oculta en los asuntos internos, han seguido las sanciones, bloqueos, sabotajes, escamoteos de precios y pagos, cuando no hurtos monetarios y discriminaciones, terminando con los famosos y resistidos pactos bilaterales destinados a arrojar entre nuestros países la “manzana de la discordia” para que la disputemos nosotros.

Como se acusa la agresión económica o política de la plutocracia financiera en Gran Bretaña, Suiza, Bélgica, Holanda, Alemania, Irán, Egipto, Australia, Sud África, Canadá, etcétera, se levantan voces airadas en la Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Guatemala, etcétera, con el mismo motivo e igual fundamento. Es que los objetivos, los métodos y las formas de la política actual distan mucho de ser acertados y adecuados a los fines de la unidad y la cooperación.

Las victorias se construyen, como también suelen prepararse las derrotas.

Frente al peligro comunista, no existe la posibilidad de crear enemigos entre los países occidentales a pesar de la cruel política y pésima diplomacia plutocrática. Ello no implica que no se estén fabricando indiferentes, que son casi la mitad de un enemigo.

Las plutocracias como las oligarquías, acostumbradas a infravalorar políticamente al pueblo, han caído siempre en el error de hacerlo también así en la guerra, olvidando que ésta es el pueblo quien la realiza.

Por eso, inspiradas en los intereses materiales capitalizados por la oligarquía plutocrática, han olvidado también que el pueblo tiene una causa por la que vive y por la que lucha. Abstraídos por el interés, han abandonado la causa de los pueblos. No pasará mucho sin que ellos también sean abandonados por los pueblos. Los “gobiernos dóciles” y las “oligarquías obedientes” no harán la guerra.

La historia del mundo a través de Alejandro, Julio César, Federico o Napoleón, demuestra que la victoria es de los que saben levantar al pueblo y conducirlo. La actual política y la actual diplomacia están demostrando una absoluta incapacidad para hacerlo. Es que su causa no es la de los pueblos.

El imperialismo, el capitalismo, la plutocracia, no son hoy causas que entusiasmen a los hombres ni a los pueblos. El engaño en nombre de la democracia, la libertad y la justicia ya no surte el efecto de antes que posibilitó enastar en él la bandera de las reivindicaciones que no se alcanzaron ni aun sobre los millones de muertos de dos guerras hechas en su holocausto.

Lo que le falta al mundo occidental es una causa. Los hombres y los pueblos no luchan sin ella. Comprenderlo es crear una mística para la razón de morir. Sin ello faltará la decisión, el valor y el entusiasmo para luchar. Esto no pueden comprenderlo los que negocian con la guerra, para quienes los valores morales están ausentes en la lucha.

El mundo se ha comunizado al impulso de los abusos capitalistas. La plutocracia desea enrolar a los pueblos en la defensa de esos abusos. Cuando los pueblos se resisten recurre a la violencia, a la astucia y al engaño. ¡Cuánto más le hubiera valido crear la causa sincera y leal de la defensa de los pueblos, de su justicia y de su libertad!; quizá hoy estuviéramos todos unidos y decididos a morir por ella.

El justicialismo encarna esa causa. Pero la ciega plutocracia lo combate con más saña que al propio comunismo. Será que Dios ciega a los que quiere perder. . . Ellos no son capaces de sacrificar nada, por eso son los candidatos a perderlo todo.

Mayo 29 de 1952

LA OPOSICIÓN AL COMUNISMO

El “New York Times”, frente a la represión policial francesa contra el partido comunista, afirma que la violencia no conducirá a nada y que el camino está en “CREAR UN AMBIENTE DE JUSTICIA SOCIAL, DONDE EL COMUNISMO DESAPARECERÁ NATURALMENTE, POR NO ENCONTRAR TERRENO PARA DESARROLLARSE”.

¡En Estados Unidos comienza a ocurrir algo, pero no es todo lo que debía ocurrir! Este órgano del capitalismo plutocrático, con esa ingenuidad propia de superficie, es de los que creen que con un poco de justicia social se destruirá la doctrina marxista, y pretende anular así el predominio rojo para mantener y extender los privilegios y los abusos actuales. Olvida que las causas están en los métodos del imperialismo capitalista y que su consecuencia es el comunismo.

El imperialismo soviético, el comunismo, el capitalismo y el imperialismo plutocrático son los males del mundo actual. El comunismo es un problema en todos los pueblos, como el capitalismo. La U. R. S. S. es un imperialismo que sólo interesa al otro imperialismo. Si Estados Unidos desea ser capitalista, y Rusia comunista, que lo sean. Si el capitalismo o el comunismo intentan penetrar nuestros países, somos nosotros quienes debemos evitarlo. Para eso necesitamos una doctrina mejor, que implique una reforma substancial del régimen colonial capitalista, para no caer en sus efectos: el comunismo.

Ello es lo que impone el justicialismo, o sea la justicia social en los pueblos, la independencia económica y la soberanía política en las naciones.

Compartimos la oposición al comunismo, pero no al precio de una guerra que puede acelerar su advenimiento. Al hombre conviene más persuadirlo que obligarlo. La fuerza es débil aquí, sólo la razón alcanzará soluciones definitivas. El mundo occidental debe percatarse de que puede aniquilar al marxismo con la mitad de lo que gasta en exacerbarlo si demuestra que también es capaz de extirpar sus propios males.

Ningún pueblo acepta la guerra. Todos anhelan un proceso justicialista que los libere de las inequidades del comunismo o del capitalismo. Son los dirigentes los que se empeñan en la lucha por intereses que no son los de los pueblos.

Hace muchos años que venimos sosteniendo y realizando la justicia social. Los Estados Unidos y el “New York Times” han sido los más enconados enemigos de nuestras ideas y de nuestro país. Nosotros servimos al pueblo. Ellos, a los dirigentes del imperialismo plutocrático. Si el “New York Times”, en lo nacional, descarta la violencia y cree que la justicia social es el método para Francia, ¿por qué, en lo mundial, descarta la

justicia para confiar la solución a la violencia? ¡Es que una cosa es predicar la virtud y otra ser virtuoso!

Junio 5 de 1952

EL UNILATERALISMO TÉCNICO

En el mundo hay hombres y sistemas a quienes el tecnicismo y sus modernas modalidades han llevado a la especialización unilateral o sea a los conocimientos fragmentarios que no se apoyan en una cultura general.

El unilateralismo técnico o el tecnicismo unilateral no tienen cabida en la conducción. Ésta en todas sus fases tiene exigencias originales. Una de ellas — quizá la fundamental — es la universalidad de sus problemas.

Por eso los conductores no se hacen por decreto ni pueden improvisarse entre los “buenos técnicos”. Una cosa es dirigir, mandar o gobernar y otra cosa es conducir. Por eso también es inútil disponer de grandes organismos técnicos si falta el conductor. Un incapaz al frente es capaz de destruir todas las técnicas. Por eso, entre todas las clases de incapacidad, la más peligrosa es la del conductor.

El mismo día — 7 de junio — los diarios publicaron las declaraciones de los tres probables “dueños” futuros del porvenir humano.

Según Truman: “jugar con el hacha de la economía en materia de seguridad nacional, en momentos en que tanto los EE. UU. como el resto del mundo libre están todavía amenazados por la Rusia Soviética, es un gran peligro”.

Según Taft: “la formación de una inmensa fuerza aérea encierra la solución del problema defensivo de EE. UU. y ahorraría miles de millones de dólares en los presupuestos militares”.

Según Ike: “iría a cualquier parte del mundo para reunirme con Stalin si estuviese seguro que de esa conferencia surgiría la paz y la seguridad del mundo”.

Los conductores del “mundo libre” intuyen tres direcciones: una económica, una militar y otra política. Lo malo es que ninguno de los tres tiene razón, aun cuando entre los tres la tengan en parte.

Nada hay más peligroso que las soluciones fragmentarias y unilaterales. El problema del mundo actual ha de resolverse en lo político, en lo social, en lo económico y en lo militar.

Sería tal vez necesario reunir a Truman, Ike y Taft para un plan “TRES EN UNO” y, como nadie — según parece — se acuerda allí de lo social, añadir a la mezcla un poco de “doctrina peronista”.

El afán de encontrar soluciones parciales lleva siempre a resultados parciales como el de Corea. La indecisión y la incongruencia engendran el caos, del cual no se sale fácilmente.

Muchos se preguntan hoy: “¿Qué pasa en Corea?” En el primero de estos artículos lo dijimos nosotros en 1950. Lo que no se hizo hace cinco o seis años con pocos dólares y bajas chinas, debe realizarse ahora con muchos dólares y bajas norteamericanas, sin entrever una decisión, porque se actúa

en una situación política falsa en la que los éxitos tácticos y estratégicos quedan anulados. La guerra de Corea, hasta el presente, no es una operación en serio. Para serlo requeriría un objetivo que posibilitara una decisión, y tal objetivo no existe. Así mismo lo dijo el propio general Omar Bradley: “UNA GUERRA DESACERTADA, EN UN LUGAR INAPROPIADO Y EN UN MOMENTO INOPORTUNO”.

Gran Bretaña está preocupada por lo que llama “el lío de Corea” y manda su ministro Alexander a Corea para enterarse de la situación. Nosotros nos animaríamos a profetizar a nuestros amigos ingleses que esa situación irá de mal en peor cada día y que sólo podrá solucionarse el día que la tercera guerra mundial esté en ejecución militar y cuando Corea no tenga ya ninguna importancia. Hasta entonces será un simple caso de “hemorragia”.

Junio 12 de 1952

LAS IDEOLOGÍAS MODERNAS

En las últimas luchas del mundo, la política internacional, la guerra y las ideologías han seguido los mismos caminos.

Hasta 1914, cuando el capitalismo era una forma de dominio casi universal, se enfrentaron el Imperio Británico y el naciente Imperio Alemán, con dos ideologías similares. La primera guerra mundial consolidó al primero y destruyó al segundo, dando nacimiento al comunismo y al nacionalsocialismo, nuevas formas de un mismo problema.

En 1939 el choque debió ser entre estos totalitarismos revolucionarios de Europa (comunismo y nacionalsocialismo), lo que se evitó con la intervención del imperialismo plutocrático anglosajón vencedor en la primera guerra, que representaba la tercera ideología.

Después de la segunda guerra mundial, desaparecido el nacionalsocialismo, quedaron frente a frente, para decidir supervivencias, dos ideologías neototalitarias: el comunismo soviético y el capitalismo plutocrático, que en lo político internacional se traducen en dos imperialismos, uno político detrás de la “cortina de hierro”, otro económico detrás de la “cortina del dólar”.

Los imperialismos no son sino totalitarismos en acción. La negación democrática está más en los hechos imperiales que en los totalitarismos ideológicos.

Los que no estamos con los imperialismos dominantes ni los totalitarismos ideológicos formamos hoy una tercera ideología que nosotros llamamos “Justicialismo”.

En las cuestiones ideológicas los pueblos cuentan más que los gobiernos porque éstos se sojuzgan, pero los pueblos no.

Los justicialistas pensamos en la “hora de los pueblos”, porque las ideologías modernas de la humanidad evolucionan hacia las formas populares.

La política internacional rusa crea una comunidad de estados soviéticos detrás de su “cortina”. En el “mundo libre” la presión económica encadena estados a la comunidad del dólar. Pero los pueblos velan por su libertad y su soberanía. Por eso hay muchas sorpresas en germen en la evolución del alma de los pueblos.

No hay país en la tierra dentro del cual no se libre hoy una “batalla fría” entre el comunismo y el capitalismo. Pero tampoco hay pueblo en el mundo dentro del cual no esté latente, en una inmensa proporción de personas, la convicción de que ambos desaparecerán para dar paso a una tercera posición ideológica. Todos ellos trabajan sin cesar por el justicialismo.

No sabemos si la irrupción de la fuerza permitirá imponerla antes que la guerra estalle, pero, con guerra o sin ella, es la ideología del porvenir.

Ignoramos cómo se manifiesta esta tercera posición en el mundo oriental. Sabemos que existe y que lucha espontánea y permanentemente. Conocemos también cómo se la combate.

En el mundo occidental la vemos presente en todas partes donde asoma la soberanía popular. Es la posición de todos los aislados, porque es la única posición espontánea. Se manifiesta en forma de neutralidad en la India, Afganistán, Irán y los EE. UU. Indonesios; pasivamente, en los nórdicos, Benelux, Japón, Alemania y Europa Central; abiertamente, en el Medio Oriente; por alejamiento, en Australia, Canadá, Islandia, etc.; por abandono, en África; y en América latina por el despertar de los pueblos a la justicia, la libertad y la soberanía.

Las formas de anuncio son políticas cuando la elección de los gobiernos recae en hombres justicialistas, económicas cuando se habla de atún, cobre, estaño, café, lana, petróleo, frutas, etc.

La política internacional trabaja, pero por caminos equivocados. La persecución, la insidia, la calumnia y la propaganda falaz y desmedida cavan abismos de separación en vez de suturar las grietas. Todo un sistema cuidadosamente creado amenaza derrumbarse bajo los golpes insensatos de la incapacidad y la incompreensión. Los “servicios” persiguen, intrigan, incendian. La diplomacia impotente cede a las formas audaces de la ineptitud para conservar la soberbia de su ignorancia. La pasión reemplaza a la prudencia, el impulso suplanta al razonamiento y la lengua marcha más aprisa que el pensamiento. Entretanto, los políticos desatentados ceden sus decisiones a los belicistas y todo se confía a la fuerza. La inteligencia ausente, desaparecida la habilidad, se acerca el caos. ¡Sólo los pueblos salvarán a los pueblos!; los hombres han resultado demasiado pequeños o despreciables para hacerlo. . .

En esta lucha inconsulta, dirigida y realizada por irresponsables, se reemplaza la buena fe internacional por la insidia, la intriga y la simulación. Detrás de gente subalterna actúan las ideologías ya, en gran parte, inconfesables. En nuestros países operan fuerzas extrañas a nuestras tendencias e intereses, ocupadas en disociar y enfrentar, amenazando el equilibrio y la solidaridad. Los dos imperialismos trabajan en ello. Se trata de incendiar. Así nadie pretenda escapar del incendio. Se sirven de individuos alquilados, mediante dinero o promesas, que desde los altos cargos sirven al mal con una irresponsabilidad incomprensible.

Ayer fueron los discursos temerarios de un mandatario en difícil trance político, hoy las declaraciones de un ministro o funcionario, mañana pequeñas cuestiones de fronteras magnificadas. Todo obedece a un plan de perturbación dirigido a quebrantar la unidad y el equilibrio, asentado sobre la novedad de pactos bilaterales dirigidos a despertar suspicacias y ambiciones.

Así teje y desteje la política al servicio de ideologías superadas, en un esfuerzo tan grande como inocuo por subsistir. La suerte, sin embargo, está echada. El tiempo decidirá, y el tiempo trabaja en contra de ellos.

Junio 19 de 1952

MÓVILES INCONFESABLES

Una de las circunstancias que más halagaban a los griegos era que sus causas fueran justas y sus objetivos confesables. Afirmaban que el pueblo sólo sigue banderas limpias, se afana por las causas nobles y está pronto al sacrificio patriótico.

Desde los tiempos áticos se han consumado muchas luchas e innumerables han sido las causas justas o injustas que las han producido o provocado.

En los tiempos actuales las causas no son ciertamente claras, aun cuando el hombre moderno sabe disfrazarlas con la careta de la justicia.

Pero una enseñanza se desprende de los tiempos y de los hechos: las causas injustas no resisten al tiempo. Los hombres egoístas y mentirosos, han medido la Historia por lo que viven y se ilusionan con las decisiones momentáneas, olvidando las soluciones permanentes. Por eso el mundo vive a los tumbos, de catástrofe en catástrofe.

A pesar de todo, en la historia de la humanidad, una hipocresía tal y una impudicia semejante a las actuales nunca han precedido a las acciones del hombre. Se sostienen intereses y doctrinas inconfesables. Se defiende ocultamente el mal con la simulación de un bien que no sentimos.

Los conductores políticos y militares enfrentan las consecuencias de arrastrar pueblos hacia móviles inconfesables y para un conductor nada hay más difícil y peligroso que dirigir multitudes organizadas, sea en la paz o en la guerra, sobre objetivos imprecisos, inconfesables o múltiples. El que conduce necesita un objetivo claro, preciso y único. Toda dualidad de objetivos se traduce en dispersión de esfuerzos y lleva a la falta de unidad en la concepción y en la acción.

Cuando es menester disfrazar el verdadero objetivo y engañar al pueblo para conducirlo, la conducción implica una tarea difícil y compleja que dificulta toda ejecución. En lo político y en lo militar lo objetivo es la regla y sólo lo simple promete éxito.

Una política con fines inconfesables lleva a una acción simulada o encubierta. Tal acción política prepara una acción militar confusa e indecisa. Sólo los objetivos claros presuponen acciones claras.

En las actuales circunstancias, dos corrientes antagónicas separan a los pueblos. Sus objetivos son conocidos en el mundo entero. Los pretextos invocados disfrazan los móviles verdaderos simulando causas que no existen.

El imperialismo comunista lucha por el dominio político del mundo, mediante la imposición de un sistema de vida antagónico del capitalista. El imperialismo plutocrático lo enfrenta con el designio de dominar al mundo económicamente por el mantenimiento de su actual situación de

explotación interna e internacional, prolongando el “status” colonial existente.

Sin embargo, ninguno confiesa sus verdaderos móviles. El comunismo prefiere decir que lucha por la “democracia popular” basada en la “dictadura del proletariado” hacia el colectivismo de estado. Su fin sería la liberación de la humanidad. El capitalismo afirma asimismo luchar por la justicia, la libertad y la democracia en lo que considera el “mundo libre”.

En otras palabras: ambos simulan luchar por lo mismo, cuando sus objetivos son de dominio y explotación materialista disimulados detrás de declamatorios idealismos en favor de una humanidad que no cree en lo que ellos prometen.

Como consecuencia del engaño inicial todo el panorama de la lucha se influencia en ello. Aquí, como siempre sucede, la primera mentira encadena las demás que la justifiquen. Por eso es mentira lo de “naciones unidas”, lo de países libres, lo de las cuatro libertades, lo de la carta del Atlántico, lo de reconstrucción y fomento, como lo es también la defensa de Corea, lo del desarme, lo del respeto de las autonomías y la libre determinación de los pueblos, la “buena vecindad”, la solidaridad continental, la ayuda a los países poco desarrollados, etc.

El mundo actual es un caos, porque de la simulación no pueden esperarse situaciones claras sino estados irreales y confusos.

Por eso, mientras los comunistas hablan de libertad y de respeto a los pueblos, los infiltran con sus agentes y “quintas columnas” desde el Komintern o el Kominform. Mientras hablan de la necesidad de elevar el nivel de vida de los trabajadores, anhelan su miseria, su hambre y su explotación como lo único que puede hacer triunfar su tesis. Mientras realizan congresos por la paz se arman hasta los dientes. Por su parte, el capitalismo habla de la libertad y de la libre determinación de los pueblos mientras se anexa a Puerto Rico. Exalta la autonomía de los países e interviene en cuanto país existe con sus agentes de F. B. I., de sus embajadas, de sus empresas, de sus “cipayos”, etc. Promete ayuda y exprime las economías mediante la más terrible presión e imposición. Habla de la libertad de prensa y encadena la publicidad del mundo mediante la corrupción de su dinero y el monopolio del papel. Defiende la libre empresa y con sus “cartels”, monopolios y conferencias instaaura en el mundo la economía internacional dirigida.

Es indudable que vivimos en el mundo de la ficción y del engaño. El remedio es no dejarse engañar.

Frente a un tal estado de simulación y engaño, las consecuencias en los hombres y en los pueblos no pueden ser otras que el asombro, el descreimiento y la desilusión. Por eso la decisión por la lucha disminuye y nadie desea pelear. Los generales y los almirantes tejen sus planes por

imposición profesional y deber propio, aunque tampoco están muy persuadidos de la necesidad y la conveniencia de ejecutarlos. Los pueblos son “invitados de piedra” en este festín de ruina y sangre que se prepara. Morir por una causa justa es de los hombres y de los pueblos. Luchar por mentiras no ha sido nunca una cosa inteligente en la Historia.

El estado anímico de la humanidad es la consecuencia lógica de tal estado de cosas. Para preparar una guerra es menester que los pueblos y los hombres quieran pelear. Los pueblos luchan cuando disponen de una causa justa en su defensa. Cuando ello no concurre, todo cuanto se haga será aleatorio y efímero. Una “guerra impopular” será siempre un azote aun para el vencedor. El caso presente es peculiar. Se prepara la guerra no para luchar sino para imponer la paz. ¡Esta es una mentira más!

Llevamos casi cuarenta años de guerra mundial. La historia demuestra que lo que antes se desgasta con la lucha es el espíritu guerrero de los pueblos que sufren las consecuencias de las contiendas. En la última guerra mundial naciones enteras defecionaron en plena lucha. Hoy la vieja Europa da pruebas fehacientes de su oposición a nuevos e inútiles sacrificios guerreros. Sin causas, sin soluciones, sin espíritu guerrero, la tercera guerra mundial no se ve clara y puede estar preñada de sorpresas, de amenazas y de desilusiones.

Frente a esto, se busca crear una psicosis de guerra, agitando fantasmas. Toneladas de papel impreso y millones de noticias “prefabricadas” tratan de influenciar al mundo entero, haciendo aparecer la guerra como una fatalidad inexistente y con una inminencia que no es tal. En cambio ello se ha prestado para presionar políticamente a los gobernantes ignorantes y timoratos y para incrementar negociados con los ingenuos y los venales, que aceptan como reales las noticias y los comentarios realizados con fines preconcebidos.

Pero nada hay más fuerte que la realidad. La verdadera fuerza de la doctrina justicialista es la afirmación de su verdad en un mundo edificado sobre la mentira. Nosotros somos, no parecemos. Por eso podemos esperar tranquilos el juicio de la Historia.

Junio 26 de 1952

LA DEFENSA CONTINENTAL

La dirección y conducción de la guerra tienen sus características originales. Una de ellas, quizá la fundamental, es la economía de las fuerzas. Mediante ella puede procurarse la superioridad necesaria en el lugar y en el momento de la decisión. El lugar será el teatro principal de operaciones y dentro de él la batalla. El momento estará indicado por la circunstancia en que el aniquilamiento sea posible. Si no concurren estas condiciones, la decisión debe postergarse, en cuyo caso la lucha pasa a ser un medio para llegar después al lugar y momento de la decisión.

Todo eso impone no dispersar esfuerzos. Atender la acción principal con medios también principales. Si es posible, todos los medios han de concurrir al lugar en el momento de la decisión.

El empleo mecánico de la masa tiene también sus exigencias. Pero, si se desea y se busca una decisión, es menester “amasar” la fuerza y no dispersarla. Pretender ser fuerte en todas partes, repartiendo el esfuerzo, lleva a un dispositivo disperso que puede resultar agresivo en toda circunstancia pero que será débil en conjunto porque resultará insuficiente precisamente en el lugar y momento de la decisión.

La técnica de la conducción de guerra es de concentración y no de dispersión de esfuerzos. La historia militar de todos los tiempos demuestra esta aseveración y afirma este principio inviolable del arte de la guerra.

Crear estas condiciones y posibilitar su acción en el tiempo y el espacio es el arte de la conducción. Luchar por la defensa territorial es su negación. Decía Federico el Grande: “Para ganar una guerra, a menudo es necesario perder unas provincias”.

Cuando se habla de la defensa continental se expresa un objetivo geográfico. La conducción por “amateurs” generalmente es la que se encuentra más influenciada por los territorios que por los verdaderos objetivos de guerra. Es el tributo de la improvisación.

La probable función de Latinoamérica en la tercera guerra no ha sido aún determinada en objetivos a pesar de la O. E. A. Por eso nadie sabe aquí “de qué se trata”. Vivimos la etapa de los “tanteos”, como cuando se trata de vender un artículo novedoso buscando sacarle a cada uno, por separado, un mejor precio. Pero, desgraciadamente, la guerra difiere un tanto del comercio.

La defensa de la América latina sólo puede ser realizada por la América latina. Nadie podrá realizarla en su reemplazo en forma que tenga algo que agradecer. Si su acción requiere la asistencia militar que implique distraer medios y fuerzas que deben sustraerse del lugar en el momento de la decisión, su ayuda será tan aleatoria como negativa y contraproducente. Si se desea que esta parte del continente concorra con medios y fuerzas a la

decisión, es indudable que representa un contrasentido y un error estratégico.

Si la acción política internacional tiene otros designios ocultos o disimulados, se está trabajando consciente o inconscientemente en contra de la verdadera defensa continental y del objetivo real de la guerra.

El candidato a la presidencia de los EE. UU., senador Robert Taft, hablando en Charlottesville, “ridiculizó la idea de proporcionar asistencia militar a los países de la América latina”, diciendo que “no alcanza a ver cómo esas naciones pueden ayudar en la defensa del mundo contra el comunismo”.

El señor Taft ha puesto el dedo en la llaga. No sólo es ridículo sino peligroso que los Estados Unidos se dediquen a proporcionar asistencia militar a los países de la América latina, cuando la Unión no puede satisfacer ni sus propias necesidades guerreras, ni las del teatro principal de operaciones. Hacerlo sería un acto de dispersión de los esfuerzos que bien pueden faltarle para la decisión en el lugar y momento oportunos.

Por otra parte, la América latina, para luchar contra el comunismo, no necesita ni armas ni asistencia técnico-militar, sino trabajo, comida, bienestar y justicia social, todo lo cual puede obtenerse con sólo pagar precios justos a su producción y con un poco de justicialismo por parte de sus gobiernos.

Para la coordinación del esfuerzo común del continente bastaría con la idea de cooperación ya existente en los países latinoamericanos que, precisamente, se trata de destruir ahora con los malhadados pactos bilaterales que enervan a los pueblos y rompen la armonía entre los gobiernos.

Julio 3 de 1952

LA POLÍTICA INTERNACIONAL Y LA JUSTICIA

La política internacional en su acepción más amplia es la aplicación del conjunto de conocimientos, principios y reglas que deben seguir los gobernantes para conducir los negocios públicos entre los Estados.

Es un medio de que se sirven los países en la defensa justa y pacífica de sus intereses. Como todas las cosas de la naturaleza, es simple y clara hasta que interviene el hombre; él la complica y la oscurece al introducirle su propia ambición, su egoísmo y sus errores. No hay política nociva ni engañosa, hay hombres malos y mentirosos.

La deformación que los intereses subalternos introducen en la política interior de las naciones, entroniza a hombres indignos e incapaces, y el mal que estos dirigentes pueden producir está en razón directa al poder del país que los exalta.

Como consecuencia de esa corrupción, también el mundo político internacional carece de hombres sabios y prudentes. Nace así un eclecticismo inmoral y sin principios frente al cual la dignidad reside más en el aislamiento que en la coparticipación de la ignominia.

El mundo contemporáneo vive una fase política cuya complejidad no puede ser parangonada con ninguna otra etapa de su historia. Choque de ideologías, intereses generales y particulares, interferencias de mil problemas tangenciales, encadenan conflictos interminables. Los dirigentes no resultan en modo alguno elementos moderadores. Sus pasiones, sus intereses y sus impulsos agregan factores peyorativos a la solución. Un fatalismo simulado detrás de intereses inconfesables es el pretexto criminal de la guerra.

En medio de este innominable panorama ninguna voz sincera se levanta, como no sea la de los pueblos, para condenar el intento de destruir al mundo. La propaganda miente, inventa, deforma y las industrias armamentistas tratan de armar a los pueblos para impulsarlos a la lucha.

Los agentes de esa política viajan miles de kilómetros al día, no para circunscribir, sino para contaminar y extender la guerra, creando problemas donde no existen, provocando rencores o despertando ambiciones y suspicacias.

En el mundo de nuestros días no es fácil conformar a los fuertes, prepotentes y rencorosos, de la política internacional.

Si un país resuelve con doctrina propia y dentro de sus fronteras los problemas que agitan al mundo, es un réprobo y totalitario porque no se encadena al “mundo libre”. Su gobernante, aunque sea elegido por el 75 % de la población, es un dictador y enemigo de la democracia.

Si no acepta que sus hijos vayan a morir por causas abominables, en guerras arbitrarias y equivocadas, es que no coopera con la libertad. Si

defiende el precio de su producción y no permite la explotación de su pueblo, es un peligro para la democracia.

Si un país es pacífico y se resiste a obedecer a la presión de los belicistas, pasa a ser un provocador. Si no quiere ser enemigo de nadie, se lo sindicaba como imperialista y enemigo de todos. Si no pretende nada de nadie, se busca que los demás lo pretendan de él. Si tiene prensa que no se vende, es dirigida y entonces totalitaria.

Si un país gana una elección contra lo dispuesto, es comunista, ha sido ayudado desde fuera y se le prepara una revolución. Si trabaja, es un peligro; si no, es una rémora. Si dice la verdad es un enemigo; si calla, un esclavo de un país de negros. Si un gobernante se resiste a entregarse es un tirano, si luego se somete es un prócer democrático.

Frente a este estado de cosas la solidaridad suena a burla. Se piensa con justicia que la mayor ayuda que puede prestárenos es dejarnos tranquilos. En vez de agitarnos el fantasma de males inexistentes, sería mejor hacer desaparecer el mal que nos aqueja.

La solidaridad trasnochada de nuestros días es una cosa que sonará siempre como un escarnio para los argentinos. Nuestra historia es testigo que, frente a la indiferencia de muchos, con la anuencia y la simpatía de otros, países extracontinentales invadieron en 1806 y 1807 nuestro país; ocuparon las Malvinas, sitiaron a Buenos Aires, atacaron nuestros ríos interiores y aún hoy, con la complicidad de los principales demandantes de nuestra solidaridad, mantienen pretensiones sobre sectores de territorios de neta y limpia soberanía argentina y nosotros, para disfrutar de la gloria del perro, deberíamos lamer su mano.

La política internacional puede tolerar cualquier deformación menos la injusticia. Por lo menos, cuando ello ocurra, a nadie se le puede negar el derecho de proceder como mejor convenga a su necesidad y conveniencia.

Julio 10 de 1952

EL ARTE DE LA CONDUCCIÓN

Así como una “Piedad” de Miguel Ángel no puede ser creada por un organismo técnico-escultórico, tampoco en la conducción política o militar puede surgir una obra de arte prescindiendo del artista. Con buenos técnicos y artesanos, sólo puede ejecutarse un buen trabajo. Para crear es menester un artista, y la conducción impone una permanente e ininterrumpida creación. Por eso, para conducir se requiere ante todo un conductor; él es la parte vital del arte, la técnica es su parte inerte.

Todas las deformaciones y subalternidades en el arte de conducir la política, radican en el hecho de confiar la concepción y ejecución a organismos unilaterales.

Conducir por organismos tecnificados es hacer descender el arte a un oficio obscuro e intrascendente, porque, como decía Napoleón, “en la conducción, el hombre es todo, los hombres no son nada”.

Con motivo de la Convención Republicana de Chicago, las más eminentes figuras de los Estados Unidos enjuiciaron a su gobierno ante el mundo. No deseamos agregar a ese juicio una sola palabra. No somos ni podemos ser enemigos del pueblo norteamericano. Diciendo la verdad, demostramos ser verdaderos amigos, como no dudamos lo es el ex presidente Herbert Hoover, que la dice de la siguiente manera:

1. — política interna:

a) Esta es la última oportunidad para la supervivencia de la libertad en Estados Unidos, amenazada por el presente gobierno;

b) Los demócratas han destruido las defensas de la libertad y han creado una vasta burocracia dictando sus voluntades al estilo fascista;

c) La grandeza de un pueblo se halla corrompida por la deshonestidad intelectual y la corrupción entre los funcionarios públicos. Las gotas del deshonor de las esferas elevadas desempeñan un papel en el aumento del crimen en la población;

d) Tres fantasmas siniestros mezclan su veneno para el pueblo norteamericano. Son las sombras de Mussolini con su fascismo burocrático; de Karl Marx y su socialismo y Lord Keynes con sus déficit en los gastos y la inflación. Hemos añadido una ideología propia: la de los programas de regalos del Gobierno.

2. — política internacional:

a) Se han desperdiciado los frutos de la victoria y los gobiernos de Roosevelt y Truman perdieron la paz y sacrificaron la libertad de 650 millones de seres humanos;

b) El fantasma de la libertad y la carta del Atlántico ahora vagan en medio de ruidosas cadenas de un millar de campamentos de esclavos;

c) Los demócratas han destruido las defensas de la libertad. Hay hoy menos libertad en el mundo que en cualquier otro siglo;

d) Es menester una consideración absoluta de las políticas exteriores que se han desarrollado tanto en el país como en el exterior;

e) El primer deber es defender, a los Estados Unidos;

f) El Ejército Europeo es un mito. Ese ejército parece resuelto a mantener su calidad de fantasma. Existe en potencia, pero debemos comprender ya, que falta voluntad y que las seis naciones de Europa Occidental no creen intensamente en el peligro actual. No han proclamado tales emergencias, ni realizado tal propaganda del peligro, ni estimulado tal psicosis de guerra como las emanadas de Washington;

g) Los norteamericanos nunca iniciarán una guerra;

h) Una poderosa fuerza de ataque aéreo que permita destruir el potencial militar comunista si ellos iniciaran una guerra, devolverá la iniciativa y *garantizará a* la juventud norteamericana que no será incorporada a las grandes fuerzas terrestres, equilibraría el presupuesto y permitiría reducir los gastos.

Hace dos años venimos estudiando objetivamente la conducción política y estratégica en el mundo. Sabemos ahora que los hombres más eminentes de los Estados Unidos comparten en gran medida nuestros argumentos y razones.

Una insólita política de presión para obligar debía lógicamente producir los efectos que se perciben. La deshonestidad intelectual, la corrupción, los procedimientos insidiosos y la prepotencia ciega, no pueden reemplazar a la política prudente que reclama el mundo de nuestros días. El dinero solo y la presión económica no pueden tampoco suplantar la habilidad y la justicia que requiere una política acertada, aun cuando un país rico se decidiera a comprometer toda su riqueza.

El impulso sobrepuesto a la reflexión, la pasión dominando a la prudencia y la palabra adelantándose al pensamiento son peligrosos defectos que acechan al que conduce. El interés dominando a la justicia, la conveniencia encadenando a la libertad y la ficción reemplazando a la realidad, son caminos peligrosos y vedados al que debe luchar por una solución justa y permanente.

No son los conductores del Kremlin los que les han arrebatado la iniciativa y la libertad de acción; tampoco son ellos los que vencen en la “guerra fría”, como no son precisamente los que incitaron al mal paso en Corea.

Los organismos occidentales gimen agobiados por el peso de sus propios errores o incongruencias, evidentes para cualquier observador imparcial y desapasionado.

Sostienen los historiadores, con evidente buen juicio, que para hacer posible una batalla de Cannas no eran suficientes los aciertos de un Aníbal

como indispensables los errores de un Terencio Varrón. Es que las fuerzas negativas de la incapacidad suelen superar en la conducción política y de guerra a toda previsión, porque los aciertos se neutralizan pronto, en tanto los errores se capitalizan siempre.

Lo que a menudo olvidan los hombres superficiales y apasionados cuando conducen, es que en la lucha cuenta también una voluntad adversaria que puede ser asimismo apasionada y tenaz. Es a esa voluntad a la que hay que vencer, no mediante la ficción del propio engaño, sino por la acumulación de arbitrios acertados. Pero, por sobre todo, lo que no hay que entregar nunca al enemigo es la verdad y la justicia para que las defienda como propias y esto no se obtiene disfrazando de verdad a la ignominia ni de justicia a la infamia.

Nuestro continente americano no ha escapado al sistema. Aquí tampoco han brillado por su acierto. La buena voluntad ha cedido su lugar a las formas fuertes. La “buena vecindad” ha sido reemplazada por la intervención en los asuntos internos, la amenaza y la sanción.

Se comenzó con la Organización de los Estados Americanos, que luego fue anulada por la reunión de cancilleres, la que a su vez fue suprimida por los pactos bilaterales. Entretanto se acumulan errores y desconfianzas; estamos como los locos, empezando de nuevo cada día.

La política de comprar amigos para que traicionen a su patria y a su pueblo no arrimará sino la lealtad de los desleales. Las campañas de prensa basadas en el engaño y la traición, por repugnar al espíritu ecuánime, no acumulan sino odios y rencores.

Una tarea de disociación mayor no la habrían realizado mejor los enemigos. Cuando se culpa a éstos de la falta de cohesión continental se miente a sabiendas. Son los propios errores e incomprensiones los fatídicos artífices del actual estado de cosas del continente americano.

Nos apena la suerte de este pueblo que, en el más difícil trance de su historia, sus gobernantes no poseen el “óleo sagrado de Samuel”. Esto es lo más peligroso que puede ocurrirle a un gran país.

La riqueza y el poder en la historia han sido solamente medios. Su valor depende del fin a cuyo servicio se lo destine. Cuando se carece de un conductor inspirado y capaz, tanto la riqueza como el poder son efímeros. Sólo la inspiración superior de un conductor puede consolidarlos si los emplea al servicio del bien. Esto no está al alcance de los mediocres, ni de los organismos, ni de los círculos de intereses materiales y mezquinos.

O Estados Unidos encuentra el verdadero conductor de sus destinos o el mundo puede asistir a su destrucción, como Cartago.

Julio 17 de 1952.

EL HUMANISMO Y LA GUERRA

Los griegos, animados de un alto espíritu humanista, fueron los primeros en limitar o circunscribir los efectos de la guerra. Los romanos se empeñaron después en el mismo sentido.

En los tiempos contemporáneos las formas de la guerra han respetado o no lo establecido por las convenciones sobre el derecho de gentes que crearon leyes más o menos aleatoriamente internacionales sobre usos y costumbres de la guerra.

La última guerra, con la aparición de los medios modernos de destrucción y el ataque desconsiderado a las poblaciones civiles, ha dejado poco menos que en ridículo a las concepciones humanistas contemporáneas. Ahora se prefiere cometer toda clase de atrocidades y luego colgar a los generales vencidos con el rótulo infamante de “criminales de guerra”. ¡Cosas de los tiempos!

La guerra es un drama sangriento y apasionado. El derecho y las limitaciones poco caben en él. Lo que hay que evitar es la guerra, en lugar de temblar por sus efectos.

Las limitaciones de que hoy se habla son más bien un “juego de vivos”, para tratar de sacar ventajas en la obtención de la sorpresa técnica o táctica.

El defecto de no considerar a la guerra como un fenómeno humano para situarlo en el mero campo de la técnica, ha llevado a dedicarse más a las formas que al fondo de las cosas. Es el médico que atiende enfermedades y no enfermos. Es el deshumanizado unilateralismo de los hombres que pierden el contacto consciente con la realidad, para actuar en la ficción de un mundo aparente, creado por la enfermiza inclinación materialista de los teóricos alejados de todo humanismo. Como si el hombre sirviera a las cosas y no las cosas al hombre.

Quien comprenda la guerra como fenómeno humano podrá hacerla con éxito, aun sin haber aprendido mucho de ella. Quien la haga sin comprenderla, aunque sepa mucho de la guerra, estará siempre marginando el fracaso.

Los hombres o los pueblos que en su insectificación técnica prescindan del hombre y lo transformen en el eslabón de una cadena o en el número de un casillero, habrán perdido el derecho de dirigir o impulsar el destino de la humanidad. Nada en la vida de los pueblos ni en la marcha de las naciones puede hacerse con olvido del hombre que no se pague caro en las consecuencias finales y definitivas.

Cuando se habla de destrucción y de muerte en la guerra, es menester acordarse del hombre, que es quien muere y se destruye a sí mismo. La destrucción de la civilización, para el noventa por ciento de la humanidad,

interesa menos que la destrucción de su casa o la muerte de su mujer o su hijo.

Hace treinta años que los comediantes de la política en el mundo se afanan por proscribir la guerra química. Hace seis meses los tragediantes de la guerra están preocupados en dilucidar si ha habido o no agresiones bacteriológicas en Corea. En la actualidad ambos se encuentran empeñados en desarrollar la guerra física, como si una bomba atómica no fuera cien veces peor que cualesquiera de los agentes conocidos. Es algo así como evitar el alcoholismo prescribiendo el “anís estrellado”.

Si esos señores obraran de buena fe y se acordaran alguna vez del hombre, que los observa absorto y desilusionado, pensarían tal vez que lo que hay que evitar es la guerra, en vez de perder el tiempo en atemperar algunos de sus efectos secundarios.

Es simplemente pueril argüir que los gases o las bacterias atacan indiscriminadamente a la población civil indefensa, como si en Hiroshima los efectos destructores y radioactivos hubieran respetado a los viejos, las mujeres o los niños, para atacar a los que las convenciones de La Haya consideraron como “belligerantes”. O como si hubiera gran diferencia entre morir perforado por un pequeño proyectil, despedazado por un obús, “desglobulizado” por los rayos gammas o por los efectos del microbio del cólera o de la fiebre amarilla.

Algunos hombres, tan sutiles en algunos casos, tan ingenuamente simples en otros, parecieran estar empeñados en aparecer como cínicos y sinvergüenzas en todas las ocasiones.

Algún día los hombres han de comprender que es mal negocio cambiar hombres por cosas. Sólo entonces, cuando un humanismo práctico sea la orientación de los dirigentes, la guerra dejará de ser el azote permanente de los pueblos.

Para nosotros, los justicialistas, nada puede haber peor que ver morir a los hombres de nuestro pueblo, lo mejor que tenemos. Sólo lo haríamos como un supremo sacrificio en defensa de ese mismo pueblo, de su libertad, de su justicia y de su soberanía. Jamás por intereses materiales, porque la mayor riqueza no vale para nosotros lo que el más humilde de nuestros descamisados.

Nosotros creemos de buena fe que es criminal cambiar hombres por mercancías. Por eso, cuando *The New York Times* dice que los argentinos, su gobierno y su comercio están en contra de los Estados Unidos, se equivoca. Nosotros no estamos en contra de nadie, estamos sólo con nuestro pueblo; pero no estamos ni estaremos con déspotas ni usurpadores, así vengan del Este o del Oeste.

Julio 24 de 1952

LUCHA CONTRA LOS PUEBLOS

Generalmente los dirigentes políticos piensan que ellos son quienes dirigen y encauzan la evolución de los pueblos, aunque a menudo se ven defraudados por su pensamiento. Ello sucede porque se apartan del pueblo.

Es así que las transformaciones político-sociales se encauzan por los grandes movimientos populares que llevan a *la hora de los pueblos*. En la evolución de la humanidad esa hora llega muy de tanto en tanto y caracteriza a las grandes revoluciones. El interregno entre dos de ellas suele ser de calma y evolución. En las revoluciones, los hombres son el instrumento del pueblo y las oligarquías se destruyen o desaparecen. En las épocas de calma, los pueblos suelen ser instrumento de los hombres y las oligarquías proliferan, se fortalecen y dominan.

Por eso la historia del mundo ha sido la lucha del pueblo con la oligarquía. Grecia, Roma, la Edad Media, no son sino largas etapas de esa lucha. La Revolución Francesa y la Revolución Rusa son dos fases violentas que la patentizan. Los imperialismos actuales son otras etapas de los pueblos en lucha contra la esclavitud interna e internacional.

Hoy, como en todas las épocas de la historia universal, deben vencer los pueblos.

Muchos han despreciado el ingenio y el poder del pueblo, pero, a largo plazo, han pagado caro su error. Los pueblos siguen la táctica del agua; las oligarquías, la de los diques que la contienen, encauzan y explotan. El agua aprisionada se agita, acumula caudal y presión, pugna por desbordar; si no lo consigue, trabaja lentamente sobre la fundación, minándola y buscando filtrarse por debajo; si puede, rodea. Si nada de esto logra, termina en el tiempo por romper el dique y lanzarse en torrente. Son los aluviones. Pero el agua pasa siempre; torrencial y tumultuosamente, cuando la compuerta es impotente para regularla.

Con los pueblos pasa lo mismo; los dos, torrente o pueblo, son fuerzas de la dinámica universal y actúan con leyes y mecánica semejantes.

Los viejos diques del imperialismo, las oligarquías y las plutocracias comienzan a ceder, esta vez en el mundo, como cedieron en Francia en 1789 y en Rusia en 1918 ante el impulso incontenible y avasallador de los pueblos.

Los hombres superficiales suponen al mundo regido por las estrechas reglas de sus estados. Piensan que todo se reduce a sojuzgarlo por el dinero o a dominarlo mediante una política impulsada por la fuerza o la amenaza.

La reunión de capital y poder político, a través de las guerras mundiales, ha llevado a una doble dominación: del hombre en lo interno, y de los pueblos en las colonias o en las naciones, en lo internacional. En

consecuencia, dentro de cada pueblo hay dos procesos en marcha que coinciden en sus propósitos, si bien pueden diferir en sus objetivos inmediatos o en las formas de ejecución;

En el mundo actual, con ideologías o sin ellas, en cada pueblo está latente el germen de la rebelión política y social. Contra los imperialismos, en las colonias o en los países independientes pero dominados; contra el capitalismo o el comunismo, en los pueblos explotados por cualesquiera de estas dos formas de expoliación. En cada lugar de la tierra se levantan los puños amenazadores del pueblo, y lo peor es que se levantan con razón en demanda de la justicia y la libertad, siempre ofrecidas pero jamás alcanzadas.

Las oligarquías, obedientes a los imperialismos, luchan por detener lo que ellas llaman comunismo, capitalismo, nacionalismo, etc. Es el anuncio que llega la hora de los pueblos, que hoy padecen sumisión y explotación, frente a los cuales no podrán resistir.

De un tiempo a esta parte se nos ha hecho un honor inmerecido: cuando los movimientos populares se manifiestan, son acusados de “peronismo”.

Cuando Getulio Vargas fue postulado para la presidencia del Brasil, los diarios imperialistas lo acusaron de ser un instrumento peronista financiado desde Buenos Aires. Otro tanto se dijo de Chávez en el Paraguay. Velasco Ibarra, en Ecuador, ha sido acusado de lo mismo. La revolución boliviana que llevó a Paz Estenssoro al gobierno, según el imperialismo y sus secuaces, fue obra del peronismo argentino. En Chile está ocurriendo igual cosa con el general Ibáñez. ¿Cómo no se les ocurrirá pensar que son los pueblos?

El error de la política imperialista estriba precisamente en el hecho de engañarse a sí misma, atribuyendo sus fracasos a factores que nada tienen que ver con sus propios errores e incapacidades. Por eso pasan su tiempo “peleando con la sombra” mientras los pueblos imponen paulatinamente sus designios.

La lucha de los imperialismos por meter a los pueblos detrás de la “cortina de hierro” o detrás de la “cortina del dólar”, les ha cegado al extremo de no ver sino enemigos por todas partes. Como no les da la habilidad, recurren a la fuerza o a la injusticia, y por ese camino es difícil persuadir a los pueblos. Con los gobiernos solos no se va lejos en este camino.

Para explicar la actual situación de los pueblos, hemos oído exponer la “parábola de la gallina”. A este noble animal se lo puede matar, desplumar, meter en el horno, asarlo y aun comerlo. Todo eso puede hacerse con él. Lo que no se puede es hacerle poner un huevo a la fuerza. Lo que los

imperialismos necesitan de los pueblos son sus “huevos”, y éstos no se los podrán hacer poner a la fuerza.

Con los métodos actuales se dominarán gobiernos impopulares, impondrán sacrificios y dolores a los pueblos, los conquistarán por la fuerza, si es preciso, pero, jamás contarán con su apoyo afectuoso o su cooperación si no lo merecen. Para merecerlo hay un medio: la justicia y la libertad, materializadas en la *independencia económica, la justicia social y la soberanía política* de las naciones. El justicialismo lo ha hecho. Ahora queda por ver si los imperialismos se animan y son capaces de hacerlo.

Julio 31 de 1952

JUSTICIALISMO

El 23 de julio nos llegan vía *The New York Times* los ecos de una carta del Papa dirigida al presidente de Semanas Sociales y publicada por *L'Osservatore Romano*.

Lo curioso es que ésta tan importante epístola del Sumo Pontífice haya tenido entre nosotros tan poca difusión y comentarios. Evidentemente, los temas económicos y sociales no interesan mucho a los intelectuales de algunos círculos católicos que tanto se dedican a otros temas.

Nos place, en cambio, comprobar que el justicialismo hace seis años realiza con éxito los consejos sabios y prudentes que emergen de la carta de Su Santidad.

Dice la carta: “Es deber del Estado:

1° Aumentar la producción y hacerla a la vez sabiamente proporcionada a la necesidad y la dignidad del hombre.

2° Coordinar la economía sin perjudicar la libre empresa.

3° Estructurar una economía general que fomente la cooperación de todos los ciudadanos y estimule la producción.

4° Aumentar el trabajo poniendo de nuevo en circulación la riqueza inútil y dormida.

5° Cuidar de que el ciudadano más pobre no resulte injustamente perjudicado, ya que el rico está protegido por sus riquezas, y las masas pobres no poseen recursos a los cuales acudir como no sea el patronazgo del Estado”. Cualquier justicialista suscribiría con gusto una carta que contuviera conceptos tan justos y acertados.

Pero en su carta, el pontífice romano va “justicialistamente” aún más allá al decir: “¿Cómo serían distribuidos los frutos del trabajo? Esta es una cuestión demasiado importante para dejarla librada al juego de las ciegas fuerzas económicas y *requiere la intervención del Estado como coordinador*”. El sistema que propugna el Papa debería estar *equidistante de los errores del liberalismo y del estatismo*.

Hace algunos días asistimos a una pintoresca discusión sobre economía rural entre un agricultor y un capitalista, propietario de la tierra de aquél. . . “¿Qué diferencia hay entre el sistema colectivista ruso y el individualista yanqui?”, preguntó a cierta altura el chacarero. “¡Absoluta!”, contestó el capitalista, y ensayó así la explicación: “En Rusia no existe la propiedad privada. Usted trabaja en la tierra y con herramientas públicas. En consecuencia, su producción es del Estado, quien le entrega a usted de ella lo suficiente para que viva. En Estados Unidos, en cambio, la cosa es diferente, porque la propiedad privada se respeta. Usted trabaja en y con lo suyo, y la producción es inviolablemente suya. Claro que, a fin de año, el

Estado le cobra a usted el noventa por ciento de su producción en impuestos”. “Entonces, ¿me quedo con el Justicialismo!”, contestó el chacarero. Es lo que parece haber decidido Su Santidad sin decirlo.

Agosto 7 de 1952.

EL ÍNDICE PATRIÓTICO Y LA GUERRA

Los pueblos van a la guerra por propia convicción o, si no, por decisión de sus gobiernos. En el primer caso resulta una guerra popular, en el segundo resulta impopular. Ello se traduce en el campo estratégico y en el táctico en factores favorables o desfavorables para la conducción.

El hombre va conscientemente a la muerte sólo cuando una fuerza espiritual superior vence al natural instinto de conservación. La función del mando en la guerra es, en última síntesis, llevar a los hombres a la muerte. Así se infiere la importancia de que todos vayan hacia ella conscientes y entusiastas, y no que sea menester llevarles poco menos que a la fuerza.

Las causas justas, el índice patriótico y la educación del pueblo son factores preponderantes en el alma nacional para enfrentar una etapa heroica en la vida de los pueblos, porque los materiales, las armas y el número cuentan en la guerra sólo como factores materiales para la decisión, en tanto las fuerzas espirituales de los comandos, cuadros y tropas preponderan como factores morales en la conducción y en la lucha.

Hace ya miles de años Licurgo en Esparta demostró al mundo que es posible vencer con los valores del espíritu y que, sobre todo, es posible vencer a la propia sordidez del corazón humano para ponerlo al servicio de la Patria, cuando a su vez la Patria se gana el derecho de merecerlo.

Más de un siglo de desenfreno materialista ha cambiado los coeficientes de valor en la humanidad. Todo parece girar alrededor del poder y la riqueza. Para arrimar algo positivo fue menester crear un patriotismo abstracto basado en la tradición, los símbolos y el sentido ideal. Pero éstos han ido perdiendo actualidad frente a los avances del internacionalismo. Ese patriotismo abstracto, basado más en la fe que en la realidad, no condice con los días realistas de una humanidad azotada por el infortunio. En el mejor de los casos, sirve sólo a un pequeño porcentaje de las poblaciones que lo creen y lo practican.

El patriotismo de nuestros días va más hacia las formas positivas de la solidaridad. No es suficiente amar los recuerdos, los símbolos ni las abstracciones ideales, como tampoco los campos, las ciudades ni las riquezas de la Patria material. Hoy son las comunidades solidarias las que despiertan el amor, porque el hombre está más inclinado hoy a amar a los demás hombres que a las cosas. Un patriotismo humanista, además de nacional, crea la verdadera fuerza invencible de las comunidades justas y solidarias. La educación de las masas en las virtudes es así posible y prepara el alma nacional para su defensa.

La Patria, como la madre, es amada y respetada en razón de sus desvelos y sacrificios. La madre que abandona al hijo al nacer no merece ser madre,

ni puede reclamar respeto y cariño a su hijo. Del mismo modo la Patria que abandona a sus hijos a la voracidad y explotación de los de afuera y de los de adentro, pierde en cierta medida el derecho de ser respetada y amada con toda la intensidad. Lo contrario sería exigir que los pueblos estuvieran formados por mártires y por héroes.

Los que hemos recibido todo de la comunidad (instrucción, educación, cultura, honores, poder y bienestar) tenemos la obligación irrenunciable de entregarle nuestra vida. Pero no es lo mismo para los que no han recibido nada, como no sean vejámenes, injusticias, sacrificios y dolores. Sólo una Patria justa que, solícita en su comunidad, ampara y protege a todos, tiene derecho al sacrificio de la vida de todos para subsistir.

El espíritu del hombre suele ser sólo congruente con sus sentimientos, y el patriotismo es un sentimiento. Es menester entonces que la comunidad, que es la parte vital de la Patria, comprenda que es mejor ganar el corazón de los hombres que pretender engañarles u obligarles.

Cuando los justicialistas establecemos una relación indefectible entre la comunidad y el individuo, queremos significar que hay mutuas e irrenunciables obligaciones entre ellos. Es que el justicialismo, profundamente humanista, va hacia las formas positivas del patriotismo, basadas en la virtud y no en las creaciones ficticias del materialismo.

En la Argentina actual ha bastado que una humilde y débil mujer, ennoblecida por los valores de su espíritu extraordinario, sacrificara su vida a la comunidad, para que el pueblo entero descubriera que esos valores espirituales son la única fuente de la vida eterna. Frente a su túmulo, en estos días de pena popular, hombres y mujeres han comprobado que en la hora suprema de la partida no nos acompañan ni riquezas ni poder, sino sólo el cariño y el recuerdo del bien que hicimos a los demás y del ejemplo de las virtudes que les legamos. ¡Y muchos argentinos daríamos la vida por Ella!

Cuando la comunidad, igualmente ennoblecida por las mismas virtudes de la solidaridad, sea acreedora a ese mismo amor, no habrá un solo argentino que no se sienta feliz de dar la vida por la Patria.

Agosto 14 de 1952

¿DE QUE PELIGRO NOS HABLAN?

Desde hace más de cinco años una campaña publicitaria insólita agobia al mundo con la intención de producir una psicosis de guerra. Pretende a la vez sembrar el pánico, destruyendo así toda posible resistencia a ciertas causas inconfesables. Busca despertar también una inquietud colectiva por una defensa contra temores que no todos comparten. Esta campaña, que siembra peligro, cosecha, para los empresarios de la guerra, cuantiosos frutos en la economía y la política internacionales. Surgen, además, como recolección colateral, los compromisos, obligaciones y vasallajes apresurados, como consecuencia lógica del “trabajo de apuro”.

Uno y otro bando esgrimen similares argumentos en sus zonas de influencia y fomentan semejantes proceder en lo que se ha dado en llamar la “guerra fría”, que no es otra cosa que una diplomacia agresiva y grosera en la que a menudo se olvidan la capacidad, las buenas costumbres y hasta a veces la educación y la vergüenza.

Como consecuencia de estas maquinaciones y designios, más que de la realidad, aparecen para los occidentales:

1° la amenaza comunista,

2° la amenaza rusa.

Es decir, un peligro político el primero y un peligro estratégico el segundo.

Sin embargo, detrás de los carteles publicitarios aparece la verdadera y mutua amenaza imperialista: el peligro económico, que es causa de los otros, que, en cierta manera, no son sino consecuencias.

Afirmamos en los hechos que, para la Nueva Argentina, el comunismo ha dejado de ser un peligro para convertirse en un minúsculo partido político intrascendente, sin arraigo y sin posibilidades, como no sean sus acciones “relámpago” de perturbación, conocidas por todos y neutralizadas por sí mismas.

No alcanzamos a comprender tampoco cuál es, en estas condiciones, el peligro estratégico que pueda representar Rusia para nosotros, como no sea extraordinariamente indirecto y lejano. Para acciones que, muy secundariamente, pudieran presentarse, tenemos suficiente fuerza y preparación para enfrentarlas con éxito en el hipotético caso de que sucedieran.

Ni nuestra independencia económica ni nuestra economía han sido amenazadas ni por el comunismo ni por Rusia.

La Organización de los Estados Americanos, que debió estudiar y resolver estos problemas, parece haber llegado a una apreciación semejante, dado que sus decisiones de conjunto, para nosotros, no fueron

nunca más allá de las concepciones teóricas o hipotéticas de una defensa genéricamente mancomunada para el caso de un ataque extracontinental.

Sin embargo, en el orden político interno de nuestro país, donde el comunismo no es un peligro, hemos tenido que luchar constantemente contra amenazas mayores de intervención abierta o encubierta, que representaron un verdadero y latente peligro.

En el orden económico ha sido atacada nuestra independencia y hemos sido sometidos a las formas de la famosa “guerra fría”, el sabotaje, la persecución, el “dumping” y toda clase de maniobras, más peligrosas para el bienestar presente y futuro de los argentinos que todos los comunismos habidos y por haber.

En el orden estratégico, no es menos lo que estamos presenciando en la amenaza de desequilibrio y desazón que despiertan los pactos bilaterales, en abierta oposición a cuanto se ha pactado y agravado por ciertas campañas coincidentes en el mundo y en especial en los países cercanos, un tanto indefensos en sus grupos de opinión.

El conocimiento y la apreciación de los problemas políticos y estratégicos sólo pueden hacerse objetivamente. Toda especulación de orden subjetivo conduce generalmente a lo inseguro y aleatorio. Nunca como en esta clase de lucubraciones es menester obrar sobre seguro.

El confusionismo interesado presenta siempre al peligro del totalitarismo soviético como una amenaza. Del bando opuesto nos llega similar admonición sobre el imperialismo capitalista. ¿No habrá llegado la hora de preguntarnos de qué peligro nos hablan? . . .

El *comunismo* es una cuestión interna de cada país y que cada país debe resolver por sí, como lo hemos hecho nosotros mediante el justicialismo. *Rusia* es, en las actuales circunstancias, un problema estratégico a solucionar por quienes sean sus contendientes en el campo político o militar. Su régimen político interno, totalitario o no, es asunto de los rusos y no de los demás. El capitalismo, imperialista o no, es también un problema de cada país, que cada gobierno y cada pueblo deben encararlo y resolverlo.

En la historia del mundo, siempre, detrás de las cortinas de convencionalismos políticos e ideológicos, se han escondido y movido los verdaderos peligros que debemos conocer y apreciar en cada caso concreto y objetivo.

Nosotros nos inclinamos a pensar que nuestro peligro está realmente en los que nos amenazan y atacan.

Agosto 21 de 1952

INTERNACIONALISMO Y NACIONALISMO

El “Diccionario de la Lengua Española” de la Real Academia (Madrid, 1947) define al nacionalismo como el “apego de los naturales de una nación a ella propia y a cuanto le pertenece”, y por extensión, a la “doctrina que exalta en todos los órdenes la personalidad nacional completa o lo que reputan como tal los partidarios de ella”. Es el sentido y el sentimiento de lo nacional objetiva y doctrinariamente considerados. Las desviaciones que de ello resulten no son “nacionalismo”, sino precisamente disociaciones nacionalistas. En este sentido, en lo internacional, se ha pecado de ligereza o mala fe al considerar tales deformaciones como nacionalismo para calificarlo peyorativamente.

Entre las numerosas tendencias que caracterizan las naciones y los pueblos del siglo XX, el internacionalismo y el nacionalismo son dos modalidades trascendentes.

Desde la Edad Media hasta el último cuarto del siglo XIX se produce la formación de las nacionalidades, es decir, es la etapa del nacionalismo. Simultáneamente, en la segunda mitad de este mismo siglo, nace el internacionalismo doctrinario, encarnado en él socialismo y comunismo.

Sin embargo, el nacionalismo culmina en el mundo entre el Congreso de Viena de 1815 y la primera guerra mundial de 1914, especialmente hacia 1870, con la formación de Italia y Alemania.

Después de 1918 el internacionalismo y el nacionalismo se enfrentan. Toma en Rusia la forma comunista, y en Alemania, la nacionalsocialista; en Italia, la fascista, manteniendo en el resto la forma de un nacionalismo burgués. El imperialismo anglosajón, con sus ramas europea y americana, mantiene esta forma, aunque influenciada por un internacionalismo sui géneris, producto de su tipo imperialista.

En la segunda guerra mundial se enfrentan claramente ambas tendencias, y todo parece presagiar un choque entre Rusia y Alemania. Sin embargo, en contra de lo defendido por Chamberlain en Munich, se produce lo inverosímil: el nacionalismo burgués anglosajón, influenciado por su tendencia imperialista, aliado al internacionalismo comunista ruso, destruyen al nacionalismo alemán. Como era lógico esperar, terminada la segunda guerra mundial, quedan enfrentados el internacionalismo ruso y el nacionalismo burgués anglosajón, ambos bajo las formas imperialistas predominantes.

Cuando el nacionalismo burgués critica las formas agudas del nacionalismo, no es congruente ni es sincero. Si ello viene del imperialismo capitalista, no es ni siquiera inteligente.

El internacionalismo, nacido prematuramente en las doctrinas marxistas que llevaron sucesivamente a las internacionales socialistas y comunistas, había sido “arrancado verde”. Aun estaba fresca la lucha y muy encarnado el sentido que llevó a los pueblos a morir por constituir naciones libres y soberanas y, por otra parte, ella fue la única forma que garantizó un siglo de paz a la humanidad, entre el intento napoleónico y la primera guerra mundial.

Por eso el fracaso del internacionalismo en nuestros tiempos parece ya perfilarse. El mundo no está maduro para formas semejantes porque se aferra y se aferrará todavía por siglos a las formas locales y nacionales, que están en la naturaleza misma de los hombres actuales.

El imperialismo capitalista, que odia y desprecia al internacionalismo, desde su nacionalismo materialista, practica un nacionalismo extremo para uso interno, en tanto que, impelido por la necesidad de “colonizar” y “dominar”, utiliza para uso externo una peregrina concepción de la necesidad de subordinar las soberanías nacionales a la soberanía general de su conveniencia imperialista.

Los pequeños países, según su consejo, deben abdicar de sus soberanías para pasar a formar parte de la de ellos. Así, mientras salvamos al mundo, nos vamos perdiendo nosotros.

Pero, generalmente, en el pecado está ya el comienzo de la penitencia. No ha entrado en la cuenta de los imperialismos — detractores del nacionalismo ajeno y defensores del propio— que los pueblos sólo están dispuestos a luchar por lo de ellos. Es así que al vulnerar los sentimientos nacionales, tratan de destruir lo único que puede salvarlos frente a los avances del internacionalismo comunista.

Esta infernal conducta, poblada de contradicciones e incongruencias monstruosas, representa en sí el más efectivo y provechoso aporte al comunismo, que ellos combaten con medios poderosos, pero empleados superficialmente, porque, con objetivos antagónicos, es como si persiguieran a dos liebres que corren en sentido opuesto; lo lógico será que no den alcance a ninguna.

La verdadera fuerza de nuestros países está precisamente en su aglutinación y decisión de su sentido nacional. Quitarles esa fuerza es debilitarlos y anarquizarlos. Si ellos necesitan de esa fuerza, ¿cómo pueden sinceramente trabajar para desarmarla y destruirla?

El *New York Times*, con el título de “Nacionalismo Latinoamericano”, afirma que Brasil está mostrando una actitud reacia a toda cooperación económica y militar con Estados Unidos, lo que atribuye a un nacionalismo que se está extendiendo por toda América latina. Reconoce, no obstante, que tal nacionalismo es el producto *de los días del intervencionismo y de la*

explotación económica norteamericana. Agrega que, aunque esos días han pasado, el antiyanquismo dista mucho de haber desaparecido.

El editorialista de marras debe haber llegado recién de Extremo Oriente por lo mal informado sobre los asuntos de América, porque casualmente, según todo lo muestra, nos encontramos precisamente en el punto más crítico del intervencionismo y de la explotación.

Como en este caso, el “trabajo publicitario” de nuestros días está casi siempre poblado de estas superficialidades más o menos racionales. No existe tal antiyanquismo, sino sentido de legítima defensa. No se extiende nada por América latina, como no sea un sentido de dignidad patriótica, que no es posible atropellar.

Cuando, como en este caso, se habla de “nacionalismo”, no se tiene un sentido exacto de lo que se dice, ni se juzga con ecuanimidad lo que se aprecia. También es inconcebible que alguien, de buena fe, pueda criticar acerbamente lo que practica con verdadero sectarismo.

En el mundo moderno se enfrentan, quiérase o no, el internacionalismo y el nacionalismo. Ya no es hora de juzgar, sino de elegir, pero con dignidad.

Agosto 28 de 1952

LA REALIDAD Y LA FICCIÓN

En la lucha político-internacional, la situación suele ser un aliado o un enemigo, según se la utilice o no convenientemente. La peor situación presenta siempre factores aprovechables para el que la penetra y comprende. La situación más favorable suele presentar graves peligros para el que no es capaz de comprenderla o para el que por falta de mentalidad no está en condiciones de asimilarla.

Para *conocer* una situación, sólo el sentido objetivo es el que cuenta; para *comprenderla*, es la apreciación, también objetiva, la que actúa. Lo subjetivo es posterior porque permite su aprovechamiento.

A veces, una buena información objetiva suele deformarse y desperdiciarse por una inadecuada especulación subjetiva que modifica la realidad, y cuando los hombres pretenden imponer sus ideas a la realidad, terminan por engañarse a sí mismos; entonces caen aniquilados por el peso de la verdad.

Nada hay más nefasto en la política internacional que la acción de los “hombres o de los organismos infalibles”. Ellos suponen que la realidad les pertenece y, en consecuencia, creen manejarla. Uno de los males del hombre estriba precisamente en que es el único animal que ha aprendido a engañarse a sí mismo. Ese es su gran peligro...

Presenciamos todos los días algún hecho de la política internacional que nos permite observar: que de una mala información, resulta una falsa apreciación de los hechos, lo que arroja, como consecuencia, una acción equivocada. Algunos se dan cuenta del error cometido, pero en vez de corregir el error, se empeñan en alterar la situación para adaptarla a su error.

Así se desatan las campañas de las agencias noticiosas; se emplean toneladas de papel impreso en propagandas falaces y capciosas, o se gastan millones y millones de dinero en probar la verdad de una mentira, cuando por el camino de la realidad podía conseguirse todo gratis.

Esto mismo es lo que explica que existan miles de agentes, largamente pagados, para transmitir noticias falsas a sus propios patrones, que así sueñan en la quimera de la ficción. La cosa va a ser con el despertar...

Hay en todo esto una gran falta de inteligencia, pero hay aún más una gran falta de honestidad.

Dice Martín Fierro “que el amigo más fiel es una conducta honrada”, porque los grandes odios se cosechan precisamente a través de una mala conducta. El camino del infierno dicen que está empedrado de buenas intenciones; por eso no valen para cubrir las malas realidades.

Setiembre 4 de 1952

“CONFESIÓN DE PARTE”

El *Washington Post*, órgano oficioso de la Casa Blanca, confiesa que la elección del general Ibáñez “es una derrota de los Estados Unidos”. Nosotros creíamos que la victoria del pueblo chileno era sólo una derrota de la oligarquía. La ingenua e inexcusable confesión del *Washington Post* nos evidencia que los Estados Unidos eran también parte en el pleito político interno de Chile.

El mismo diario afirma que fue también una derrota “la reciente elección del autoritario doctor José María Velasco Ibarra en Ecuador”, lo que indica que en esa lucha interna también eran parte.

Convengamos que como tales no han tenido mayor fortuna que escrúpulos, pero la intervención en los asuntos internos de otros países se documenta así por “confesión de parte” en forma que nos releva de toda prueba.

Argentina, Brasil, Bolivia, Guatemala, Ecuador y ahora Chile saben mucho de esta clase de intervención que deseamos ver desaparecer, si es que realmente se anhela una buena vecindad que se apoye en la sinceridad y la lealtad, sin las cuales es inútil que sigamos hablando de una unidad que todos los días nos separa con abismos de odio que nos alejan y nos enfrentan.

La hora de los pueblos se está acercando. Algunos no sentirán su llamado. Muchos cometerán el error de enfrentarlos. Otros tentarán la tontería de engañarlos, pero los pueblos pasarán. Desgraciados entonces los dirigentes que no estén a la altura de sus pueblos. La Historia dirá en su hora toda su insignificante pequeñez.

Luego vendrá la unión de los irredentos, y sobre los despojos de la infamia comenzará a constituirse un pueblo nuevo y a construirse una nueva vida. Esos serán nuestros pueblos y nuestras vidas. Hasta entonces habrá que estar dispuesto a morir por la libertad, si es que no deseamos conformarnos a vivir en la esclavitud.

Setiembre 11 de 1952

NUEVOS RUMBOS

En la conducción de la política internacional, la *iniciativa* asegura la *libertad de acción*. Mediante ésta, la diplomacia puede alcanzar la posibilidad de imponer su *propia ley de acción*.

Los países poderosos, sólo por una inexplicable inacción o debilidad de sus conductores se resignan a ser yunque y no martillo.

Esperarlo todo del adversario o de los demás es subordinarse en cierta medida a su voluntad; cuando mucho, evitar la derrota, pero no elaborar el éxito.

Los objetivos de simple neutralización sólo se justifican para salvar los grandes errores cometidos. La previsión y la habilidad, en una conducción adecuada y congruente, luchan siempre por objetivos decisivos.

Refiriéndonos a la guerra de Corea, decíamos en estos mismos artículos (24 de mayo de 1951) que: “las guerras sin objetivos son guerras sin decisión, porque los éxitos tácticos se anulan en situaciones estratégicas inconvenientes”. Casi simultáneamente, el general Omar Bradley, jefe del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos, declaraba ante el Senado que la extensión de la guerra de Corea comprometía a su país en “una guerra desafortunada, en un lugar inapropiado y en un momento inoportuno”.

El dilema era simple: extremar un desgaste inútil o imponer una paz conveniente.

El presidente Eisenhower se decidió por la paz mucho antes de ser elegido presidente de los Estados Unidos de América. Con ello ha tomado el camino de la realidad: evita el desgaste, cumple el objetivo inicial y se coloca en una nueva situación en Extremo Oriente. En otras palabras, neutraliza los numerosos errores cometidos por la dirección anterior, aparentemente enérgica pero realmente ineficaz.

La influencia internacional de los Estados Unidos saldrá tonificada de esta emergencia porque el prestigio, lejos de afianzarse en la insistencia de los errores, se tonifica sólo con los aciertos de las decisiones.

Hace pocos días, un americano ilustre, el doctor Milton Eisenhower, llegaba a nuestro país en representación de su hermano, el presidente de los Estados Unidos. Su misión era simplemente de acercamiento amistoso. El gran país del Norte tomaba la iniciativa para estrechar relaciones con sus hermanos del Sur y suavizar asperezas.

La elección del enviado, sus palabras y sus actitudes demuestran el acierto de su elección y el talento del que lo eligió. Fue un amigo sincero y leal. El gobierno y el pueblo argentinos lo recibieron y lo agasajaron como imponían su representación, sus cualidades y calidades.

El doctor Milton Eisenhower tuvo la virtud de disiparlo todo. Una nueva era se inicia en la amistad de nuestros gobiernos, de nuestros países y de nuestros pueblos. Un cambio de política es siempre saludable cuando las finalidades son nobles y elevadas.

Dos hechos simples, uno en la lucha y otro en las relaciones. Los hechos simples suelen mostrar a los grandes hombres.

Entretanto, demos gracias a Dios: los Estados Unidos tienen un Presidente.

Julio 30 de 1953